No fue un martes negro más

Las perspectivas socialistas de la bancarrota capitalista

Jorge Altamira

Rumbos

No fue un martes negro más

No fue un martes negro más

Las perspectivas socialistas de la bancarrota capitalista

Jorge Altamira


Indice

Prólogo

22 de agosto de 2010

Desde hace varios años hemos estado escribiendo sobre la crisis capitalista mundial en diversas publicaciones partidarias y otras nacionales e internacionales. Lo hemos abordado también en distintos foros y conferencias con bastante anterioridad al estallido de la bancarrota que acaba de ingresar en su cuarto año. La elaboración de este asunto ha sido una línea distintiva de nuestra corriente política. Atraviesa la caracterización del derrumbe sin precedentes de Wall Street, en 1987, las recesiones posteriores, la crisis asiática de 1997-99 y las de Rusia y Brasil, la cuasi quiebra bancaria de Estados Unidos, en 1998 (bancarrota del fondo LTCM), naturalmente, está presente los numerosos escritos que anticiparon el colapso de Argentina. En la edición que el lector tiene en las manos se encuentra una parte ínfima de ese largo trabajo – la publicación de la totalidad de ese material insumiría, de acuerdo a los compañeros que se tomaron el trabajo de recopilarlo, entre cuatro y cinco volúmenes. La urgencia por publicar una parte menor de ese material obedece a la necesidad de ofrecerlo a la discusión de una conferencia cuartainternacionalista en América Latina que tendrá lugar a mediados de noviembre de 2010. Es decir que está vinculado a una actividad militante, así como a la reedición de documentos agotados. Nos identificamos con aquellos para quienes se trata de transformar el mundo y no de interpretarlo para que quede osificado en un nuevo sistema.

Son varios los aspectos que distinguen nuestra caracterización de lo que llamamos la bancarrota capitalista. El más obvio y criticado es el recorrido de la crisis como etapas de una tendencia al colapso de las relaciones sociales capitalistas; nos reconocemos como catastrofistas mucho antes de que nos apostrofaran con este vocablo como si él fuera la prueba de algún pecado. Como lo escribió el gran teórico Román Rosdolsky, en una carta al trotskista belga Ernest Mandel, este punto es la esencia inextricable del marxismo.[1] Se trata del punto más alto de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existente, la premisa histórica y económica de la revolución social. Se trata de un proceso que se desarrolla bajo nuestros ojos y que se manifiesta en la presión que sufre el Estado para nacionalizar (con resarcimientos) a gran parte de la banca y la industria. El punto más alto de esta tendencia se al-

canzó, en la presente crisis, en dos oportunidades: una, cuando la quiebra de Lehman Brothers y la inminencia de que ocurriera algo similar con la aseguradora AIG y el Citibank, en el tránsito del gobierno de Bush a Obama, planteó la discusión en los círculos de poder norteamericanos de la posibilidad de una nacionalización generalizada de la banca, pero que se contuvo en los límites de seminacionalizaciones parciales – como los de los mismos AIG y Citibank, las enormes agencias hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac, y las que ocurrieron en Gran Bretaña y Alemania. El colapso no significa que la Tierra deja de girar sobre su eje imaginario, sino de que el capitalismo no puede funcionar sobre sus propias bases – que es cuando el Estado utiliza su monopolio del poder para operar un rescate transitorio del régimen social afectado a ese extremo. Para proceder de esta manera, el Estado abandona sus formalidades constitucionales y opera por decreto: el departamento del Tesoro concentra las decisiones; se suspende en los hechos la ley de quiebras; se violan las leyes financieras y se emite dinero espurio; y se crean de este modo las condiciones para estallidos de mayor envergadura. La intervención despótica del Estado politiza la bancarrota capitalista que, de este modo, se transforma en un asunto de poder para todas las clases sociales, incluida la burguesía. En el límite, este rescate capitalista amenaza con la bancarrota de las bancarrotas, la del propio Estado y del Banco Central, bajo la forma de una inflación galopante -es decir, la pérdida de control sobre la moneda. Es lo que quedó planteado en la segunda manifestación de la tendencia al colapso, la reciente crisis de la zona euro a partir de la exposición del derrumbe fiscal de Grecia. Se inició el período de las "crisis soberanas", que ha puesto en la picota a todo el sistema bancario, propietario de la deuda pública. Europa reprodujo, además, una característica que ya se había visto en la crisis asiática: el derrumbe financiero de Estados con escaso déficit fiscal o incluso superávit, debido al enorme endeudamiento de los bancos y de las empresas. Es el caso notorio de España. Lejos de una superación, la crisis europea es hoy más intensa que nunca; China tuvo que intervenir mediante la compra de deuda de las bancas en España y Grecia. No es correcto llamarlas españolas o griegas, porque no son ni unas ni otras: el 75% del Santander se encuentra en manos de fondos institucionales norteamericanos y sobre

todo ingleses; la banca de Grecia es propiedad de bancos franceses y alemanes. China intervino en socorro de si misma, porque la devaluación del euro provocado por el derrumbe de las "deudas soberanas" amenazaba con hacer colapsar el comercio exterior de China. En la Unión Europea se discutió durante varias semanas la separación de Grecia de la zona euro, o sea un principio de disolución de la Unión Europea. Como decimos en las manifestaciones populares: "si esto no es un derrumbe, el derrumbe dónde está". La velocidad que ha desarrollado la crisis mundial desde la quiebra de Wall Street y luego de la crisis asiática es una expresión aguda de la tendencia al derrumbe.

Otro aspecto que distingue nuestro análisis, el más decisivo desde el punto de vista estratégico, es que la bancarrota capitalista se desarrolla en la época de declinación del capitalismo; en una época en que esta declinación ya ha dejado enormes huellas en la conciencia de la humanidad – desde el fascismo y la guerra mundial con su holocausto, y las guerras ininterrumpidas posteriores hasta las actuales salvajadas en la ex Yugoslavia, Irak, Afganistán, el Cáucaso, Palestina – y el reiterado anuncio del ataque (¿nuclear?) a Irán. El desarrollo gigantesco del "capital ficticio" es una manifestación rotunda de la descomposición del capital: la relación entre el crédito y el PBI de los países desarrollados es del 400%, cuando en los años 50 era del 50%. Las transacciones brutas de derivados mueven un mercado de unos 600 billones de dólares. El crédito ha ido jugando un papel determinante en la expansión del mercado mundial, incluso en la integración mayor de las economías menos desarrolladas. El incremento impresionante de la productividad del trabajo y de la tasa de plusvalía ha sido contrarrestado por la tendencia a la sobreproducción, en tanto que el poder adquisitivo de los trabajadores se ha estancado. El desarrollo del capital ficticio, en oposición al capital efectivamente aplicado a la creación de nuevo valor, ha reforzado la posición del rentista y del especulador financiero; incluso la gran industria obtiene su mayor tajada de beneficios de los llamados ingresos extraordinarios que resultan de la aplicación de sus ganancias a la especulación financiera (por eso la gran industria se opone a la regulación del mercado de derivados, que es el corazón del capital fic-

ticio). Se impone aquí, sin embargo, otra precisión: la bancarrota capitalista que se encuentra en curso es la culminación de un proceso cíclico; ella no debe ser confundida con la categoría histórica de la decadencia de la formación capitalista. El corazón no deja de latir en una persona de mayor edad; por eso, para entender la bancarrota actual es necesario analizar el ciclo del cual ha resultado; el carácter del ciclo le imprime su peculiaridad a la crisis. La bancarrota actual está encadenada al ciclo iniciado luego de la crisis asiática (rusa, brasileña, argentina) y al derrumbe de la burbuja bursátil conocida como “punto.com”, y tiene multiplicados todos los genes de aquella. El otro gran factor de este ciclo es el enorme salto de la integración de China al mercado mundial, precisamente porque sus nuevas instituciones restauracionistas habían logrado resistir, en 1998-2002, la colosal crisis de su entorno (incluida la larga crisis de la economía de Japón). Las crisis pasadas se desenvolvieron en un espacio local o regional, aunque su naturaleza fue siempre internacional y su epicentro se encontró siempre en Estados Unidos. Lo que distingue a la bancarrota actual es que parte de Estados Unidos y tiene un carácter generalizado que supera a la bancarrota de los años 30 del siglo pasado. De los colapsos pasados pasamos al desarrollo del colapso a partir de los centros de la economía mundial.

El tercer elemento distintivo de nuestro análisis ha sido la previsión de que la restauración capitalista en la ex URSS, China y Europa del este se convertiría en un factor poderoso de la crisis mundial, aunque apareciera, en una primera etapa, como lo contrario: como la salida para el capital que conquistaba un área de casi dos mil millones de personas para el campo de la explotación capitalista mundial. Distinguimos lo que es la incorporación de nuevos mercados en el período de ascenso del capitalismo de lo que ocurre en la época de decadencia y, en estos casos concretos (Rusia, China), sobre la base de la destrucción despiadada de conquistas sociales extraordinarias, que en su mayor parte habían sido obtenidas por medios revolucionarios. En efecto, en el ciclo económico que arranca en 2002, China inunda el mercado mundial como factoría tercerizada del capital internacional, que se vale de una gigantesca confiscación de las masas campesinas y de una elevación extraordinaria de la tasa de explota-

ción del proletariado. El ingreso de China agudiza la competencia de los monopolios capitalistas y financia la mayor especulación financiera que se conozca. Seamos más precisos: el capital mundial expropia a China de gigantescos recursos a cambio del más ficticio de los capitales – los dos billones y medio de dólares que China recibe como contraprestación. Se trata de una masa irrealizable de dinero, sometida a la deriva de la devaluación del dólar, cuya utilización para importaciones devastaría a la economía china y su transformación en inversiones internacionales destruiría a la economía mundial. La distinción entre capitalismo en ascenso histórico y capitalismo históricamente decadente o en declinación, revela su pertinencia como instrumento de análisis.

El cuarto punto que distingue nuestro análisis está ligado al anterior: la restauración del capital en aquellas naciones en que fuera expropiado revolucionariamente, producida en el periodo de la declinación histórica del capitalismo, no puede ser sino un fenómeno transicional entre nuevas revoluciones y contrarrevoluciones. El capital mundial no ha completado su trabajo confiscatorio, lo cual supone la colonización de esas naciones y la expropiación completa de sus recursos decisivos: de los obreros y campesinos en China; del proletariado y de las reservas industriales y tecnológicas en la ex Unión Soviética. Toda la periferia de la ex Unión Soviética es un campo de pillaje internacional que está muy lejos de haber concluido. La ocupación de esa periferia es el motor fundamental de las guerras que se disfrazan como una cruzada contra el terrorismo o aun, el islamismo. El imperialismo todavía debe demostrar que puede quebrar las resistencias de las masas para consumar la restauración del capital en todos sus términos. No basta llamar burguesía a la burocracia de la ex Unión Soviética y ni qué decir de China, para proclamar el triunfo irreversible del capitalismo, cuyo objetivo histórico tiene una amplitud que parece no entenderse. No hay burguesías nacionales que puedan presidir un régimen capitalista; la restauración corre por entero por cuenta de la alianza entre el imperialismo y la burocracia estatal. Asistimos a una suerte de desarrollo combinado: en China, una nación donde las dos terceras partes de sus mil cuatrocientos millones de habitantes se encuentran por debajo del nivel

de la pobreza, se desarrolla en el momento actual una especulación inmobiliaria que supera varias veces el nivel de la que llevó a los Estados Unidos al crack. Para contrarrestar esta tendencia a la quiebra, la burocracia china abre el mercado financiero y apunta a la convertibilidad de su moneda, el yuan, aun a sabiendas de que esto convertirá a China en presa de saqueo por parte del capital mundial. La bancarrota capitalista mundial está infiltrada en todos los poros de la restauración capitalista.

Precisamente porque es la culminación de varios ciclos de crisis, y precisamente porque ha capturado en sus redes a la tercera parte del globo que en el pasado reciente se encontraba sólo marginalmente integrado a la economía mundial, la bancarrota actual deberá remover, necesariamente, todas las relaciones entre las clases que se han conservado en forma precaria en el último medio siglo. Es la premisa de las situaciones revolucionarias. Llegamos así al quinto planteo que distingue a nuestro análisis. Sin una teoría del derrumbe capitalista, la perspectiva revolucionaria se reduce a una aspiración moral o a una utopía. No estamos hablando de un acto único, eso sería una revolución, sino de una etapa de crisis políticas crecientes y movilizaciones populares. El camino promete toda suerte de argentinazos. Los tumbos del gobierno kirchnerista, que había asumido para reconstruir el Estado e imponer la primacía de la política sobre la acción directa, es una buena ilustración del punto. Este desarrollo se ve en Grecia, pero aún más en las huelgas obreras en Asia (China, Vietnam, Indonesia, India), incluso en insurrecciones obreras, como las de los tres millones que componen el joven proletariado de Bangladesh.

Esperamos que este resumen apretado del contenido de este libro motive al lector y a los militantes que participarán de la Conferencia Internacional. Como militantes exponemos nuestros análisis y pronósticos a la verificación de los hechos, algo que no podría hacer quien contempla la historia desde afuera. El contenido de este libro es ya una corrección de pronósticos anteriores, de nosotros mismos y de nuestros maestros. Esto es lo que debe entenderse por programa: una praxis, una unidad de teoría y acción. Pero la praxis no

puede ser individual, sólo puede emerger como tal si es socializada. Por eso convoca a construir partidos revolucionarios internacionalistas y a refundar la Cuarta Internacional. ¿Qué es esta? La organización que lucha por convertir a la bancarrota capitalista en terreno fértil de la revolución socialista mundial.

Notas

1. "Aunque Mandel había subrayado la inevitabilidad de crisis y recesiones, no había ofrecido un tratamiento sistemático de la teoría del colapso, que Rosdolsiky consideraba el corazón del marxismo¨; Jan Willem Stutje; *Ernest Mandel: A Rebel's. Dream Deferred*. Verso, London and New York, 2009.

Tesis Programáticas para la IV Internacional

Aprobado por el I Congreso de la Coordinadora
por la Refundación de la Cuarta Internacional
8 de abril de 2004

I. Una nueva etapa en la época de la agonía del capitalismo

1. Las características que distinguen a la presente etapa histórica han sido determinadas a partir de la disolución de la Unión Soviética y de la restauración del capitalismo que se encuentra en curso, en distinto grado, en Rusia, en China y en el conjunto de los ex estados obreros degenerados. Aunque nunca hayan salido del marco de la economía capitalista mundial, como tampoco habrían podido hacerlo, su desaparición ha ampliado geográfica y socialmente la dominación del capital en una escala sin precedentes.
La restauración capitalista ha reforzado la competencia dentro de la clase obrera mundial al reintegrar al mercado mundial a centenares de millones de trabajadores. La expropiación del capital, al limitar esa competencia por medios revolucionarios, había significado un progreso de la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista por el reparto del ingreso mundial.

2. La restauración del capital en los ex estados obreros puso fin a una larga serie de tentativas del proletariado para acabar con los regímenes burocráticos con métodos revolucionarios. Las revoluciones políticas contra las burocracias gobernantes de todos los ex estados obreros, entre 1953 y 1989, debutaron como una rebelión de las fuerzas productivas que se habían desarrollado en el marco de la economía planificada contra su deformación y estrangulamiento por parte de las burocracias contrarrevolucionarias. Sin embargo, a partir de las crecientes alianzas económicas, políticas y diplomáticas de la burocracia contrarrevolucionaria con el imperialismo, esas revoluciones se fueron transformando, objetivamente, en una rebelión de fuerzas productivas contra el capital mundial. La restauración capitalista significa, de conjunto, o sea con independencia de los resultados parciales y relativos que pueda tener en este o aquel país, una regresión histórica de las fuerzas productivas impuesta por las relaciones sociales existentes.

El ingreso de los regímenes burocráticos al sistema internacional de la deuda externa; los acuerdos cada vez más frecuentes de sus gobiernos con el FMI; los tratados internacionales que comprometían

a la burocracia con la defensa de la propiedad y del mercado capitalistas (Helsinki, 1975, cesión de Hong Kong, 1982), fueron otras tantas manifestaciones de la tendencia de la burocracia a la restauración capitalista.

La desintegración de los aparatos de estado en China y en Polonia, en el marco de la "revolución cultural", uno, y de las ocupaciones de fábrica de finales de los 70, el otro, marcaron los puntos de viraje que dejaron a los regímenes sociales "transitorios" sin una ‘tercera opción’ entre la restauración del capitalismo y la revolución proletaria.

Estas crisis revolucionarias no solamente reflejaron el agotamiento del ‘socialismo en un solo país’ sino también el impasse de conjunto del capitalismo mundial. Tuvieron lugar cuando el llamado ‘boom’ económico internacional de la posguerra se había agotado y una década después de la crisis internacional de 1971-75 que inició una declinación económica relativa muy prolongada y extensa.

3. La restauración del capitalismo, que se encuentra en las etapas iniciales, ha ampliado el radio de explotación del capital internacional. La apertura de los ex estados obreros le ha ofrecido al capital una nueva posibilidad de explotación, que involucra a centenares de millones de personas (China) o la posibilidad de apropiarse, además, de un sofisticado parque tecnológico (Rusia). Pero este principio de salida a la saturación del mercado mundial ha sido acompañado por una mayor saturación de ese mismo mercado mundial.

Ocurre que en estrecha relación con esta ampliación se ha intensificado la competencia entre los monopolios capitalistas internacionales que procuran la conquista de esos nuevos mercados y un nuevo reparto del mercado mundial. La mayor movilidad geográfica ganada por el capital ha acentuado la competencia dentro del proletariado a nivel internacional. La competencia entre los trabajadores se manifiesta, indirectamente, por medio de la explotación de fuerzas productivas y trabajadores más baratos, y, en una forma directa, en la ola de inmigrantes hacia las metrópolis. En los países atrasados se agrava la sobrepoblación relativa que resulta de la quiebra de la pe-

queña producción y de la crisis agraria, en tanto que en las metrópolis se manifiesta un marcado retroceso social.

Como el capital encara la restauración capitalista con los métodos que le son propios, se han reforzado también sus tendencias fundamentales: concentración de la riqueza en un polo y de la miseria social en el otro; acentuación de la anarquía económica y, por lo tanto, de las crisis financieras y comerciales; liquidación de los estratos intermedios y de la pequeña producción; incremento de las crisis agrarias y de los estallidos campesinos; un mayor bloqueo del desarrollo independiente de las naciones atrasadas. En última instancia, impulsando nuevas guerras y nuevas revoluciones.

Con la restauración capitalista, la crisis histórica del capitalismo no se ha atenuado sino que se ha agudizado. Es que el derrumbe de los estados obreros degenerados se procesa en el marco de las tendencias de la crisis capitalista mundial. Desde la ex Alemania oriental a Rusia se desenvuelve un verdadero retroceso en el nivel de civilización. En China, la invasión del capital extranjero ha explotado el desnivel entre la economía mundial y el atraso histórico de China para dar lugar a un desarrollo tan explosivo como unilateral, pero que provoca, junto a una enorme polarización de la riqueza, la demolición de la economía estatal, todavía mayoritaria, y una gigantesca crisis agraria. Las economías más avanzadas, por su lado, sufren una seguidilla de crisis financieras cada vez más amplias e intensas, que arrastra a monopolios y naciones enteras a la bancarrota y a la explosión social y política. Por primera vez se encuentra amenazada la supervivencia de la Unión Europea como entidad política. La crisis histórica del capital ha avanzado varios peldaños, y ello ha reforzado la tendencia a la creación de situaciones revolucionarias y de revoluciones sociales. Se pone de manifiesto, de este modo, la tendencia del capital hacia su propia disolución.

4. La etapa abierta por el derrumbe de los estados obreros degenerados ha disuelto el sistema de relaciones internacionales establecido por los acuerdos de posguerra y, con ello, ha generado crisis internacionales cada vez más profundas. El agotamiento de la ‘arquitec-

tura diplomática’ de la llamada ‘guerra fría’ es una expresión de una nueva etapa en las relaciones entre las clases sociales en su conjunto.

Los partidos que respondían al aparato internacional manejado por Moscú han fracasado en su prolongado intento por reconvertirse en partidos reformistas ‘nacionales’ y de un modo general se encuentran en desintegración. Asimismo, se han venido abajo numerosos estados clientes de la burocracia rusa, en especial en los Balcanes, Medio Oriente, Asia Central y Africa. La restauración capitalista en la ex URSS no solamente ha provocado una desorganización económica generalizada, sino que ha hecho saltar todos los antagonismos nacionales soterrados de su estado policial. Las naciones de Asia Central y del Cáucaso se han convertido en un gigantesco campo de disputa para el imperialismo mundial. En el plano de las relaciones políticas internacionales, la nueva etapa se caracteriza por crisis estatales y guerras generalizadas en todos los continentes.

II. La ideología del imperialismo en la actual etapa

5. La caracterización de la etapa en curso, que realiza la academia oficial y semi-oficial, como una ‘globalización’ (se refiere al capital) reviste de un carácter histórico progresivo a la restauración capitalista en los ex estados obreros. La globalización del capital, sin embargo, es un fenómeno que llegó a su apogeo histórico hace mucho tiempo, con la plena formación del mercado mundial y la emergencia del imperialismo. Expresa la declinación del capitalismo, no su ascenso. La regresión histórica, que tiene un punto de culminación con la restauración capitalista en curso, tuvo su inicio con la contrarrevolución burocrática, que no fue más que la expresión de la presión de la economía mundial capitalista sobre un "socialismo" aislado en "uno" o varios países históricamente retrasados. La ‘globalización’, en tanto restauración del capital allí donde había sido expropiado, no constituye un avance sino un retroceso histórico, y conlleva, de un lado, la pérdida de conquistas históricas y sociales en esos países así como a nivel internacional. La ‘globalización’ es la expresión ideológica de la destrucción del socialismo como perspectiva, la cual que fue históricamente conquistada por el proletariado en dos siglos de lucha de clases.

Adjudica la victoria transitoria del capital sobre los regímenes sociales no capitalistas dirigidos por una burocracia, a una capacidad del capital para revolucionar indefinidamente las fuerzas productivas, lo cual escamotea, de un lado, el carácter internamente contradictorio del capital y, del otro, su carácter históricamente condicionado; que el avance de la ciencia y la técnica, que el capital impulsa, no como una finalidad social conciente, sino por la necesidad de incrementar la explotación del trabajo ajeno, potencia sus contradicciones y las hace cada vez más explosivas.

El eufemismo 'globalizador' pretende poner un signo igual entre la liquidación de las formaciones económicas precapitalistas por parte del capital mundial en la época histórica de su ascenso (liberalismo) y la destrucción de la propiedad estatizada y de la economía planificada en la etapa del capital monopolista en disgregación.

Presenta a la unificación capitalista del mercado mundial como una perspectiva aún no completada, y no como una realidad que ha agotado sus posibilidades históricas y que engendra crisis económicas explosivas, catástrofes sociales mayores y guerras todavía más destructivas.

La 'globalización' rechaza que la restauración capitalista tenga un carácter transitorio, cuyo desenlace será determinado por el desarrollo de la presente crisis mundial.

6. La 'globalización' es una ficción ideológica que pretende igualmente encubrir el conjunto de tendencias dislocadoras del capital mundial. Por ejemplo, la extensión fenomenal del capital ficticio (endeudamiento público y privado, de inversores y consumidores, financiero y especulativo), que supera con creces el capital en su forma material y que lleva a la ruina los presupuestos estatales. El desarrollo del capital ficticio bajo la forma de una extensión sin precedentes de los mercados de capitales constituye un medio poderoso de confiscación económica adicional de los trabajadores, de los estratos sociales intermedios y de estados enteros.

La llamada tercerización o subcontratación, otra característica de la mentada globalización, no representa una nueva fase histórica de la industrialización bajo el impulso de la división internacional del trabajo, sino un desarrollo parasitario de los grandes pulpos capitalistas, que sustituye la industrialización de los países atrasados por la implantación de maquiladoras y armadurías, para explotar la mano de obra barata y saquear fiscalmente a las naciones involucradas.

El resultado de este conjunto de tendencias es la sobreproducción crónica de mercancías y capitales, la tendencia a la depresión económica, la generalización (esta sí global) de la deflación a escala internacional y la desocupación obrera más alta y permanente de la historia del capitalismo. La llamada globalización 'engloba' a todas las formas del capital como un capital 'global', para ocultar, de este modo, su fase histórica específica, o sea el nivel excepcional que ha alcanzado su desarrollo parasitario y rentístico.

7. El desarrollo capitalista de las últimas décadas ha reforzado la contradicción entre el carácter mundial del desarrollo de las fuerzas productivas y del mercado, por un lado, y el carácter nacional de los capitales, los monopolios y los Estados. O sea que se ha acentuado la anarquía capitalista.

El reforzamiento de la nacionalización de los capitales pone al desnudo el carácter interesado de las expresiones apologéticas tales como 'trasnacionales', 'multinacionales' o 'globalización'. La nacionalización del capital se manifiesta de forma especial en la supremacía que ha alcanzado el capital norteamericano, por sobre todo en la banca de inversión.

La Unión Europea ha fracasado en su intento de crear un capital específicamente europeo en oposición a los capitales norteamericanos y japoneses e incluso con referencia a los capitales nacionales de los respectivos estados europeos, o sea franceses, italianos, alemanes o incluso griegos. La atomización nacional del capital monopolista en Europa no ha sido superada ni por la creación de un Banco Central ni por una moneda única; esta última ha exacerbado las contradic-

ciones de sus economías nacionales, como consecuencia de sus acentuados des-niveles de desarrollo. La tentativa de establecer una moneda de reserva propia, en competencia con el dólar, es una manifestación muy destacada de las rivalidades nacionales del capital y constituye una constante fuente de choques internacionales, enfrentamientos diplomáticos y hasta guerras por interposición (fuera y dentro de las fronteras de Europa). La coalición que tiene lugar entre diversos pulpos económicos de nacionalidades diferentes tiene, casi unánimemente, un carácter transitorio. Es la manifestación del choque de unos bloques nacionales contra otros, que se disgregan, a su turno, con cada manifestación de la crisis económica en general. Los estados nacionales son más que nunca las herramientas de los monopolios en la lucha por la supremacía en el mercado mundial. Este fenómeno se ha acentuado con la política de 'libre comercio', la que priva a las naciones más débiles de la posibilidad de protegerse con medidas de orden político y las deja al arbitrio de las muy pocas naciones más poderosas, en especial los Estados Unidos.

8. La formación de la Unión Europea no ha sido un proceso histórico lineal. Ha representado, en diferentes etapas, los intentos de adaptación y de supervivencia de la burguesía imperialista europea a las condiciones cambiantes de la crisis mundial. Bajo denominaciones parecidas ha representado fenómenos sociales y políticos diferentes.

Sea para contener la revolución social en la posguerra; sea como un marco que permitiera restablecer los viejos estados nacionales agotados por dos guerras mundiales, como las únicas formas concretas de dominación política del capital; sea para resolver la crisis de sobreproducción mediante una eliminación parcial de las barreras al comercio; sea como un método político para unificar la ofensiva contra los trabajadores luego del fin del 'boom' de posguerra y el comienzo de la presente etapa de crisis; sea para organizar la lucha contra el capital norteamericano en el cuadro de esta misma crisis mundial; sea como un intento, finalmente, de los estados más poderosos, especialmente de Alemania, para adaptase al derrumbe de la URSS y de Europa oriental y anexar a los nuevos mercados del este y Rusia. El imperialismo europeo ha montado un conjunto de "co-

rredores" (transportes, caminos y ductos), para enlazar al oeste de Europa con el Cáucaso y hasta Asia central, pasando por los países que componen la península de los Balcanes.

Bajo la presión de la crisis económica mundial y de las luchas de los trabajadores, sin embargo, las tendencias centrífugas tienden a imponerse cada vez más sobre las centrípetas. La utilización de las rivalidades nacionales por parte del capital financiero norteamericano tiende a fracturar a la Unión Europea. El crecimiento de esta lucha interimperialista condiciona el conjunto de la crisis política mundial. Desde los Balcanes, Rusia y el Cáucaso hasta el lejano Oriente, Irak y Palestina, las crisis, los enfrentamientos nacionales y las guerras expresan, cada vez más, la creciente oposición entre los capitales y estados europeos, que están también divididos entre ellos, y el norteamericano. Las manifestaciones de una tendencia a la dislocación de la Unión Europea se han acentuado, sembrando la confusión entre quienes la consideraban irreversible y le aseguraban un progreso infinito.

9. Las tendencias centrífugas y el choque creciente con el imperialismo norteamericano han afectado los ritmos de desarrollo de las crisis políticas, con especial impacto en el viejo continente. Esta tendencia de conjunto condena al ridículo a quienes abogan por completar el desarrollo de la Europa imperialista con una "construcción más democrática". La penetración de los monopolios europeos en los países del este ha reforzado la tendencia imperialista de la UE, agudiza la competencia entre los pulpos internacionales, acentúa la disolución social creciente en los Balcanes y el este y potencia la ofensiva del capital y de sus Estados contra las condiciones del proletariado del oeste.

La crisis económica que provocó el estallido de la burbuja financiera norteamericana, a principios del 2002, se ha manifestado con la mayor agudeza en la Unión Europea, en especial en la tendencia a la depresión económica que afecta a Alemania, Francia e Italia. La pérdida de posiciones de estos países en el mercado mundial, en beneficio del capital norteamericano, ha planteado una aguda tensión

entre la burguesía y el proletariado, porque el capital europeo no puede hacer frente a la competencia internacional sin incursionar severamente contra las conquistas sociales y laborales de las masas. El ataque contra la seguridad social y la salud ha abierto una etapa de conflictos de clase violentos en Europa. El 'espacio' para una 'construcción democrática', o sea en el marco imperialista, se achica de más en más. Idealizada por sus apologistas como un medio de superar los límites que imponen las fronteras nacionales al desarrollo de las fuerzas productivas, la Unión Europea se ha revelado rápidamente como un freno a ese desarrollo. Estalla, en cierto modo, el intento de encajar en un único molde institucional los agudos desniveles de desarrollo capitalista que caracterizan a la UE. La IV Internacional denuncia el carácter imperialista de la Unión Europea y de sus propósitos de expansión oriental; destaca que el imperialismo plantea una tendencia a la reacción política y no a la democracia; señala que ha fracasado en el intento de superar el escollo histórico de las fronteras nacionales para desarrollar las fuerzas productivas, y aun más, que ha creado escollos adicionales que tienen que ver con su artificialidad histórica; y pone de manifiesto que la tendencia imperialista y la tendencia a acentuar sus contradicciones conducen a un agravamiento de la lucha de clases en el interior de Europa. Este conjunto de factores refuerza la tendencia a crisis políticas de envergadura en los países europeos e incluso a que se plantee una cuestión de poder. La IV Internacional inscribe en este marco a la crisis política de abril del 2001 en Francia, cuando se produjo una licuación política de los partidos tradicionales de la derecha y de la izquierda, en combinación con grandes movilizaciones de masas, en especial de la juventud. Quedó al desnudo, en esa crisis, el agotamiento de la democracia imperialista. Sobre esta base la IV Internacional denuncia el carácter reaccionario de la consigna por una Unión Europea democrática y social y plantea la total vigencia de la unión del proletariado europeo por la expropiación del capital y el establecimiento de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

10. La fase económica mundial que se inicia alrededor de los años 70 se distingue de la que tuvo lugar a partir de la posguerra, no solamente por una inversión de tendencia en la curva general del des-

arrollo de la producción. La caracterizan, por sobre todo, las recesiones cíclicas de características explosivas que se combinan con crisis financieras de inusitada amplitud, como consecuencia del estallido de las ‘burbujas’ especulativas, del extraordinario endeudamiento de los Estados, y de los capitales individuales y de los consumidores, con los que se intenta cebar la ‘recuperación’ económica. Los derrumbes financieros que van de 1997 al 2001 clausuran el ciclo especulativo extraordinario que se inicia con la ‘euforia’ que provocó la disolución de la URSS.

La economía mundial, en su conjunto, se caracteriza por la tendencia a mayores crisis financieras y a la deflación. La política mundial, a su vez, se encuentra condicionada por estas tendencias de la economía.

11. La guerra de los Balcanes, Afganistán, Irak, el Cáucaso, Palestina y diversos países de Africa ha inaugurado una etapa de guerras imperialistas de alcance internacional, que refutan por completo la pretensión universalista de la ‘globalización’, su carácter idílico, o sea puramente ‘económico’ y ‘pacífico’, o la ‘naturalidad’ de la supremacía del capitalismo en la presente etapa histórica. El derrumbe ‘práctico’ e ideológico de la ‘globalización’ se expresa en el resurgimiento de sus expresiones formalmente opuestas, como la del ´choque de civilizaciones’, la necesidad de ‘las construcciones nacionales’ o la especie del ´terrorismo internacional´ como una guerra mundial que no se presenta como un enfrentamiento entre estados.

Esta nueva oleada de guerras es apenas la etapa preliminar de un nuevo período de matanzas. Ella es, antes que nada, una expresión eminente del empantanamiento del capital. No involucra solamente una rivalidad comercial relativa al petróleo y a los mercados de materias primas del Asia central. Es una manifestación irrefutable de que la restauración capitalista es un proceso de violencias y de guerras. Su hilo conductor es la lucha por la conquista económica y política del espacio dejado por la disolución de la Unión Soviética y por el control de la restauración capitalista en China. La hegemonía de

la restauración capitalista por alguno de los bloques en disputa desequilibraría decisivamente las relaciones de fuerza entre las distintas potencias imperialistas. La lucha por la conquista de los mercados orientales de Europa y de Asia tiende a transformarse, por este motivo, en una lucha interimperialista sin paralelo en la historia. Esta lucha interimperialista, expresión de una crisis enorme en las relaciones entre las clases dentro de todos los estados, deberá potenciar las crisis y las luchas entre las clases en todas las naciones, incluidas las semi-colonias.

Desde un punto de vista histórico de conjunto, la etapa actual forma parte de toda una época, que arranca con la primera guerra mundial y las revoluciones que la sucedieron, fundamentalmente la revolución de octubre del 17. Las contradicciones mortales de esta época, entre las guerras imperialistas y la revolución, no encontraron su salida en el curso de la segunda guerra mundial. Por un lado, la victoria del ejército rojo sobre el nazismo, la revolución china, la extensión de la URSS al este de Europa y varias revoluciones en las colonias pusieron un límite a una salida basada en la restauración del capital en la Unión Soviética. Por otro lado, la derrota de la revolución en Europa, el restablecimiento del capitalismo golpeado por la guerra y la prolongación de la dominación de la burocracia contrarrevolucionaria en los estados obreros bloqueó la salida histórica de la revolución socialista a escala internacional.

En la fase ulterior, las revoluciones políticas, el derrumbe de la burocracia y la crisis capitalista mundial dieron al traste con la ‘coexistencia pacífica’ o la ‘convergencia de sistemas’. El actual período histórico plantea la alternativa entre la restauración completa del capitalismo a través de la barbarie de las guerras y el retroceso social de las masas, o la victoria definitiva de la revolución socialista, que sería reforzada por los desastres de la restauración capitalista y que, por lo tanto, podría encontrar más que nunca un terreno fértil en las naciones imperialistas. Los reformistas y los centristas se han apresurado demasiado en dar por cancelada la época de guerras y revoluciones y en pontificar la aurora de una "paz infinita".

III. La dirección del proletariado

12. La crisis de la dirección del proletariado ha sido el factor decisivo de la crisis en que ha entrado la humanidad. Para superar esta crisis de dirección, se plantea en la actualidad reconstruir una dirección de la clase obrera mundial. Ha transcurrido un largo período de tiempo y la experiencia de varias generaciones desde que la vanguardia de la clase obrera podía hablar aún en nombre de una dirección histórica del proletariado revolucionario. Las derrotas sufridas por la clase obrera, desde las que destruyeron sus organizaciones a las políticas, éstas no menos profundas, se han manifestado en un retroceso en la conciencia de clase de las masas; finalmente se ha producido la derrota de las revoluciones políticas y, como consecuencia de ello, la desintegración de los estados obreros.

En el campo popular han resurgido las tendencias nacionalistas pequeño burguesas en sus formas más atrasadas e incluso reaccionarias. Las llamadas organizaciones políticas tradicionales de la clase obrera se encuentran, en la mayoría de los casos, copadas por la burguesía, incluso la burguesía imperialista; los partidos stalinistas se han reciclado penosamente al democratismo pro-imperialista. No se manifiesta en el seno de las organizaciones tradicionales la irrupción de movimientos obreros combativos o alguna tendencia real que reclame a su interior un "retorno a las fuentes históricas". Las organizaciones que se reclaman, de una u otra manera, de la IV Internacional han sucumbido a este recule de la conciencia de clase y desempeñan en la mayoría de los casos el papel político que le corresponde a la pequeña burguesía democratizante o nacionalista. Esto ocurre aún allí donde la defensa de la democracia burguesa y de la identidad nacional son planteos reaccionarios, como es el caso de los países imperialistas. Las largas décadas que han pasado desde que la bancarrota de la II Internacional dejó planteada la crisis de dirección del proletariado internacional, y desde la fundación de la III y IV Internacional, han dejado un gran vacío temporal, es decir teórico y organizativo, para la nueva generación del proletariado. La reiteración, por parte de algunos grupos, de que representan la continuidad revolucionaria, no es otra cosa que una petición de fe sec-

taria, que ha servido para encubrir diversos tipos de degeneración ideológica. Las condiciones subjetivas para la reconstrucción de la Internacional Obrera, cuyo punto programático más desarrollado aún se encuentra condensado en el programa de transición de la IV Internacional, han sufrido un considerable retroceso, que sólo podrá superarse en el marco de la lucha de clases internacional en su conjunto que caracteriza en forma creciente a la etapa que está en curso.

13. Desde la manifestación de masas de Seattle, en 1999, se ha puesto en evidencia un gran movimiento internacional de lucha contra el imperialismo. Esta irrupción constituye una de las expresiones de lucha más destacadas de la presente crisis mundial. El movimiento anti-globalización debutó denunciando "la dictadura" de las organizaciones financieras y comerciales internacionales, pero enseguida impulsó también movilizaciones multitudinarias contra la guerra imperialista en los Balcanes y en Irak. Objetivamente, ha sido un factor de intervención popular en las crisis políticas que han afectado a las potencias imperialistas involucradas en la guerra.

Aunque la presencia de la juventud trabajadora es dominante en las movilizaciones anti-globalización, el proletariado no interviene en ellas como clase, con la conciencia de tal, o sea con sus banderas, sus reivindicaciones o incluso sus organizaciones. Cuando en algunas ocasiones aparece la burocracia de los sindicatos, la finalidad es arrastrar al movimiento al campo del imperialismo. No hay ninguna duda, sin embargo, que constituye una etapa en la maduración de la actual generación de trabajadores.

La ‘pluralidad’ que alega el movimiento no es óbice para que predomine en él una corriente política perfectamente organizada que plantea la regulación del capital financiero y el pacifismo entendido como factor de presión de la ‘opinión pública’ o incluso pro-ONU. Como dentro de esta corriente participan, sin embargo, tendencias diversas, incluido el Secretariado Unificado, el grado de sus incoherencias es enorme. Por ejemplo, se opone al libre comercio agrícola, alegando la defensa del raleado campesino francés, pero apoya la libertad de comercio cuando lo plantean los países agrícolas subdesarrollados

manejados por Cargill o Dreyfus. Denuncia a las organizaciones internacionales que se encargan de la regulación del capital pero ella misma exige esa regulación para enfrentar la anarquía capitalista creciente y hasta para acabar con la pobreza. Rechaza la ‘globalización’ en nombre de la defensa de las "identidades nacionales", pero se enfrenta al nacionalismo, incluso de las naciones oprimidas, invocando la necesidad de "otra globalización". Es tanto "identitaria" (tribal) como cosmopolita o liberal (imperialista). Critica el Alca pero defiende el Mercosur, el cual, dominado por las grandes corporaciones, no pretende otra cosa que servir de puente para una alianza comercial con Estados Unidos o Europa. Sus foros internacionales se convierten cada vez más en tribunas de los representantes del imperialismo, en especial europeo, y en medio para el "diálogo" con los ‘foros’ que también realizan la banca y el gran capital.

14. El curso pro-imperialista del PT de Brasil ha sido un golpe político descomunal que la corriente que defiende la llamada antiglobalización capitalista ha preferido ignorar. La experiencia previa del Congreso Nacional Africano, de Nelson Mandela, que gobierna para los grandes monopolios sudafricanos es, sin embargo, reivindicada por la tendencia dirigente del ‘anti-global’. Bertinotti, otra de sus principales espadas, pretende arribar a un acuerdo de gobierno con el imperialista Olivo. Esta corriente, que se ha rebautizado con el nombre de "otra-globalización", es internamente incoherente incluso en su pacifismo, ya que un sector lo reivindica en Irak pero no en los Balcanes y sólo hasta cierto punto para Afganistán. Propugna combatir la violencia de la guerra con métodos pacíficos, pero por sobre todo como un movimiento de opinión ‘plural’ que no pueda transformarse, en ningún caso, en un factor de combate y de alternativa a los gobiernos imperialistas que impulsan la guerra.

El ‘alterglobal’ se caracteriza a sí mismo como movimientista (‘movimiento de movimientos’), es decir que se opone a la construcción de un partido internacional, y más aún si es clasista. O sea que carece de un planteo de poder y que evita los medios para luchar por el poder y los combate con encarnizamiento. Es funcional al poder capitalista establecido. Confiesa, de este modo, que se niega a jugar un

papel independiente en la crisis mundial y que no podrá intervenir en ella sino de un modo empírico y circunstancial. El ´alterglobal´ niega resueltamente la posibilidad de las situaciones revolucionarias que son engendradas por la descomposición del capitalismo. Denuncia las tentativas de convertirlas en revoluciones y en la vía histórica para la toma del poder por la clase obrera. Su ala 'trotskista' (SU) añade, de su propia cosecha, que la época revolucionaria mundial iniciada con la revolución de octubre ha concluido. Este planteo viene del eurocomunismo, en 1970, y antes de él de la teoría del "socialismo en un solo país". Sin embargo, aún en un periodo de restauración del capitalismo, de retroceso de la conciencia de clase y de la pérdida de conquistas históricas cuya obtención marcó una larga época del proletariado mundial, las contradicciones insalvables del capital llevan a la creación de situaciones revolucionarias, que sólo pueden ser resueltas en forma favorable para la clase obrera si son transformadas en revoluciones proletarias y en el cuadro para la conquista del poder por los trabajadores y para el establecimiento de la dictadura del proletariado en el plano mundial.

15. La experiencia del gobierno del PT marca la bancarrota mortal de todas las corrientes políticas que se siguen reivindicando del Foro de San Pablo. El Foro de San Pablo se ha convertido en el principal factor de contención de las luchas de los trabajadores y de desmoralización política de los luchadores. En Brasil, ha formado el gobierno de mayor concentración de representantes capitalistas directos de toda la historia del país. En la reciente crisis revolucionaria boliviana jugó un papel decisivo para encaminar a las direcciones existentes a aceptar una salida constitucional, e incluso se ha transformado en un nexo directo entre Evo Morales y el imperialismo. No ha asumido siquiera una posición de defensa incondicional del gobierno de Chávez, en Venezuela, por el contrario ha sido el vehículo para la 'mediación' del imperialismo en la crisis venezolana. Adelantándose incluso al gobierno argentino, el de Brasil se encuentra en la primera fila de la ocupación militar de Haití. Lo que ocurre con el PT repite lo ocurrido con los ex frentes guerrilleros o ex partidos stalinistas en Centroamérica, en especial el FSLN, de Nicaragua, y el FMLN, de El Salvador.

El destino del PT brasileño confirma la naturaleza proimperialista de la pequeña burguesía profesional que se ha pasado del foquismo al democratismo, de un lado, y el carácter potencialmente contrarrevolucionario de la burocracia que se fue formando en los sindicatos, del otro. Desde un punto de vista programático, pone en evidencia el carácter proimperialista de los planteos democratizantes, es decir que postulan la posibilidad del progreso social en los marcos constitucionales de los países oprimidos, o sea de los que por la ausencia de independencia nacional y de un desarrollo capitalista interno no han conquistado las premisas históricas de la democracia.

El PT se transformó en un partido totalmente confiable para la burguesía y el imperialismo al cabo de un prolongado período de integración de sus cuadros y burocracia al Estado, lo cual fue embellecido, por la teoría de moda, como la expresión de una "gran capacidad de construcción política". La participación política de la izquierda democratizante en las instituciones del Estado capitalista se ha vuelto a revelar como un poderoso factor de degeneración política. La participación parlamentaria y municipal del Partido Obrero, desde la Constituyente de Santa Cruz en 1995 y de las elecciones del 2001 en Salta y Buenos Aires, ha servido para la utilización revolucionaria de las instituciones estatales y para el desarrollo de la conciencia y de la organización revolucionarias.

La bancarrota política del PT ha dado lugar a un proceso de diferenciación dentro de la izquierda democratizante, hasta ahora de reducida amplitud. Tampoco se trata de una diferenciación socialista, porque no critica los fundamentos programáticos democratizantes ni los condicionamientos políticos oportunistas que dieron origen al PT (desplazar a los trabajadores de una lucha de masas al campo electoral y encuadrar al proletariado en la ‘normalización institucional’ iniciada por la dictadura de ese entonces). Se encuentra ausente también en esta diferenciación la comprensión del carácter potencialmente revolucionario de la situación de Brasil en su conjunto. La dirección del PT adjudicó como la finalidad fundamental de su ascenso al gobierno impedir la situación revolucionaria que podría engendrar una bancarrota financiera. O sea combatir el ‘peligro’ de un ‘argentinazo’, que luego vio confirmado en Bolivia.

En la crisis política que ha provocado en la izquierda latinoamericana y en el movimiento obrero el gobierno pro-imperialista del PT (y que tendrá una nueva edición en el gobierno del Frente Amplio en Uruguay) impulsamos construir partidos obreros revolucionarios, de un lado mediante la crítica implacable al democratismo o antiimperialismo nacionalistas y de contenido burgués, y del otro lado desarrollando la agitación en la clase obrera y las masas, especialmente las más explotadas, como los desocupados y campesinos sin tierras, de un programa de reivindicaciones inmediatas fundamentales y de reivindicaciones transitorias. Frente a la experiencia de gobiernos burgueses petistas o chavistas, en América Latina, exigimos la expulsión de los ministros capitalistas de los gobiernos que encabece la izquierda; la ruptura con el FMI y el repudio a la deuda externa; la nacionalización de la banca, de los grandes monopolios y de los latifundios bajo control obrero; el enfrentamiento del sabotaje capitalista mediante la ocupación de las empresas y la gestión obrera; el reemplazo de las organizaciones armadas de la burguesía por la organización armada de los obreros y de los campesinos; y una acción continental de lucha por los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

IV. Una etapa de guerras imperialistas y la lucha internacional contra la guerra

16. La guerra imperialista en los Balcanes ha dado inicio a un nuevo período mundial de crisis internacionales, guerras y revoluciones.

La IV Internacional no pone un signo igual, como lo hace el pacifismo, entre las diferentes clases de guerras. Denuncia que las guerras son el producto de un régimen social determinado y expresan la explosividad de sus contradicciones, de ningún modo una tendencia particular de gobierno. Son engendradas por el régimen capitalista de producción y por las rivalidades entre los diferentes grupos capitalistas y son un instrumento de dominación económica y de opresión nacional del imperialismo. La IV Internacional combate las guerras imperialistas con el método de la revolución social.

La IV Internacional señala la obligación de caracterizar a las guerras de acuerdo a la estructura social de las naciones enfrentadas. Combate las guerras entre naciones imperialistas mediante la organización de la guerra civil de los explotados contra la burguesía dominante del propio país, de un lado, y mediante la colaboración revolucionaria con los trabajadores de los países ‘enemigos’, del otro.

Combate también como reaccionarias a las guerras entre naciones oprimidas y llama a la confraternización entre sus trabajadores y al frente unido contra el imperialismo. Denunciamos el apetito estrecho de las burguesías locales y su manipulación por parte del imperialismo para reforzar la dominación semicolonial prevaleciente.

La IV Internacional apoya incondicionalmente las guerras de las naciones oprimidas contra el imperialismo y participa prácticamente del lado de la nación oprimida. Apoya asimismo la lucha organizada y de las masas contra el esfuerzo militar y político del imperialismo contra las naciones oprimidas. Dentro de estas últimas apoya toda colaboración política y militar con las tendencias que combaten al imperialismo con métodos populares y colabora efectivamente con ellas sin resignar en ningún momento la independencia política. Las situaciones nacionales donde la opresión del imperialismo mundial se combina con una opresión colonial o nacional interna, de parte de las burguesías o incluso pequeña burguesías locales (como, por ejemplo, en los Balcanes, en Siria o en los países del Golfo Pérsico), no se diferencian sino en cuestión de grado de las naciones oprimidas donde dominan dictaduras sangrientas. En todos estos casos apoyamos la unidad de la lucha contra el imperialismo, incluida la colaboración práctica con los opresores locales contra los opresores internacionales, sin resignar para nada, ni en ningún momento la reivindicación de la libertad nacional y de la democracia política contra los opresores nativos. La derrota del imperialismo capitalista internacional es la condición necesaria para la conquista de la libertad nacional. Defendemos la unidad de los pueblos de la ex Yugoslavia contra la OTAN, así como la libertad nacional para kosovares, macedonios, montenegrinos en el marco de una Federación socialista de los Balcanes (con Albania, Rumania, Grecia y Bulgaria).

Impulsamos la unidad de todos los pueblos que componen Irak contra la coalición imperialista yanqui y la libertad y autodeterminación nacionales, por ejemplo para los pueblos turcomano y kurdo. Denunciamos las limitaciones insalvables del enclave kurdo apoyado por el imperialismo yanqui en Irak y las contradicciones insalvables, desde el punto de vista de la nación kurda, que supone el propósito de integrarlo en una federación iraquí bajo protectorado norteamericano. La libertad y unidad nacionales del pueblo kurdo suponen, antes que nada, el derecho a la unidad libre con los kurdos de Turquía (y de Siria, Irán e Irak), derecho que es incompatible con la dominación del capitalismo turco, del imperialismo yanqui y de la Otan. La expulsión del imperialismo de Irak exige la movilización de todos los explotados del Medio Oriente por la independencia y liberación nacionales y plantea la lucha por una Federación Socialista del Medio Oriente.

17. La autodeterminación, unidad e independencia nacionales de Palestina constituyen el centro histórico de la cuestión del Medio Oriente. La guerra de Irak se inscribe en el marco de las tentativas reiteradas del imperialismo para liquidar los derechos nacionales palestinos. El imperialismo ha injertado en el Medio Oriente un monstruoso estado cliente, el Estado sionista, que se encuentra en las antípodas de la liberación y desarrollo nacionales de los pueblos de la región. La independencia nacional del Medio Oriente es incompatible con el Estado sionista; una derrota del imperialismo en la presente guerra lo barrería del escenario meso-oriental. La lucha del pueblo palestino resume la determinación histórica de la emancipación nacional en el Medio Oriente. Ha ganado este derecho en la lucha viva contra la opresión imperialista moderna.

El sionismo no tiene un carácter nacional progresivo; su tarea histórica ha sido la confiscación económica y territorial de los pueblos nativos, financiado por una agencia internacional que es la propietaria del 99% del suelo que ocupa. El sionismo constituye un obstáculo contrarrevolucionario para un desarrollo libre y universal del pueblo judío. La situación social de las masas judías en el estado sionista ha empeorado enormemente, de un lado como consecuencia de la crisis económica internacional, del otro como consecuencia de la compe-

tencia económica entre los trabajadores inmigrantes, árabes y judíos. El nuevo impasse mortal que enfrenta el pueblo judío sólo puede ser resuelto por medio de la unión con los trabajadores árabes para destruir políticamente al estado sionista y forjar una República socialista única de Palestina en todo su territorio histórico, de uno y del otro lado del Jordán. La IV Internacional denuncia la posición que sostiene que la descomunal militarización del sionismo opone una barrera infranqueable a una lucha nacional palestina y condena a las masas palestinas a una larga colaboración histórica con el sionismo. Por el contrario, destacamos la artificialidad y fragilidad históricas del sionismo y señalamos su dependencia de la crisis mundial en curso. La lucha política contra el sionismo no se restringe al ámbito regional del Medio Oriente sino que debe tener un carácter internacional, tanto entre las masas de obediencia musulmana como entre los judíos, en especial los trabajadores y la juventud. La lucha contra el racismo y el antisemitismo debe servir para unir a los trabajadores musulmanes y judíos y para hacer avanzar la causa de la expulsión del imperialismo mundial y del sionismo del Medio Oriente.

18. La IV Internacional denuncia el carácter imperialista y opresor del laicismo en los Estados que han dejado atrás hace mucho tiempo su época de formación nacional y de combate contra el clero, y son, en la actualidad, Estados opresores de naciones y nacionalidades. La neutralidad religiosa en los Estados imperialistas, al igual que lo que ocurre con la democracia, tiene un contenido opresor. Es un arma de combate, no contra el clero y el oscurantismo clerical, sino contra el ateísmo y la ciencia. Es también un instrumento de la lucha de las confesiones de las naciones opresoras contra las confesiones de las naciones oprimidas. El laicismo 'occidental' escamotea también los lazos que se refuerzan cotidianamente entre los Estados y la iglesia histórica oficial, así como con el Vaticano. Dada la hegemonía del capital financiero, esos lazos son históricamente más estrechos en la actualidad que en la época en que aún no se había sancionado la separación de la Iglesia del Estado. Toda una gama de corporaciones y fundaciones, que financian el progreso imparable del clero en el campo de la educación y la cultura y de la asistencia social, aseguran una relación estrecha creciente entre el clero y el estado democrático.

La ofensiva del estado imperialista francés contra los jóvenes y trabajadores que no comulgan con las religiones establecidas, en especial contra los de obediencia musulmana, es una herramienta del capital contra la unidad entre los diversos sectores del proletariado y refuerza la tendencia comunitarista entre quienes no comulgan con la religión oficial, como lo es, a todos los fines prácticos, la católica. Los Estados imperialistas laicos se valen de la neutralidad religiosa, no como un medio de lucha contra el oscurantismo sino contra el ateísmo y el comunismo. La circunstancia de que esa neutralidad puede entrar en conflicto con tendencias confesionales extremas no atenúa en nada el hecho de que es un medio de dominación cultural y político de la burguesía imperialista e incluso de la religión oficial, a través del apoyo que recibe del capital financiero. La misma finalidad de división de la clase obrera expresa, en especial en los países imperialistas o desarrollados, la promoción del "multiculturalismo" por parte del Estado, alegando la necesidad de proteger las "diversidades" étnicas o religiosas. Se pretende, en realidad, confinar a los trabajadores inmigrantes y a sus descendientes en una suerte de ghettos, controlados por una burocracia tutelada por el Estado, y disimular de este modo la brutal discriminación de que son objeto tanto desde el punto de vista de los derechos formales como de las condiciones sociales. La IV Internacional llama a la clase obrera de los países imperialistas a fortalecer los lazos con los trabajadores de obediencia musulmana mediante la lucha de clases común contra el capital y a valerse de esa lucha y de la organización que ella exige para emanciparse a si mismos y a sus hermanos de clase de toda forma de oscurantismo religioso, en primer lugar contra la iglesia dominante, y de toda dominación clerical comunitarista. La IV Internacional llama a los trabajadores de obediencias no católicas a no dejarse engañar por los reclamos de la igualdad cultural y a poner en el primer plano de sus esfuerzos y de sus luchas las reivindicaciones sociales, contra el capital, por la igualdad de acceso a las conquistas obtenidas por los trabajadores del país en el curso de una larga lucha histórica. La IV Internacional destaca como un ejemplo la persistencia de oposición de las masas de Bolivia a la dominación clerical católica, y llama a convertirla en una bandera que sirva a la participación de millones de indígenas en la revolución social y de

ningún modo para reivindicar un particularismo étnico que no tiene futuro positivo bajo el capitalismo.

19. La IV Internacional rechaza cualquier forma de subordinación política de los obreros y campesinos árabes respecto a sus burguesías y feudales, que es propiciada en nombre de la unidad de la Nación Arabe, y destaca la importancia de la lucha política contra los explotadores teniendo en cuenta las peculiaridades de los diferentes Estados árabes. Señala, fundamentalmente, que la lucha por la emancipación nacional sólo puede triunfar por medio de la toma del poder por los trabajadores, o sea que ponemos en un primer plano la lucha por el derrocamiento de las burguesías y feudales árabes y sus gobiernos.

La liberación nacional palestina enfrenta una colosal crisis de dirección; la totalidad de su dirección pequeño burguesa ha pasado a un compromiso con el imperialismo y el propio sionismo. La llamada Autoridad Palestina es una barrera política para la lucha contra el sionismo y para la lucha por unir a los trabajadores de toda la región, en especial de Siria, Líbano y Jordania, contra la opresión del imperialismo y las dictaduras semi-feudales, burguesas o pequeño burguesas. La IV Internacional pone todas sus energías en la construcción de un partido obrero revolucionario en Palestina.

20. En el ámbito de las actuales guerras internacionales, denunciamos la colaboración entre el imperialismo y la burocracia restauracionista de Rusia en la guerra llevada adelante contra la nación afgana, que se manifiesta en el arriendo o cesión de bases militares a la OTAN en varios países de Asia Central. Esta colaboración fue comprada a la burocracia rusa a cambio de su ‘derecho’ a continuar una de las guerras en curso más crueles y despiadadas, contra la nación y el pueblo chechenos. Denunciamos, asimismo, que esta guerra de opresión se lleva a cabo en el marco de una negociación inconclusa entre la burocracia rusa y el imperialismo yanqui, que puede detonar nuevas guerras regionales con alcance internacional, por el reparto económico y político de la región en torno al mar Caspio y del Cáucaso, en particular en relación a la explotación y el transporte de pe-

tróleo. La IV Internacional apoya la lucha guerrillera del pueblo checheno contra el opresor ruso, apoyado por la Unión Europea y Estados Unidos, por su derecho a la autodeterminación e independencia nacionales. La IV Internacional llama a los pueblos del Cáucaso a luchar en común tanto contra el imperialismo yanqui, la OTAN, la Unión Europea y la burocracia rusa, por la construcción de una Federación Socialista del Cáucaso.

21. El campo de lucha fundamental contra la guerra debe tener lugar en las propias metrópolis imperialistas. La lucha contra la guerra ha dado lugar a movilizaciones de masas extraordinarias y al inicio de crisis políticas de los gobiernos imperialistas. Esto ya ocurre en España e Italia y en una medida un poco menor en Gran Bretaña. La guerra tiene un efecto confiscatorio sobre los pueblos de las naciones de Europa, cuyos estados no pueden lidiar con déficits fiscales crecientes (¡Italia ha comenzado a poner en venta su patrimonio cultural!). Los botines que ofrece la guerra imperialista no compensan el costo que ésta le ocasiona a los golpeados presupuestos nacionales y el agravamiento de la bancarrota de los sistemas de previsión y de salud, tanto estatales como privados, e incluso de estos últimos especialmente.

El acaparamiento de los principales negocios de la guerra por parte de los monopolios norteamericanos y el prodigio de los Estados Unidos para financiar la guerra y cebar una reactivación económica mediante el aumento de la deuda pública, acentúa aún más la vulnerabilidad de los Estados europeos. Estas contradicciones se encuentran potenciadas, a su vez, por la agudización de la rivalidad entre el imperialismo yanqui y, en particular, los imperialismos francés, alemán y, en parte, inglés. Se van acumulando de este modo la acción de los factores que precipitarán crisis políticas aún mayores y movimientos populares de lucha de mayor envergadura.

La IV Internacional señala la incapacidad del pacifismo para acabar con las guerras que son engendradas inevitablemente por el régimen de explotación del hombre por el hombre, y denuncia, de un lado, su carácter homeopático y, del otro, su carácter, anestesiante. Los re-

volucionarios propugnamos convertir el crimen de la guerra en crisis políticas cada vez más intensas en las metrópolis, especialmente mediante el señalamiento a las masas de que esas crisis políticas crecientes son la consecuencia inevitable de sus luchas anti-bélicas y sociales y de que ellas representan, no solamente un mal menor con relación a la libertad de acción que pretende la burguesía para continuar sus guerras, sino el marco más propicio para acabar con la guerra mediante la acción revolucionaria obrera. En la lucha práctica contra la guerra, la IV Internacional plantea la huelga y el boicot a los envíos militares de los países imperialistas, desarrolla una agitación contra el imperialismo en las fuerzas armadas y reclama la inmediata nacionalización sin pago de todos los capitales promotores de la guerra, bajo control obrero, en primer lugar de la industria de armamentos, pero igualmente de la petrolera o la farmacéutica, conforme fueron denunciadas internacionalmente. En la medida del crecimiento de la conciencia y de la organización de los trabajadores, estas crisis políticas deben ser convertidas en revolucionarias. La lucha contra la guerra imperialista devuelve al primer plano a la lucha de clases en las naciones capitalistas avanzadas.

22. El imperialismo ha llevado adelante la guerra hasta ahora bajo el patrocinio, la cobertura y la protección de la democracia. No ha necesitado recurrir al fascismo. No solamente esto; ha actuado, además, para contener y disipar los brotes fascistizantes o nacional-imperialistas, como ha ocurrido en Alemania, Dinamarca, Francia y Austria. Ha preferido los recambios políticos de centroizquierda a los golpes de estado de la extrema derecha. El pseudo-fascismo actual, en el viejo continente, tiene un campo limitado de acción porque representa una tendencia de oposición nacionalista a la Unión Europea, que sigue siendo el arma principal de la burguesía para luchar por un lugar en el mercado mundial y para disputar la restauración capitalista en el este. La burguesía no tiende, en Europa, a una guerra entre sus intereses nacionales, sino que se orienta a la creación de un directorio político de sus Estados más fuertes. El imperialismo, en sus metrópolis de dentro y fuera de Europa, se considera mejor servido, por ahora, por la democracia. Esto demuestra el grado de la colaboración de clases de la socialdemocracia, la burocracia de los

sindicatos y la pequeña burguesía izquierdizante. Lejos de ser un precio de libertad que le hubiera impuesto la burocracia obrera a su burguesía imperialista, es una extorsión del imperialismo para mantenerla como rehén de la política y de la guerra imperialistas. La democracia no es de ningún modo el sinónimo de la paz cuando se trata de la democracia burguesa y menos todavía de la imperialista.

La guerra y la democracia imperialistas se encuentran, sin embargo, recíprocamente condicionadas por la capacidad para mantener la "paz social" en sus metrópolis. En la medida en que las contradicciones capitalistas y las de la propia guerra minan esa "paz social", el régimen democrático se ve comprometido. Se encuentra fuera del alcance de la burocracia obrera la posibilidad de regular o mitigar las contradicciones objetivas del capital; por eso, si aún quiere conservar la "paz social" en condiciones menos favorables para ello, debe recurrir a la división de las masas que hacen frente a la ofensiva capitalista, a la paralización de las organizaciones obreras y a la capitulación lisa y llana ante las patronales y el Estado. Es lo que han hecho los sindicatos y la izquierda en Europa y la AFL-CIO en los Estados Unidos. Desde mediados de los 90 la dirección de los sindicatos norteamericanos se encuentra en manos de una dirección reformista y centroizquierdista, que incluso llegó a coquetear con las manifestaciones de masas "contra la globalización". Un ala izquierda de esta dirección intentó plantear la construcción de un Labor Party. Esta nueva dirección ha sido un sólido baluarte del imperialismo yanqui en todo el curso de la presente crisis mundial.

La medida en que va siendo minada la "paz social" en las metrópolis lo ofrece el creciente empobrecimiento de las masas, por un lado, y en particular el carácter crónico, con una curva creciente, de la desocupación de masa, y la fuerte tendencia al cercenamiento de las libertades democráticas, por el otro, con características propias de un Estado policial, que se desenvuelve en nombre de "la lucha contra el terrorismo". Desde el Pentágono norteamericano, especialmente, se procura convertir al anti-terrorismo en el pretexto para la completa subordinación de las fuerzas armadas del resto de los países. Por todo esto, mientras denunciamos la dependencia completa de la de-

mocracia burguesa al imperialismo, llamamos a la lucha por la defensa de las libertades democráticas formales y de organización en las naciones imperialistas, incluida especialmente la defensa del derecho de resistencia a las guerras y a la opresión étnica o nacional por medios revolucionarios. Denunciamos a la campaña "contra el terrorismo" como dirigida contra la independencia nacional de las naciones históricamente atrasadas. Denunciamos que la reacción política en las metrópolis se nutre del sometimiento nacional y señalamos que la lucha por la emancipación de estas naciones es la forma más alta del combate por la democracia formal.

V. El carácter inconcluso de la restauración capitalista

23. El enorme avance de la restauración del capital en los ex Estados obreros no significa de ninguna manera que se trate de un proceso histórico que haya arribado a una conclusión. La importancia teórica de esta caracterización reside en que condiciona la caracterización de la crisis capitalista mundial en su conjunto. Es necesario distinguir los estadios que caracterizan el desenvolvimiento del capital y en especial el entrelazamiento de sus diferentes etapas. En esto consiste, precisamente, el análisis histórico concreto.

La transferencia sin precedentes del patrimonio estatal a un puñado de acaparadores privados no le ha quitado todavía su lugar de arbitraje excepcional a la burocracia estatal oriunda del viejo régimen (con referencia a las burocracias de los países capitalistas, incluso los más estatizados). Esto es muy claro tanto en China como en Rusia, pero vale hasta cierto punto también para algunos países de Europa oriental. En Cuba, ese arbitraje es el más autónomo. En Cuba la restauración del capital ha seguido la vía de inversiones extranjeras limitadas y no ha habido virtualmente transferencia de propiedades estatales, aunque el patrimonio económico público se encuentra principalmente en manos de una corporación, las fuerzas armadas, que forma parte del Estado, pero que no es el Estado mismo. En China, ha tenido lugar una enorme penetración del capital extranjero y se han formado grandes capitales privados, pero el patrimonio económico del Estado aún supera al del capital privado, en especial en los bancos.

En los ex Estados obreros prospera el capital privado, pero no se ha formado todavía una clase capitalista. La mediación de los capitales privados se realiza predominantemente a través de la burocracia y está condicionada por disposiciones administrativas de esta burocracia. Los parlamentos no constituyen, en ningún caso, la representación, o sea la mediación política, de los capitalistas como clase. Tampoco existe realmente una clase de capitalistas compradores que tenga el monopolio de la relación entre el capital y el mercado internacionales, de un lado, y el mercado interior, del otro; en China, Rusia y Cuba esa mediación corre, al menos principalmente, por cuenta de la burocracia del Estado.

El acaparamiento de la propiedad estatal puede ser un paso hacia la formación de una clase capitalista, pero no es sinónimo de ella. El capital se sigue formando, en el mercado interior, por medio del saqueo del patrimonio y recursos del Estado. Aunque con gradaciones que varían entre sí considerablemente, el capital no es aún la potencia social dominante, o sea que es capaz de subordinar efectivamente todas las formas del trabajo social a la acumulación del capital. En China, donde esta potenciación social del capital es más intensa, este papel lo desempeña el capital extranjero no el nacional (la manifestación más desarrollada de un capital nacional chino tiene lugar en Hong Kong y se ramifica a las regiones costeras del sur).

Las contradicciones propias de estas formaciones sociales entrelazadas, "sui-géneris", de los regímenes capitalistas transitorios, han tenido una manifestación excepcional en la semi-confiscación de los pulpos petroleros rusos Yukos y Sibneft, por parte del Estado. El gobierno de la burocracia rusa se postula a intermediario entre el capital petrolero internacional y los recursos petroleros de Rusia. Ha sido forzado a proceder de esta manera por la inminencia de una transferencia de propiedad de la oligarquía rusa, sin capital para competir en el mercado mundial, al capital petrolero internacional. En esta expropiación parcial de la oligarquía ha intervenido en forma decisiva la crisis política internacional, toda vez que los recursos, el transporte y los métodos de distribución de gas y petróleo plantean crisis internacionales en el Extremo Oriente, con referencia al abastecimiento

de China y Japón; en el Artico, con referencia al transporte a Estados Unidos; en el Asia Central y el Mar Caspio, con referencia a sus yacimientos; en el Cáucaso con referencia al transporte a Europa, lo cual es también determinante con los ductos que atraviesan Bielorusia y Ucrania. Como ocurriera a lo largo de todo su pasado, Rusia vuelve a ser incapaz de relacionarse con el occidente capitalista por medio de un capital socialmente independiente.

24. La cuestión de la propiedad no ha sido resuelta, al menos en Cuba, China y Rusia, las naciones más importantes en la historia política revolucionaria. En Rusia los grandes conglomerados tecnológicos, las joyas de la corona de la ex URSS, siguen, parcial o totalmente, en manos del Estado. En la ex Yugoslavia se encuentran incluso en el limbo las soberanías estatales y los territorios, algunos de ellos incluso revisten la condición de protectorados. Entre el proceso de privatización que caracteriza a la restauración capitalista y las privatizaciones corrientes en las naciones burguesas existe mucho más que una diferencia de grado, en primer lugar por su escala, en segundo lugar por su peso en la economía mundial y en la redistribución de poder entre los monopolios capitalistas internacionales, en tercer lugar porque implica una catástrofe social para decenas y centenares de millones de personas.

En China la transformación capitalista de la propiedad ha sido facilitada por la ausencia de una gran industria estatal moderna, al menos en comparación con la de Rusia. Pero aun tiene que resolver, por una parte, el destino del monopolio financiero y del crédito que aun conserva el Estado y, por la otra, el de la propiedad agraria de centenares de millones de campesinos que explotan la tierra en la forma de usufructo. Los bancos estatales se encuentran en bancarrota, con un monto de créditos incobrables que iguala al producto bruto interno de China. La privatización de los bancos estatales supone una declaración de quiebra financiera parcial del Estado, pero también plantea la amenaza del derrumbe de decenas de miles de empresas industriales financieramente quebradas, con su secuela inevitable de decenas de millones de cesantías. Un rescate estatal de estas empresas no plantearía solamente la perspectiva catastrófica

de una hiperinflación sino también una catástrofe financiera internacional, que sería un resultado del retiro del capital en divisas que China tiene invertido en las deudas públicas de diferentes estados capitalistas. Las contradicciones extraordinarias que caracterizan a la restauración del capitalismo quedarán expuestas a fuego en las crisis financieras internacionales que se anuncian inminentes, como ya quedó de manifiesto, en una escala harto menor, en 1997-99, cuando la crisis asiática provocó la crisis rusa y el derrumbe, a término, del gobierno de Yeltsin.

La perspectiva de la privatización agraria ya está dando lugar a la expulsión de los campesinos de la tierra por parte de las burocracias locales que hasta ahora los explotaban principalmente por la vía confiscatoria del impuesto, las tasas y los tributos. En China la concentración de la propiedad de la tierra ya se encuentra en marcha y, paralelamente, la intensificación de las rebeliones en el agro. El otorgamiento de rango constitucional al derecho a la propiedad privada apunta a consolidar la superestructura jurídica del proceso de privatización financiera, industrial y agraria, que se encuentra recién en los inicios.

La restauración capitalista no podría ser nunca, fundamentalmente, un proceso orgánico interior. El capitalismo ha alcanzado un nivel histórico de desarrollo que pone un límite infranqueable a esa posibilidad. La restauración capitalista sólo puede desenvolverse como un proceso internacional, sometida a la hegemonía del capital financiero. Pero el capital internacional procede, en esta labor, conforme a su propia naturaleza. Está obligado a abordar y a condicionar la restauración capitalista a la lucha internacional por el control y la hegemonía del mercado mundial y por el monopolio de la redistribución de influencia que la restauración capitalista provoca en el mercado mundial. A partir de aquí pone en movimiento una contradicción importante; de un lado, una tendencia a valerse de la penetración en los nuevos mercados para intensificar la competencia por el monopolio del mercado mundial existente y, del otro, una tendencia a bloquear la restauración del capital para atenuar esa competencia mundial y frenar el ingreso de nuevos competidores. La

penetración capitalista extranjera en los ex Estados obreros ha sido impulsada hasta ahora por el precio relativo menor de la fuerza de trabajo y de los recursos tecnológicos y naturales, agudizando la competencia en el mercado mundial entre los monopolios capitalistas establecidos. La re-colonización económica masiva del espacio interior de los ex Estados obreros se encuentra en gran parte condicionada al desenlace de la rivalidad comercial, financiera y política que se ha acentuado, entre esos monopolios y entre sus respectivos Estados. En resumen, la restauración capitalista constituye un episodio histórico concreto de crisis gigantescas y revoluciones.

25. Los trabajadores de los ex Estados obreros tienen frente a ellos una gama de tareas políticas: 1. La lucha contra la burocracia, porque la expoliación de la burocracia para acumular privilegios no ha desaparecido sino que se ha acentuado como consecuencia de la tendencia a la restauración del capitalismo; 2. La lucha contra la restauración del capitalismo, porque, de un lado, la privatización de la propiedad expropiada al capital todavía está en sus inicios y porque, del otro lado, las privatizaciones constituyen un largo proceso de lucha contra los trabajadores por parte del capitalista que ha entrado en posesión de la propiedad estatal para adaptar la explotación del trabajo a las nuevas condiciones de producción y a las nuevas condiciones de mercado; 3. La lucha contra el capital.

La IV Internacional rechaza las posiciones que:

1. Llaman a defender e incluso apoyar a la burocracia, atribuyéndole el carácter de un límite parcial a la restauración capitalista y una moderadora de la tendencia de ella a una intensificación de la explotación. Destacamos, por el contrario, la acentuación del parasitismo de la burocracia y de sus propias tendencias explotadoras, así como de una tendencia a estrechar relaciones con el capital internacional. Esta posición distorsionante acerca del rol de la burocracia se manifiesta principalmente con relación a Cuba, en menor medida en China y ha reaparecido en Rusia con posterioridad a los roces de Putin con la oligarquía que fue creada en el período de gobierno de Yeltsin. En conformidad con las peculiaridades que distinguen a los diferentes

países y teniendo incluso en cuenta las características de las situaciones políticas del momento, la IV Internacional plantea el derrocamiento de las burocracias existentes y su reemplazo por gobiernos obreros y campesinos que repongan la dictadura del proletariado, confisquen a la burocracia y expropien al capital y establezcan un sistema de gobierno de consejos obreros.

2. Que oponen a la privatización integral de la propiedad estatal el establecimiento de un régimen social mixto o cooperativo, alegando que la asociación con el capital privado es indispensable para superar el atraso histórico que la burocracia fue incapaz de resolver o que pudo haber agravado. La perspectiva de una cooperación breve o relativamente prolongada con el capital internacional o incluso nacional en el terreno económico, que sirva a una causa histórica de progreso se encuentra, sin embargo, condicionada a varios factores: uno, a que esa negociación sea encarada por el gobierno obrero y no por la dictadura burocrática; dos, a consideraciones internacionales y no solamente nacionales, en primer lugar el estado y las perspectivas de victoria de la revolución mundial. El carácter social de una transición está determinado por el carácter del Estado; cuando éste ha pasado a manos de una burocracia, la privatización en masa lo convierte en una garantía, no de las viejas conquistas sociales, sino de las adquisiciones capitalistas.

3. Atribuyen los resultados destructivos de la restauración capitalista, tanto reales como potenciales, exclusivamente a la supervivencia de la burocracia y a que no se hubiera establecido una democracia efectivamente representativa. En realidad, sin embargo, ninguna democracia representativa ha podido prescindir, históricamente, de una burocracia y, lo que es más, la historia política de la democracia, o sea de la dominación de la sociedad civil, no ha sido más que la persistente estatización de las relaciones civiles. La reivindicación de la democracia formal ha sido, en todo el proceso preparatorio de la restauración capitalista, el mecanismo ideológico que ha encubierto la expropiación del patrimonio estatal por parte de la burocracia, los acaparadores privados y el capital internacional.

La pretensión de desalojar las grandes revoluciones sociales de contenido proletario del siglo XX de la historia, en especial de la revolución del 17, por medio de un proceso indoloro, pacífico o gradual ya ha fracasado. Por el conjunto de factores que la condicionan, la restauración del capital deberá dar lugar a gigantescas conmociones sociales y políticas internacionales. De todos modos, una victoria del capitalismo sólo tendría la capacidad de retrasar la marcha de los minuteros de la historia. Esa victoria replantearía la lucha entre el capital y el trabajo en nuevas condiciones históricas; es decir, la competencia, la concentración de la riqueza en pocas manos, la socialización de la producción, las crisis, las contradicciones insolubles del capital, en fin un nuevo período de revoluciones socialistas.

VI. La crisis social en los países capitalistas desarrollados

26. La expresión más contundente de la crisis mundial es la incapacidad de la burguesía para sostener la legislación laboral y los regímenes de protección social, que han sido la principal conquista popular de las luchas revolucionarias de la ante y la pos-guerra. Esta incapacidad obedece a la fenomenal caída de la tasa de beneficio, histórica, del capital. Esta caída es un reflejo de la incapacidad del capital de reproducirse sobre sus propias bases. La superación de la crisis de la acumulación capitalista exige un incremento drástico de la tasa de explotación del proletariado. De aquí resultan las tendencias a la flexibilización laboral en sus diversas formas y el desempleo en masa. También resulta de aquí la tendencia a la liquidación de la protección social (salud, previsión), porque ella forma parte del precio de la fuerza de trabajo que es necesario reducir drásticamente. La crisis de los presupuestos estatales son un reflejo de esta situación. El Estado intenta, primero, hacer frente a la crisis del capital mediante la transferencia de la carga impositiva a los consumidores, la privatización del patrimonio económico del Estado y mediante el endeudamiento público; en casos extremos, mediante la inflación y la hiperinflación. Luego, la carga de los intereses y de la deuda y los límites para una presión impositiva mayor plantean la crisis de las finanzas estatales y de los servicios públicos.

La privatización representa el intento de la burguesía de asociar el financiamiento de la seguridad social al ciclo del beneficio capitalista y liquidar, de este modo, su carácter de norma de derecho que encarga al Estado la protección social de los trabajadores. En la época de crisis, el 'ideal' de la burguesía es asociar el precio de la fuerza de trabajo al movimiento de los beneficios capitalistas (es decir de sus pérdidas). De aquí nace el planteo más extremo de determinar el salario como una parte del beneficio. La desocupación en crecimiento y la caída relativa de los salarios provocaron una considerable reducción de los aportes a las distintas formas de seguridad social. La privatización acentuó, en muchos países, la crisis, porque dejó al Estado con un menor financiamiento para la seguridad pública. Constituyó un formidable instrumento de confiscación de los trabajadores, porque los fondos recogidos financiaron grandes negocios capitalistas y una especulación financiera sin precedentes. El derrumbe bursátil del 2000, a su turno, provocó el derrumbe de los sistemas de protección social privatizados, en especial los referidos a los retiros y jubilaciones. El cuadro actual es de una bancarrota simultánea de la protección social tanto estatal como privada. En lo referido a la salud, sus costos se han incrementado en forma enorme debido a los superbeneficios de los monopolios farmacéuticos y a la privatización de la atención médica, que al adoptar un carácter de negocio capitalista significó al mismo tiempo un enorme encarecimiento. Los apologistas del capitalismo atribuyen esta crisis al envejecimiento relativo de la población, de lo que se deriva la necesidad de aumentar la edad de retiro. La falacia de la tesis se comprueba en que, con el aumento simultáneo del desempleo, el aumento de la edad de retiro solamente significa el aumento de la desocupación en masa. La protección que se niega al que debiera jubilarse habría que destinarla al desocupado; las cuentas cierran exclusivamente con el abandono de los desocupados.

La dependencia recíproca entre el derrumbe de los derechos sociales y laborales, de un lado, y la crisis capitalista, del otro, se pone de manifiesto en el hecho de que a medida que aumenta la productividad del trabajo el capital exige el aumento de la jornada laboral y de su intensidad y la reducción de los salarios. A medida que aumenta la

capacidad de creación de riqueza social, crece, por parte del capital, la exigencia de una mayor miseria social. Resulta claro, sin embargo, que el aumento de la tasa de explotación relativa del trabajador (mediante mejor tecnología) y de la absoluta (mayor flexibilidad laboral), lleva a limitar cada vez más la posibilidad de realizar el mayor valor que produce el capital. La salida para esta contradicción, que siempre será transitoria, reside, por un lado, en la restauración del capital en los ex Estados obreros y, por el otro, en una desvalorización del propio capital que haga más rentable su aplicación productiva. La primera salida implica guerras y catástrofes internacionales, la segunda una crisis económica sin precedentes, porque la desvalorización debe ser precedida por la quiebra.

27. La defensa de las conquistas sociales que implican la propia vida de los trabajadores reclama una lucha de alcances históricos, que plantea en definitiva el derrocamiento del capitalismo. Esto queda más claro todavía luego del fracaso de las tentativas pusilánimes de compromiso de la burocracia sindical, como canjear el mantenimiento de la seguridad social por mayores aportes de los trabajadores, disminución de prestaciones o elevación de la edad de retiro; o la admisión de la caída de los convenios laborales en el ámbito de las llamadas pequeñas y medianas empresas.

La IV Internacional plantea la defensa de todas estas conquistas sociales mediante un sistema de reivindicaciones transitorias. Con relación a la seguridad social planteamos la estatización sin pago de todos los sistemas de retiro privado, bajo control de los trabajadores, y asegurar una prestación determinada igual al último salario, a las edades históricamente establecidas. El retiro, una parte del salario del trabajador a lo largo de su vida, debe ser íntegramente pagado por los capitalistas, como ocurre con el salario corriente. La posibilidad de aumentar la edad de retiro podría convertirse en un factor positivo de desarrollo humano en un régimen social sin desocupación, donde la organización del trabajo se encuentre bajo control obrero e integre las vocaciones personales, que garantice la educación, la salud y el esparcimiento, es decir, en el marco de una sociedad de decisiones libres. Con relación a la salud pública planteamos

el control obrero de los monopolios farmacéuticos, una atención estatal de salud bajo la gestión de los trabajadores y su financiación a cargo directamente de las patronales. La defensa de la salud y del retiro de los trabajadores implica el cuestionamiento del monopolio del capital.

Frente al flagelo de la desocupación reivindicamos, contra los despidos, la escala móvil de trabajo (reparto de las horas en la empresa sin afectar el salario), pero agregamos el reparto integral de las horas de trabajo de toda la sociedad, mediante una bolsa nacional de trabajo que integre a los trabajadores desocupados de acuerdo a su oficio, especialidad, residencia y condiciones de edad y de sexo. Si la escala móvil de las horas de trabajo plantea un desafío a la propiedad capitalista en el ámbito de la empresa, el reparto de las horas de trabajo en la sociedad lo plantea al nivel de todo el Estado.

En oposición a la tendencia del capital a alargar la jornada de trabajo, intensificar su ritmo, violentar los periodos de descanso y vacaciones (anualización de los periodos laborales), establecer contratos laborales precarios, reducir los salarios mínimos y las escalas salariales, planteamos: salario mínimo vital y móvil igual al costo de la canasta familiar; jornada laboral de ocho horas; descanso y vacaciones colectivos, prohibición de los despidos; contrato de trabajo indeterminado; control obrero de las condiciones de trabajo por medio de comités de empresas; convenios colectivos de trabajo por medio de representantes obreros elegidos y revocables en asambleas. La IV Internacional denuncia las limitaciones de la semana de 35 horas pactada en Francia, en 1995, porque se otorgaron como compensación al congelamiento de los salarios nominales, restringieron el reconocimiento de las horas extras y se autorizó su calculo anualizado, permitiendo con ello la violación de la jornada de ocho horas y el derecho a vacaciones y feriados colectivos. En Francia, la desocupación y la precariedad del trabajo han crecido y la situación general de la clase obrera ha retrocedido. Para que la reducción de la semana laboral sea un instrumento real de lucha contra la desocupación debe ir acompañada con la prohibición del despido y de extender la jornada laboral o intensificar su ritmo, con la escala móvil de los salarios

y con un control obrero capaz de determinar que el resultado social de la reducción de la semana laboral haya servido al progreso de los trabajadores.

28. En el curso de la presente crisis mundial se han producido enormes luchas sociales y nacionales, pero el proletariado de las principales naciones industriales ha estado relativamente ausente de ellas, con la excepción parcial de Corea del sur. Algunos choques importantes van marcando, sin embargo, un cambio de tendencia, por ejemplo las ocupaciones de la Fiat, en Italia, en 2002, o las que están en curso en los astilleros de España. Pero los amortiguadores sociales de la lucha de clases tienden a disolverse, en particular en Europa, porque han entrado en una contradicción cada vez más intensa con el capital. La IV Internacional reivindica la necesidad de ocupar un lugar destacado en todas las luchas provocadas por la opresión social o nacional y al lado de todas las clases, grupos o nacionalidades que sufran la opresión o la arbitrariedad. La lucha contra el capital envuelve a la totalidad de las contradicciones y antagonismos que crea o que refuerza la dominación capitalista mundial y entre las que se establece una relación de dependencia recíproca. Si Inglaterra hubiera sido derrotada en Malvinas, en 1982, digamos, el gobierno Thatcher no habría derrotado a los mineros británicos en 1985. La IV Internacional participa junto a los sin tierra de Brasil, Paraguay o Argentina, los campesinos cocaleros de Bolivia y Colombia, las mujeres asesinadas en México o golpeadas en todo el mundo, los inmigrantes sin papeles, los niños esclavizados, los jóvenes que reclaman el pleno derecho a la educación y los movimientos de trabajadores, en particular campesino, por la defensa y mejoramiento de su hábitat y medio ambiente, por la defensa de los derechos personales de todo orden contra el Estado policial que es todo Estado capitalista. La IV Internacional interviene en estas luchas, no en defensa de salidas de orden particular (que no son tales), sino para producir un único movimiento internacional por la victoria de la revolución socialista. Sólo participando en las luchas contra toda, absolutamente toda, forma de opresión puede una vanguardia obrera reclamar su lugar en las filas combativas del proletariado industrial internacional.

Los cierres de empresa y la tendencia a la crisis industrial han planteado las ocupaciones de empresa y las plantearán todavía más en el futuro. Las ocupaciones de empresa han planteado, históricamente, un conjunto de cuestiones, que se encuentran vinculadas a las condiciones de conjunto de la lucha. Cuando tienen que ver con la bancarrota económica, oponen al cierre o al despido masivo el reclamo de la expropiación de la empresa y su puesta en funcionamiento bajo la responsabilidad de los propios trabajadores. La IV Internacional plantea, en estas circunstancias, la expropiación sin pago de los capitalistas, la confiscación de sus bienes privados, la puesta en marcha de la empresa con fondos estatales y la gestión obrera de la producción. De acuerdo con el nivel de generalización de la lucha, se plantea la formación de un frente de empresas ocupadas y gestionadas para, alternativamente, exigir fondos bancarios sin interés para el funcionamiento de la gestión obrera, la intervención de los trabajadores en la gestión de los bancos y la nacionalización sin pago del sistema financiero bajo la dirección obrera. Mientras que es claro que una gestión obrera de una empresa o un grupo de empresas no tiene destino bajo el capitalismo, la IV Internacional advierte contra el intervencionismo del Estado o incluso la estatización de las empresas que se encuentran ocupadas o gestionadas, porque implican un paso hacia la destrucción de la gestión obrera y, cuando las condiciones más generales son revolucionarias o prerrevolucionarias, un instrumento contra la revolución proletaria. A la estatización de empresas gestionadas, de un lado, y a la salida individual de la cooperativa obrera o de la autogestión, la IV Internacional opone la alternativa del frente de las empresas ocupadas y gestionadas; su intervención en los bancos estatales y privados, incluyendo la nacionalización financiera, para viabilizar la gestión obrera; su alianza con el conjunto del movimiento obrero en torno a las reivindicaciones comunes y en la perspectiva de una huelga política de masas. La IV Internacional establece la distinción entre las estatizaciones burguesas nacionales contra el capital extranjero, que tienen un carácter relativamente progresivo, y las que van dirigidas a sustituir a la gestión obrera, que van contra la posibilidad de una acción independiente del proletariado.

Una tarea de importancia excepcional en la presente crisis es la organización de los desocupados. Esta organización no solamente atenúa la rivalidad entre los trabajadores que estimula el capital sino que tiene a convertirse en un poderoso arsenal revolucionario, dado que los desocupados representan el sector más golpeado y desesperado de las masas y el que concentra la disolución del capital en cuanto tal. Este potencial revolucionario explica la obstinada oposición de la burocracia de los sindicatos a su organización, que sin embargo es insustituible para acometer la tarea sindical por excelencia, que es la atenuación de la competencia entre los trabajadores. En la medida en que la vanguardia revolucionaria se esfuerza por organizar a los desocupados, mediante la presión en los sindicatos y fuera de ellos, y convierte a esta organización de los sin trabajo en un movimiento de solidaridad con los trabajadores empleados que luchan contra las cesantías y la flexibilidad laboral, esa vanguardia logra un acercamiento sin precedentes al conjunto de la clase obrera en el terreno más avanzado posible. La reivindicación fundamental de los desocupados es el derecho a la vida y al trabajo, o sea un seguro al desempleo, de una parte, y el acceso al empleo, de la otra. Frente a los intentos del Estado de adulterar el seguro al parado con formas de asistencia social clientelística, la IV Internacional reclama el control obrero, es decir de los desocupados, del seguro al desempleo y de cualquier forma de remuneración a los trabajadores que no tienen empleo. Denunciamos al Banco Mundial y a las ONG que reivindican la ayuda social para controlar a los trabajadores desocupados y convertir a esos planes sociales en una forma de explotación social que compita con el trabajador ocupado. Denunciamos, fundamentalmente, la campaña del centroizquierdismo internacional, en particular en Brasil, Argentina y Francia, que ha hecho suya la reivindicación del neo-liberalismo de un salario mínimo ciudadano. Este salario de subsistencia pretende convertir en 'statu-quo' a la desocupación masiva y establecer como piso salarial para la fuerza de trabajo la remuneración de subsistencia que se adjudica a la familia desocupada. En oposición a estos ataques abiertos o perversos contra las condiciones de vida de los trabajadores, la IV Internacional lucha por el cese de la desocupación mediante el reparto de las horas de trabajo, el salario mínimo igual al costo de la canasta familiar, el se-

guro al parado, la ocupación de las empresas que cierran, la escala móvil de las horas de trabajo contra los despidos, la adopción de planes de obras públicas bajo el control de los sindicatos o las organizaciones de desocupados, el impuesto progresivo al capital y la centralización de todos los recursos necesarios para hacer frente a la gran crisis social en manos de organizaciones controladas o gestionadas por los trabajadores.

La IV Internacional llama la atención acerca de la actividad excepcional de la mujer y de los jóvenes en los movimientos y organizaciones de desocupados. Esta intervención obedece a que son los más golpeados por la desocupación. La acción de la mujer modifica no solamente el cuadro de lucha de los desocupados sino el conjunto del ámbito social, es decir que representa un sacudimiento más vasto, que atemoriza por sobre todo al clero y sus secuaces. La presencia de la mujer desocupada en la lucha de clases tiende a violentar los límites políticos de los movimientos feministas, al introducir en ellos la lucha contra el capital. La acción de la mujer influye también en la formación de la vanguardia obrera, de un lado porque incorpora a sus filas a un protagonista de mayor potencial revolucionario, del otro porque corrige la tendencia a la desmoralización que genera el desempleo, en especial el permanente, y que se manifiesta en el proletariado masculino. La IV Internacional recoge en sus conclusiones el enorme significado que tiene la presencia de la mujer en las luchas de los explotados, saluda su aporte y llama a extraer las consecuencias que esto impone a la tarea de reconstruir a la vanguardia del proletariado.

El ataque contra la seguridad social, los cierres de empresa, la mayor flexibilización laboral, la reducción de los salarios darán lugar a un período de importantes luchas reivindicativas. La IV Internacional llama, especialmente en estas condiciones, a participar activamente en los sindicatos, incluso en los más reaccionarios; a formar en ellos fracciones clasistas; a incorporar a la lucha a las masas no sindicalizadas, reclamando para ellas la soberanía de las decisiones, mediante el régimen de asambleas, la formación de comités de huelga, la organización del enlace entre las empresas de una misma región con

independencia de su filiación sindical. Sobre la base de este método de intervención es necesaria la expulsión de la burocracia de los sindicatos y la formación de direcciones sindicales clasistas y revolucionarias. La persistencia de la burocracia en la dirección de los sindicatos en el curso de las grandes luchas obreras que se avecinan, compromete las posibilidades de una victoria sobre las patronales y el Estado.

VII. La cuestión del poder, del partido y de la Internacional

29. Tomada la situación mundial en su conjunto, es claro que la burguesía no puede seguir gobernando como lo ha venido haciendo, y que las condiciones sociales generales se han transformado para las masas en excepcionalmente insoportables. La cuestión de poder planteada por estas condiciones varía, incluso enormemente, de un país a otro, pero ha creado, al misma tiempo, una relación recíproca entre ellas. El empantanamiento del imperialismo en Irak ya ha creado una crisis política importante dentro de la burguesía y el Estado norteamericanos e incluso en el gobierno de Bush. Lo mismo ha ocurrido, incluso más acentuadamente en España, en combinación con las mayores manifestaciones de masas contra la guerra imperialista. El impasse económico en la Unión Europea ha determinado una fractura en la burguesía italiana y hasta una tendencia de ruptura de la fracción berlusconiana con su propio gobierno, al mismo tiempo que crece la movilización sindical. La crisis de los gobiernos de Francia y Alemania está fuera de duda, mientras se insinúan, y por momentos se profundizan, luchas de masas importantes. En otro continente, la presión imperialista sobre Bolivia ha dado lugar, en octubre pasado, a una revolución popular. La disgregación de un gobierno recién estrenado, el de Lula, es también manifiesta. El derrumbe de Aristide ha determinado una ocupación militar en Haití. El golpismo oligárquico contra el venezolano Chávez sigue atizando la crisis y las movilizaciones de las masas más pobres del país en defensa del gobierno nacionalista. El período de gracia de Kirchner se ha virtualmente acabado, al cabo de diez meses que se caracterizaron por un método de gobierno de crisis permanente. La acumulación de tensiones financieras en la caldera del Lejano Oriente ha provocado la

destitución transitoria del presidente de Corea del sur por parte de los grandes monopolios nacionales que sienten amenazada su existencia por la penetración del capital financiero norteamericano. El Medio Oriente es un polvorín a la espera de un estallido, en especial en Arabia Saudita, Irán y Siria. La IV Internacional se diferencia de otras corrientes revolucionarias y obreras, en primer lugar, en esta caracterización de la situación mundial. Tomada como un conjunto, o sea en la perspectiva que ofrece y en sus relaciones recíprocas (entre las naciones y las clases), la situación mundial plantea, con ritmos, características históricas y peculiaridades diferentes, y una comprensión también dispar de las clases actuantes, la cuestión del poder.

30. A partir de esta caracterización, el gobierno obrero u obrero y campesino cobra toda su actualidad como reivindicación transicional. Esta consigna significa, antes que nada, una política que consiste en desenvolver en las organizaciones tradicionales de las masas y en aquellas que éstas crean en el curso de sus luchas, la comprensión de que está planteada una cuestión de poder y que la satisfacción real e integral de las aspiraciones populares exige la toma del poder por los trabajadores. Cuando en el curso de la propia lucha y como consecuencia de la experiencia de esa lucha, esas organizaciones conquistan una posición de autoridad política de conjunto, el gobierno obrero es la reivindicación que dirigimos a esas organizaciones para preparar la lucha directa por el poder político. La posibilidad, sin embargo, de que las direcciones tradicionales encaren esa lucha por el poder es remota o excepcional, incluso bajo una presión revolucionaria de las masas. La IV Internacional advierte contra el peligro de meter en una misma bolsa lo que son las masas, sus organizaciones y sus direcciones, porque por norma general las relaciones entre ellas son contradictorias. Los períodos de crisis política o revolucionarios acentúan esas contradicciones, porque estos períodos se caracterizan, de un lado, por un cambio fundamental en la conciencia de las masas y, del otro, por una agudización del sentido de supervivencia de las direcciones asentadas en las viejas relaciones políticas. En este sentido, la reivindicación del gobierno obrero es el método del cual se vale la IV Internacional, no para añadirle una nueva oportunidad de vida a las viejas direcciones, sino para conquistar la di-

rección de las masas y las organizaciones de su combate para la vanguardia revolucionaria.

Aunque el parlamentarismo se encuentra desde hace largo tiempo en descomposición histórica y el gobierno real del Estado se encuentra en manos de un puñado de burócratas firmemente entrelazados con los principales trusts capitalistas, la participación parlamentaria (y, por lo tanto, las campañas electorales) es fundamental, incluso especialmente en un período de crisis de poder o pre-revolucionario. Esa participación debe servir no solamente para amplificar la agitación política cotidiana sino también como propaganda, o sea como educación política para la parte más militante de los trabajadores. La circunstancia de que el parlamento se haya convertido en la cobertura de la conspiración del Estado contra las masas (de ningún modo en su representación), refuerza la necesidad de la participación en él para proceder a un metódico trabajo de desenmascaramiento. Sin un trabajo revolucionario en el parlamento burgués es imposible hacer un trabajo realmente de masas. En las condiciones en que la vanguardia revolucionaria, allí donde existe y actúa, es extremadamente minoritaria y su radio de influencia se encuentra limitado a una audiencia sindical, es necesario explotar todas las oportunidades para intervenir en las campañas electorales y en el parlamento. El activismo sindical, incluso el más consecuente, puede resultar un sinónimo de metodología economicista; la participación electoral y en el parlamento puede servir, en cambio, para desenvolver una política realmente socialista, es decir, relacionada con los problemas de conjunto del capitalismo, de todas sus clases sociales y del Estado. La subordinación histórica del parlamentarismo con respecto a la acción directa de las masas no debe ser confundida con un desprecio a la acción parlamentaria; esa subordinación simplemente significa que el parlamento debe ser usado como tribuna revolucionaria de propaganda, de agitación y también de organización. La experiencia demuestra que la presencia de los revolucionarios provoca en las masas un interés por el parlamentarismo que no existía con anterioridad. Esta expectativa constituye un paso hacia el agotamiento de las ilusiones en el parlamentarismo, que se encontraban soterradas. La presencia de parlamentarios revolucionarios incentiva la tendencia

popular a poner al parlamento bajo "la presión de la calle", contribuyendo de este modo a que la acción directa pase a ocupar el plano principal de los métodos populares de lucha.

En numerosos países, la descomposición del parlamentarismo, que no es más que la del Estado burgués y de la sociedad capitalista, se manifiesta como "una crisis de representación política" o "una crisis de la política". Esto significa que los explotados no perciben el carácter de clase del parlamentarismo, ni caracterizan a las crisis políticas en curso como el resultado del carácter irreconciliable de los antagonismos de clase. Esta deformación se acentúa cuando la pequeña burguesía juega un papel político desmesurado con relación a su peso en el proceso productivo social. La crisis de poder asume en estos casos una característica formal, que tiene oculto su contenido social fundamental. La experiencia de las crisis y luchas recientes han enseñado que, en circunstancias como éstas, la consigna de la Asamblea Constituyente soberana podría desempeñar un gran papel político, entendida, primero, como un derrocamiento del parlamento y las instituciones ejecutivas nacionales y municipales cuestionadas por la "crisis representativa" y, segundo, como un vínculo al gobierno obrero y la dictadura del proletariado, si es impulsada a través de un programa de reivindicaciones transitorias de conjunto. El peso político de esta consigna se acentúa en los países en que el parlamentarismo y la democracia no han echado raíces sólidas o ninguna, y donde su larga existencia se ha combinado con crisis, golpes y dictaduras, o sea que está muy vivo el sentimiento favorable al sufragio universal. La rápida descomposición del Estado ha determinado que, en muchos países, se presente la necesidad de una "revolución política" con antelación a la conciencia de la necesidad de la revolución social. Lo que importa es que, de un lado, sirva para movilizar a las masas y, del otro, sirva para intervenir en la crisis de poder. Lo que importa, por sobre todo, es que sirva para sacar a la vanguardia obrera de una posición exclusivamente propagandística cuando está en desarrollo una crisis política que es parte de una crisis histórica pero que sigue etapas y ritmos diferenciados, en especial en lo que tiene que ver con la comprensión que las masas van adquiriendo de los acontecimientos.

La disociación entre la crisis política del Estado y su contenido histórico concreto de agonía del capitalismo, ha dado lugar a una corriente que opone al parlamentarismo la "democracia directa". Se trata de otro episodio de la saga que denuncia a la democracia burguesa por su carácter representativo, o sea que delega la soberanía popular en una representación independiente. La "democracia directa" tiende a ocupar, en la opinión pública, el lugar de la "democracia participativa" o "social" de un pasado reciente. En un régimen que se caracteriza por el despotismo social (la dependencia absoluta de la fuerza de trabajo, en su calidad de mercancía, del capital, y la dictadura absoluta del capital en el lugar de trabajo), la democracia directa reproduce la ficción de la autonomía del individuo que caracteriza al constitucionalismo. Sin embargo, en la época en que la individualidad específicamente burguesa se encuentra en ruinas, la "democracia directa" tiene menos espacio que nunca y se transmuta en la pretensión de saltear al parlamentarismo por medio del plebiscito. La "democracia directa", que se encuentra relativamente de moda en la actualidad, tiene puntos de contacto con el anarquismo vinculado a la pequeña burguesía, no con el anarquismo que estuvo vinculado a la clase obrera, que subordinaba la democracia directa a la revolución social, estableciendo un punto de contacto con la dictadura del proletariado.

El gobierno obrero que haya llegado al poder en la lucha por las reivindicaciones principales de los trabajadores y de la crisis política del Estado burgués, se confronta de inmediato con la oposición del conjunto de ese Estado, que representa la dictadura de clase de la burguesía. El gobierno obrero sólo puede representar, entonces, un breve interregno hacia la dictadura del proletariado. Su posibilidad de supervivencia depende del desarme de la burguesía y del armamento de la clase obrera, y de la expropiación de los pulpos capitalistas principales. Quienes, como el Secretariado Unificado, hablan de "poder obrero" pero se oponen a la dictadura del proletariado, simplemente no saben de qué están hablando. En realidad realizan un embuste conciente. Un "poder obrero" que se niegue al desarme de la burguesía y al armamento de las masas, no duraría nada. Dadas las circunstancias de crisis que determinaron su llegada al gobierno,

no tendría la oportunidad de ser siquiera un gestor del Estado burgués, es decir un gobierno obrero de la burguesía. Un gobierno obrero que emerja de una lucha de masas por las reivindicaciones transitorias se confronta también con el conjunto del aparato del Estado – su burocracia administrativa, judicial, municipal y el ordenamiento jurídico correspondiente. Debe quebrar el poder capitalista en el lugar de trabajo, que es la base real del poder del capital. Obligado a quebrar el aparato de Estado de un modo integral, se ve igualmente obligado a comenzar a transformar las relaciones sociales de explotación sobre las que se asienta. Estructura, de este modo, un nuevo Estado en la forma de una gestión obrera colectiva, que va desde la dirección gubernamental a cargo de los consejos obreros a la gestión obrera de las empresas, la salud, la gestión, la cultura, y que se manifiesta en un plan social de conjunto. La quiebra de la división del trabajo entre gobernantes y gobernados significa el principio de la disolución del Estado como tal. De todas las tendencias que hablan en nombre de la clase obrera, la IV Internacional es la única que lucha por un gobierno obrero u obrero y campesino en su sentido histórico completo de destrucción del Estado burgués y el establecimiento de la dictadura del proletariado. Para la IV Internacional, el gobierno obrero es un sinónimo de la dictadura del proletariado, y lo usa como tal en la agitación que realiza en el seno del pueblo.

En la historia de la IV Internacional la reivindicación del gobierno obrero establecida en su programa de fundación, fue tempranamente distorsionada. Al menos desde la década de los 50 dejó de ser considerada como sinónimo de la dictadura del proletariado y la reivindicación del gobierno de las organizaciones tradicionales fue convertido en la estrategia sustituta de la IV Internacional. El paso siguiente fue plantear el gobierno obrero sobre una base parlamentaria, como ocurrió con la Unión de Izquierdas, en Francia, desde fines de los 70 (con el agravante de que se trataba de un frente popular con el partido radical). Con la conversión euro-comunista de los partidos stalinistas, la dictadura del proletariado fue reemplazada en el plano de la teoría por la "democracia socialista", que concilia el gobierno de los trabajadores con el parlamentarismo y el Estado bur-

gués en general. La "democracia socialista" sirvió para embellecer el movimiento de la burocracia moscovita hacia la restauración del capitalismo, que realizaba con las consignas del estado de derecho, régimen constitucional, libertad electoral. En el arco iris de tendencias que se reclaman trotskistas existe una variada gama de posiciones sobre el Estado, pero todas han abandonado la reivindicación de la dictadura del proletariado. La degradación teórica ha llegado al extremo de que algunas de esas tendencias defienden a sus Estados imperialistas nacionales, alegando que representan conquistas de la civilización que deben ser protegidas contra la ‘globalización’, de un lado, y la ‘regionalización’, del otro. El reciente retiro, de los estatutos de la Liga Comunista Revolucionaria, de Francia, de la reivindicación de la dictadura del proletariado, es la culminación de una larga evolución política, pero que no atañe solamente al Secretariado Unificado sino a todas las tendencias que nacieron de la escisión de la IV Internacional a partir de los años 50.

La IV Internacional rechaza la identificación de la dictadura del proletariado con la dictadura de la burocracia. No solamente se trata de una diferencia de métodos entre una y otra, sino de contenido social, porque la burocracia defiende a la dictadura del proletariado dentro de los límites de sus propios privilegios, es decir que en defensa de sus privilegios combate la supremacía social y política de la clase obrera. En defensa de sus privilegios, prepara la restauración del capitalismo y se convierte, como se ha convertido, en el agente principal de esa restauración. También rechazamos la identificación, de los aprendices de derechos humanos, entre el terror rojo o revolucionario y el terrorismo de Estado, lo que no es más que la vieja vulgaridad de poner en el mismo plano a la violencia revolucionaria y a la violencia de la reacción y del Estado capitalista. Incluso allí donde ha triunfado la revolución proletaria, el Estado que ejerce la hegemonía sigue siendo el Estado capitalista, que se manifiesta por medio del sistema internacional de Estados y agrede al Estado proletario empleando la fuerza organizada del sistema de Estados establecido de larga data. Toda guerra civil obliga a la revolución a militarizar sus instituciones y, dentro de estas condiciones, limita la democracia de los trabajadores, del mismo modo que en el curso de cualquier acción

bélica la autoridad se concentra en un mando único. La dictadura proletaria sufre, así, la influencia del medio en el que es obligada a actuar. La dictadura del proletariado, como una democracia de trabajadores, florece cuando más amplio es el desarrollo internacional de la revolución, cuando mayores son los recursos económicos y culturales que hereda el proletariado triunfante, cuando mayor ha sido también la preparación política y la escuela de lucha de la clase obrera que se empeña en el derrocamiento de la burguesía. Toda ciudadela sitiada puede convertirse en Masada. Como dijera Lenin, el proletariado de las naciones más avanzadas hará mejor las cosas.

31. La lucha política es una lucha de partidos, más aún la lucha por el poder. La revolución social en general, y mucho más la proletaria, es un fenómeno histórico, o sea que resume y concluye una fase de la civilización humana. No puede ser emprendida sin una conciencia de ese carácter, la que se traduce en un programa. Pueden haber motines y rebeliones, y los hay con extraordinaria frecuencia cuando una determinada organización social entra en su fase de decadencia. Pero una revolución que sea capaz de poner fin a la dominación y explotación sociales, es imposible sin un programa y sin una organización. El capitalismo no permite un desarrollo generalizado de la educación general ni de la preparación política del proletariado; al revés estimula la competencia y la rivalidad entre los explotados. Solamente a partir de una vanguardia obrera puede acometerse la tarea de formar un proletariado revolucionario. Debido al papel estratégico sin rival del partido revolucionario en la revolución proletaria, la lucha contra la idea de construir un partido y contra el partido mismo, es el recurso último del capital, que en esta lucha se manifiesta principalmente por medio de la pequeña burguesía democratizante o a lo sumo socializante. A igual título que la colaboración de clases, en general, y el frente popular, en particular, el movimientismo es un recurso último del capital contra la revolución proletaria.

Se trata de construir partidos, no sectas; organizaciones revolucionarias, no federaciones parlamentarias; organizaciones de combate, no solamente de propaganda; enraizadas en la clase obrera y en su historia, así como en la historia de las masas del país que se trate y

de ese propio país. Las particularidades nacionales desempeñan un papel excepcional en la estrategia de los partidos revolucionarios. Teniendo en cuenta estas exigencias, la forma del desarrollo del partido revolucionario reconoce toda clase de variantes. En el estadio actual, de enorme dispersión de la vanguardia revolucionaria, la IV Internacional destaca la nueva etapa revolucionaria que ha abierto la presente crisis mundial; señala que la restauración capitalista acentúa, en última instancia, esta crisis mundial y desarrolla confrontaciones revolucionarias superiores en escala a las conocidas, incluso en los países desarrollados; destaca la vigencia de los programas históricos del comunismo, desde el Manifiesto de1848, los primeros cuatro congresos de la III Internacional y el programa de transición de la IV Internacional; y llama a los revolucionarios y a sus organizaciones a elaborar un programa internacional que dé cuenta de los cambios fundamentales de las últimas décadas.

La reconstrucción de la Internacional obrera y revolucionaria parte de una clara filiación histórica, pero no puede reivindicar una continuidad organizativa. El Secretariado Unificado de la IV Internacional se ha convertido, al menos de conjunto, en un apéndice de la pequeña burguesía democratizante, incluso en los países imperialistas. La próxima Internacional obrera será diseñada por acontecimientos históricos de extraordinaria magnitud. Es ocioso especular sobre sus características. Sin embargo, no se puede luchar por esa futura internacional sin un programa y un partido. Nuestro llamado a refundar de inmediato la IV Internacional significa que rechazamos la política de la expectativa pasiva en los grandes acontecimientos por venir. Por eso nuestro planteo de reagrupar a la vanguardia obrera en un partido internacional que luche por la próxima gran Internacional Obrera Revolucionaria. En oposición al método de secta, que consiste en condicionar la refundación inmediata de la IV Internacional a la solución previa, puramente literaria por otro parte, de las discrepancias políticas que puedan existir, planteamos la organización de un partido revolucionario internacional, la IV, sobre la base de una delimitación política exacta de todas las divergencias. Construir el partido internacional es el punto del programa que deslinda a los marxistas revolucionarios de la secta.

2005 y sus crisis financieras

El Obrero Internacional N° 2
1º de enero de 2005

Cuando se estaba cerrando la presente edición de *El Obrero Internacional*, tenía lugar una cadena de caídas en las principales Bolsas del mundo. La razón aparente de la baja habría sido un anuncio de la Reserva Federal de los Estados Unidos de que aceleraría el cronograma de los aumentos previstos en la tasa de interés.

Lo que ha ocurrido es, en realidad, un anticipo de la forma que tendrá la próxima crisis financiera, o, dicho de otra manera, un pequeño ensayo general. Es que con un déficit fiscal del orden de los 600.000 millones de dólares al año y una deuda externa neta de cuatro billones de dólares (seis billones y medio de deuda bruta), la cesación de pagos de Estados Unidos es un hecho. Nada lo demuestra mejor que el virtual cese del financiamiento de esa deuda por parte de los capitales privados; el ciento por ciento de la emisión de nueva deuda por parte del Tesoro norteamericano ha sido absorbido por los bancos centrales de los países que tienen superávit comercial. Esto significa simplemente que la deuda pública estadounidense es financiada con la emisión de dólares por parte del banco central de ese país. Por qué extrañarse entonces de que el dólar haya perdido la mitad de su poder de compra frente al euro... Aunque menos divulgada, otra noticia ha venido a sacudir también el tablero financiero internacional: el retiro de capitales del mercado inmobiliario de los Estados Unidos. Como los inmuebles se encuentran en general sobrevalorizados y cargados de hipotecas, un derrumbe de este mercado es capaz por sí solo de desatar una crisis financiera. De cualquier modo, una fuga de capitales simultánea de los mercados de bonos de deuda e inmobiliario significaría la declaración formal de una cesación de pagos. Pero ha sido para evitar esto que la Reserva Federal acaba de anunciar una aceleración del programa de suba de tasas de interés. No hay que despreciar tampoco el anuncio del banco central de Rusia de que convertiría parte de sus reservas en dólares a euros, o en el caso de otros bancos centrales, al oro. Que la contrapartida de la devaluación del dólar haya sido la revaluación en un ciento por ciento del precio del oro, muestra que no asistimos a una redistribución de capitales entre diferentes mercados sino a una inmovilización de capitales que es siempre precursora de la depresión capitalista.

Un factor adicional que ha precipitado los acontecimientos es la tendencia a la revaluación de algunas divisas importantes, fuera del euro y del yen, como ha ocurrido con la mayor parte de las monedas latinoamericanas. Esto, que es la consecuencia inmediata de un ingreso de capitales a esos mercados, deberá acentuar la salida de capitales de los Estados Unidos. Es que, al hecho de que los rendimientos en estos mercados son superiores a los que ofrece el mercado norteamericano, se suma el incentivo que representa la inversión en monedas que tienden a aumentar de valor. A nadie se le escapa, sin embargo, que esa revalorización de monedas de países débiles eliminará las ventajas que representa una moneda sub-valuada para impulsar la exportación. Colombia, por caso, ya ha declarado un estado de emergencia económica como resultado de la imparable revaluación de su divisa. No debe extrañar a nadie esta enorme capacidad que tiene Estados Unidos para exportar su crisis financiera.

China-Estados Unidos… Europa

Desde la crisis de la Bolsa norteamericana de 2000 se ha acentuado el acople internacional entre las economías de China y Estados Unidos, el cual se ha convertido en el eje del reanimamiento económico internacional desde 2002. El déficit fiscal norteamericano ha producido un incremento de la exportación china a Estados Unidos y a otros mercados importantes; el superávit comercial resultante para China ha servido para incrementar las exportaciones a ese país por parte de Japón y parte de Asia y de Europa; por otro lado, ha servido también (con el agregado del ingreso de capitales a China) para financiar el déficit norteamericano. Este mecanismo explica por qué un incremento del 4% del PBI mundial ha producido una suba del 12% del comercio internacional –un verdadero boom. Una crisis de este acople desbarataría al comercio mundial en su conjunto. Es eso, exactamente, lo que podría sobrevenir de un aumento de las tasas de interés en Estados Unidos, porque tal aumento produciría una reducción de la demanda e incluso una recesión, y porque un aumento de las tasas de interés puede provocar una caída en la cotización de los bonos norteamericanos.

De cualquier manera, el acople chino-norteamericano no ha dejado de tener consecuencias negativas formidables sobre Europa. Al final, Europa ha sido la variable de ajuste del acople. Mientras el yuan chino siguió como a una sombra la devaluación del 40% del dólar, el euro quedó un 40% más caro como resultado de esa devaluación; lo mismo vale para el yen japonés. Este realineamiento se ha reflejado en una drástica caída de la tasa de crecimiento de sus economías, en algunos casos en la recesión y en grandes quiebras industriales (en especial en Italia y Alemania). Los pronósticos de crecimiento de la UE, para 2005, oscilan en torno a cero. La burguesía, en Europa, intenta resolver esta impasse mediante una ofensiva en regla contra la clase obrera (flexibilidad laboral y privatización de la previsión social), con el acompañamiento de la burocracia sindical.

Desacople

Otro factor, incluso mucho más poderoso, que podría desarmar el acople chino-norteamericano, es la crisis financiera potencial de China. En China se ha desarrollado en los últimos años un verdadero estalinismo de mercado; no otra cosa significa que la tasa de inversión nacional sea equivalente al 40% del PBI –algo simplemente desconocido en el pasado y en el mundo. Las exportaciones chinas ascendieron a 1 billón de dólares, mientras que su PBI alcanza a 1,4 billones de dólares. Es decir que se trata de la mayor platafoma de "export-import" del planeta (no llega a ser una economía nacional). Esto significa dos cosas: la primera, que la inversión de capital se realiza en función de copar el mercado chino y que el destino de la producción son los mercados externos. Semejante proceso implica una sobreinversión de capital en relación con la expectativa de beneficios y de recepción de los mercados, y de otro lado, una enorme carga financiera de deudas. No debe sorprender entonces que la cartera de préstamos irregulares de los bancos chinos se encuentre en un 70% del total de créditos. La segunda cuestión es que para garantizar una afluencia de capitales de la magnitud de las inversiones en curso, China se ha dotado de una reserva del orden de los 600.000 millones de dólares –un seguro de cambio para inversores y especuladores.

Pero la contrapartida del ingreso de dólares es una enorme emisión de yuanes, la moneda china, que debe ser absorbida por el banco central mediante la emisión de bonos de deuda para evitar que se dispare la inflación.

Es decir que la financiación del déficit norteamericano por medio de la compra de bonos del Tesoro de Estados Unidos por parte del banco central chino, se convierte, en realidad, en una financiación de la deuda norteamericana a través de la emisión de deuda pública china. Mientras la tasa de interés que pague la deuda norteamericana sea superior a la que paga la deuda pública china, China tendrá un diferencial a su favor; pero esto no cancela para nada la montaña de deudas recíprocas que se ha creado, ni la explosión que podría provocar cualquier reversión de la relación entre las tasas de interés. Esta situación es particularmente grave para China, por el hecho de que su banco central y su Tesoro son responsables de última instancia por el 80% de la cartera de los bancos que se encuentra prácticamente en 'default'.

Las conclusiones más importantes que se derivan de este proceso explosivo son muy instructivas. En primer lugar, ha quedado de manifiesto el límite insalvable que representan los déficits fiscales y las políticas monetarias para contrarrestar la tendencia a la depresión que deriva de la sobreacumulación de capital que se ha creado. Diga lo que se diga del incremento de la productividad obrera en Estados Unidos, ella no ha revertido la tendencia declinante de la tasa de beneficio del capital, incluso si consideramos la caída que se ha producido en los salarios reales. Por la vía de las políticas fiscales y monetarias sólo se ha logrado generalizar las condiciones de una crisis de mayor amplitud a la que se ha intentado superar. Para los países atrasados que se subieron al carro de la recuperación mundial, motorizada por el acople chino-norteamericano, las perspectivas para el 2005 pueden convertirse en siniestras, si se combinan aumentos de tasas de interés y derrumbe de los mercado de deuda, los que producirían, además, en forma inevitable, una caída del precio de las materias primas (por retroceso de demanda y por colapso del mercado especulativo de productos primarios).

Restauración capitalista y crisis mundial

En segundo lugar, la penetración capitalista en China ha acentuado la saturación del mercado mundial de mercancías y la sobreacumulación de capital con referencia al mismo mercado mundial. La conquista capitalista del mercado interior chino apenas ha comenzado –involucra al 20% de la población y al 10% del territorio, pero ya enfrenta la perspectiva de una crisis que enviaría al ejército de desocupados a por lo menos el 10% de la población activa vinculada al mercado. La conquista del mercado interior chino es el gran desafío de la restauración capitalista, pero ella supone un extraordinario trabajo de desorganización de la vieja organización estatal de la economía; de expulsión de los campesinos de la tierra; de destrucción masiva de fuerzas productivas; de rebeliones, represión y guerras civiles. La restauración del capitalismo representa el período de desorganización y de desmantelamiento de la vieja economía estatal, y de las relaciones derivadas de su mecanismo de planificación. La creación de una clase capitalista nativa, por medio de la transformación de la burocracia en clase propietaria, supondría la creación previa de un enorme 'pool' de capital que no podría surgir sino de un vasto proceso de desorganización de la economía.

Economía y política

Por importantes que sean las fluctuaciones de la economía capitalista, por otra parte inevitables, las que se encuentran en curso en el período actual están anunciando explosiones de carácter general de la organización social. Es llamativo que una amplia mayoría de gobiernos capitalistas, en primer lugar el de Bush, hayan descartado la posibilidad de una salida 'concertada' y 'organizada' a los actuales desequilibrios económicos (con la Unión Europea y Japón). Estados Unidos no quiere sacrificar el área monetaria especial que ha establecido con China, como lo plantearía la Unión Europea en cualquier discusión de una salida 'concertada', ni China podría aceptar su exclusión de una 'concertación'. Estados Unidos presiona por reparar los desequilibrios del área dólar, por medio de una revaluación de la moneda china, el yuan. Además, la salida 'concertada' enfrenta

otro obstáculo, incluso superior: la enorme masa de capitales que se encuentra invertida en operaciones financieras que tienen incorporadas diferentes apuestas y perspectivas sobre la evolución de las monedas y los diferentes mercados de mercancías y capitales. En especial en los mercados de fondos especulativos (‘hedge funds’) se encuentran circulando varios centenares de billones de dólares. Los gobiernos capitalistas temen que sus salidas ‘concertadas’ sean el verdadero detonante de una crisis financiera, que se convertiría en política. La intervención ‘reguladora’ de la Reserva Federal de Estados Unidos es la única arma que las potencias capitalistas aparecen poniendo en juego. Pero muy pocos creen en su eficacia, y con razón.

La próxima etapa de la crisis mundial será encarada por todas las clases, no con los recursos de la economía sino con de la política, no con discursos sino con guerras y revoluciones.

Estados Unidos y China se ‘enfrían’

Prensa Obrera N° 982
8 de marzo de 2007

El que avisa no traiciona. Hace un par de semanas, los derrumbes de las Bolsas de Tailandia y Filipinas habían oficiado de advertencia de una nueva crisis financiera internacional. Se las descalificó como fenómenos locales. Sin embargo, ambos países habían tomado las mismas medidas que adoptó el gobierno de China la semana pasada, con iguales consecuencias –el derrumbe de sus Bolsas. Esta vez, sin embargo, lo ocurrido impactó en el conjunto de la economía mundial, derribando las cotizaciones de las Bolsas y de la mayor parte de las materias primas. En todos estos casos, los países que desataron la crisis habían implantado restricciones al ingreso del capital extranjero, en especial en el mercado de acciones. Con ello querían evitar que el ingreso constante de dólares provocara la revalorización de las monedas locales y, con ello, una desprotección de la industria nativa. El bath de Tailandia se había apreciado en un 16% frente al dólar, cuando el gobierno decidió establecer una restricción a la inversión extranjera.

Otra medida de protección ha sido también la diversificación de las reservas monetarias de los Bancos Centrales de numerosos países. El canje de dólares por euros, libras u oro busca preservar el valor de las reservas monetarias de una devaluación del dólar y al mismo tiempo reducir el ingreso de capital foráneo que opera principalmente en dólares. China y Corea del Sur comenzaron a considerar el establecimiento de Fondos de Inversión con una parte de sus reservas monetarias, para que éstas pudieran ser aplicadas a inversiones internas en lugar de asignarlas a la compra de títulos de la deuda pública de Estados Unidos. En las últimas semanas, precisamente, el financiamiento de la deuda norteamericana fue deficitario como consecuencia de una saldo negativo en la cuenta de capitales (salieron más capitales de Estados Unidos de los que entraron).

Resulta claro, entonces, que la crisis que se ha desatado es el producto de una absoluta necesidad: poner coto a la enorme distorsión que provoca el déficit comercial norteamericano, la emisión de dólares que este déficit provoca, la enorme abundancia de dólares que resulta de esta emisión y la gigantesca burbuja especulativa que es impulsada por un dinero mundial creciente y barato. Ha estallado,

de este modo, una contradicción de fondo del proceso de la acumulación y la circulación del capital. Para acentuar esta contradicción hay que añadir la política de dinero fácil del gobierno japonés. Japón pretende con ello mantener al yen devaluado y subsidiar así sus exportaciones. Luego de casi dos décadas de depresión económica, las exportaciones son la única válvula de escape para el capitalismo japonés.

El derrumbe de la bolsa china ha abierto, de este modo, un nuevo período, que se caracterizará por el encarecimiento del dinero, o sea la desvalorización de todos los activos y mercancías que se intercambian por dinero. Los capitales especulativos pierden la materia prima de sus negocios. Una cosa y la otra, una reversión de la liquidez internacional y el derrumbe de los valores ficticios alcanzados por los activos y las mercancías, implican al mismo tiempo bancarrotas financieras y crisis industriales.

Que el detonante de la crisis haya sido China, aunque no su epicentro, es harto significativo, porque en la crisis asiática de 1997 China se había mantenido fuera de la tormenta y, de este modo, había contenido la expansión internacional de la crisis. Es a partir de esta capacidad para hacer frente a una gran crisis financiera que China se convirtió –a partir de 1998– en el receptor sin paralelo de capital extranjero, llegando a promediar un ingreso anual de 50.000 millones de dólares. De barrera de contención, China se ha convertido en detonante; basta esta constatación para medir el alcance de la crisis que ha comenzado.

La restauración del capitalismo en China

Las restricciones que China ha comenzado a aplicar al capital extranjero son, sin embargo, apenas una aspirina con relación a los desequilibrios que pretende corregir. China es la burbuja económica más grande que haya conocido la historia, porque aplica más del 50% de su PBI a la inversión, o sea que ha creado una capacidad de producción potencial gigantesca, con la expectativa de que será capaz de colocarla en el mercado mundial. Se trata de una distorsión del ta-

maño de la que Stalin desarrolló durante la industrialización acelerada de Rusia en los años '30, y que luego copió Mao en los ‘60 con el “gran salto adelante”. En ambos casos la consecuencia fue una enorme hambruna y una feroz superexplotación de la fuerza de trabajo, que acabó en una crisis de conjunto de la industrialización. En la China actual el proceso combina los métodos de la coacción autoritaria con los de la coacción de mercado, o sea que son aún más infernales. En la reunión anual del Congreso de diputados de China, que tiene lugar en estos momentos, el gobierno ha dicho que pretende rebalancear esta superburbuja, pero sin mayores precisiones. La evidencia de la desproporción entre inversión y consumo lo da el cierre reciente de empresas siderúrgicas que producen 30 millones de toneladas de acero. China ha pasado de importar acero a exportar, pero encuentra que una gran parte de su industria no tiene lugar en el mercado mundial en sus actuales condiciones. Necesita reestructurar, modernizar y despedir obreros en forma masiva.

Encima de la burbuja económico-industrial se ha montado una burbuja financiera aún mayor. Las 2/3 partes de las empresas que cotizan en la Bolsa de Shangai dan pérdidas, lo cual no les impidió valorizarse un 120% en el curso de un año. La razón para esta anomalía es que los inversores esperan que sean privatizadas y que las deudas las absorba el Estado. En ese caso se encontrarían en la lista de los despidos varias decenas de millones de obreros. Pero, con las medidas que restringen la entrada de capitales, las privatizaciones quedan por lo menos postergadas, por lo que no debe llamar la atención que la cotización de las acciones haya caído en picada. Gran parte de la especulación con estas empresas ficticias se ha realizado con procedimientos ilegales, lo cual es natural de parte de cualquier especulador ‘prudente’ (si la operación es dudosa se utiliza plata ajena). Hace un par de meses, un raid estatal contra especuladores del Partido Comunista, precisamente en Shangai, estuvo a punto de producir el bajón que tuvo lugar hace más de una semana.

La banca estatal china, que domina el 60% del mercado, tiene créditos incobrables, otorgados a empresas que pierden plata, por más un billón de dólares. El ingreso de capitales del último quinquenio ha lle-

vado a la acumulación de reservas que hoy sobrepasan el billón de dólares, con la consiguiente contrapartida de emisión de moneda china y de inflación. Gran parte de las medidas adoptadas para restringir el ingreso de fondos externos tiene que ver con la necesidad de frenar la acumulación de deuda a la que se ve obligado el Banco Central de China para absorber el dinero emitido. Es decir que el sistema financiero en su conjunto se encuentra en bancarrota. Como se puede ver, la restauración del capitalismo en China, que muchos dan por concluida y consolidada, es un castillo de naipes. Pero en eso mismo consiste la restauración del capitalismo, que no puede avanzar sin construir castillos de naipes y provocar luego su derrumbe para poder acaparar, como consecuencia de ese derrumbe, los activos y capitales más promisorios del país. Al abrazar el camino de la restauración capitalista, la burocracia ‘comunista’ de China ha elegido la vía de las catástrofes económicas, los estallidos sociales y las revoluciones. En esto consiste la transición histórica que vive China y, consecuentemente, el conjunto de la economía mundial que ha buscado una vía de salida en la restauración del capitalismo en ese país. Al decidir el Congreso diputados de China el “enfriamiento” de la economía, la burocracia pretende dar un paso atrás sin la intención de abandonar el rumbo. Se trata de una vacilación política que redundará en crisis en el propio aparato de gobierno.

Estados Unidos, el epicentro

Como ya dijimos, China detonó la crisis, pero el epicentro es Estados Unidos. Los fondos de inversiones, los bancos de inversión, los fondos especulativos, las grandes empresas, el conjunto de pulpos que opera en China, no cotizan en Shangai sino en Londres y en Nueva York. Sin embargo, es falso que el mercado accionario norteamericano estuviera sobrevaluado, como pretenden los analistas que caracterizan a la reciente crisis como una “corrección”. Las ganancias en Estados Unidos han estado creciendo en forma constante, justificando de esta manera el mayor valor de las empresas. Hay una sobrevalorización, pero de otro carácter: es la que afecta a bancos y fondos comprometidos con la especulación inmobiliaria, y es la que amenaza al conjunto del capital norteamericano como consecuencia

de los pronósticos de recesión y, por lo tanto, de caída de ganancias e incluso pérdidas.
El mismo dinero fácil que explica la burbuja de Shangai, explica la enorme especulación inmobiliaria que ha afectado a Estados Unidos (aunque también a Inglaterra o España). El desarrollo de la actividad de la construcción y las ganancias de la especulación han sido responsables de gran parte del crecimiento del PBI norteamericano. Desde hace un año, sin embargo, la construcción de viviendas y oficinas cae y quedan en mora los pagos por deudas hipotecarias. Se trata de un mercado de ocho billones de dólares; la insolvencia ya afecta a un billón de dólares. El HSBC, el Citi y numerosos fondos especulativos registran pérdidas enormes por la insolvencia de sus clientes con menos condiciones de pago. Varias firmas han presentado pedidos de quiebra. La recesión es entonces inevitable, porque tampoco el Estado tiene ya condiciones de incentivar la demanda, esto debido a su gigantesco déficit fiscal. Consecuentemente, los pedidos de bienes durables han retrocedido mucho en el último trimestre de 2006. La crisis en Shangai detonó la crisis en Nueva York al poner de manifiesto el agotamiento creciente de las salidas para la colocación de dinero nuevo.

Cuando se habla de liquidez o abundancia de dinero no solamente se alude a la emisión de moneda y al crecimiento de las reservas de los bancos centrales. La mayor parte de las operaciones financieras se realiza en forma virtual: las compras se realizan a futuro, sin dinero, y se cancelan del mismo modo, por la diferencia entre el precio pactado y el precio corriente. Este dinero virtual no figura en los balances de los bancos, sino que se registra por afuera de los balances. De este modo, la especulación genera una movimiento de capital ficticio, que consiste en una red de endeudamientos recíprocos. Los capitalistas llaman a esto la “diversificación de riesgos”; se trata en realidad de una multiplicación ficticia de capital, que no guarda relación con el capital efectivamente invertido en la producción de bienes y de servicios. La quiebra de una fracción de este capital arrastra al conjunto de los capitales recíprocamente encadenados.

Hasta ahora, las hipotecas creadas por la especulación inmobiliaria podían ser revendidas por los especuladores a un Fondo del Estado,

lo que aseguraba su cobrabilidad. Pero con la evidencia de los default ha dejado de hacerlo, es decir que a la hora de la verdad el garante público ha desaparecido. Esto no ha hecho más que precipitar una crisis en cadena. Es una ilustración de las contradicciones existentes el que los economistas ‘monetaristas’ se refugien ahora, para negar la crisis, en la especie de que los ‘fundamentos’ siguen sólidos, excluyendo de los ‘fundamentos’ al gigantesco capital ficticio que no encuentra cómo desembarazarse de sus deudas, ni cómo cobrar sus créditos.

La crisis bursátil ha afectado las exportaciones de las materias primas agrícolas, no porque hubiera caído la demanda –la cual de todos modos va a caer como consecuencia de las medidas proteccionistas que ha comenzado a adoptar China–, ha caído porque su precio tiene incorporada una demanda puramente especulativa, que apuesta a la suba de los precios. Esta demanda especulativa es responsable de por lo menos un 20% del mayor precio de esos productos. Las retenciones que Kirchner cobra a las exportaciones argentinas comenzarán a sufrir las consecuencias. La política ‘nacional y popular’ no está inmunizada a la crisis mundial, aunque pretenda lo contrario. El derrumbe de la Bolsa china consumió 100.000 millones de dólares de capital en 24 horas y la de Nueva York 700.000 millones. Kirchner pretende ‘defenderse’ con los 35.000 millones que tiene el Banco Central –lo mismo que tenía Menem. Con una salvedad: el Banco Central debe cerca de 10.000 millones de dólares por los bonos que ha emitido para absorber la emisión de moneda.

De una crisis a otra

Obviamente asistimos a un episodio, pero se trata de un episodio de una crisis sistémica. Desde la gran crisis de 1972-75, asistimos a una espiral de crisis financieras crecientes, como consecuencia del hecho de que el capital financiero es el protagonista principal del movimiento del capital tomado en su conjunto. Cada crisis, hasta ahora, ha reforzado la preeminencia de ese capital financiero. Pero ello ha producido también grandes cataclismos: en primer lugar en las condiciones de vida de las masas, con la reaparición como nunca antes

de la pauperización –sea por la desocupación en masa, sea por el trabajo precario, sea por la inmigración de los sectores sociales más golpeados. Esta conmoción social ha generalizado la crisis social al incorporar a ella a vastos sectores de la clase media. En segundo lugar, ha derrumbado todas las defensas de los Estados obreros e impulsado una restauración capitalista sin precedentes en la tercera parte del planeta. La crisis que comienza ahora es la expresión de los límites del capital financiero para reproducirse en condiciones sociales y nacionales aún más violentas, y en las condiciones de un choque cada vez más profundo con las fuerzas productivas existentes, las cuales progresan a un paso considerablemente inferior al del capital financiero encargado de explotarlas.

El desenlace de estas contradicciones depende de la maduración de la clase obrera en el marco de la crisis. El proletariado y los campesinos de China y de gran parte de Asia tomarán al mundo por sorpresa.

No es otro ‘martes negro’ más

Una crisis sistémica

Prensa Obrera N° 1002
26 de julio de 2007

Lo que ocurrió el 'martes negro' pasado estaba cantado. Se veía venir luego del hundimiento, en junio, de dos fondos del banco de inversión Bear and Sterns, involucrados en negocios hipotecarios, que dejaron sin pago a sus inversores y acreedores por una suma de unos 10.000 millones de dólares. En esa oportunidad, los bancos que financiaron a estos dos fondos comenzaron a vender los títulos que tenían en garantía, acentuando de este modo la caída del mercado. Todo esto señala que hemos entrado definitivamente en un proceso que debe culminar con un estallido de carácter general. Los principales banqueros son concientes de esto. Un columnista del *Financial Times* señaló, el lunes previo al derrumbe, que "para evitar que una crisis financiera se transforme en un colapso económico podría ser necesario un rescate. Pero solamente como último recurso. Los bancos que hayan hecho muchos préstamos malos no deben esperar un subsidio gubernamental". Precisamente, a pesar del desarrollo creciente de la crisis del financiamiento hipotecario, los bancos centrales de Estados Unidos y la Unión Europea se han negado a reducir la tasa de interés, que es la forma clásica de un operativo de rescate financiero, esto porque permite a los grupos afectados pagar sus deudas con nuevos préstamos. Ben Bernake advirtió que, antes que se pueda salir de la crisis hipotecaria, habrá quiebras por un valor de 100.000 millones de dólares. Seguro que se está quedando corto.

El capitalismo contra su ley de la gravedad

La crisis en el mercado de crédito hipotecario ya se ha traslado a otros mercados de crédito. Por lo pronto, los fondos golpeados por la crisis vinculadas a las hipotecas ya son aproximadamente cien. El 23% de los créditos hipotecarios ajustables, que equivalen a 700 mil millones de dólares, se encuentran en "terreno negativo", lo que significa que son superiores al valor de la propiedad cuya compra financiaron. Asimismo, el default sobre hipotecas se ha extendido del medio oeste de Estados Unidos a los estados de Florida y California.[1] Los deudores hipotecarios no han podido hacer frente a sus deudas por el tipo de créditos que contrajeron, que facilitaba los primeros pagos y los recargaba posteriormente.

No debe sorprender que los otros mercados de crédito hayan comenzado a caer y que la tasa de riesgo, que mide la diferencia entre la tasa de interés de un título y la de los bonos de la Tesorería de Estados Unidos, suba en forma constante. Hay una huída de capitales hacia los bonos del Tesoro, no solamente desde Argentina, sino de la mayor parte de las inversiones financieras. Los capitalistas más importantes tratan de poner a buen recaudo su dinero y de liquidar sus inversiones ‘ordenadamente’, antes de que venga el ‘corralito’. El crédito a los consumidores se ha cerrado, lo que abre el rumbo a una recesión. Las tarjetas de crédito están cobrando tasas de interés del 25% anual por los sobregiros.

Hasta ahora los capitalistas creían que habían conseguido ser más astutos que las leyes del capitalismo. Prestaron indiscriminadamente, sin importar la solvencia del prestatario, debido a la abundancia de dinero que había creado la política del dólar ‘dulce’. Pero, además, revendieron esos créditos bajo la forma de bonos u obligaciones, para distribuir el riesgo y para poder hacer nuevos préstamos. Los que compraron estos títulos, cuyo acrónimo es RMBSS, siguieron el mismo razonamiento y los usaron como garantía para obtener una mayor financiación de los bancos para invertir en esos u otros bonos. De este modo, muchos bancos se volvieron a encontrar con los créditos que habían vendido. La propiedad inmueble de usuarios residenciales de pocos recursos sirvió para montar una pirámide decenas y centenas de veces superior al valor subyacente de la propiedad. Por ejemplo, los dos fondos de Bear and Sterns, para potenciar sus ganancias, solicitaron préstamos bancarios por más de 11.000 millones de dólares, apalancando unas 7 veces su inversión inicial de 1.500 millones de dólares.[2] Los bancos que otorgaron financiación para comprar títulos o que vendieron sus préstamos hipotecarios, reconvertidos en bonos, también invirtieron en los títulos y bonos que ellos mismos crearon o ayudaron a crear, haciendo subir la cotización sin el menor fundamento. Las agencias de evaluación no tuvieron empacho en otorgar a estos títulos el mayor nivel de calificación, a cambio de jugosísimas comisiones, con lo cual le dieron nueva manija a esta bicicleta financiera. Ahora que los inversores retiran

el dinero de los fondos por temor a las pérdidas, los fondos descubren que esos bonos no valen lo que suponían y que su venta no alcanza para pagar los retiros de depósitos por parte de sus inversores. De la ‘liquidez’ o abundancia de dinero disponible, se pasó, en menos de lo que canta un gallo, a la ‘iliquidez’ (es decir, que no aparece el dinero para comprar los bonos que los fondos quieren vender).

Hace un mes, dos fondos dedicados a inversiones hipotecarias del banco de inversión Bear and Sterns, descubrieron que los títulos u obligaciones que tenían en su poder no valían más nada, cero. Bear and Sterns tuvo que salir a hacer frente al desastre y enfrentar una ola de litigios de los inversores y acreedores que quieren recuperar su plata. Esta crisis ha provocado una retracción general del crédito: el capital que hay que dejar en garantía para obtener un préstamo con destino a la compra de títulos ha pasado del 10 al 50% de la operación. El mercado de obligaciones de crédito es de más de un billón de dólares; el conjunto del mercado financiero es de cinco billones de dólares. Ahora las calificadoras de inversión han comenzado a rebajar los ‘ratings’ de los bonos –Moody’s señaló que descalificará 91 obligaciones de deuda con garantía, por 5 mil millones de dólares[3], lo que implica una inmediata pérdida de capital.

El mejor indicador de la crisis, sin embargo, no lo ofrecen los números. La inmensa mayoría de estos títulos tienen una cotización arbitraria, o sea que su valor es un capricho. Como se trata de derivados de otras operaciones de crédito, y aun de derivados de derivados y seguido, su cotización es la que han impuesto sus emisores –arbitrarias. Por otro lado, estas operaciones no se hacen en mercados públicos, porque los fondos que operan con estos instrumentos no quieren ser supervisados ni tampoco pagar las comisiones e impuestos de las transacciones abiertas. Es decir que el sistema en su conjunto opera al margen de sus propias leyes económicas –¡las de mercado! Estamos ante la manifestación de las contradicciones del sistema capitalista en su más alto grado, o sea el impasse y la inevitabilidad del estallido.

Crisis internacional

Hasta el martes pasado, los capitales que retiraban sus inversiones en títulos u obligaciones derivados de crédito iban a comprar acciones, haciendo subir la Bolsa. Ahora han comenzado a salir también de la Bolsa norteamericana hacia los bonos del gobierno, y aun el dólar, el oro, la libra, el euro y el yen. Este movimiento ha hecho explotar la nueva fase de la crisis. Ocurre que gran parte de la especulación descripta se desarrolló mediante la toma de préstamos en yenes, en Japón, cuya tasa de interés no llega al 1%, que eran invertidos en Estados Unidos, al 5% o en operaciones aún más rentables. Pero, ahora, la demanda de bonos del Tesoro norteamericano ha hecho caer la tasa de interés, poniendo en peligro la capacidad de devolver los préstamos en yenes. Hay una salida del dólar al yen, que se manifiesta en la devaluación del dólar y la suba del yen. Este giro le quita fondos al mercado de deuda de los Estados Unidos, lo cual acentuará la quiebra de numerosos fondos especulativos. La crisis financiera adopta una carácter más general e internacional.

Se cierra de este modo el ciclo que comenzó a mediados de 2002 cuando el Banco Central norteamericano comenzó a reducir la tasa de interés, hasta el 1%, y a emitir moneda (la tasa actual de emisión es del 25% anual), para sacar a Estados Unidos y a la economía mundial de la recesión. Este cebamiento financiero empalmó con la apertura del mercado chino a las inversiones extranjeras, formando una pareja exitosa. Sobre esta base se montaron los déficits fiscal y comercial norteamericanos y el surgimiento como hongos de los fondos especulativos. Diversos estallidos financieros fueron jalonando el agotamiento de esta política; también es decisivo el desastre del imperialismo en Irak o la exitosa defensa de Hezbollah contra la agresión sionista, esto porque un sistema en disgregación puede ser sostenido más allá de sus posibilidades si su Estado logra imponer derrotas fundamentales a las masas y naciones débiles. Los estallidos financieros alcanzaron también a China. Ahora quedará al descubierto, con la crisis financiera y la recesión, el grado de sobre-inversión de su economía y la necesidad de quiebras en masa.

La crisis en desarrollo no es una manifestación de ‘excesos’ o ‘exageraciones’ de carácter especulativo; no es, como dice *The Economist*, “otra trompada”. Es la consecuencia de una organización económica en declinación, que está operando más allá de sus límites históricos. Se cierra, asimismo, un ciclo más amplio, el que intentó reestructurar al capitalismo mundial, a partir de la crisis de la década del ’70, mediante la creación de un gigantesco pool financiero internacional. Todos los avances del capitalismo contra las masas, desde las pérdidas de conquistas sociales hasta la restauración capitalista en los ex países ‘socialistas’, vuelven a ponerse en cuestión. La alternativa socialismo o barbarie recobra toda su actualidad política.

Notas

1. *The Economist*, 14/7/2007

2. *Bloomberg*, 18/7/2007

3. *The Economist*, 14/7/2007

La crisis capitalista mundial es imparable

En Defensa del Marxismo N° 35
1º de marzo 2008

A mediados de febrero pasado, un profesor universitario norteamericano, Nouriel Roubini, muy seguido en los medios especializados y en la prensa diaria, desarrolló las doce razones que justificaban su pronóstico de "una creciente probabilidad de un desenlace financiero y económico ‘catastrófico' a la crisis bancaria en curso" en los Estados Unidos. Además, explicó, más contundente, su "pesimismo acerca de la habilidad de las políticas y autoridades financieras para administrar y contener una crisis de esta magnitud". Según Roubini, "hay que prepararse para lo peor, es decir, para una crisis financiera sistémica".[1] Como el sistema financiero representa el coronamiento del sistema capitalista, porque es allí donde todo el producto del trabajo adquiere la forma universal del valor, la advertencia de Roubini explicita la tendencia a la disolución de las relaciones sociales capitalistas y la incapacidad del presente régimen político para hacerle frente. Es obvio, por otra parte, que "una (‘incontenible') crisis financiera sistémica" no encontrará sus límites en las fronteras norteamericanas.
La de Roubini no habría pasado de ser una posición más en las discusiones que ha desatado la presente crisis, si no hubiera recibido el aval desde el lugar menos esperado: el editor del *Financial Times*[2], vocero del capital financiero internacional. "¿Es al menos plausible esta clase de escenario?", le pregunta Martín Wolf a sus lectores. "Lo es", responde, "y podemos estar seguros que, de ocurrir, pondrá fin a todas las historias de ‘desacople'" en referencia a la relación entre la economía de Estados Unidos y la del resto de los principales países. Para Wolf, sin embargo, la crisis no solamente tiene una salida sino que ella se impondrá como una "ley de hierro": el capital acabará siendo forzosamente rescatado por el Estado, sea por medio de la estatización de la deuda insolvente o de la inflación, o de ambas a la vez. Es una pena que el editor del *Financial Times* haya detenido su argumento aquí, porque una estatización en masa del capital financiero equivaldría a una quiebra financiera del Estado que lo rescata; la inflación a una ruina social generalizada; y ambas a una dislocación sin precedentes de las relaciones sociales.

El primer punto que expone Roubini es el hundimiento que está ocurriendo con los precios de las viviendas, que podría barrer, si llega al orden del 20 al 30 por ciento, con 4 a 6 billones de riqueza inmobiliaria

y poner en valor negativo a diez millones de propiedades –o sea cuando el valor de la propiedad cae por debajo del valor del préstamo recibido para comprar esa propiedad. A principios de marzo, efectivamente, las estadísticas dejaron ver que el valor patrimonial de los hogares había entrado en terreno negativo por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. Este fenómeno precipita el incumplimiento de los pagos hipotecarios, incluso por parte de los deudores solventes, pues el remate de la propiedad representa un costo inferior a la deuda. Suponiendo un stock de deudas hipotecarias de 50 billones de dólares, el default afecta ya a un segmento que va del 10 al 20% del total; aunque aún se encuentra distante del 50% de cesación de pagos que fue la tasa de bancarrota en la crisis de los años '30, la velocidad con que está aumentando supera a cualquier crisis hipotecaria previa. El número de propiedades vacías o vacantes es de cerca de dos millones.

A la desvalorización que están sufriendo los precios de las propiedades hay que agregar las pérdidas que está ocasionando a los bancos acreedores el incumplimiento de los pagos de los préstamos hipotecarios ajustables, llamados ‘subprime', que ya es de unos 400.000 millones de dólares pero que podría llegar al billón si prosigue la tendencia actual. Este desplome afectará a otras formas de crédito que tienen como garantía a estos préstamos hipotecarios –lo cual representa un mercado (créditos estructurados) de 8 billones de dólares, que se encuentra en la actualidad completamente congelado, o sea que no hay transacciones.[3] La mitad del mercado internacional de crédito está formado por bonos con diversas clases de garantía (la otra mitad son préstamos bancarios), que en mayor o menor proporción incluyen créditos hipotecarios incobrables de diferentes características. Hay un escenario de derrumbe del mercado de deuda, que mueve unos 50 billones de dólares. El sistema de protección de estos títulos por parte de compañías especializadas de seguros o por fondos de cobertura, se encuentra en ruinas, debido a la escasa base de capital de las aseguradoras. Si se asume una tasa de incumplimiento del 1,3%, "unos 500.000 millones de dólares explotarían en la cara de los negociantes".[4] Las cosas se presentan bastante peores a lo descripto por Roubini. Esa suma potencial de pérdidas equivale al 25% de la capitalización bancaria total de los Estados Unidos –de 2 billones de dólares– o a un poco

menos respecto a la capitalización bancaria internacional –de 2,7 billones. Si consideramos el total de transacciones especulativas que tienen por base los mercados de bonos y acciones (derivados), de más de 500 billones de dólares, un default del 2% representa pérdidas por 10 billones.

En la descripción de la 'catástrofe' en curso entra también el incumplimiento en el pago de las diversas formas de crédito al consumo, al punto que la tasa de interés de las tarjetas de crédito ya supera cómodamente los dos dígitos. A esto hay que agregar la extensión de la crisis al mercado hipotecario comercial y el impacto que está ocasionando en los bancos regionales. De acuerdo con un informe reciente, "existe una tremenda sobre oferta de espacio comercial minorista".

Otros 500.000 millones de dólares se encuentran atascados en los bancos por préstamos para compras de empresas, cuyos títulos no pueden ser vendidos en el mercado al valor original. Aunque, según el editor del FT, Martin Wolf, "las compañías norteamericanas se encuentran en buena forma, una 'parte obesa' tiene bajos rendimientos y una deuda elevada".[5] Los 'defaults' que resultarían de la desvalorización de esta clase de bonos en poder de los bancos provocarían pérdidas por 250.000 millones de dólares.

A estos sinsabores Roubini añade la desintegración del "sistema financiero en las sombras", o sea de todas las empresas financieras desreguladas, como fondos comunes, fideicomisos o fondos de cobertura, que no tienen acceso a fondos de los bancos centrales.

La consecuencia final de toda esta cascada de derrumbes sería el crash de las Bolsas y el hundimiento de los mercados de capitales, donde los activos financieros acabarían siendo vendidos a precios de remate.

La nacionalización encubierta

La "ley de hierro" a la que alude Wolf se encuentra en plena operación, como lo atestiguan la nacionalización del banco Northern Rock por parte de los laboristas ingleses y del alemán IKB por parte la co-

alición conservadora-socialista germana. Pero estas nacionalizaciones no ponen remedio a la situación que se ha creado, más bien aproximan el momento de la catástrofe sistémica a la que se refiere Roubini. Ocurre que estas nacionalizaciones no pretenden simplemente salvar, con indemnizaciones, el pellejo de los accionistas sino, por sobre todo, evitar el remate de sus activos (créditos, bonos) y el consiguiente incumplimiento de las deudas contraídas para comprar esos activos. El gobierno británico lleva comprometidas unas 50.000 millones de libras esterlinas en el NR y ha asegurado en forma ilimitada los depósitos en el banco (mientras en el resto de los bancos la garantía alcanza sólo a 30.000 libras). Las pérdidas que asume el Estado al nacionalizar al banco son, potencialmente, ilimitadas, porque no interviene para proceder a su liquidación (lo cual derrumbaría el mercado de bonos) sino para revitalizar su posibilidad de negocios, para lo cual deberá renovar las deudas pendientes y asumir nuevas deudas con garantía pública. El Estado se hace cargo, de este modo, de una parte del mercado de capitales, la que gestionaba el NR, lo cual es mucho más que la nacionalización de un capital privado. Por otro lado, el Banco de Inglaterra ya ha inyectado más de 100.000 millones de libras esterlinas en beneficio del resto de los bancos bajo su jurisdicción, contra la garantía de títulos de dudosa realización. Como acreedor cada vez más prominente, el Estado se convierte en el propietario de los títulos de crédito y de capital que no encuentran mercado y en el garante de los acreedores bancarios. O sea que suplanta el "riesgo bancario" por el "riesgo del Estado", como si fuera invulnerable a la desvalorización de sus activos y escapara a las leyes del capital. Un fracaso del rescate de los bancos por parte del sistema financiero estatal (FED) dejaría como último recurso la intervención fiscal o presupuestaria, lo cual entrañaría una crisis financiera del Estado.

La nacionalización encubierta es, por lejos, mucho más acentuada en los Estados Unidos. La Reserva Federal norteamericana ha extendido a 200 mil millones de dólares las facilidades otorgadas a los bancos para financiar el stock de activos invendibles. A través de dos programas, uno de subasta de fondos y otro de préstamos de recompra, el banco central de Estados Unidos acepta como garantía los títulos

que los bancos no pueden vender en el mercado abierto, en especial los que ya se encuentran en 'default'. Aunque formalmente transitorios, estos préstamos se han convertido en una suerte de aporte de capital, ya que se renuevan indefinidamente; la 'contribución' de la Reserva Federal a los bancos privados supera la que se atribuye a los fondos de inversión de las naciones petroleras o asiáticas, que se han paralizado, entre otras cosas debido a continuos "descubrimientos" de nuevas pérdidas por parte de los bancos, lo que licua los aportes realizados. Al igual que en el caso inglés, el Estado no interviene para liquidar los activos irrealizables de los bancos sino para gestionar su giro, o sea que será forzado a comprometer cada vez más fondos o a tolerar mayores deudas. Como dice un 'blog' (*The Ninja Report*), la Reserva Federal ha modificado radicalmente sus funciones, porque en lugar de inyectar dinero en el mercado mediante la compra de títulos públicos, se hace cargo de los activos desvalorizados de los bancos. Como la Reserva Federal no está en condiciones de gestionar -es decir, fundamentalmente, vender- esa cartera de títulos, tampoco puede regular la circulación de moneda que ha emitido como contrapartida. En los hechos abandona la función de un banco central para convertirse en una casa de empeños o en un banco residual que acumula los créditos incobrables, que sin embargo no puede salir a vender. Aunque el monto total en juego hasta ahora, 436 mil millones de dólares, representa el 20% del capital bancario norteamericano, la participación se eleva considerablemente cuando se tiene en cuenta al puñado de bancos que ha recibido la mayor parte de este aporte, entre los que se encuentran los de mayor porte –como el Citibank. Los aportes de liquidez de la FED suman –entre préstamos (TAF), 100.000 millones; préstamos de 28 días a los bancos generadores de mercado, 100.000 millones; seguros de cambio a bancos europeos, 36.000 millones y las facilidades financieras de canje de por avales de hipotecas, 200.000 millones– un total de 436.000 millones. En el canje de bonos del Tesoro por deuda avalada por hipotecas, ingresan los bonos de las inversoras inmobiliarias estatales, Freddie Mac y Fannie Mae, para frenar la continua desvalorización de sus carteras.

En virtud de las limitaciones que plantea esta nacionalización de los bancos, un columnista del *Financial Times* aboga por el rescate directo

del mercado de capitales, saltando la inyección de fondos a los bancos.[6] Plantea la compra en el mercado de los activos de las empresas de mayor calificación en forma directa, o mediante entidades que serían financiadas para hacerlo. Pero tampoco aquí tendríamos una reconstrucción del mercado de capitales, porque para ello sería necesaria la aparición de capitales privados dispuestos a reanudar el circuito del crédito; lo que tendríamos es un rescate con fondos públicos de los capitalistas perjudicados. Nadie ingresará en el mercado hasta que éste haya tocado fondo, algo que nadie, incluida la FED, prevé en el corto plazo.

El sol con un harnero

Pero el mercado de capitales que la Reserva Federal se empeña en congelar en su balance, a la espera de un giro de los acontecimientos, se sigue moviendo a pesar de ella, aunque siempre hacia abajo. A mediados del mes pasado, el Citigroup armó un ‘corralito' en su fondo CSO Partners, al negarse a permitir el retiro de dinero de sus inversores. Lo mismo ocurrió con otros dos fondos del Citi –Falcon Strategies y el Old Lane Partners.[7] En la primera semana de marzo los principales bancos del mundo le quitaron el apoyo a uno de los principales fondos especulativos, el Carlyle Capital, cuando la caída del valor de los activos en su poder dejó sin cobertura los préstamos bancarios que había recibido para comprarlos. El fondo está vinculado al Carlyle Group, un pulpo financiero envuelto en toda clase de operaciones, incluida la guerra de Irak. La quiebra de estos fondos y el consiguiente remate de sus títulos, acentúa la desvalorización que ya vienen sufriendo en el mercado y provoca una mayor desvalorización a la cartera en poder de esos mismos bancos. Las nacionalizaciones subrepticias de los bancos, como los de la Reserva Federal o el Banco de Inglaterra, no pueden impedir este despeñe de los títulos cuyo valor se pretende congelar. Con fondos propios de inversores por apenas 700 millones de dólares, Carlyle había hecho inversiones, tomando préstamos bancarios, por 22.000 millones –32 veces su capital. Muchos otros fondos, que operan fuera de los bancos, pasan por una situación similar.

Mucho más grave es la situación de las compañías que, con un capital extremadamente reducido, se dedican a asegurar los títulos que se negocian en el mercado de capitales, incluido el de títulos públicos, como los bonos municipales y estaduales, que financian la educación, la salud o las inversiones en infraestructura. Estas compañías aseguradoras no tienen ahora la capacidad de cubrir las pérdidas potenciales o el cese de pagos que se asoma para los títulos bajo su protección; esta circunstancia ha provocado una caída en la cotización de esos títulos. Las recomendaciones para reflotar a estas aseguradoras mediante préstamos o una ampliación de su base de accionistas, han fracasado miserablemente; una propuesta para emitir acciones nuevas por 1.500 millones de dólares para la aseguradora Ambac fue bochada por sus accionistas para impedir que se diluya el capital actual. El gobernador de Nueva York ha amenazado con cancelar los contratos de seguros de las entidades públicas de su Estado, para evitar que caiga su cotización y se dificulte su refinanciamiento (A Elliot Spitzer esto le ha costado el 'oportuno' descubrimiento de sus relaciones con una red de prostitución). Como los bonos públicos no corren riesgo de cesar sus pagos, privar a las aseguradoras de su cobertura las dejaría con la parte más vulnerable del negocio, los títulos privados. El gobierno del estado de California vendió deuda en el mercado sin contrato de seguro. Pero esto no pueden hacerlo los gobiernos locales, que "absorben 2 billones de dólares del mercado de deuda".[8] La incapacidad de las medidas de intervención estatal o de nacionalización encubierta para detener la hemorragia del mercado de capitales, explica el implacable derrumbe de las Bolsas en todo el mundo, en especial en Asia.

El oro o la crisis monetaria internacional

El oro se acerca a los mil dólares la onza cuando la crisis aún se encuentra en pañales. Se trata del refugio universal del valor, que pone al desnudo la desvalorización de todas las formas nacionales de la riqueza capitalista. Pero la economía mundial no puede volver a basar el crédito en el oro; a saber, no puede retroceder del crédito virtual y electrónico, y de la especulación financiera (con sus bonos, swaps, opciones, coberturas).

De la crisis bancaria y financiera pasamos así, sin tránsito, a una crisis monetaria, que para el caso de la devaluación del dólar es por demás clara. Esta devaluación se ha transformado en la razón principal para el aumento extraordinario que registran los precios de las materias primas, con el consiguiente incremento de precios en la mayor parte de los países. Para contrarrestar esta tendencia se revalúan las principales monedas, aumentando las deudas internas en dólares y desvalorizando las reservas y créditos internacionales en moneda norteamericana. Sin embargo, el oportuno derrumbe de la especulación en el mercado de materias primas debería conducir a un colapso monetario internacional, por medio de las llamadas devaluaciones competitivas. Las naciones de Europa Oriental y Turquía, con elevados déficits comerciales y una enorme deuda externa de corto plazo, podrían convertirse en los disparadores de ese colapso monetario.

Como los países que han adoptado el euro no pueden recurrir a la devaluación para disminuir el peso de sus deudas y rebajar el costo de su producción, corren el peligro de una recesión gigantesca. Por eso es llamativa la tendencia que ha despuntado a una devaluación de la libra esterlina, lo que no debería sorprender luego de la nacionalización del Northern Rock. Una devaluación de la libra mete presión al euro, que se supervaloriza. O sea que la crisis monetaria está planteando ya, potencialmente, una dislocación del comercio internacional –y de esa creación adorada del imperialismo, la moneda común europea.

Desacople... en el espacio

En los comienzos de la presente crisis se decía, sin el menor empacho, que la demanda de los países emergentes evitaría una recesión en Estados Unidos.

Pero si las ideas acerca del ‘desacople' –es decir, que los países atrasados no sufrirían los golpes de la crisis en los países centrales– se demostraran correctas, entonces la crisis sería mucho mayor todavía. Es que al mantenerse por un tiempo prolongado el alza de los precios

de las materias primas, se estaría bloqueando el mecanismo esencial de salida a la crisis, que es la masiva desvalorización de mercancías y capitales excedentes. Cuanto más demore esta desvalorización, más aguda será la crisis en los países centrales y, luego, más brutal la desvalorización de las mercancías en los países atrasados.

Ahora que la recesión norteamericana está en marcha, la tesis del ‘desacople' ha perdido partidarios. Las principales caídas bursátiles han tenido lugar en Asia. El economista jefe de Merril Lynch señaló, respecto a la exposición de los bancos chinos a la crisis hipotecaria estadounidense que "no he observado que los bancos chinos estuvieran comprando papeles ‘subprime' pero es razonable pensar que el déficit de cuenta corriente de Estados Unidos, en años recientes, fue financiado desproporcionadamente por la vía de productos que rendían mucho margen".[9] Es una forma elegante de decir que los bancos chinos están metidos hasta el pescuezo en la crisis norteamericana.

En el caso de Brasil, una firma de análisis señala que el crecimiento de la Bolsa "ha sido alimentado por bancos locales que han recurrido a la liquidez internacional"[10], o sea al endeudamiento externo. Con tasas de interés extravagantes y una moneda en constante apreciación, Brasil ha atraído en forma masiva capital especulativo, que deberá emprender la retirada con el agravamiento de la crisis internacional. Un bono brasileño, que vence en 2045, ofrece un 7,5% de interés por encima de la inflación, pero una deuda con Japón paga solamente el 1%; tomar prestado en Tokio para invertir en Sao Paulo se ha convertido en un verdadero negociado para los bancos que operan en Brasil. Las caídas extraordinarias que, episódicamente, protagonizara el mercado de Sao Paulo en los últimos meses, en reacción a los derrumbes internacionales, son una manifestación de su vulnerabilidad financiera. La revaluación del yen, en los últimos meses, encarece los préstamos que apalancan las inversiones en Brasil. Para valorar la importancia protectora de los 150 mil millones que Brasil tiene en reservas bancarias, habría que conocer el endeudamiento internacional de sus bancos y de sus entidades financieras. En enero, Brasil tuvo una salida de fondos de cerca de 3 mil millones

de dólares, "la cifra más alta desde 2000".[11] En lo que va del año, unas quince colocaciones financieras han debido mantenerse en suspenso debido a la incertidumbre sobre el resultado. Una crisis en Argentina vendrá, en primer lugar, como consecuencia de una desestabilización financiera en Brasil, que compra el 35% de sus exportaciones. La garantía que sustenta los negocios financieros en Brasil es el crecimiento de los precios de las materias primas, que se ha acentuado desde inicio de 2008. Sin embargo, existe un consenso internacional en que más de un 30% de estos precios responde a operaciones especulativas alentadas por la devaluación del dólar.

La revaluación del yen no sólo tendrá efectos desastrosos para Brasil; el principal perjudicado será el propio Japón. El retorno de los capitales especulativos producirá un retorno de la depresión y la deflación, de la cual Japón no ha podido librarse desde el estallido de la crisis de mediados de los '80.

En el caso de China, la inflación, que ya llega al 9% anual a pesar de que su moneda nacional se revalúa, está indicando la inminencia de un derrumbe financiero, lo cual anticipa la enorme caída que ha tenido la Bolsa de Hong Kong y en poco menor medida Shangai. Es cierto que China tiene suficientes reservas para respaldar a sus principales bancos, pero valerse de ellas sería una variante de la nacionalización encubierta de la Reserva Federal, o sea que no serviría para darle aire, si hiciera falta, al mercado de créditos. En los últimos tres meses se ha desarrollado también en China una suerte de crisis inmobiliaria: las acciones de varios desarrolladores inmobiliarios cayeron más de un 50% desde sus picos en 2007 y algunos de ellos podrían declararse en bancarrota.[12] China, más que nadie, se ve afectada por la devaluación del dólar, por un lado porque desvaloriza sus reservas, y por el otro porque alimenta la inflación. La revalorización de la moneda china, para contrarrestar la inflación, incrementa el valor en dólares de su deuda interna (y puede llevar a la quiebra a numerosas empresas y bancos) y, del mismo modo, desvaloriza sus activos. China está perdiendo 4 mil millones de dólares al mes entre lo que paga para absorber su emisión de moneda a cambio de dólares y lo que recibe cuando invierte estos dólares en el ex-

terior.[13] Según otro cálculo, esta sangría representaría un 5% del PBI de China, unos 70.000 millones de dólares al año.
Para compensar una caída de sus mercados de exportación, China debería modificar radicalmente su actual esquema económico, lo cual afectaría a los capitales internacionales que han convertido a China en una economía de exportación (arma componentes que luego exporta). Es decir que una crisis internacional no dejaría de lado a China; por el contrario, ella sería la más golpeada. En todas las crisis mundiales hasta ahora, al menos desde 1825, las naciones atrasadas o de desarrollo menor conocieron un salto de su industrialización y de su mercado interno debido a la interrupción de la exportación extranjera, pero esto sólo tuvo lugar luego de atravesar por una crisis severa; entre 1930 y 1932, el PBI argentino cayó un fenomenal 15%. Es precisamente esta experiencia histórica (y en especial la depresión de los años '30) la que enseña: 1) que el desarrollo interno de los países atrasados tiene lugar después del estallido de la crisis, nunca con anterioridad a ella o con la posibilidad de prevenirla; 2) que cuando ese desarrollo tiene lugar, se agudiza la tendencia a proteger el nuevo marco de autonomía nacional creado por la crisis mundial, en perjuicio de una recomposición del comercio internacional; 3) que solamente cuando la crisis mundial se encuentra en vías de superación (algunas décadas más tarde) se reanuda la interconexión de la economía mundial en una escala superior. En el caso de la depresión del '30, el retorno a la normalidad entrañó antes al nazismo, el holocausto, la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial con sus cien millones de muertos, la revolución china, el avance del Ejército Rojo hasta las proximidades del Atlántico y varias revoluciones europeas y nacionales (en Asia, América Latina y Africa) traicionadas.

El impacto de la crisis en Europa no solamente se manifiesta en una tendencia a la recesión. La deuda pública italiana, por este motivo, se ha desvalorizado frente a las de otros países de la Unión Europea, lo que ha encarecido el financiamiento de su déficit público. La novedad política de una derecha que va a las elecciones de abril próximo con un programa de proteccionismo económico, en principio contra las exportaciones chinas, refleja el completo impasse del ca-

pitalismo de la península. Pero la suma de factores indica que Italia está a la cabeza de una incipiente disgregación de la Unión Europea; Sarkozy ya ha reclamado una política proteccionista a la escala de la UE; en Hungría ya hay fuertes síntomas de un derrumbe financiero. Italia podría acabar uniéndose a Gran Bretaña y los países escandinavos en su rechazo al euro - ese es claramente el planteo del ministro de Economía de un futuro gobierno Berlusconi, Guido Tremonti. En España y en Gran Bretaña la crisis hipotecaria se acentúa, y con ella la amenaza de crisis para sus bancos. Una gran constructora española, accionista principal de varios bancos importantes, SacyrVallehermoso, acaba de recibir un llamado para cubrir los márgenes entre los préstamos que ha recibido y la desvalorización de sus activos.
La devaluación del dólar, que impulsa Estados Unidos para desvalorizar sus deudas internas e internacionales y mejorar la posición comercial de la producción norteamericana, acentúa la dimensión internacional que la crisis ha tenido desde el inicio. Se trata de una crisis que culmina varios ciclos económicos. El primero, que se inicia a mediados de 2002 con la apertura en gran escala del mercado de China y la transformación de ese país en la correa de transmisión del financiamiento de los déficit norteamericanos (comercial y fiscal). Por medio de China los dólares emitidos por Estados Unidos retornaron para financiar los déficits norteamericanos. La Reserva Federal financió el superávit chino con deuda norteamericana, que ahora la devaluación del dólar se encargará de licuar. El fin de este ciclo plantea una crisis económica y social sin precedentes tanto en uno como en otro país, y especialmente pone en crisis la restauración capitalista. El otro ciclo que culmina es más largo, el que se inicia a fines de los '70 con la emergencia de un modo de acumulación de capital centrado en el capital financiero. Este modo tiene su propia patología: "Cuando se observa cuánta deuda agregó este ciclo al sistema en relación con el crecimiento económico, por encima y más allá de lo que ha sido normal en expansiones anteriores, el monto de creación excesiva de crédito suma 6 billones de dólares"[14], un monto que es la mitad del producto bruto norteamericano. El dato pone de manifiesto el parasitismo fundamental de la llamada globalización capitalista.

La crisis plantea un principio de "desglobalización" de la economía mundial; la dispersión de los niveles de precios internos respecto de los internacionales es el más alto de la historia. La crisis monetaria en curso va a acentuar este dislocamiento. Lejos de nivelar las condiciones del mercado mundial, se ha acentuado la tendencia a un desarrollo desigual y divergente. El desacople de los niveles de precios deberá acentuar la tendencia al proteccionismo, incluido el sistema de retención de exportaciones de los países productores de alimentos para evitar el encarecimiento de sus mercados internos. Es evidente para cualquiera que los principales bancos centrales no han hecho siquiera una tentativa de coordinar su acción frente a la presente crisis - o sea que está a la orden del día la consigna de la salvación nacional. Se configura un replay de lo ocurrido luego de la primera guerra y, definitivamente, en la crisis del '30 - claro que en una escala social y económica muy superior. En resumen, en lugar de un desacople de la crisis tenemos a la vista el desarrollo de una crisis que abarca a todos los países, en distinto grado y con distinto ritmo. Y en lugar de un acople del capital financiero para diseñar una salida global a la crisis, asistimos a un desacople de la economía mundial y a la recuperación de las tendencias nacionalistas.

La "ley de hierro" del capital

Los comentaristas ya no hablan de la posibilidad de evitar una recesión internacional, sino que toman nota de una "crisis financiera sistémica". Crisis sistémica significa deflación de mercancías y capitales y destrucción de riqueza capitalista acumulada. La intervención del Estado se convierte en el recurso último del capital ante la disolución de los mercados. Como lo señala el titular de un artículo del Wall Street Journal: "Entramos en la era de los rescates".[15]

Lo cierto, sin embargo, es que ninguno de los rescates que fueron proyectados hasta ahora se han concretado, y las rebajas sucesivas de las tasas de interés interbancaria en Estados Unidos, han fracasado. Los propietarios se oponen a que se refinancien los préstamos por sus viviendas, porque no están dispuestos a reconocer una deuda hipotecaria considerablemente superior a los valores inmobiliarios de mercado. No lo quieren las asociaciones inmobiliarias, que esti-

man que los préstamos refinanciados tampoco serían pagados. La extensión de los márgenes que tienen las entidades inmobiliarias estatales de Estados Unidos para levantar el mercado comprando los títulos hipotecarios privados en default, choca con las pérdidas cada vez mayores que ellas mismas están sufriendo como consecuencia de la desvalorización de su propia cartera de créditos hipotecarios. El centroizquierdismo norteamericano ofrece como alternativa la puesta en marcha de un gigantesco programa de obras públicas, que al mismo tiempo daría una respuesta al descomunal deterioro de la infraestructura pública en Estados Unidos. Claro que antes habría que dar una salida al derrumbe inminente del mercado de capitales y a la quiebra económica internacional que esto produciría.

Las autoridades norteamericanas se han embarcado, como punto de partida para una salida, en la devaluación del dólar; o sea, en reducir los costos de un rescate interno y descargar la crisis sobre el mercado mundial. Es una aproximación a una crisis del '30.

Pero aunque la crisis se presenta como un fenómeno financiero ligado al mercado hipotecario, la función del crédito en la economía capitalista es superar los límites que encuentra el capital para su realización y valorización. El crédito extiende el mercado de consumo personal y productivo, y también es una palanca para elevar la tasa de beneficio del capital invertido en la industria. En un determinado punto, esa expansión expresa, decididamente, una situación de sobreproducción. Sin el crecimiento explosivo del crédito inmobiliario norteamericano y sin la inflación de valores de los mercados de crédito y de capital no hubiera habido mercado para la producción de China, y sin esto China no hubiera podido convertirse en un mercado para las mercancías y para la inversión internacional de capital en China. La sobreproducción se ha manifestado en lo que el Banco de Basilea ha llamado una "huelga de inversiones", con la excepción de China e India, que ahora sufren el impacto de esta sobreproducción, una vez que han agotado las posibilidades de sustituir a la competencia con menores precios. El crédito inmobiliario no solamente fue una enorme palanca para la demanda de consumo personal y productivo (construcción) sino que sirvió también para apoyar el desarrollo de otras

formas de crédito que cebaron el mercado de consumo y permitieron la obtención de tasas de rendimiento más elevadas.

Recientemente, el ex secretario de Trabajo de Clinton, Robert Reich, señaló que aunque el poder adquisitivo del salario en Estados Unidos no ha crecido desde los '70, el consumo lo ha hecho en más de un ciento por ciento. La solución de esta paradoja se encuentra en varios factores. Reich señala, primero, la incorporación de la mujer al trabajo, lo que explica un 35% de ese incremento, aunque Reich no dice que sirvió, por sobre todo, para congelar los salarios en un marco de mayor productividad. En segundo lugar figura la extensión de la jornada laboral, que se ha convertido en la más larga en los países desarrollados. El tercer factor es el endeudamiento de los hogares, que ha llegado a más del 200% de la remuneración del trabajo; el mercado de consumo norteamericano depende cada vez más menos del ingreso por salarios y cada vez más del crédito al consumo. En el plano financiero, una reducida camada de trabajadores se ha beneficiado de la inflación bursátil e incluso de la de los precios inmobiliarios para acrecentar lo que se denomina el ingreso disponible de los hogares. Sin embargo, con el derrumbe de la riqueza inmobiliaria, el corte del crédito al consumo, las cesantías provocadas por la recesión y el incremento del trabajo de tiempo parcial (peor remunerado), las condiciones económicas del consumo personal se están viniendo abajo y la situación de la clase obrera está sufriendo un cambio que será radical.

La fuerza de trabajo, que recibe ingresos bajo la forma de salarios o de remuneración de un trabajo autónomo, no acumula el valor que crea con su trabajo; lo acumula el capital. Como la fuerza de trabajo, a diferencia del capital, no se autovaloriza, a la larga su endeudamiento acaba con sus ingresos y salarios: el salario pasa a remunerar al capital (bancario), no a la fuerza de trabajo. La crisis bancaria disimula, entonces, una crisis de sobreproducción, que el crédito al consumo ha tratado infructuosamente de superar: las fuerzas productivas desbordan el marco capitalista en que fueron creadas. El estallido del crédito al consumo (incluido el hipotecario) potencia social e históricamente la recesión económica: socialmente, amenaza con generar una miseria mayor a las crisis precedentes; históricamente, tiene límites mucho

mayores para encontrar una vía de salida o, dicho de otro modo, sus vías de salida son más destructivas y (¡sí!) catastróficas.

La siniestralidad urbana y social de Detroit, por ejemplo, la histórica capital de la industria norteamericana, donde la desocupación alcanza al 10% y el derrumbe de la infraestructura pública y edilicia es enorme, es una muestra de la perspectiva social que deja en pie la crisis que se ha abierto en Estados Unidos - donde ya hay 800.000 desalojos de viviendas. No es casual que también en Estados Unidos, hayan comenzado a aflorar de nuevo los planteos proteccionistas de parte de varias tendencias de la burguesía.

Un cambio de condiciones y de percepciones

En el movimiento obrero mundial, lamentablemente, no se ha comenzado siquiera a discutir un programa para esta crisis; pero esto comenzará a ocurrir en breve tiempo. Las nacionalizaciones encubiertas son la oportunidad para plantear la nacionalización de la banca sin indemnización, pues está claro para toda la sociedad que el capital se ha caído como consecuencia de sus propias leyes, y de que no hay lugar para ningún resarcimiento social. Pero la catástrofe que se insinúa deja todavía más clara la necesidad de expropiar a todas las industrias armamentistas o vinculadas con la guerra, para reconvertirlas en beneficio popular. Sobre la base de la expropiación de la banca y de la industria ligada a la guerra, un programa de obras públicas y de reindustrialización puede ser una salida para las masas. La cuestión de los despidos y de los salarios pasará al orden del día, y ello deberá dar lugar, de nuevo, a una crisis en el esclerotizado movimiento sindical. De todos modos, lo importante es esto: la implosión de la economía de mercado, esa ficción que ha llevado a toda la izquierda mundial a entregarse al capitalismo. El mercado no sacará, no ya a los obreros, sino a los propios capitalistas, de la hecatombe en que se han metido. El cambio de percepción y de perspectiva para los explotados, en especial en los países económicamente más avanzados, será el fruto más rico de la presente crisis. Se impone, por lo tanto, que la vanguardia obrera inicie un enérgico esfuerzo de deliberación política.

Notas

1. *RGE Monitor,* febrero de 2008.

2. *Financial Times,* 20 de febrero de 2008.

3. *International Clearing House,* 7 de marzo de 2008.

4. *The Economist,* 2 de febrero de 2008.

5. *Financial Times,* 20 de febrero de 2008.

6. *Financial Times,* 4 de febrero de 2008.

7. *The Wall Street Journal,* 15 de febrero de 2008.

8. *Financial Times,* 3 de marzo de 2008.

9. *Financial Times,* 29 de enero de 2008.

10. *Financial Times,* 26 de enero de 2008.

11. *Financial Times,* 11 de febrero de 2008.

12. *Financial Times,* 14 de febrero de 2008.

13. *Financial Times,* 31 de enero de 2008.

14. *Financial Times,* 28 de enero de 2008.

15. *The Wall Street Journal,* 19 de febrero de 2008.

Equilibrios, desequilibrios y catástrofe capitalista

Malentendidos y actualidad

Por Pablo Rieznik
En Defensa del Marxismo N° 36
Junio de 2008

George Soros, en un breve artículo de marzo pasado (2008), después de pintar con trazos catastróficos la crisis económica internacional, planteaba que los índices de bancarrota económica que son propios del centro del mundo capitalista no se observaban todavía en China.

Y concluía: si tal divergencia se mantiene resurgirá el proteccionismo, asistiremos a turbulencias muy serias en el mercado internacional o –textualmente– "cosas aún peores". El multimillonario especulador en los mercados bursátiles insinuaba entonces la posibilidad de una guerra planetaria como consecuencia de la eventual dislocación del comercio y de los flujos del capital internacional. Hay que admitir que no está nada mal el planteo y que da una pista para el abordaje de la crisis presente con una dialéctica que está ausente en gran parte de los análisis de la cuestión, incluidos los de quienes se declaran marxistas y hasta trotskistas. Porque señala la perspectiva de la catástrofe, no del hecho de que China sea arrastrada por la debacle económica de las principales potencias, sino de la eventualidad de que, al revés, pudiera evitarla. La economía mundial es una totalidad orgánica y una severa descompensación puede terminar de liquidar al paciente. No se trata de aislar sus componentes para clasificarlos a unos independientemente de los otros, sino de apreciar el carácter de los desequilibrios que le dan a la crisis un carácter de conjunto.

A diferencia de Soros, quienes consideran la hipótesis improbable de una excepción "china" a la regla de la crisis mundial postulan, no un colapso general sino la emergencia de un nuevo eje de referencia del capitalismo, incluso de alcance histórico, algo así como un siglo XXI, asiático u oriental, que trazaría un rumbo ascendente para la civilización del capital, marcada por el siglo XX norteamericano y previamente por el siglo XIX inglés. Soros parte del "mejor" escenario, que China se salve del derrumbe del centro del capitalismo presente para pronosticar... la mayor catástrofe: la bancarrota de la economía global y un conflicto bélico sin precedentes. Por lo tanto, aun en la eventualidad de que China pudiera mantener su "crecimiento económico", lo que el mundo no se ahorraría es la consecuencia del terremoto emergente de un trastocamiento brutal de los ejes sobre los cuales se

articuló el capitalismo en el período histórico reciente, dando lugar a un quebranto de alcance revolucionario del "orden mundial".

En oposición a esta perspectiva se alinean no sólo diversos analistas e intelectuales del mundo capitalista; también marxistas de diverso tipo, incluidos "trotskistas" que han hecho profesión de fe "anticatastrofista". Entre estos últimos es muy habitual que se apele precisamente al mentado "crecimiento" de la economía china como un mentís a las teorías sobre el derrumbe capitalista. China, entonces, sería un ingrediente clave en la "estabilización" de una nueva etapa del capitalismo, de un nuevo "equilibrio" y hasta de una reversión en un sentido positivo de la curva declinante que registra la economía mundial desde la década del '70. Destacamos entre comillas las palabras "estabilización" y "equilibrio" porque son las mismas que utiliza Trotsky en un análisis sobre la dinámica del capitalismo contemporáneo y que es normalmente considerada como una evidencia de la posición "anticatastrofista" del líder bolchevique. El análisis de Trotsky fue desarrollado en dos conferencias del partido bolchevique previas a la reunión del III Congreso de la Internacional Comunista en 1921, donde el tema del "equilibrio" y la "estabilidad" capitalista adquirió una gran importancia política. Para Lenin y Trotsky estaba entonces claro que las expectativas sobre la extensión de la revolución de octubre habían sufrido un importante golpe. La burguesía había conseguido frenar los embates del proletariado en Europa, el comunismo alemán había fracasado en sus tentativas por concretar una alternativa a la crisis revolucionaria en su país, el Ejército Rojo había sufrido una seria derrota en Polonia y los partidos comunistas no habían todavía conquistado a la mayoría de la clase obrera en los principales países del viejo continente.

Había que reconsiderar, por lo tanto, los problemas de la lucha revolucionaria y de la táctica política a la luz de las nuevas circunstancias: las batallas mal preparadas o prematuras no llevarían a ninguna parte o podían provocar un desastre. A esa cuestión y a ese nuevo cuadro político, luego de cumplida la primera etapa de la revolución de 1917, estaban dedicados los planteos de Trotsky, reunidos posteriormente, junto a algunos textos adicionales sobre la dinámica his-

tórica del capitalismo mundial, en una pequeña obra llamada "Una escuela de estrategia revolucionaria". De modo que la cuestión de los equilibrios y desequilibrios en la actualidad remite también a una polémica de comienzos de los '20 del siglo pasado y al cual se recurre una y otra vez para tergiversarlo. Consideraremos aquí ambas cosas y comenzaremos por aclarar esta última.

Las cosas en su lugar

El problema que analiza Trotsky entonces tenía que ver con la caracterización política que correspondía a los problemas que enfrentaba la Revolución Rusa en el momento en que –como vimos– su onda expansiva había encontrado un límite y la lnternacional Comunista se veía obligada a ajustar los términos de su propia táctica. Contra el doctrinarismo ultraizquierdista que pintaba el panorama de una crisis permanente del capital y de una ofensiva permanente de los revolucionarios por la conquista del poder, Trotsky parte de admitir que no se puede negar teóricamente la eventualidad de un nuevo equilibrio del capitalismo y pasa a examinar con todo cuidado el conjunto de la situación. Admite de entrada que es imposible negar que la burguesía mundial se ha "tranquilizado", luego del impacto provocado por la Revolución Rusa, "después de un momento de pánico y desorden". De nada valía negarlo y proseguir con una "ofensiva permanente" por el asalto al poder, ignorando incluso los propios errores. Por el contrario, se trataba de mirar de frente la realidad, corregir el rumbo y preparar las condiciones para un nuevo curso ascendente de la revolución y, sobre todo, para avanzar en la conquista de la mayoría de la clase obrera. Para eso el Congreso de la lnternacional se aprestaba a discutir con el ala "izquierdista" el planteo del "frente único" dirigido a las organizaciones obreras no comunistas.

¿Cuál era el alcance del nuevo escenario al cumplirse tres años de Octubre? Ese es el interrogante clave que se propone aclarar Trostky. Por eso procede a indicar las contradicciones que marcan la nueva situación, en diversos planos: el económico, el de la lucha de clases, el de la política nacional e internacional. El análisis es muy minucioso. Indaga la situación planteada con el ascenso del

capitalismo norteamericano, el retroceso del capital en el viejo continente y los enormes desequilibrios entre las propias economías europeas, desquiciadas por la guerra. Considera también los efectos del temprano resurgimiento del militarismo, los preparativos de una nueva hecatombe bélica. Su conclusión es que, a pesar de las derrotas políticas del proletariado en el lapso inmediatamente previo, "no se puede hablar de restablecimiento del equilibrio capitalista". Al contrario, un curso ascendente de la revolución resultaba inevitable, porque los equilibrios que se habían reconstituido en el plano económico, finalizada la guerra, eran de una enorme precariedad. Todavía se estaba muy lejos de alcanzar los niveles de producción del pasado y el desarrollo de un gigantesco capital ficticio planteaba perspectivas explosivas (las "burbujas" del capital no son sólo cosas del siglo XXI). En ese marco, las contradicciones sociales no tendían a atenuarse sino a agudizarse: "La riqueza y las rentas nacionales disminuyen, mientras el progreso de las clases aumenta. El número de proletarios aumenta, los capitales se concentran... cuanto más se restrinja la base material más crecerá la lucha entre las clases, y los diferentes grupos para el reparto de las rentas nacionales se encarnizarán luchando; no hay que olvidar nunca esta circunstancia".

Retroceso productivo, desequilibrios económicos y financieros, agudización de las contradicciones sociales, preparativos para otra carnicería universal; de esto habla Trotsky en "Una escuela de estrategia revolucionaria" y cuestiona el planteo de que se ha alcanzado un nuevo "equilibrio" capitalista, que era el punto de vista... de la socialdemocracia ¡no de Trostky! Sorprende entonces que se vuelva una y otra vez a ese texto para mostrar cómo su autor oponía el concepto de "equilibrio" al de catástrofe o derrumbe del capital. Algo absurdo, además, porque la historia ya mostró que lo que siguió, como decía Trotsky, no fue ningún equilibrio sino una completa catástrofe: la hiperinflación alemana, le revolución abortada del '23, el nazismo, el fascismo en Italia, el "crack" del '29 y luego la Segunda Guerra Mundial. ¡Un "equilibrio" bárbaro! Por lo tanto, sorprende más todavía que no se aprenda de Trotsky el método con el cual se aborda una realidad, no de equilibrio sino "catastrófica" como era a principios

de la década del '20 y que luego fue confirmada plenamente. Un método que permite también aproximarnos como corresponde al examen de los "equilibrios" y de los "desequilibrios" que se engendran unos a otros; una crisis mundial sin precedentes y una fase más aguda de la descomposición histórica del sistema capitalista.

El "centro de gravedad"

La referencia al texto de Trotsky tiene un interés adicional porque consideraba que el "hecho decisivo" de aquel momento era el "traspaso del centro de gravedad de la economía capitalista y de la potencia burguesa de Europa a América". Un señalamiento que importa tener en cuenta al abordar la situación presente, marcada por el derrumbe de ese "centro de gravedad" y remate de todo un proceso histórico. Estados Unidos se convirtió definitivamente en el eje de la economía capitalista luego de la Primera Guerra. Se reforzó todavía más su papel protagónico consecuencia de los desequilibrios catastróficos de la Segunda Guerra Mundial, de los cuales emergió un nuevo y frágil equilibrio, con la colaboración del stalinismo y el objetivo de contener a las masas insurgentes, en Europa en particular, al concluir medio siglo de barbarie. Es el frágil equilibrio desafiado por la revolución que, en China primero, en 1949, y más tarde en Cuba, en 1959, extendió a medio planeta el ámbito en el cual el capital había sido expropiado. Un frágil equilibrio, por fin, que encontró sus límites poco después, cuando la década del '60 no había terminado. Por eso recordamos ahora el cuarenta aniversario del '68, año en el que crujió precisamente el mundo de la posguerra con la explosión conjunta a uno y otro lado del "muro", con el Mayo francés y la Primavera de Praga como señales emblemáticas. Es el '68, también, de la formidable ofensiva de los guerrilleros en Vietnam, que detona la cuenta regresiva del imperialismo en el sudeste asiático, indisociable de la profunda crisis del régimen político yanqui del momento, jaqueado por movilizaciones populares contra la guerra y por los derechos civiles de la población negra.

Es a fines de los '60, por otra parte, cuando se produce la llamada crisis del dólar, que sufre de hecho entonces una primera deva-

luación (cuando las autoridades norteamericanas limitan el cambio de la divisa por oro). Puede plantearse la hipótesis de que el proyecto del "siglo estadounidense" quedó liquidado muy tempranamente en el sudeste asiático y con la crisis política y económica de finales de los sesenta. Ese "siglo norteamericano", según la denominación de los estrategas yanquis al finalizar la Segunda Guerra, que pretendió evitar los "errores" de sus antecesores, no debía ser un imperio colonial pero sí imponerse por la fuerza de la colonización económica con el dólar como dinero mundial. El mito del imperio "sin colonias" se derrumbó rápidamente en la aventura vietnamita, y la quimera del dominio planetario del billete verde chocó con una barrera previsible cuando comenzaron a drenarse las reservas de oro que guardaba su banco central (la Reserva Federal) para sostenerlo. El "equilibrio" de la última posguerra, heredado de medio siglo de guerras, revoluciones y crisis gigantescas, consumió su combustible cuando no habían concluido los años sesenta y tomó forma explosiva en la gran crisis de la década siguiente. El nuevo "centro de gravedad" de la economía capitalista que emergió de la primera guerra no pudo echar un ancla histórica a un modo de producción que había ingresado en un período de decadencia y convulsiones económicas y sociales sin precedentes.

Hoy, lo que está en cuestión es el "centro mismo de gravedad" del mundo capitalista y esto le da a la crisis una dimensión histórica única. Es cierto que el capital ha sobrevivido en su agonía más allá de todo pronóstico, pero por eso mismo las crisis recurrentes tienen un carácter potencialmente más explosivo. En la primera posguerra, Trostky ponía de relieve en su análisis la base completamente precaria de las economías que vivían del capital ficticio, las exacciones derivadas de la guerra y el endeudamiento, en contraste con la base en retroceso de la economía real. ¿Qué decir ahora de una economía que se arrastra desde hace muchas décadas sobre una especulación que tiene una dimensión diez veces superior a la del producto mundial? (los mercados financieros mueven un volumen financiero de 500.000 billones de dólares contra los 50.000 que suma la producción de todos los países del planeta).

Final de época

Lo que estalla ahora, por lo tanto, es mucho más que una burbuja financiera que tuvo su epicentro en el mercado inmobiliario norteamericano y que The Economist consideró la mayor de toda la historia del capitalismo. Esta burbuja es el último de un conjunto excepcional de recursos al que tuvo que apelar el capital desde hace más de tres décadas para tratar de sostener la economía capitalista sin conseguir nunca la reversión de su tendencia declinante.

Esto se manifiesta en el hecho de que todos los indicadores económicos de Estados Unidos, Europa occidental y Japón –crecimiento, inversión, empleo, salarios– han ido deteriorándose desde los años '70, década tras década y ciclo económico tras ciclo económico. Por eso mismo, en la última primavera de "expansión" económica desde 2002, el crecimiento del PBI de Estados Unidos ha sido el más bajo en comparación con cualquier otro período desde finales de los años '40. "Este declive del dinamismo económico del mundo capitalista avanzado hunde sus raíces en una caída sustancial de los beneficios, cuya causa primaria es una tendencia crónica a la sobreproducción en el sector manufacturero industrial a escala mundial que se remonta a finales de los años '60 y comienzos de los '70. La tasa de beneficio en la economía privada todavía no se ha recuperado en la primera década de este siglo, y sus niveles en la fase alcista del ciclo en los años '90 no llegaron a superar los de los años '70", planteó Robert Brenner en un texto de algún tiempo atrás, titulado "En las vísperas de una crisis devastadora". Es imposible, en consecuencia, comprender el momento histórico actual sin tener en cuenta los fracasos sistemáticos de la política capitalista en los últimos treinta años para terminar con la esencia de lo que puso de relieve la crisis de los setenta: una enorme crisis de sobreproducción. Sobreproducción que no es otra cosa que un exceso de capital y mercancías en relación con la posibilidad de garantizar las ganancias que le permitan reproducirse. El capital se derrumba porque enfrenta las contradicciones propias de su mismo desarrollo, "equilibrios" y "desequilibrios" cada vez más explosivos, para decirlo con las palabras de Trotsky. La sobreproducción es la barrera insuperable que el capital encuentra en la

pobreza de las masas que explota, lo que explica en "última instancia", según las palabras de Marx, el límite recurrente con el cual se enfrenta la potencia productiva que el propio capital pone en movimiento.

Para contrarrestar la tendencia al derrumbe, el capitalismo apeló, en las décadas que siguieron a la crisis del '70, a "remedios" de un alcance inusitado. Fue una "terapia de shock" global: desde la devastación de las conquistas de los trabajadores, que debutara en los años '80 con la "flexibilidad laboral" de los Reagan y Thatcher, al saqueo de las economías del llamado mundo periférico en esas mismas décadas, cuando las tasas usurarias y el creciente endeudamiento condujeron a la quiebra de países enteros. Fue el caso paradigmático de México en 1982, cuando tuvo que nacionalizar los bancos para proceder al rescate del capital financiero: la contratara de las nacionalizaciones del presidente Cárdenas en los años '30, porque aquellas fueron para limitar la voracidad de los pulpos imperialistas mientras las de los '80 se concretaron para salvar a gigantescos monopolios bancarios, cubriendo sus pérdidas con fondos públicos. En la "terapia de shock", luego de la crisis del '70, hay que incluir también la "recuperación" para el capital de una extensa región en la cual había sido expropiado, con la restauración capitalista en los viejos Estados obreros. Por lo tanto, si esta ofensiva planetaria no pudo revertir la curva declinante del capitalismo mundial, el fracaso debe medirse a la escala de los remedios cada vez más brutales aplicados y de los crecientes desequilibrios que tienden ahora a reunirse en una "crisis devastadora".

El desequilibrio que se puso de manifiesto en la crisis de sobreproducción del final de los sesenta y comienzo de los setenta nunca fue superado. Una nueva crisis sobrevino en la década siguiente, cuando se produjo un derrumbe bursátil en las principales mercados capitalistas, en 1987. Un derrumbe que acabó por quebrar el proceso, que entonces se consideraba inevitable, de la supuesta transferencia del "centro de gravedad" de la economía mundial hacia un nuevo eje. Se decía entonces que la vieja y ya agotada locomotora del tren capitalista global –la norteamericana– sería sustituida por nuevas máquinas

-japonesa y alemana– respectivamente. Pero en lugar de este supuesto "reequilibrio" lo que sobrevino fue la debacle de Japón por un lado, que entró en un letargo económico del cual aún ahora no ha salido casi dos décadas después. Por el otro lado, la economía alemana acabó sumándose a lo que se llamó la "euroesclerosis", para denominar a la decadente economía del viejo continente. Quienes en la actualidad pronostican que será China la nueva locomotora que remolcará al mercado mundial, olvidan el estrepitoso fracaso de los pronosticadores de la generación previa con metáforas ferrocarrileras. Conciben a la economía capitalista como una suerte de mecanismo de equilibrios y desequilibrios que se acomodan y desacomodan mecánicamente, no como la expresión de los límites históricos de un modo de producción que sobrevive a su tiempo con catástrofes y convulsiones crecientes. La aproximación metodológica de Trostky en los debates que jalonaron las discusiones decisivas de la vanguardia revolucionaria, al comienzo de los años veinte del siglo pasado, sigue siendo insustituible; a condición, claro, de que sea correctamente asimilada.

Otra vez China

Volvemos al tema del principio de este artículo: el lugar de China en la crisis actual. Cuando decimos China, hablamos en realidad de la explotación de los trabajadores chinos y de los beneficios del "orden" impuesto por la burocracia gobernante, asociada a los negocios capitalistas en la mayor plataforma de exportación de toda la historia. Dicho esto, es claro que China contribuyó en los últimos años a evitar el marasmo de un derrumbe general que había comenzado en Tailandia en el '97, que se extendió luego a Rusia, que se declaró en "default" en el '98. Fue un "tsunami" que amenazó con arrastrar a Wall Street y recaló posteriormente en Brasil, sacudió como nunca a la Argentina y afectó igualmente al "coloso del norte" (recordar las quiebras de gigantes como Enron y Worldcom). El "crecimiento chino" pareció frenar el desastre en 2002 con un "equilibrio" particular: que el gigante asiático actúa como bomba demandante en el mercado mundial a condición de que sus exportaciones sean igualmente demandadas; algo que se sostuvo, decisivamente, con la contrapartida de un monstruoso déficit en el comercio exterior norteamericano.

El "equilibrio" se sostuvo entonces en un enorme y en verdad doble desequilibrio de la economía yanqui. Porque hay que considerar también el déficit del presupuesto norteamericano, que entre otras cosas financia la industria bélica que llevar a la barbarie a Irak y al sudeste asiático. La deuda pública norteamericana servía para captar los dólares que salían del país por el descomunal exceso de importaciones sobre las exportaciones norteamericanas. La deuda absorbía los dólares que de otra manera derrumbarían el precio de la divisa norteamericana, del mismo modo que el precio de la papa cae cuando la cosecha es abundante.

Los déficit "gemelos" de la economía yanqui, entonces, parecían complementarios, pero lo cierto es que incubaban una contradicción explosiva, porque la tendencia creciente a devaluar el dólar para corregir el déficit comercial y la competencia externa presionan en el sentido de desmantelar todo el circuito del financiamiento yanqui. Es que para mantener la captación de fondos se necesita un dólar que no se caiga o, alternativamente, tasas usurarias que terminan arruinando la especulación interna.

Es esto lo que comenzó justamente a reventar a mediados del año pasado cuando la suba de las tasas de interés detonó la crisis hipotecaria, provocando el fenómeno dominó que caracteriza el panorama en la crisis actual, en pleno desarrollo. Es cierto que las tasas norteamericanas han vuelto a bajar desde mediados del año pasado, cuando comenzó el colapso que aún no cesa, para proceder a un salvataje del capital financiero en ruinas. Por eso mismo, no obstante, se debilita la toma de los dólares excedentes en el mercado mundial y la caída de la moneda norteamericana, porque su demanda cae y golpea al comercio internacional, que se desmorona. El alerta de Soros contra un derrumbe del mercado mundial está indisolublemente unido al peligro de las "devaluaciones competitivas". Ahora, el euro "fuerte" está paralizando a Europa, que se tornó poco competitiva en el mercado mundial. Y no sólo eso, porque el euro "fuerte" amenaza con derrumbar a la Unión Europea: los países más golpeados por la tendencia económica depresiva buscan sus propias "devaluaciones competitivas" para proteger sus mercados de la des-

composición general. En la fila se anotan en cualquier momento Italia y España.

Los desequilibrios económicos internacionales se desdoblan entonces en el agravamiento de las contradicciones internas en el plano económico, social y político. El retroceso industrial en los Estados Unidos, estimulado por el dólar alto que favorece la competencia de los productos procedentes del exterior, buscó ser combatido con la superexplotación de la mano de obra interna, en particular la de los inmigrantes, cuyos salarios miserables sostienen ramas y regiones enteras de la economía yanqui. Resultado: junto a la devastación de las viejas zonas industriales, como es el caso de Detroit, otrora orgullosa "capital automotriz", sede de la emblemática industria capitalista yanqui, asistimos al despertar de un gigante. Así fue llamada la enorme movilización del año pasado contra la legislación represiva que afecta especialmente a los hispanos. Por otro lado, la tentativa por "equilibrar" a la primera potencia del mundo con la invasión en Irak ha concluido con un empantanamiento, que no en vano es comparado una y otra vez con lo que fue Vietnam: un golpe brutal al régimen político yanqui.

Un derrumbe histórico

Al examinar, aun sumariamente, la situación actual a la luz del método con el cual se abordaban los problemas de la economía y la política mundial en el mencionado y tan malentendido como distorsionado trabajo de Trostky, la peculiaridad actual es que en el derrumbe presente del "centro de gravedad" del mundo capitalista no aparece otra alternativa: la ruptura del antiguo equilibrio tomó la forma de una bancarrota general, algo que a su modo está presente en una enorme cantidad de análisis de la más diversa naturaleza. La reiterada ilusión de que China pueda cumplir el papel de nuevo "centro" no sólo omite que tal improbable eventualidad no excluiría una enorme crisis sino, más importante todavía, se niega a considerar a China misma como parte del problema y no de la solución. En el pasado, los países coloniales cumplieron un papel en la "globalización" del capitalismo como fuentes de recursos de materias primas,

de absorción del excedente de mercancías en los países centrales e incluso como deudores del capital financiero metropolitano. Hoy, China demanda alimentos y materias primas y como plataforma de exportación llena el mundo con sus mercancías. Con su superávit comercial se transformó en acreedora del país más endeudado del mundo: ¡los Estados Unidos de Norteamérica! La crisis actual no derivará en un traslado más o menos armonioso del eje de la economía mundial de una punta a la otra del planeta, sino que amenaza con desestabilizar las bases de la restauración capitalista inconclusa de la economía estatizada en el gigante asiático. La globalización capitalista ha convertido las convulsiones de la decadencia del capitalismo en catástrofes planetarias.

La tentativa de apelar a las ideas de Trostky de la década del '20, cuando refluía la ola revolucionaria del final de la Primera Guerra Mundial, para oponer el concepto de "equilibrio" al de agotamiento histórico y catástrofe capitalista es francamente insólita y puramente hermenéutica, porque no sale del texto e ignora la realidad. Ni siquiera vale como hermenéutica porque contraria las propias palabras de Trotsky en esos mismos textos: "Actualmente estamos en plena crisis, crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo... esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa...". Se preguntaba entonces el propio Trotsky: "¿Quiere decir esto que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo" –se respondía–, indicando a sus camaradas la importancia de debatir los problemas de la táctica política revolucionaria y la necesidad de evitar que se vincularan los problemas del momento con un análisis embellecedor del capital, de su capacidad de alcanzar "equilibrios" y evitar las "catástrofes". En tal caso, el debate carecería de rigor y cuestionaría la estrategia del bolchevismo, que se encontraba a la cabeza de la Internacional Comunista. Como aporte metodológico a las discusiones del presente no debería ser olvidado porque apunta al mayor y más importante de los "desequilibrios": el que se presenta entre el viejo mundo en descomposición y el desarrollo de la vanguardia, el programa y la organización revolucionaria destinada a plantear su superación. Un desequilibrio que tiene su base material porque, como señala Trosky,

siempre en el discurso que nos ocupa, la burguesía se encuentra en el "maximum de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación... en el mismo momento en que más amenazada está por su decadencia". Este desequilibrio no ha sido resuelto y su contenido es una histórica crisis de dirección del movimiento revolucionario. Para bien o para mal, esto no atenúa la catástrofe capitalista; nos obliga, por el contrario, a mirarla de frente y a luchar por dar cuenta del desafío. No hay otra posibilidad.

Más allá del colapso capitalista

Prensa Obrera N° 1055
18 de julio de 2008

Un par de ediciones atrás tuvimos la oportunidad de advertir acerca de las limitaciones insalvables de la tesis del editor principal del *Financial Times*, Martín Wolf, para quien la intervención del Estado como recurso último ante la crisis constituía "una ley de hierro" capaz de prevenir una desintegración de la economía capitalista. Este mismo señor, el lunes pasado, en el mismo diario, no tuvo reparo en admitir que "el valiente nuevo mundo del sistema financiero de los Estados Unidos se está disolviendo ante nuestros ojos".

Todo lo sólido se desvanece en el aire

Sencillamente, tres de los cinco bancos de inversión que forman parte de la jerarquía superior del capitalismo (Bear and Sterns, Lehman Brothers y Merril Lynch) han dejado de existir –en tanto que los dos restantes, Goldman Sachs y Morgan Stanley–, ya están ocupando las antesalas. Una aseguradora multipropósito, AIG, con deudas superiores al billón de dólares, era puesta en la sala de terapia intensiva con escasas posibilidades de supervivencia. Nada menos que el Citibank –'enterrado' con créditos incobrables en el quebrado Lehman Brothers, por valor de cerca de 200.000 millones de dólares–, buscaba asociarse con otro de gran porte y aun mayores problemas, el Wachovia, para intentar un salvataje de a dos. Una buena parte de los bancos regionales norteamericanos se encuentran en las vísperas de la quiebra, pero el organismo encargado de asegurar a los depositantes se ha gastado la mayor parte de los recursos para esa faena. Esto implica la perspectiva de un 'corralito', al menos parcial, en los Estados Unidos –algo que ya están haciendo algunos Fondos monetarios (prestan a corto plazo), que manejan unos 3,5 billones de dólares. Pero donde la "ley de hierro" sufría su más duro golpe era en el anuncio del Tesoro norteamericano de que emitiría letras financieras para reforzar la capacidad de acción del Banco Central, la Reserva Federal. En otras palabras, la Reserva Federal se estaba quedando sin municiones para seguir socorriendo a los bancos con problemas y todavía más para rescatar a los bancos sin salida. Se estima que el Banco Central ha gastado ya más del 60% de las reservas de su balance –sustitu-

yendo Letras del Tesoro norteamericano por títulos sin valor de los bancos en dificultades. Titulamos el número anterior de Prensa Obrera, "los yanquis en default", sólo para enterarnos, cinco días más tarde, que los mercados de títulos estaban comenzando a descontar un default del Tesoro de los Estados Unidos,[1] algo sin precedentes.

George (Alfonsín) Bush

Ya nadie discute que la crisis financiera, con epicentro en Estados Unidos, se ha convertido en mundial. El Banco de Inglaterra acaba de salir al rescate de HBOS, el principal prestamista hipotecario, que tiene un agujero de 170.000 millones de dólares entre sus activos y sus pasivos. En China, la Bolsa ha perdido las dos terceras partes desde el pico de su suba, por la simple razón de que sus Fondos hipotecarios se encuentran sobreendeudados y deben enfrentar una crisis inmobiliaria, y de que, por otro lado, se manifiesta una considerable caída de los beneficios industriales. En el caso de Brasil, la salida de capitales se ha convertido en estampida, lo que tirará abajo el edificio caro y artificial de su enorme mercado de créditos al consumo. En Rusia, la Bolsa simplemente debió dejar de operar, como consecuencia de un derrumbe absolutamente extraordinario. Todo sumado, sin embargo, el punto fundamental es que se pone en cuestión la gestión de la crisis por parte del gobierno norteamericano. Las decisiones de nacionalizar grandes franjas del mercado financiero, o de rescatar a algunos bancos pero no a otros, ha sido abiertamente criticada en los círculos más altos de la burguesía. Existe el temor a un desbarranque del dólar - que debería ser la víctima natural de la utilización indiscriminada de recursos de la banca central y del fisco para rescatar a los bancos en quiebra. La necesidad de un endeudamiento público extraordinario para reponer, por parte del Tesoro, las agotadas reservas de la Reserva Federal plantea definitivamente un cambio del conjunto de la gestión de gobierno, porque la crisis financiera se ha convertido en un principio de debacle general. Se perfila para Bush un final a la Alfonsín: a saber, la entrega adelantada del gobierno luego de las elecciones previstas para principios de noviembre.

Una etapa al abismo

Nos encontramos en una nueva etapa de la crisis, pero de características peculiares, porque no ha logrado encontrar sus propios límites. Hasta marzo, cuando quebró Bear and Sterns, e incluso en los meses siguientes, los bancos fueron reduciendo el valor contable de sus activos y anunciando, en forma correspondiente, pérdidas crecientes. Pero sólo en escasa medida liquidaban efectivamente esos activos y contraían efectivamente esas pérdidas. Actuaban con la expectativa de una normalización de la situación y de la posibilidad de evitar la venta con pérdidas gruesas de sus créditos o bonos. El cambio es que ahora no pueden pagar sus deudas sin vender realmente sus activos desvalorizados e incluso vender a pérdida parte de su propio capital (Lehman Brothers había desvalorizado sus activos en los libros a 85 centavos de dólar, pero ahora que los tiene que vender efectivamente, sólo le dan 30 centavos). Los socorros financieros de la Reserva Federal no sirvieron para normalizar nada; por lo tanto, se precipita la bancarrota. Los precios de la propiedad residencial y comercial siguen cayendo; el consumo se contrae, lo mismo que los créditos comerciales. Pero como lo demuestra lo ocurrido en los últimos días, tampoco se ha logrado contener el número o valor de las quiebras, que se van anunciando en cascada. Es toda la gestión de la crisis la que ha entrado en crisis, o sea que está planteada una crisis política en Estados Unidos.

Tanto los bancos que fueron rescatados como aquellos que fueron enviados al matadero son una contraparte de otros protagonistas en el mercado de capitales, sea como prestamistas o prestatarios de capitales, o sea que su suerte afecta a toda otra gama de inversores financieros: el mercado de seguros contra defaults –o sea los que protegen a los títulos públicos o privados contra el incumplimiento del emisor (está valuado en 62 billones de dólares)– es naturalmente la primera víctima de las quiebras bancarias como también de las nacionalizaciones de los bancos, porque muchos de los seguros fueron otorgados por bancos que han quebrado o han sido absorbidos. Pero cuando se le añaden otras operaciones de seguro,

como la protección (seguro) de las tasas de interés que han sido pactadas, los valores en juego se estiman en 550 billones de dólares, el equivalente a diez veces el producto bruto mundial. Una ruptura en este mercado, llamado de derivados, entrañaría una completa dislocación de la economía internacional. El frenesí especulativo ha llevado a que la mayor parte de los bancos aparezcan dando protección contra el default, o asegurando los intereses pactados, por títulos que ellos mismos han emitido. Algunos analistas estiman que este entrelazamiento infla en cincuenta veces, por operaciones que se superponen, el capital efectivamente comprometido en estas transacciones. Pero si esto disminuye mucho el saldo neto que está en juego, no es menos cierto que su desarmado es prácticamente imposible sin sucesivas crisis.

Dos caras de la misma moneda

La crisis de la gestión política del derrumbe financiero se manifestó en la decisión de dejar caer a Lehman Brothers, pero apoyar el rescate de Merril Lynch por el Bank of America, o de anunciar que no habría rescate para la aseguradora AIG para acabar metiendo 85 mil millones de dólares a cambio del 75% de su capital. El propósito del rescate como de la quiebra es siempre el mismo: evitar el hundimiento de los acreedores de los bancos siniestrados y el derrumbe del mercado de capitales y de la economía mundial. Por eso la declaración de quiebra de Lehman fue acompañada del anuncio de un financiamiento de la Reserva Federal, como si se tratara de un rescate, para que el remate de sus activos se haga en forma abrupta. Pero el rescate y la quiebra plantean dos gestiones diferentes, aunque con el mismo resultado. El rescate obliga a un banco en quiebra a continuar con operaciones deficitarias, incluso crecientes, nuevamente con la expectativa de una normalización de los mercados. En este caso, crece el tamaño y el alcance de la crisis potencial. Fue lo que hizo Japón, lo cual le ocasionó veinte años (1985-2005) de estancamiento y deflación. La quiebra, por el contrario, pretende cortar de cuajo con la progresión de la crisis, pero desata de inmediato otra crisis, cuyo alcance el poder político no es capaz de prever y cuando lo intuye se ve obligado a recular y a seguir saqueando las

finanzas del Estado. El balance entre estas dos perspectivas contradictorias, pero con final idéntico, es decidido por las operaciones anárquicas del mercado. En los últimos días, ellas apuntan a una huída generalizada de las Bolsas y por lo tanto a una crisis financiera que afecta a los capitales industriales y comerciales, o sea al colapso. La crisis de gestión, o sea política, comienza a afectar también a Europa, porque a pesar de su proclamada Unión la gestión de salvataje de las empresas y bancos en crisis o quebrados corre por cuenta de cada estado nacional –no de la llamadas 'institucciones comunitarias'. En un cierto punto, esto debería llevar a un dislocamiento político e institucional.

No confundir catastrofismo con susto

Los diarios y los comentaristas, tan circunspectos hasta el momento, ahora rivalizan en títulos catastrofistas, pero no son capaces de diseñar una perspectiva. No tienen un análisis catastrofista, simplemente están asustadísimos; el problema no es el 'viento de cola' o el 'viento de frente' sino la combinación del derrumbe económico con las crisis políticas. Durante un par de años, el capital desafió a la ley del valor, inflando su valor más allá de su capacidad de reproducción real, pero la ley del valor se ha cobrado la afrenta a un precio enorme. Ha quedado de manifiesto que la ganancia capitalista es un objetivo muy estrecho para desenvolver productivamente la riqueza social acumulada. La crisis mundial plantea la reorganización social general sobre nuevas bases.

Notas

1. *Financial Times*, 15/9/2008

La crisis capitalista internacional

Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas (UBA)
3 de octubre de 2008

Buenas noches.

No sé lo que inspiró a los compañeros de la Facultad de Ciencias Económicas a denominar a su agrupación "Desequilibrio", pero la denominación impugna las teorías clásicas que hablan de la tendencia del capitalismo al equilibrio. Me parece entonces que han elegido un nombre muy acertado, bastante subversivo y rigurosamente científico.

Sobre la importancia de la crisis mundial, el éxito de la convocatoria es toda una prueba. Hace exactamente un año hablamos, aquí mismo, del mismo tema. Podemos verificar entonces si fueron acertadas las previsiones catastróficas que fueron expuestas en aquella oportunidad. Porque, en definitiva, la verdad de cualquier afirmación debe ser comprobada por la experiencia histórica. Aquella charla tuvo lugar mucho antes de la quiebra de algunos de los mega-bancos.

En el día de hoy, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos le dio el otro medio voto necesario a un proyecto de ley de rescate económico por 700.000 millones de dólares. Todo el mundo decía que la ausencia de este plan era responsable de los tumultos económicos y financieros que estaban ocurriendo en todo el mundo. En las vísperas del debate en la Cámara de Representantes, la Bolsa de Nueva York venía subiendo; apenas se conoció que el plan de salvataje para ellos había sido aprobado, cayó. Es decir, que la primera respuesta del capital financiero internacional al plan de salvataje diseñado por el gobierno norteamericano para ellos mismos, que ellos mismos estaban reclamando, provocó un nuevo derrumbe.

El detonante de la nueva onda de quiebras en gran escala fue la decisión del gobierno norteamericano de dejar quebrar un banco, un banco de inversión, con créditos y deudas del orden de los 2 billones y medio a 3 billones de dólares, el banco Lehman Brothers. El gobierno lo deja caer, alegando que el banco no había hecho nada para sanear su cartera de activos invendibles, y aún más, manteniendo el

modelo de negocios que lo había convertido en fallido. Siguiendo las normas de la competencia capitalista, Lehman Brothers se negó a cualquier capitalización por parte de los bancos rivales, cuando la cotización real de sus activos había caído aproximadamente a 22 centavos desde un dólar.

Al igual que otros bancos, Lehman había reducido en sus libros la cotización de esos activos, aunque nunca al precio de cotización en los mercados, pero no había hecho efectiva esa pérdida, como habría ocurrido si los hubiera vendido; esto ocurre con la mayoría de los bancos y otras entidades financieras. Sus registros contables son económicamente ficticios. La idea era conservarlos y sobrevivir mediante el socorro del Estado, con la expectativa de que subieran en un futuro no muy lejano, en cuyo caso la pérdida contable se transformaría en una ganancia también contable. Pero este inmovilismo económico estaba paralizando todas las transacciones financieras, porque nadie quería prestar a bancos objetivamente quebrados, lo cual se manifestaba, por otra parte, en la caída sistemática del precio de las acciones de esos bancos.

Un paquete inviable

Todo el problema es si esta situación se podía sostener. Porque hay que tener presente que la contrapartida de cada activo, que ahora había perdido el 78% de su precio nominal, era un monto extraordinario de deudas que habían financiado la compra original de esos activos, en primer lugar. La presión de la deuda impagable se manifestaba en la caída de las Bolsas. Ahora, un capital accionario que tiende a cero equivale a una declaración de bancarrota a igual título que la declaración formal de incapacidad de pagar las deudas.

Cuando en marzo se había presentado una situación similar a la de Lehman Brothers con el banco Bear Stearns, el gobierno organizó un rescate: el Estado puso la plata por los activos invendibles y le entregó el Bear Sterns al J.P. Morgan por una suma simbólica. El Bear Sterns desapareció, pero se evitó una quiebra y, con ello, la desvalorización de los derechos de los acreedores.

Cuando más tarde se produce la crisis de dos grandes entidades hipotecarias norteamericanas semipúblicas, Freddie Mac y Fannie Mae, que entre las dos tienen títulos y créditos hipotecarios por seis billones de dólares, el gobierno interviene y se hace cargo de todos los activos, lo cual potencialmente duplica el endeudamiento del Estado norteamericano.

Como se ve, la decisión de mandar a Lehman Brothers a la quiebra señala un principio de giro en la política norteamericana, muy importante. Se elige como vía de salida a la crisis la desvalorización de los activos que no pueden realizarse en el mercado - con el supuesto de que la compra de esos activos a precios de remate debía reiniciar el ciclo de la actividad financiera. En una palabra, la solución capitalista del año 1929 a 1933, cuando los bancos empezaron a quebrar, luego de un enorme derrumbe bursátil, y el gobierno de la época de Estados Unidos, el gobierno de Herbert Hoover, dejó caer a todos los bancos. Pero esa caída general no produjo una recomposición del ciclo financiero sino la depresión económica. Esta línea de permitir las quiebras no duró, sin embargo, 48 horas, porque cuando la compañía de seguros AIG revela dos días después su incapacidad para hacer frente a su deuda, el gobierno interviene con un crédito convertible en capital, por el 85% del valor corriente de las acciones. Es que la caída de AIG hubiera entrañado la volatilización del capitalismo, ya que ella es responsable de los contratos de seguro por transacciones financieras de todo orden a la escala del mercado internacional. La caída de AIG habría dado paso al default de esos contratos y a un colapso financiero instantáneo. El mercado de contratos de seguros contra default está calculado en los 65 billones de dólares. De todos modos, la quiebra de Lehman y la ‘estatización' de AIG dejan en claro que se inicia un período de liquidación de activos invendibles y de renegociación o incumplimientos de deudas impagables. Esta es la etapa de la crisis que vivimos ahora y que se manifiesta en la contracción del mercado de créditos a cortísimo plazo; en el cierre del mercado de crédito comercial y en el progresivo desmantelamiento de los fondos de cobertura y de los fondos de capitales, que mueven un mercado de activos o títulos derivados de otras transacciones, que se calcula en los 550 billones de dólares.

Se trata mucho más que de un desendeudamiento –es un desapalancamiento, porque las entidades financieras se han endeudado por encima de su capital en 60 veces promedio. Se trata del desmantelamiento de una estructura de relaciones financieras completamente insostenible. Si, antes, la especulación había permitido mover fondos 60 veces superiores al capital invertido, ahora el desmantelamiento de una unidad de capital implica la destrucción de deudas y otros capitales sesenta veces superior. La palanca da marcha atrás y ocurre lo mismo cuando en cualquier actividad se suelta la palanca que mueve o sostiene determinado peso.

La comprensión de que se inicia un periodo general de quiebras llevó al gobierno de Estados Unidos a pedirle al Congreso norteamericano la autorización para gastar 700.000 millones de dólares para comprar lo que sea que lo bancos vendan, para salvar al sistema bancario y al mercado de capitales que opera en forma paralela a los bancos y a la vez por medio de ellos.

Es una ley muy interesante, en primer lugar porque originalmente tenía una página y media y lo único que decía era lo siguiente: "Facultamos al Tesoro de Estados Unidos a gastar 700.000 millones de dólares como bien le venga en gana". Para eso, una página y media es incluso mucho.

Naturalmente, esto puso a luz una cantidad de contradicciones enormes. En el primer forcejeo en el Congreso se aprobó un proyecto que pasó a doscientas páginas. La página y media se transformó en doscientas. En el Senado norteamericano sufrió una segunda transformación, a 500 páginas. Apenas se terminó de aprobar, las Bolsas volvieron a caer. Es decir que los salvatajes no salvan a nadie.

Un endeudamiento colosal

¿Cuál es el problema que plantea este salvataje? Primero, que la suma descomunal es insuficiente, y que serían necesarios ¡entre cuatro y ocho billones de dólares! A la luz de esto, los 700.000 millones de dólares son como una primera cuota, aunque la versión final del

proyecto dividió a los 700.000 millones en cuotas y le adjudicó a la primera 250.000 millones de dólares.

Como se ve, la cifra de 700.000 millones es relativamente arbitraria, y a la vez absolutamente enorme, y abre un período de endeudamiento colosal del Estado norteamericano. Si a la deuda pública actual de nueve billones de dólares, se le suma la contraída para el rescate de las hipotecarias Freddie Mac y Fannie Mae, el rescate de AIG y estos 700.000 (que pueden multiplicarse por seis o diez), Estados Unidos asumiría una deuda pública a la japonesa: un 150% del PBI.

El otro problema que plantea esta ley es de método. ¿A qué precio se van a comprar los activos, bonos y títulos que tienen todos los bancos en su poder y que no pueden vender? Sea como fuere deberá comprarlo por encima del precio de remate que hay en el mercado, digamos al doble. O sea que la carga de la deuda pública sería el doble de los valores a rescatar. Como fatalmente la operación tiene que ser pública, las consecuencias políticas son enormes. ¿Qué va a decir la masa del pueblo al ver que desalojan a un millón de personas porque no pueden pagar la casa, y que el Estado compra a 0,44 centavos de dólar los títulos que valen 0,22?

Pero hay algo más, el negociado, pues los financistas podrían recomprar los títulos que vendieron con premio a un precio inferior, cuando el Estado quiera aliviar la deuda pública o recuperar liquidez (efectivo).

El paquete es inviable: no hay dinero para semejante rescate, ni es viable el método político para ponerlo en marcha.

El rescate en cuestión entraña, sin embargo, un problema de mayor envergadura. Tanto el rescate de los dos bancos crediticios, Freddie Mac y Fanny Mae, por seis billones, como este paquete, apuntan a rescatar los créditos de tres potencias mundiales: China, Rusia y Japón, que han invertido el 30% de sus reservas en los mercados hipotecarios y de capitales de Estados Unidos. La deuda con los bancos

centrales extranjeros, de parte de Estados Unidos, es de un billón y medio de dólares (China tiene invertidos 500.000 millones de dólares). Este es un punto crucial: afecta a la totalidad de las relaciones sociales capitalistas en el mundo entero. No es un problema de números, es un problema de relaciones sociales y de relaciones internacionales. No se resuelve con ‘paquetes' sino con un colapso de las relaciones sociales y con la transformación de estas relaciones sobre nuevas bases.

Es obvio que una quiebra bancaria plantea la posibilidad de una concentración bancaria, en especial en Estados Unidos donde hay miles de bancos, pero también en Europa. Este proceso está en marcha. JP Morgan compró el Bear Sterns; el Citi y Fargo se disputan el Wachovia; Goldman Sachs se quedó con Merril Lynch; y hasta el fenecido Lehman está vendiendo parcelas de su negocio a viejos competidores.

El problema con esta concentración es, sin embargo el siguiente: los bancos que se quedan con otros bancos se quedan también con todos los títulos podridos, tóxicos e invendibles de estos otros bancos, amparados por los planes de rescate del Estado. No sólo se quedan con el mercado del banco sino que se quedan con toda la carga de deuda del banco que han comprado. Por eso, la concentración bancaria puede ser un factor de multiplicación de la crisis, no la salida, pues puede llevar a la quiebra a los bancos que han comprado a los quebrados. Un ejemplo es lo que ha ocurrido con los fondos de inversión chinos, de Singapur, de Rusia, que en el curso de 2007 y parte de 2008, compraron acciones de empresas y acciones de bancos a precios bajos, pero esos precios han bajado más aún, provocándoles cuantiosas pérdidas.

A partir de esta descripción de orden general, es claro que se viene un proceso de liquidación financiera imparable. Porque en realidad los bancos han operado en una gran cantidad de terrenos, no solamente en los préstamos hipotecarios: en el crédito al consumo, las tarjetas de crédito, la financiación para comprar o reestructurar empresas, el crédito comercial de plazo corto o largo. Todos estos mer-

cados financieros se están contrayendo. Una señal de que los depósitos de los bancos están en peligro es que el gobierno norteamericano aumentó de 100.000 a 250.000 dólares la garantía para los ahorristas que tienen dinero en los bancos; señal de que ya había una corrida. Incluso los grandes fondos financieros que operan en ese mercado de seguros contra default, de 62 billones de dólares, o en el mercado de títulos derivados (550 billones) han comenzado a bloquear el retiro de los aportes efectuados por los inversores. Son los llamados ‘hedge funds’ (o "fondos de cobertura"). En el último trimestre estos fondos de cobertura han tenido pérdidas; se espera un retiro generalizado a medida que vayan caducando los plazos de colocación de las inversiones.

En definitiva, se ha producido ya una bola de nieve financiera; ya a fines del año pasado dijimos que esta crisis era "imparable", algo que provocó escozor a muchos izquierdistas, porque para ellos los capitalistas tienen capacidad de contención y recuperación ilimitada.

Estructura social quebrada

Esta crisis no puede detenerse. Incluso si estos 700.000 millones de dólares lograran poner de nuevo en movimiento el mercado financiero básico, que parte del hecho de que los deudores de hipotecas no pueden pagar sus hipotecas y los deudores de las tarjetas de crédito no pueden pagar su tarjeta de crédito y los que compraron empresas no pueden pagar con los rendimientos esas empresas las deudas que contrajeron para pagar esas empresas, y porque el apalancamiento ha creado un capital ficticio de sesenta o cien veces el capital original. Es una estructura social definida la que ha quebrado; los que no ven esta realidad cometen el error inicial de toda la economía vulgar: creer que el mercado es una relación entre cosas y no la forma social general de la sociedad capitalista.

El deslave se extendió a todos los países del mundo. Es una crisis implacable. Por ejemplo los españoles dicen "a mí no me quiebra ningún banco y no sólo esto, sino que el Banco Santander compra otros. Nosotros somos inmunes". De acuerdo con esto, todo el mundo se

va a caer, menos España. Pero, ¿cuál es el problema de España? Probablemente sus bancos no hayan tenido una intervención especulativa tan intensa como otros bancos y no se hayan endeudado en la misma proporción. Pero España es el país de Europa que tiene el déficit de cuenta corriente más extraordinario. Es decir que España se financia con deuda externa. Esa deuda externa no la va a poder refinanciar. Nadie le presta más a España. Por lo tanto, por la vía de la cuenta corriente y de la deuda externa, España está en el horno y así quedará de manifiesto en los próximos días.

Los italianos dicen: "Bueno, pero nosotros no tenemos deuda externa y nuestros bancos no están metidos en el endeudamiento hipotecario internacional. No tenemos una deuda externa, ni siquiera tenemos una cuenta corriente". Pero Italia es, con Grecia, entre los países de la UE, el país que tiene la deuda pública más alta en relación con el PBI. Italia no tiene recursos presupuestarios para salvar un banco italiano grande. No es cierto que los Estados sean una garantía absoluta del rescate del sistema capitalista. Cuando los marxistas decimos que el Estado es el bastión final del rescate del sistema capitalista no nos referimos a la deuda pública. Nos referimos al Pentágono, nos referimos a los misiles, a las tropas y al monopolio de la fuerza.

El endeudamiento de Estados Unidos para salvar al sistema financiero tiene su peculiaridad, esto porque afecta a la tasa de interés y a la inflación a nivel mundial. Una tasa de interés elevada, por parte de un Estados Unidos sobreendeudado, es una receta para la recesión internacional y para la depresión económica. En caso contrario, si el Estado sobreendeudado fuerza la baja de la tasa de interés, desata la inflación y la depreciación de la moneda, en este caso el dólar. La devaluación del dólar es equivalente a una desvalorización generalizada de capitales y llevaría a una desintegración del comercio internacional. La tendencia en esta dirección la prueba la subida enorme del precio del oro. El hecho de que la economía norteamericana sea tan capitalista difunde la crisis con una velocidad fenomenal, a través de la moneda, a través del crédito y a través del comercio. Gracias a los mercados de capitales modernos, un ahorrista de Nepal puede transformarse en acreedor de un propietario de vi-

vienda hipotecada de California. Entonces, como ustedes ven, la difusión social que permite el capitalismo es incomparable.

El Estado capitalista no opera en el vacío ni tampoco según reglas que pueda diseñar a su arbitrio. Depende financieramente, como ninguna otra forma estatal en la historia, de la clase que tiene el monopolio del capital; se encuentra enredado en las relaciones financieras propias del capitalismo, a través de impuestos y de la deuda pública; el Estado potencia las contradicciones del capital. Estados Unidos ha estado gastando un dinero fenomenal (se calcula que 700.000 millones de dólares), en la guerra de Irak, y lo ha estado financiando a tasas de interés del 1%. Es decir, que la guerra ha alentado la inflación. Si aumentan la deuda pública, se quedan sin capacidad potencial para financiar la guerra.

Es un mito eso de que el Estado es el factor de rescate de la economía capitalista, o que puede operar con independencia de las condiciones de la crisis, porque él está en el engranaje capitalista; para rescatar tiene que suscribir títulos, contraer deuda, dar créditos, meter impuestos, afectar el ciclo económico. Forma parte del circuito económico capitalista. Estados Unidos es el que más está estructurado a través de este tipo de relaciones financieras.

En este punto llama la atención algo que en general la izquierda no menciona, pero sí varios economistas del capital. En Estados Unidos no sólo quiebran los bancos privados, sino que la tendencia a la quiebra también afecta a la banca central encargada de rescatar a los bancos y a los financistas que operan en el sistema no regulado. Las reservas del Banco Central norteamericano (su stock de títulos del Tesoro) se han reducido de un billón a 400.000 millones de dólares, a fuerza de comprar títulos podridos de bancos para que no se vayan a la quiebra. Se gatilló 600.000 millones de dólares. La Reserva Federal necesita ser recapitalizada, como le ocurre a los bancos privado. ¿Quién la puede recapitalizar? El Estado norteamericano, el Tesoro. ¿Cómo? Entregándole títulos públicos, entregándole títulos del Tesoro. Es decir, de nuevo aumentando la deuda pública del Estado norteamericano, más allá incluso de su capacidad de repago. Como se ve, la banca central no está suspendida en el aire. Hace pocas horas

la Federal Reserve ha decidido remunerar los depósitos que los bancos privados hagan en sus cuentas, para luego usar ese dinero para ampliar el crédito oficial. Se monta con esto el llamado déficit cuasi fiscal, que se crea como consecuencia del pago a los bancos privados por la banca central. Como entre nosotros, bajo Martínez de Hoz.

La crítica izquierdista se limita a decir que el Estado "rescata a los ricos y deja caer a los pobres", que hace "socialismo financiero", pero es incapaz de señalar las limitaciones de la intervención del Estado, y menos aún de su capacidad de potenciar la crisis, primero en el plano económico, pero por sobre todo en el político e internacional. No se trata de denunciar solamente la injusticia de clase, hay que mostrar la inviabilidad de esa intervención como factor de salida, cuando la crisis toma posesión de todos los órganos del movimiento económico.

Quiero mostrar un tópico central: el Estado es parte de la crisis; no puede disponer el arreglo de la sociedad a su antojo. Eso podría ocurrir cuando la crisis tiene un carácter parcial; por ejemplo, afecta a los bancos, afecta a una gran empresa. Cuando tiene un carácter generalizado, cuando toma el tejido económico de la sociedad, no. Y esto no es de ahora; ocurrió con Carlos II en Inglaterra en el siglo XVII, ocurrió con Luis XVI en Francia y su ministro Necker, y si el Zar hubiera podido financiar la guerra, habría tenido otra capacidad para enfrentar la revolución en Rusia.

Republicanos, como la UCR

Otra cosa muy importante: los principales fondos afectados, que han prestado para todo este negociado, ¿cuáles son? Son los fondos de los jubilados, de los trabajadores de los Estados Unidos, cuya cuota ha caído vertiginosamente, por lo tanto ha entrado en crisis súbita, la muerte súbita del sistema jubilatorio de Estados Unidos.

Ahora vamos a la parte, digamos, incluso más substancial.

¿Cuál es el debate que hay en la izquierda? Bueno, la izquierda dice que no hay crisis capitalista, que el Estado siempre recicla al capital (en un programa de televisión, un economista kirchnerista me dijo

"el capitalismo siempre se recicla"). Es decir, el capitalismo puede irse al carajo, pero del carajo también vuelve. La imagen es la siguiente: bueno, se fue al carajo, pero también se vuelve del carajo. Se probaría la teoría de la resurrección.

Nuestro Partido tiene un libro que se llama La estrategia de la izquierda en la Argentina, del año '89. En particular hacía el análisis, a través de 13 capítulos, de los documentos del congreso de esa fecha, del viejo MAS. Las tesis decían que la situación en la Argentina y en el mundo era revolucionaria. Nosotros, que (como todo el mundo sabe) somos considerados catastrofistas, sacamos un libro para probar que la situación en Argentina era no-revolucionaria; es decir que estábamos en las antípodas del catastrofismo, y que el mundo tampoco atravesaba una situación revolucionaria.

Esto es pertinente ahora, por lo siguiente: en el prólogo de ese libro se dice que la izquierda carece de una teoría de la situación revolucionaria. Puede llegar a reconocer una situación revolucionaria cuando se produce, pero no tiene una teoría, es decir, causa, desenvolvimiento. Y no tiene una teoría, dice ahí (y no estábamos entonces en una situación de crisis como la que estamos discutiendo), porque niega la tendencia del capitalismo a su propia disolución. Es decir que la tendencia del capitalismo a disolverse sobre la base su propio desarrollo es la base teórica, y luego la base práctica, de las situaciones revolucionarias.

Entonces ustedes se dan cuenta de que estamos discutiendo ahora la potencialidad de una situación revolucionaria a partir de la presente crisis, o sea de la tendencia del capitalismo a su propia disolución. Esto tenemos que articularlo ahora; no podemos quedarnos en la descripción del derrumbe económico. Hay que desenvolverlo al plano social, al plano político y al plano de la acción de masas, o sea un programa.

¿Cuál es la primera articulación? En este punto hemos ganado una victoria total, porque hace 20 días que venimos señalando en nuestra prensa la tendencia a la crisis política en Estados Unidos: inclusive

sacamos un famoso artículo que decía "Esto se parece al final de Alfonsín" que le tuvo que entregar el mandato a Menem con anticipación, o al de Mitterand, porque Mitterand había ganado un domingo, se suponía que iba a subir un mes más tarde, el lunes cayó la bolsa y el martes lo llevaron a jurar como presidente. No tenía ministros, no tenía nada el tipo. No sabía siquiera si iba a ganar las elecciones. Las acababa de ganar el domingo.

Del derrumbe económico capitalista articulamos esta cuestión de la crisis política.

Bush no tiene ninguna autoridad, los proyectos que manda al Congreso, primero no se aprueban y después se aprueban con una enorme carga de corruptela. Asimismo, los partidos Demócrata y Republicano se dividen, y la perspectiva de una derrota catastrófica de McCain amenaza con convertir al partido Republicano en una UCR post De la Rúa. Hay en Estados Unidos una crisis política extremadamente importante. Porque todavía no hubo elecciones, y ellos tienen que navegar esta crisis con un régimen dividido en cuatro: McCain que dice que es independiente de Bush, pero no va a ganar; el Congreso norteamericano que entra en receso; Obama, que siendo el opositor es el único real respaldo del paquete de 700.000 millones de dólares de Bush, y el propio Bush sin poder. El sistema político norteamericano necesita encontrar un nuevo pivote para pilotear la crisis más importante desde el derrumbe del ‘30. Se observa una tendencia indefinida a la parlamentarización en un país de régimen presidencial. Estados Unidos se encuentra, desde el punto de vista político, como Cristina Kirchner después del voto no-positivo de Cleto. De golpe, el Parlamento y el vicepresidente de un lado, y la presidenta del otro. Esto ya ha desatado acá también una crisis política y ha debilitado considerablemente al gobierno. Allá se encuentran en una situación del mismo tipo.

El problema de una parlamentarización es que un rescate al derrumbe económico no puede estar sujeto al tire y afloje permanente. Por otro, Estados Unidos está en guerra. Una guerra no la lleva adelante un Parlamento. Una guerra la lleva adelante un comandante en jefe, que es el presidente de la república y que tiene que ser capaz

de imponer medidas para el financiamiento de la guerra, en particular porque la guerra en Afganistán va muy mal. Semejante posibilidad se acaba de probar en Georgia, donde la OTAN fue incapaz de reaccionar a la respuesta fulminante de Rusia. En Georgia, finalmente, ha habido una disputa en torno a los intereses de la British Petroleum y en hoy los diarios internacionales informan que la British Petroleum cerró un total acuerdo con el gobierno ruso sobre todas las explotaciones petroleras. Así que ya de Georgia que se olviden: ese tipo cayó. En suma, en medio de una crisis mundial y en medio de una guerra es necesario un poder político fuerte. La crisis política es, precisamente, una de las mediaciones entre la disolución del régimen económico y la situación revolucionaria.

La crisis política no solamente se da en los Estados Unidos. Incluso más seria es la crisis de la Unión Europea, que está revelando, ante la quiebra, que no es una real Unión Europea, que no tiene capacidad estatal. La UE tiene bancos que son más grandes económicamente que los países a los cuales pertenecen y por lo tanto no pueden ser rescatados por sus países, pero sus estados nacionales se niegan, por rivalidades, competencias y hasta por un problema estructural, a formar un fondo común de toda la Unión Europea, para rescatar a los bancos. Entonces los holandeses rescatan a los holandeses, los irlandeses a los irlandeses, los británicos a los británicos, pero eso lo van haciendo con bancos que son por ahora menores. Si llega a atacar un banco como el Barclays Bank, en el caso de Inglaterra, el Commerzbank de Alemania, no digamos el Deustsche Bank, etc.

Hay 22 bancos en Europa que son superiores al 100 % del PBI de cada país. Por lo tanto, como algunos no tienen grandes bancos (Polonia, Checoslovaquia, etc.), esto quiere decir que hay países que tienen más de un banco que es superior al PBI del país. Se ve que la Unión Europea no tiene la capacidad de un estado, que la burguesía europea no ha superado sus rivalidades y que se disloca políticamente en el marco de una crisis. La crisis esta ha probado la inviabilidad de la Unión Europea; el Banco Central no tiene capacidad de rescate de los bancos, para eso se necesita del presupuesto estatal. Esta dislocación va a agravar enormemente la marcha de la economía.

Hacia las ollas populares en Estados Unidos

La crisis política no eximirá a China. China está en proceso de desarrollo capitalista, y está manejado por una burocracia estatal de características asiática. Si hay una cadena de quiebras y movimientos sociales, el monolitismo del partido comunista sobre China se quebrará irrevocablemente. Pero los únicos que unificaron a China como Estado Nacional fueron el partido comunista y Mao Tsé Tung. Desde el siglo XV nadie unificó a China, hasta que llegó Mao Tsé Tung. El partido comunista es, sin embargo, ahora, un factor disolvente, porque está al servicio de la anarquía capitalista, y tendría que operar de árbitro de una crisis que envuelve no sólo a capitales chinos, no sólo al Estado chino, sino una gran cantidad de capitales extranjeros. En una crisis política en China se juega la unidad nacional, y por lo tanto plantea el papel del ejército en la política del país. La crisis política no dejará de arrastrar a otras naciones asiáticas, como Corea del Sur, que se encuentra en este momento con un movimiento de masas gigantesco. En Vietnam, este año ha habido 300 huelgas en las mayores industrias. China, en cierto modo, es un factor de contención. Si se produce una crisis política en China, países como Sur Corea, países como Vietnam, rápidamente se desbloquearían. Es decir, quedaría planteada una crisis en Asia de un modo general.

Una crisis de esta envergadura tiene un mecanismo de transmisión social, a través de la desocupación, la baja de los salarios, el hundimiento de los fondos de pensiones, el desalojo de la gente (y ya hay campamentos en los Estados Unidos para los desalojados) y ha crecido enormemente el uso de los vales comida (food-stamps). En poco tiempo habrá ollas populares, porque la gente empieza a ser despedida. Si a este mecanismo de transmisión social de la crisis se añade el mecanismo de transmisión de la crisis política se conforman los elementos de una situación revolucionaria. El desarrollo de estas situaciones no es igual en cada país, pero incluso los Estados Unidos, en los años '30, sin llegar a haberse producido realmente una situación revolucionaria, conoció el ascenso obrero más grande de la historia del país, ocupaciones de fábricas y movimientos sociales sin precedentes y, como creo que lo conté aquí, en el año '33 la Casa

Blanca estaba rodeada de carpas de piqueteros, 25.000 piqueteros y el presidente Roosevelt le encargó la represión a dos jóvenes coroneles: Patton y MacArthur, los que ocho años después iban a invadir, uno el sur de Italia, y el otro Japón y los archipiélagos de Asia. No es un proceso instantáneo, abre una etapa, es un proceso de lucha de clases. Un ejemplo de giro en la etapa y de proceso de lucha de clases, lo tenemos en América Latina. Tuvimos una insurrección en Bolivia, en el año 2000, en Ecuador dos insurrecciones, 2001 y 2002, de nuevo en Bolivia en 2003. Estamos en 2008, ha habido todo un proceso de experiencias, giros y vaivenes, como las peripecias internacionales de la crisis colombiana con la guerrilla, pero hoy vemos a los bolivianos que se movilizan, contra la voluntad de Evo Morales, para aplastar a la derecha de Santa Cruz, y de repente se revela que la derecha en Santa Cruz no era tan fuerte como se lo quería hacer creer.

El problema que estamos discutiendo aquí sobre la crisis económica mundial es la conformación de un nuevo cuadro histórico. ¿Qué dicen algunos izquierdistas? Se ponen en una posición de filósofos y se preguntan: ¿será éste el fin de la hegemonía norteamericana? Entonces si es el fin de la hegemonía norteamericana, vendrá la hegemonía de Mongo, la cuestión es que seguimos oprimidos por algún "hegemón". Es decir, se van pasando la pelota entre los sectores capitalistas.

Pero veamos una cosa. Recién hablábamos del proceso de concentración bancaria que puede generar la crisis, y que ese proceso de concentración bancaria está infectado, porque los que se quedan con los bancos se quedan también con títulos podridos, etc., etc. Pero si el proceso de concentración bancaria en los Estados Unidos llega a su éxito, si se sacan los títulos podridos, si se reduce enormemente la cantidad de bancos y un puñado de bancos norteamericanos reemplaza a los miles que hay ahora, no va a haber una caída de la hegemonía norteamericana. De esta crisis va a salir una hegemonía norteamericana reforzada si pueden consumar exitosamente el proceso de concentración bancaria. Va a salir un poder financiero, relativo al conjunto del mundo, mucho más poderoso que el que hay en la actualidad.

Ahora si, por el contrario, esta crisis y este intento de concentración fracasa, debido a todos estos activos podridos, deuda pública, elevada tasa de interés y toda la descripción que hice de las consecuencias que tendría un salvataje en la escala que se ha hecho; en este caso no sólo no va a haber más hegemonía norteamericana, sino que se desarrollarán situaciones revolucionarias a escala global. A la hora de discutir si se reconstruye el capitalismo o no se reconstruye el capitalismo, los trabajadores van a dar su voz. Porque el costo para ellos va a ser muy elevado.

Cuando yo digo que va a ser un proceso, tengo en mente, ¿qué cosa, compañeros? Tengo en mente que una revolución es victoriosa si tiene un partido revolucionario; una revolución es victoriosa si las masas que enfrentan la crisis cobran una conciencia cada vez más lúcida, más clara de la crisis y desarrollan una conciencia revolucionaria. Es necesario que atraviesen la experiencia de la crisis, por eso la crisis se va a desenvolver en un período que va a dar oportunidad para esas experiencias, que va a dar oportunidad para aprender a equivocarse, errar y acertar, y a cambiar prejuicios ("ah, no, socialismo no porque yo soy americano" y el otro "no, porque yo soy peronista"). Todo eso va a cambiar, como cambió acá en 2001 con el curso de la crisis. A la pregunta simplona de si estamos ante ‘el fin del capitalismo', respondemos que se encuentra en desarrollo el fin del capitalismo. La crisis se desenvuelve a un punto en que afecta a todas las relaciones sociales existentes; la crisis política, que no espera hasta el final de la bancarrota económica, emerge claramente porque todo depende de ella, de la política, de la lucha de clases en el plano del poder.

Pablo Rieznik hizo notar que mucha gente analiza los procesos históricos como si la historia fuera un sujeto, y entonces espera que la historia haga la revolución social. La historia no va a hacer nunca la revolución social. La historia no es ningún sujeto; los sujetos somos los seres humanos que operamos en el marco de la historia que se crea como consecuencia de nuestra actividad. No es la historia el sujeto sino las clases, las personas, los sujetos que trabajan en la historia. Esto es absolutamente necesario señalarlo de entrada,

comprenderlo y hacerle una crítica, porque una alternativa es que triunfe el capitalismo en una confrontación, y tengamos un régimen mucho más bárbaro que el que conocemos. La otra alternativa es que triunfen los trabajadores y tengan el socialismo, y la tercera es que se destruyan los dos, y haya un período sin precedentes en la propia humanidad. Hay países enteros que han conocido lo que es la destrucción de las clases en pugna y el ingreso en un período de estancamiento e inmovilismo completo por largo tiempo.

La izquierda democratizante y aun más la derecha, dicen que en los últimos 25 años hubieron un montón de crisis, y que la actual es otra más. Es claro que tenemos acá un problema de método. Porque todas las crisis de estos 25 años fueron precursoras de ésta y cuando los marxistas hablábamos de una crisis, sistemática, desarrollada, recurrente, del sistema capitalista, es que interpretábamos de esta manera, como precursoras de estallidos cada vez mayores el hundimiento de México, el hundimiento de Argentina, el hundimiento de Corea, de Indonesia, Singapur en el '98, el hundimiento de Rusia, el hundimiento de los "punto com" en el 2000, el hundimiento de Enron, el hundimiento de las sociedades de ahorro y préstamo en los Estados Unidos en el año '82. Esta crisis es la culminación y la confirmación de un largo proceso anterior y no un fenómeno inocuo, porque "de esto ya había antes". Lo cual es otra forma del absurdo.

De acuerdo con el análisis que hemos hecho hoy, las medidas que se toman para contenerla solamente auguran crisis más intensas en los próximos meses, en las próximas semanas y un desarrollo político completamente nuevo.

La izquierda mundial, en los últimos 20 años, en todas sus variantes, renunció al socialismo. Renunció a una interpretación crítica del capitalismo o a una crítica de la economía política capitalista. Está teórica, políticamente y psicológicamente entregada. Esto revela los esfuerzos que habrá que hacer para desarrollar entre los trabajadores una posición revolucionaria. La industria automotriz está despidiendo gente en masa en este momento en la Argentina: luchando contra los despidos. Hay fuga de capitales: luchando por la expro-

piación de los bancos en Argentina, contra la fuga de capitales, contra el pago al Club de París. Adoptando posiciones políticas concretas frente a todas las manifestaciones de la crisis. Esto es lo que importa y así se va abriendo paso este desarrollo.

Hasta donde me consta (y en este punto no sé si sé todo lo que hay que saber) en todos los periodos históricos que anunciaban grandes acontecimiento revolucionarios, la izquierda estuvo del otro lado. Gente como Marx, como Lenin y Trotsky, incluso como Fidel Castro (recordar el papel nefasto del Partido Comunista de Cuba) estaban solos. Porque la crisis de un sistema social, y más aun cuando es de la envergadura del capitalismo, no se puede entender y no se puede explotar sin una preparación anterior, sistemática, si no hay un trabajo político anterior profundo, que naturalmente se desarrolla en un marco de aislamiento relativo. En la rutina del día a día sólo minorías de luchadores revolucionarios se preparan y trabajan y no les importa lo que digan los demás, porque siguen un criterio riguroso, no se guían por las modas circunstanciales. Quiero que tengan presente esto, especialmente la nueva generación.

Debate

Pregunta: No entiendo ese artículo de *Prensa Obrera* en que habla de un triunfo del mercado ¿Un triunfo de qué?

Pregunta: Respecto de los acuerdos bilaterales que firmó Lula con Cristina de realizar el mercado en monedas comunes, dejando de lado el dólar, ¿cómo se representa en lo que es todo el mercado de automotriz y autopartes, donde se está representando una caída de prácticamente el 15 %? Y ¿cómo está atado todo esto con el salvataje de la General Motors y que también se refleja en la Ford? ¿Cómo repercutiría en el comercio, acá en la Argentina, y en la estabilidad en la relación de los dos países?

Pregunta: Me interesaría saber si en esta crisis que, según todos los medios de información empezó con estos créditos sub-prime, había

ya en la profundidad una crisis de acumulación, de baja rentabilidad también y obviamente que va a derivar en una recesión. O sea, se hizo una crisis económica, porque no hay salvataje que valga, me parece. Por qué todos hablan de la cuestión financiera.

Respuesta: Voy a comenzar por la última pregunta, porque está más relacionada con la charla. Voy a reformular la pregunta. Ustedes saben que en los diarios, cuando se habla de la crisis, se dice que es una crisis financiera porque no tocó la economía real. Es decir, que hacen una distinción entre una economía que no sería real y otra economía que sería real. ¿Quién está anotada en esta posición? Cristina Kirchner. Cristina Kirchner dice lo siguiente: "ganar plata invirtiendo en la bolsa, es una maniobra que no ayuda a nadie. En cambio levantar un edificio, producir un bulón, ayuda". Lo que no se entiende es por qué ella y el marido se hicieron ricos especulando con una circular del Banco Central que ponía intereses abusivos a los que compraban casas, y ahora se siguen haciendo ricos también con sus sedes financieras, si tiene esta teoría de lo que es real y lo que no es real.

En primer lugar no hay una economía real y una que no sea real, porque para el capitalismo los ladrillos y las fábricas sirven si cumplen con la finalidad de acumular capital bajo la forma de dinero. El mundo financiero se crea en el proceso de la circulación real de las mercancías. Para construir una casa es necesario que el adquirente lo pueda hacer en cuotas. Pero el capitalista que financia esta construcción no quiere esperar 30 años para recuperar el capital con los beneficios. Vende el crédito a un banco, pero el banco tampoco quiere quedarse clavado durante 30 años. Se lo vende a otro, y la plata que recibe la destina a otro préstamo y así sucesivamente. El circuito de los papeles en la economía sigue paralelo a un proceso de la economía real, pero al seguir un proceso de la economía real también se abre de ella. En determinado momento, esos papeles comerciales de crédito, o las acciones, pueden servir de garantía para un préstamo, de modo que un movimiento de la circulación de mercancías da lugar a dos movimientos crediticios –el papel comercial y el préstamo garantizado por ese papel comercial. De modo que una fábrica que vale 100 da paso a acciones de capital por valor de 100 más un

título público que se adquiere contra la garantía de esas acciones, que están a su vez garantizadas por la fábrica. Si obtengo un préstamo con esas garantías puedo construir algo que después lo vendo y empiezan a circular papeles tras papeles en el afán de seguir desarrollando este circuito.

Como el objetivo de la economía capitalista no es acumular cualquier clase de cosas sino, como dicen en una película, "¿dónde está el money?", hay un momento determinado en que alguien dice, "che, nos hemos olvidado que todo esto lo hacemos por guita, y yo te di un papel a vos, vos le diste un papel a él, él le dio un papel al otro, pero ¿y la guita, donde está?". En un momento determinado alguien sospecha que la guita no está y se presenta a cobrar, no a dar préstamos contra garantías. Y ahí se pudrió todo. Pero no se puede salir de ese circuito. Esa escisión entre la circulación de mercaderías y la circulación del dinero, o de los papeles que funcionan como dinero, pero que no son dinero, esa escisión es la base de la economía capitalista; la mercancía, de un lado, y el dinero, del otro. Si no sería pura acumulación de mercancías y el objeto de uno sería coleccionar autitos último modelo, y otros podrían coleccionar otra cosa. Pero entonces no sería una economía capitalista.

Este fenómeno de la circulación paralela de valores ha adquirido una envergadura extraordinaria, primero porque la economía capitalista tiene un desarrollo extraordinario, y por la madurez que ha alcanzado el capitalismo. Por ejemplo, alguno de estos bonos que se emitieron era una mezcla de varios bonos, metían bonos hipotecarios de fácil cobro, con otros que no eran de fácil cobro, y hacían con eso un solo bono y lo vendían. ¿Cuál era la idea? La idea era contrabandear un bono de difícil cobro empaquetándolo con otro de fácil cobro. Pero el que lo compraba, compraba un bono, que no decía "acá está la parte de difícil cobro". ¿Por qué lo compraba? "Me lo vende el City; si no confiás en el City, ¿en quién vas a confiar?"

¿Cómo se llegó a esta confianza en el City? A través de un desarrollo capitalista de décadas, en que el sistema bancario se afirmó, se consolidó y se hipertrofió. Por lo tanto, es la expresión de la madurez de

un sistema. Y para un marxista, la madurez de un sistema es el comienzo de su decadencia. Es un concepto contradictorio, pero la derecha y el izquierdismo de cuarta no piensan contradictoriamente. Piensan que una cosa es una cosa, la otra cosa es la otra cosa. Al no poder pensar contradictoriamente, no lo ven. Primer punto del problema.

Segundo punto del problema. Por grande que haya sido la expansión del mercado inmobiliario y que provocó este boom de créditos que fue impresionante y todo lo demás, lo más grande que ocurrió en el mundo en los últimos años, ha sido el desarrollo de China. El desarrollo de China se hizo con una gigantesca inversión de capital extranjero. Este es el punto central. Donde ganaban vagones de plata. Mano de obra barata y enorme flexibilidad laboral, incluso en la calidad de los productos, como melanina en la leche, o plásticos tóxicos en los juguetes o en cualquier cosa. Todo asegurado por una mezcla de burocracia stalinista y sociedad capitalista. Los tenemos a los dos como en los bonos.

Para obtener estas ganancias no bastaba con explotar a los trabajadores, sino que tenían que tener un mercado para vender lo producido. ¿A quién se lo iban a vender? No se lo iban a vender a los propios chinos, que no cobraban ni para volver a su casa, porque dormían en la fábrica. Se los tenían que vender a Estados Unidos. Entonces el boom inmobiliario de Estados Unidos es un intento de canalizar el capital que se acumula en China hacia Estados Unidos. Este es todo el gran mecanismo de la crisis mundial que tenemos ahora y de la importancia que va a adquirir desde el punto de vista internacional, por el impacto de esta crisis sobre China. Esto lo hemos dicho nosotros en nuestros Congresos, publicaciones, sistemáticamente.
Ahora, por ejemplo, la gente pregunta si hay desacople entre Estados Unidos y China. Pero antes que se invente la palabra "desacople" nosotros habíamos inventado, si se puede decir así, la palabra "acople", para explicar lo que estaba ocurriendo en la fase ascendente de este periodo. El capital chino entraba a Estados Unidos y financiaba el boom inmobiliario, por eso la gran deuda que Estados Unidos ha contraído con China. China, Japón y Rusia tienen un billón 200.000

millones de dólares invertidos en deuda norteamericana. Y puede ser una catástrofe. Porque puede haber una declaración de default sobre toda esa deuda, incluso bajo la forma de la devaluación maciza del dólar.

Es una crisis de orden general, que demuestra que acá nadie cometió ningún error. Todos siguieron el libreto, que decía lo siguiente: "explotamos a los obreros con capital extranjero, vendemos a Estados Unidos y para vender a Estados Unidos financiamos el boom. Tomemos todas las medidas que hagan esto posible, y si no tomamos las medidas que hagan esto posible, no hay negocio". Tomaron todas las medias, el negocio fue ése. Ahora el negocio reventó. Se acabó. Esto se cae sobre la base de sus propias leyes.

Ahora bien, negocios especulativos o financieros de este tipo ya se habían hecho en una cierta escala y envergadura, y el que más importa acá es el de Enron. Una empresa que se endeudaba a corto plazo en el mercado eléctrico, y hacía toda clase de operaciones financieras. Es decir, aprovechaba la licencia para explotar el mercado eléctrico para hacer todo un montaje financiero. Y quebró. La quiebra de Enron fue un embrión, un modelo, una prefiguración de lo que ahora es todo Estados Unidos; porque todo Estados Unidos era Enron.

Tercer punto. Nosotros venimos siguiendo desde hace mucho la crisis, porque la crisis es la madre de los proceso políticos revolucionarios. No la estamos siguiendo porque somos economistas. Es a partir de estas contradicciones que emerge una teoría revolucionaria.

Uno puede observar, a nivel mundial, que la tasa de crecimiento de los productos brutos nacionales comienza a desacelerarse a mediados de 2007. Es decir, que se empieza a notar que la capacidad de consumo generada por esta especulación se debilita. Alguien, en los negocios diarios, habrá comprobado que no se vende como antes, y toma precauciones que acaban reflejándose en el mercado financiero. Por otro lado la gente que tenía viviendas no las podía pagar, aunque no eran muchos no es buena señal, y entonces alguien dijo, "mirá, yo

me voy a correr primero". Se fue generando una crisis que puso de manifiesto que la capacidad de consumo, de rendimiento, ya se encontraba debilitada a mediados del año pasado, y fue hundiendo el castillo crediticio.

El tema interesante sobre esto, es el siguiente: muchos dicen "bueno, ya no veremos más el capitalismo que vimos. Vamos a ver el capitalismo, pero no el que vimos. Ya este modelo de negocios no subsistirá, no sobrevivirá. La banca de inversión se transformará". Pero el problema es que el mundo estuvo funcionando con este esquema. ¿Quién tiene el otro esquema que va a funcionar ahora? Cualquiera sea él, va a tener que probarse en la realidad, como se prueban los chicos que empiezan a andar, cayéndose cada dos por tres. Dislocando primero las relaciones que hay ahora. Entonces nadie se quiere poner a pensar que un sistema que funcionó sobre esta base ahora pueda funcionar sobre otra base, que nadie sabe cuál es y sin pasar por los dolores del tránsito.

Por eso algunos economistas respetados, por ejemplo hay uno que se llama Nouriel Roubini, que se ha hecho muy famoso porque él escribió un artículo diciendo cuánto esto iba a costar y llegó a una cifra de 10 billones de dólares, y nadie lo pudo refutar. Cada día que pasa nos acercamos a esa cifra. Y fue mostrando distintas cosas. Este hombre, sin embargo (ahora *Página 12* le publica algunas cositas) cuando llega el momento de las soluciones ¡ay, Roubini!, dice: "evitemos que a la gente la echen de sus casas". Bueno, pero si a la gente no la echan de sus casas, ¿cómo paga? "Refinanciemos los créditos hipotecarios". Entonces el banquero dice, "si yo refinancio al que no puede pagar, el que puede pagar va decir, ‘yo también quiero que me refinancien", en cuyo caso la crisis se hace más grande, porque el monto de deudas involucrado abarca a los que pueden pagar. Ya no pagan no sólo los que no pueden pagar, sino que a partir de esta iniciativa no pagan los que estaban pagando. No se puede arreglar. No tiene arreglo en el sentido siguiente: como en el mundo todo tiene arreglo (esto quiero dejarlo claro, incluso como miembro de un partido catastrofista: todo tiene arreglo y nosotros nos estamos anotando para arreglarlo. Porque nosotros, ¿para qué estamos? Estamos para arreglarlo.

No lo vamos a desarreglar nosotros. Ellos lo desarreglan, y nosotros lo vamos a arreglar en forma obrera y socialista). Es decir, el mundo tiene su arreglo. El problema consiste en que el arreglo tiene que ver con las relaciones sociales. No es un arreglo que tenga que ver con una refinanciación parcial de deudas... eso no tiene salida. Porque ha estallado todo el conjunto de esas relaciones sociales.

La parte más importante del sistema financiero son estos fondos de cobertura que operan por muchos más billones de dólares que todo el sistema bancario, y la agudeza de su crisis se está revelando en estos días. Por ejemplo, concretamente, el Financial Times de hoy anuncia un corralito de estos hedge funds y las pérdidas en el tercer trimestre. Son los grandes grupos financieros, que en principio no tienen acceso al rescate de la Reserva Federal, al rescate del Tesoro de 700.000 millones. Se ha quebrado la relación social de mercado, es mucho más que un esquema de financiamiento.

En relación con la pregunta sobre el mercado. Evidentemente, ha quebrado la economía de mercado capitalista, eso está claro. Pero desde otro punto de vista, quiero señalar lo siguiente: El mercado son relaciones sociales, que se desarrollan a espaldas de los que intervienen en él y que se verifican "ex-post". Solamente cuando se intenta vender lo producido se comprueba si se ajusta en términos de utilidad social y de esfuerzo empeñado a los requerimientos de los otros participantes del mercado.

En estos años los capitalistas hicieron su negocio, inflaron el proceso financiero, obtuvieron enormes ganancias, pero cuando ahora quieren colocar sus papeles o títulos en el mercado se encuentran con que no tienen compradores. En la crisis, el mercado demuestra ex post que se ha montado un proceso ficticio de valorización, que los productos no se ajustan a una suerte de utilidad social ni representan el valor que pretenden. La especulación pretendió escapar al control del mercado y prestó dinero de todos los modos imaginables, pero ahora la crisis consiste en que el mercado les recuerda esos ‘pecados', y todos los valores se van al suelo. El mercado, ex-post, con posterioridad a la producción y a la especulación, dictamina que han vio-

lentado las normas del valor en la sociedad capitalista. En el mercado, más allá de las fluctuaciones, a largo plazo, se manifiesta la ley del valor. Sobre la base de la ley del valor, los capitalistas no podrían enriquecerse como se enriquecieron, y por eso tratan de forzar la mano, de superar esa ley, con mecanismos especulativos, intervención estatal, guerras, explotación forzada de personas. Toda la historia del capitalismo es el intento de superar el límite que tienen la mercancía y el capital, que es la ley del valor. Cuando creen haberlo logrado, alguien les dice "che, presentate a cobrar en ventanilla", y ahí se cae todo porque se pone de manifiesto el carácter superfluo o ficticio del valor creado.

Ahora vienen los keynesianos y los izquierdistas románticos, los intervencionistas estatales, y dicen "ay, qué desastre el mercado", "el mercado fracasó" No, el mercado te puso en vereda. El intervencionismo estatal o la especulación procuran huir del mercado, dentro de un régimen de producción mercantil capitalista, pero cuando quieren realizar sus producciones en la forma de dinero, el veredicto lo tiene el mercado. El capital necesita desembarazarse del mercado, porque ha adquirido tal nivel de desarrollo que el mercado le resulta estrecho. Desarrolla toda una historia institucional para desembarazarse del mercado. Cuando cree que por fin lo logró, descubre que la vigencia del viejo mercado y de la ley del valor.

¿Qué es lo que se está discutiendo en este momento en Estados Unidos? Uno de los puntos cruciales es que para salvar a los bancos sería necesario establecer una norma por la cual los títulos podridos, los que son invendibles e incobrables se contabilicen al valor original en los libros, no al valor que tienen en el mercado. Si se contabilizan al valor que tienen en el mercado el banco quiebra. Hay una crisis en torno a esto, porque eso implica que toda una cantidad de empresas van a funcionar a pulmotor. No tienen capital, pero los libros van a decir que sí lo tienen. La función de que los libros digan que sí tiene, es que los jueces no los manden a la quiebra.

El artículo en cuestión de *Prensa Obrera* sobre la "victoria del mercado" (Ver *PO* Nº 1057, 2/10/2008), apunta a terminar con el maca-

neo de los keynesianos y de los románticos, de que el capitalismo puede zafar del mercado. Como no puede zafar del mercado, está condenado al derrumbe; victoria del mercado y derrota del capitalismo, y de nuevo es una forma de pensar contradictoriamente.

Sobre la pregunta del compañero sobre Brasil y Argentina, que no van a usar más el dólar, no tiene la menor importancia, porque lo único que hacen con esto es ahorrarse el costo de transacción de pasar las monedas nacionales al dólar para volver a convertirlas en sus propias monedas. Esto no arregla nada porque nadie compra y vende al contado sino a crédito, y por lo tanto tiene que asegurarse contra las fluctuaciones de las monedas nacionales respecto del dólar. Para que dos países tengan la misma moneda, necesitan tener una serie de componentes económicos comunes: un presupuesto común, un sistema financiero común, un mercado común, e incluso en esas condiciones probablemente no tengan una moneda común, porque en la práctica el euro no tiene el mismo poder adquisitivo en los diferentes países de la UE, y por sobre todo no tiene un respaldo similar debido a que existen diferentes estados nacionales. Por eso la deuda pública de Italia tiene un riesgo-país de 200 puntos sobre la de Alemania, a pesar de que tienen la misma moneda y se coordinan en el Banco Central Europeo.

Todo esto es de algún modo esencial para la comprensión del funcionamiento, contradicciones, crisis y derrumbes del régimen social al cual nosotros como socialistas queremos poner fin. Para ello nos vamos a apoyar como palanca no sólo en la movilización de los obreros y en su conciencia, sino en todas las contradicciones del régimen social existente y en su tendencia al derrumbe. De otra forma no hay teoría revolucionaria y no hay práctica revolucionaria. Este es el valor de lo que estamos discutiendo. No se trata de acumular datos sobre lo que pasa en la Bolsa de Nueva York: se trata de comprender las contradicciones sociales insalvables del capital.

Ahora comenzamos a ver estas movilizaciones en Estados Unidos, que pueden quebrar una serie de prejuicios ideológicos contra el socialismo. La violación del derecho a la vivienda, a la jubilación y al

trabajo va a producir una reacción, la gente va a seguir pensado en forma conservadora pero va a comenzar a actuar en forma no conservadora, y al cabo de un tiempo va a ajustar su pensamiento a la acción. Eso ya pasó en Estados Unidos, en la década de los setenta, contra la guerra en Vietnam y en la década del 30 cuando se fundó la central obrera: la CIO, sobre la base de huelgas descomunales. Esperemos que se den estas movilizaciones nuevamente. En todo caso hay que incentivarlas. Lo otro, deshojar la margarita, como hacen los democratizantes, (me quiere, no me quiere, es una crisis, no es una crisis) es simplemente derrotista.

El otro día, en Crítica, tres izquierdistas notorios, y hasta alguien que se considera catastrofista, un catastrofista como renacido, como Sartelli, se pone a deshojar la margarita sobre la crisis y divaga sobre las exportaciones e importaciones chinas, cuando asistimos a la bancarrota de franjas enormes del capital mundial. Otro, Claudio Katz, que sobre cualquier problema dice que duda, pero no en la forma de Descartes, que pretendía arribar a una conclusión (‘clara y neta'), sino para evitar alguna, cualquiera ella sea.

Jose Saramago, miembro del Partido Comunista de Portugal, acaba de denunciar a la izquierda de todo el mundo por timorata, y por no ver en la crisis mundial la oportunidad de la lucha por el socialismo. Menos mal que es Saramago, menos mal que lo dijo dos días después de nuestro artículo, porque sino íban a decir que nos copiamos de Saramago. Pero Saramago tiene razón.

Una nueva situación histórica mundial

Resolución del Secretariado Internacional de la Coordinadora por la Refundación de la IV Internacional

Milán, 27 de noviembre de 2008

1. Todo el escenario histórico mundial ha cambiado. La exacerbación, en septiembre/octubre de 2008, de la crisis capitalista mundial que estalló el último año toma dimensiones sin precedentes que llevan al colapso a las bolsas del mundo, al sistema bancario internacional, a industrias gigantescas y ponen a un número creciente de Estados al borde del default.

El estallido global ya tuvo lugar. La capitalización de las bolsas del mundo se ha reducido a la mitad; las pérdidas en instrumentos de deuda alcanzan ahora una cantidad cercana a los 3 billones de dólares, y la destrucción de la deuda continúa inexorablemente; hay una "casi desintegración del sistema bancario del mundo occidental"[1] a pesar de una intervención sin precedentes de los Estados.

La economía mundial se contrae. El FMI predice para 2009 una recesión generalizada en todo el mundo desarrollado y más de 20 millones de nuevas pérdidas de puestos de trabajo. Las condiciones de hambre ya producen disturbios en los países llamados del "Tercer Mundo", y la caída de los precios de las materias primas acelerará la bancarrota de los países exportadores. Ya nada será lo mismo.

Hace cerca de dos décadas, la desintegración de la URSS fue celebrada por el capitalismo como "el final del comunismo" y de la propia historia; ahora, el propio capitalismo enfrenta su propia implosión en sus centros metropolitanos, en Estados Unidos, en Europa y en Japón. El mito post 1989/91 de un aparentemente triunfante sistema capitalista liberal, incluida la fantasía de un "mundo unipolar" con centro en el "indisputado" imperio norteamericano, ha colapsado.

La superpotencia capitalista más fuerte del planeta, el Estados Unidos capitalista en su conjunto, y no sólo el evaporado "mercado de hipotecas sub-prime", se ha transformado en el "mayor activo tóxico" del sistema mundial. Trotsky predijo que, al ascender hacia la hegemonía mundial, Estados Unidos acumulaba todas las contradicciones mundiales, como dinamita en sus cimientos. Esta dinamita, acumulada durante un siglo de expansiones y crisis, de guerras y revoluciones, explota ahora cambiando la forma del mundo en el siglo XXI.

La crisis actual es la culminación y la superación de todas las grandes crisis sistémicas previas, desde la desintegración en 1971 del marco de Bretton Woods, que intentó evitar una recaída en la Gran Depresión de los años de pre-guerra, hasta los shocks financieros de los años '80 y '90 (el "tequilazo" latinoamericano de 1984; el derrumbe de 1987 y de 1997, centrado en Asia y seguido por el default de Rusia en 1998; la explosión de la "burbuja tecnológica" en 2000; la recesión de 2000/01, la bancarrota de Enron, el default de Argentina, etc.) a lo largo de décadas de globalización financiera.

En el periodo 2002/2006, la espiral de la crisis fue desviada y los dos motores interconectados de la expansión del crédito en Estados Unidos y del crecimiento industrial de China condujeron a un relativo crecimiento de la economía mundial. Pero ahora los dos motores están parándose. La contracción de la economía mundial trata de eliminar la enorme masa de capital excedente, tanto ficticio como productivo, que obstruye el proceso de acumulación capitalista.

El capital no es una cosa: es una relación social. La explosión de los cimientos del sistema está moviendo las placas tectónicas de la sociedad, cambiando todas las relaciones sociales e internacionales. Una salida de la impasse sólo puede encontrarse a través de una serie de confrontaciones históricas entre las fuerzas sociales en conflicto, ante todo entre el capital y el trabajo. En otras palabras: la solución de la crisis depende, en última instancia, de la confrontación entre la revolución social y la contrarrevolución en una escala internacional. La tarea central de la clase obrera internacional y de su vanguardia es la urgente preparación política, programática y organizativa por todos los medios teóricos y prácticos para esta confrontación.

La nueva situación histórica a fines de la primera década del siglo XXI exige la movilización de las masas oprimidas y explotadas bajo la bandera de una Internacional revolucionaria del siglo XXI, la IV Internacional refundada.

De la crisis al estallido y la depresión

2. Estados Unidos, el punto históricamente más alto de desarrollo del mundo capitalista, se transformó primero en su centro y, ahora, en el centro de su crisis –que se profundiza.

El colapso del mercado sub-prime en Estados Unidos en 2007desató una avalancha financiera internacional de quiebras y una contracción global del crédito, seguidos por una suba sideral y luego por una dramática caída en los precios del petróleo y de las materias primas, pero, sobre todo, por un deslizamiento imparable hacia un bajón y una recesión sincronizados de la economía mundial.

Las tres largas décadas de globalización del capital financiero, después de una serie de shocks (en 1984, 1987 y 1997) terminó en una catástrofe.

El rotundo fracaso del llamado "neoliberalismo", el dogma económico que siguieron casi todos los gobiernos capitalistas, fue tipificado por las dramáticas acciones tomadas urgentemente por los campeones de las privatizaciones, de la política económica de los Reagan y las Thatcher en los propios Estados Unidos y en Gran Bretaña.

El proceso de crecientes operaciones de rescate comenzó con la nacionalización del Northern Bank en Gran Bretaña, en septiembre de 2007; del Bearn Sterns, uno de los "cuatro grandes" bancos de inversión en los Estados Unidos en marzo del 2008, y luego alcanzó un decisivo punto de inflexión que precipitó la vorágine de septiembre/octubre: la nacionalización de los gemelos gigantes Fanny Mae y Freddie Mac que controlan las cuatro quintas partes del colapsado mercado hipotecario norteamericano, en septiembre de 2008.

El gobierno norteamericano, naturalmente, no tenía otra alternativa que transgredir sus propios principios fundacionales del fundamentalismo capitalista. No podía permitir que dos empresas patrocina-

das por el gobierno, con una deuda igual al 40% del PBI, simplemente colapsara bajo los golpes de la "mano invisible". Tal colapso significaba el caos en el sistema financiero internacional, una corrida contra el dólar y una declaración de default por parte de los Estados Unidos.

No hay duda de que este gigantesco rescate puso una lápida no sólo a lo que de manera equívoca fue llamado "neoliberalismo", sino a toda una era enteramente dominada por la ilusión central capitalista de una economía de mercado autorregulada por una "mano invisible". Esto demuestra que la ley del valor está agotada como un principio regulador de la economía; el trabajo abstracto también está restringido como medida de la riqueza social material; así, el capitalismo mundial, en su etapa imperialista avanzada, ha entrado hace ya tiempo, en una época histórica de declinación.

Aunque el gobierno norteamericano no tenía otra alternativa que nacionalizar Fannie y Freddie, esta operación de rescate produjo nuevos problemas. Los fondos gastados para esa operación (alrededor de 200/300 mil millones) impidieron su repetición con otras instituciones financieras en problemas. La primera gran víctima tenía 158 años de antigüedad: el gigantesco banco de inversión Lehman Brothers, al que se dejó colapsar.

La quiebra de Lehman Brothers se transformó en el catalizador de una avalancha de quiebras, una intensificación de la contracción del crédito global, y del pánico en todo el mundo. En coincidencia con la venta forzada de Merrill Lynch, en el fin de semana del 13/14 de septiembre de 2008, seguido por el rescate de último minuto de la enorme compañía de seguros AIG por parte de la Reserva Federal norteamericana, demostró claramente que la catástrofe financiera global encabezada por Estados Unidos no había finalizado.

En seis meses, fue desmantelado todo el cuadro de los bancos de inversión de Wall Street: Bearn Stern está destrozado, Lehman Brothers está quebrado, Goldman Sachs y Morgan Stanley tuvieron que ser recategorizados y puestos bajo la autoridad de la Reserva Federal.

Siguió una serie de dramáticas intervenciones del Estado, tanto en Estados Unidos como en Europa, que superaron todo lo que sucediera después del estallido de la crisis en 2007.

Durante los años 2007/08, el mundo se ha convertido en testigo de intervenciones continuas, sin precedentes en escala y naturaleza pero finalmente fallidas, por parte de las autoridades estatales y los bancos centrales de las economías capitalistas y los países imperialistas más poderosos en el mundo, en Estados Unidos, Europa y Asia, para frenar la crisis abierta y sus peligros sistémicos. Cientos de miles de millones de dólares, euros y yenes fueron inyectados en el sistema bancario. La Reserva Federal y otros bancos centrales siguieron una política monetaria expansiva de reducción de las tasas de interés; fueron introducidos estímulos fiscales, por ejemplo recortes impositivos que favorecían a los ricos en problemas, pero la espiral de la crisis mundial continuó profundizándose, amenazando a todo el sistema.

Después del descalabro de Lehman Brothers, el plan Paulson de 700 mil millones fue urgentemente introducido para comprar los "activos tóxicos" y aliviar al sistema financiero de su carga destructiva. Fue finalmente votado en el Congreso, sin evitar una crisis política y sin convencer de que el plan sería efectivo en última instancia. Incluso, de esta suma, 250 mil millones han sido urgentemente redirigidos para recapitalizar y nacionalizar parcialmente los nueve bancos más fuertes de Estados Unidos. El plan Paulson ataca como principal problema a la iliquidez, cuando el verdadero núcleo del problema es la insolvencia. La "securitización" diseminó globalmente los riesgos y opacó los peligros de quiebra, destruyendo cualquier calificación crediticia y congelando las líneas de crédito. La cartera de préstamos de los bancos estaba sobreextendida, a veces 60 veces más que sus activos, convirtiéndolos ahora en candidatos a la quiebra. El plan Paulson otorga algún alivio temporario a los magnates de Wall Street mientras el contribuyente debe pagar la cuenta. Transfiere otra parte de la enorme deuda privada a la deuda pública de un ya sobreendeudado Estados Unidos.

Mientras que, con el crecimiento de los déficit de Estados Unidos, crece la necesidad de inversores extranjeros para financiarlos, la calificación crediticia de Estados Unidos se está deteriorando rápidamente. La relación de la deuda total de Estados Unidos con el PBI va del 163% en 1980 al 240% en 1990 y salta al 346% en 2007. Se agravó enormemente con los dramáticos acontecimientos de 2007/2008, incluyendo la suma de 6 billones de pasivos de Fannie y Freddie y los 700 mil millones del plan Paulson. Estados Unidos se ha transformado en una super-Argentina, en un default no declarado. El problema del sobreendeudamiento de Estados Unidos se transfiere al próximo gobierno.

La victoria electoral de Barack Obama expresa la necesidad, tanto de los gobernantes como de los gobernados, de superar una situación insoportable, heredada de los años del gobierno de Bush: deterioro de las condiciones de vida, crecimiento del desempleo, deuda pública, corporativa y de los consumidores que crece imparablemente, déficit gigantescos, recesión y catástrofe financiera junto con una impasse, igualmente catastrófica, en la internacional "guerra contra el terrorismo" en Medio Oriente y Asia Central y del Sur.

El nuevo gobierno de Obama es un instrumento en manos del imperialismo norteamericano para manejar su crisis; en cierto punto, su política entrará ineludiblemente en conflicto con las grandes esperanzas que creó en las masas de trabajadores y en las minorías oprimidas, movilizadas para su victoria.

El gobierno británico introdujo el plan Gordon Brown el 8 de octubre para cuasi nacionalizar ocho grandes bancos. Juntos, Gran Bretaña, Alemania y Francia anunciaron el 13 de octubre más de 222 mil millones de nueva liquidez para los bancos y cerca de 1 billón en garantías de préstamos interbancarios.

Pero estas medidas sin precedentes no disiparon la crisis. La recesión se expande en Estados Unidos, Gran Bretaña, la Eurozona y Japón. Las Bolsas, los mercados monetarios, bancos e industrias están en una continua agitación bajo la amenaza de una depresión o de una stangflación (estancamiento más deflación) que está en curso.[2]

Las recortes de tasas de interés por parte de la FED, dos veces en octubre de 2008, al nivel más bajo desde el 11 de septiembre (y movimientos similares seguidos del Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra, el Banco de Japón y otros bancos centrales de Asia) podrían tener un efecto efímero en los volátiles mercados accionarios, pero son totalmente incapaces de revertir la contracción de la economía mundial. Como han señalado muchos analistas, estos recortes son sólo un signo de desesperación.

El Estado entra en escena

3. Cualquier intervención estatal es totalmente inadecuada para enfrentar la magnitud del problema generado por la sobre-acumulación de capital ficticio.

¡El mercado de derivados se expandió de 100 a 516 billones de dólares entre 2002 y 2007, según la estimación del BIS, e incluso hasta 585 billones según otras estimaciones! En comparación, todos los bienes y servicios reales producidos anualmente por todas las economías del mundo, el producto bruto global anual, es menor a 50 billones de dólares, y el PBI anual de los Estados Unidos es de aproximadamente 13 billones. Es claro como el agua que no hay intervención del Estado, de un banco central o de todos los bancos centrales del mundo juntos, que pueda capear la tempestad en este océano de derivados.

Mientras el Estado es presentado por los 'expertos' –de derecha, progresistas o de izquierda– como el recurso último para salvar el sistema, un Estado tras otro se suma a la lista de países en default: Islandia, Hungría, Ucrania, Bielorrusia, Kazajstan, Rumania, Bulgaria, Pakistán, Indonesia, Filipinas, entre otros. Un Estado tras otro lanza, una vez más, llamados desesperados al FMI. El FMI ya ha respondido a los llamados de Hungría y Ucrania, y probablemente intervendrá en otros casos. Pero la munición de esta institución es muy limitada: aproximadamente 250 mil millones de dólares. No puede jugar el rol de salvador, lo que hará es exacerbar los problemas sociales y políticos al imponer sus conocidas condiciones draconianas a los países que reciben su "ayuda".

El Estado-nación capitalista es totalmente incapaz de enfrentar una crisis globalizada, hecha posible por una globalización capitalista que, en las últimas décadas, ha interconectado las partes nacionales de la economía mundial de manera mucho más profunda que nunca antes en la época imperialista.

Después del crac de 1929, fue el vínculo con el sistema monetario del patrón oro lo que internacionalizó la crisis; por esa razón, pasó cierto tiempo -1932/1933- para que la Gran Depresión mostrara todo su poder destructivo. Hoy, por el contrario, gracias a la globalización de las finanzas, la crisis financiera llevó inmediatamente a una crisis bancaria y precipitó una recesión y bancarrotas estatales, comenzando por la de Islandia.

El estado-nación no es el custodio del último resorte económico que salvará al sistema capitalista. Por el contrario, debido a la crisis del sistema capitalista global, sucumbe ante el peso del sobreendeudamiento, la ruina de las finanzas públicas y la incapacidad de pagar la deuda, que lo lleva al default.

La crisis capitalista mundial actualmente en desarrollo demostró no solamente el total fracaso del neoliberalismo anti-keynesiano, sino también de cualquier intervencionismo estatal neo-keynesiano.

Sin embargo, aunque el Estado no pueda convertirse en el último recurso económico, sigue siendo el último recurso político de la burguesía, el centro de su poder político con el monopolio de la fuerza. Su rol creciente entre los intereses capitalistas en conflicto y entre el capital en su conjunto y los trabajadores refuerza la tendencia a obtener poderes de excepción y gobernar a través de medidas de emergencia, que ya se ha observado en la crisis de la globalización capitalista de principios de este siglo y en el frenesí de la "guerra contra el terrorismo".

En cuanto el Estado interviene entre intereses en conflicto se convierte en el foco de todas las tensiones sociales, en un mediador que transforma la crisis económica en una crisis social que afecta a todas las

clases y extiende la miseria entre las grandes masas, profundizando una crisis política en torno a la cuestión del propio poder político.

Las dos estrategias socio-económicas usadas por el capital en el último siglo para enfrentar su decadencia histórica y la amenaza de la clase obrera –el intervencionismo estatal y el neoliberalismo– han fracasado en el largo plazo, provocando una crisis de gobierno: los de arriba no pueden seguir gobernando como antes, los de abajo no aceptan ser gobernados y viven un presente miserable y sin futuro. De este modo se van estableciendo las condiciones para la emergencia de situaciones revolucionarias.

Los "centros de estudio" de la clase dominante reconocen esta amenaza. En *Financial Times*, Martin Wolf habla de los peligros políticos que surgen de una depresión global y menciona "la xenofobia, el nacionalismo y la revolución".[3] Es esta última la que llevó a los líderes capitalistas mundiales a una temprana cumbre del G20 luego de las elecciones norteamericanas y la que hace que Sarkozy y otros líderes europeos hablen de un "Bretton Woods II".

En Bretton Woods, en 1944, Estados Unidos, como nuevo poder hegemónico mundial, con dos tercios de las reservas mundiales de oro en su Tesorería y su poderosa moneda nacional ocupando el lugar de reserva monetaria mundial, en paridad fija con el oro, fue capaz de sostener un New Deal keynesiano a nivel internacional, reconstruir una Europa arruinada y rechazar la amenaza revolucionaria con el apoyo político crucial del stalinismo.

Ahora la situación mundial ha cambiado por completo. Estados Unidos no solamente es incapaz de restablecer el equilibrio en Europa y en el resto del mundo, sino que arrastra a todos ellos hacia el abismo. No hay lugar para ningún tipo de concesión histórica a la clase obrera, como sucedió después de la Segunda Guerra Mundial; por el contrario, la "generosidad" hacia los banqueros y financistas es compensada con la destrucción de los servicios sociales que quedan (educación, salud, pensiones, etc.) y de las condiciones de vida de la población empobrecida. Es un mal momento para los colaboradores

de clase: la socialdemocracia está desacreditada y el stalinismo, con sus poderosos aparatos burocráticos, ya no está allí para ayudar a disciplinar a los trabajadores.

Un "Bretton Woods II" es un sueño imposible de Sarkozy y otros líderes europeos atemorizados por las explosiones sociales que se vienen, una ilusión compartida por los "neo-keynesianos" de la izquierda y de la llamada "extrema" izquierda.

Europa en zona de tormentas

4. La actual crisis mundial capitalista puso de manifiesto la vulnerabilidad del sistema en su lugar de nacimiento, el Viejo Continente, así como la fragilidad de la Unión Europea ante todas las fuerzas centrífugas que la desgarran.

Cuando la crisis se agravó en septiembre/octubre de 2008, un gobierno europeo tras otro debieron intervenir con medidas sin precedentes, para evitar el colapso de los principales bancos y compañías y detener el derrumbe financiero. El 28 de septiembre, los gobiernos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo nacionalizaron el banco Fortis, el mayor empleador privado de Bélgica. El 29 de septiembre fue nacionalizada la británica Bradford & Bingley, que tenía la mayor porción del mercado de hipotecas inmobiliarias. El 5 de octubre, el gobierno alemán rescató al gigante de los préstamos comerciales Hypo Real Estate, y anunció que garantizaría los depósitos de todos los ahorristas (el día anterior había criticado al gobierno irlandés por hacer exactamente lo mismo). El 8 de octubre, el gobierno británico nacionalizó y recapitalizó los ocho mayores bancos del país por la vía de la compra de acciones preferenciales.

Se puso de manifiesto que, a pesar de todos los planteos acerca de la unidad europea, los capitalistas de Europa reaccionaron ante la crisis sobre líneas nacionales. Se hizo evidente la ausencia, en la Unión Europea, de un equivalente a la Reserva Federal norteamericana, capaz de imponer un plan en todo el ámbito de la Eurozona. A pesar de los críticos o los apologistas que definieron a la UE como un "super Es-

tado", esta unión de imperialistas europeos tiene una moneda común entre 15 de sus 27 miembros pero carece de un sistema de impuestos o un presupuesto a nivel europeo. El Banco Central Europeo tiene la tarea exclusiva de mantener la inflación por debajo de la tasa estipulada el tratado de Maastricht (2%), aunque la inflación actual es superior al 3,6%. Otro límite establecido por el mismo tratado, el de mantener el déficit público por debajo del 2%, también ha sido abandonado por el momento, debido a la recesión que se profundiza. ¡Los líderes capitalistas europeos reclaman la imposición de nuevas regulaciones internacionales –un nuevo "Bretton Woods"– al mismo tiempo que ignoran completamente sus propias regulaciones europeas!

En la reunión de los líderes de la Eurozona más Gran Bretaña del 12 y 13 de octubre de 2008, se acordó adoptar una serie de medidas generales para inyectar liquidez directamente a los bancos y/o establecer garantías para los préstamos interbancarios. En conjunto, Alemania, Francia y Gran Bretaña anunciaron más de 163 mil millones de euros (222 mil millones de dólares) de nueva liquidez bancaria y 700 mil millones de euros (casi un billón de dólares) en garantías para los préstamos interbancarios. Pero las medidas propuestas eran simples guías de acción y cada Estado miembro tiene que desarrollar su propia "solución" independiente, nacional. En el momento de la verdad de una crisis mundial, la UE demuestra su debilidad estructural y la continua fragmentación de Europa sobre líneas nacionales. El gobierno alemán, por ejemplo, se niega a entregar un solo euro para rescatar a bancos o empresas europeas (pero no alemanas), como pide el presidente francés Sarkozy.

Las fuerzas centrífugas se ven fortalecidas por las diferencias que existen en tres cuestiones clave: la participación del gobierno en la economía, el déficit del presupuesto gubernamental y el nivel de endeudamiento nacional. Los países europeos más seriamente amenazados son Francia, Italia, Grecia y Hungría.

La declaración de default de Hungría fue pospuesta gracias un paquete de rescate de urgencia del FMI, el Banco Central Europeo y el Banco Mundial, por 25 mil millones de dólares.

Italia, la cuarta economía de Europa, carga con el peso de la tercera mayor deuda pública del mundo, que llega a 1 billón de dólares y sobrepasa a la de Francia. Una enorme deuda pública, un gran déficit fiscal y gastos gubernamentales que llegan a casi el 50% del PBI, uno de los ingresos por impuestos más altos del mundo (43% del PBI), hacen imposible que el gobierno italiano pueda proporcionar algún rescate significativo a los gigantes italianos Intesa y Unicredit, que están muy expuestos en Europa central y en los Balcanes. "Italia puede ser el primero de los países importantes de la Eurozona en caer bajo el impacto de la crisis financiera global... Las opciones de Italia se reducirán a enfrentar la crisis con ayuda externa (y enfrentar posiblemente una recesión prolongada) o reconsiderar su condición de miembro de la Eurozona".[4] Están surgiendo presiones sobre la Unión Monetaria Europea desde cada rincón de la sobre-expandida UE, amenazando su integridad y el futuro del euro.

Grecia, con una economía mucho más débil, un déficit público de aproximadamente el 3,5% del PBI, un déficit de pagos que supera el 15% del PBI y una deuda total, pública y privada, de medio billón de dólares, tiene su sistema bancario sobre expuesto en los Balcanes, particularmente en Bulgaria y en Rumania. Continúa la liquidación masiva de bonos del Estado griego (más de 3 mil millones de dólares en los últimos diez días de octubre de 2008). En su último reporte europeo, Merrill Lynch bajó la calificación de varios de los mayores bancos griegos (Alpha Bank, Eurobank y Bank of Piraeus) por los peligros que enfrentan en los Balcanes.

Bulgaria y Rumania están virtualmente en bancarrota, y amenazan con provocar un efecto dominó en los bancos de Grecia, Italia y Francia. Peligros similares enfrentan los bancos austriacos en Europa Central e incluso los suecos en los países del Báltico. Todos estos bancos se dedicaron a pedir préstamos con bajo interés en yenes y en francos suizos, para luego invertirlos en el Este en monedas locales, con altas tasas de interés. A medida que los déficits de los países del Este fueron aumentando y las débiles monedas nacionales comenzaron a caer, los bancos de la UE se encontraron parados sobre arenas movedizas.

El colapso de los regímenes stalinistas en Europa oriental fue visto inicialmente como la gran oportunidad histórica para el imperialismo europeo, en primer lugar para el motor de su integración: el eje franco-alemán. El tratado de Maastricht, de 1992, como base de la Unión Europea y del lanzamiento del euro y, luego, de la expansión de la UE hasta las fronteras de Rusia, se vio acompañado por un auge del crédito y por la relocalización de industrias de Europa occidental en Europa central y en los Balcanes, reforzando los sueños de un ascenso del imperialismo europeo en las condiciones de la posguerra fría. La actual crisis mundial liquida todo este edificio: las restricciones del tratado de Maastricht no son respetadas, el euro sufre enormes presiones y la bonanza en los países del Este bajo los regímenes restauracionistas se ha convertido en una pesadilla para los bancos europeos y sus respectivos países. El Este se transformó en un agujero negro que amenaza con absorber al Oeste en su vacío, para usar la metáfora de George Soros.

Un nuevo panorama social se abre en todo el continente: una nueva arena para la lucha de clases, que está surgiendo en nuevas oleadas y de nuevas maneras. Las actuales huelgas de masas, huelgas generales o movilizaciones masivas de la juventud en Bélgica, Grecia, Francia, Italia y Alemania son sólo el comienzo.

Crisis capitalista y restauración

5. Desde la guerra de intervención imperialista luego de la Revolución de Octubre hasta la Operación Barbarroja de los nazis contra la URSS y la guerra fría, el capitalismo mundial tuvo siempre el claro objetivo y la expectativa de superar su declinación a través de la reconquista de los vastos espacios en los cuales el capital había sido expropiado después de 1917 y de la Segunda Guerra Mundial.
Treinta años después del giro hacia las políticas de mercado en China, bajo Deng Xiaoping y, sobre todo, casi veinte años después del colapso del stalinismo en Europa oriental, la implosión de la Unión Soviética y el giro hacia la restauración capitalista, es más que obvio que el capitalismo mundial no sólo no encontró una nueva juventud sino que enfrenta, particularmente hoy, su peor crisis.

A pesar de una avalancha de créditos hacia el Este –y una guerra devastadora de la Otan que destruyó la ex Yugoslavia– la restauración capitalista en Europa central y en los Balcanes muestra hoy su fragilidad, y pone de manifiesto que depende fundamentalmente del ingreso de capital extranjero más que de estructuras capitalistas enraizadas localmente.

Las expectativas de que el crecimiento de China podría ofrecer una salida a la actual tendencia a la recesión mundial son totalmente ilusorias. Por el contrario, el paso de la crisis financiera internacional y el colapso del crédito a la recesión o la depresión exacerbará todas las contradicciones acumuladas en la economía y en la sociedad chinas, con consecuencias mundiales incalculables.

El crecimiento de China se basa en las exportaciones. No puede impulsar el desarrollo en todas partes; a medida que el crecimiento global se hace más lento, la demanda de mercancías chinas tenderá a estancarse o caer. El principal destino de las exportaciones chinas es el consumidor norteamericano, cuyo consumo está colapsando por primera vez en dos décadas.

La tasa de crecimiento estimada para 2009 ya ha sido revisada hacia abajo, de un 11% a un 9%, a un 7% o incluso menos. Se anunciaron recortes en la producción de aluminio y níquel luego de la escalada de la crisis mundial. El 31 de octubre, el Banco Popular de China predijo que durante los próximos dos años los precios de las casas bajarán entre un 10% y un 30%, pinchando así la burbuja inmobiliaria; aun más importante, el banco reveló sus preocupaciones ante una posible crisis de liquidez que afectaría severamente no sólo a las compañías inmobiliarias sino también a los bancos comerciales que dedicaron entre un 20% y un 40% de sus préstamos totales al sector inmobiliario. Los recortes en las tasas de interés bancarias son también un indicador de un enfriamiento más bien rápido del crecimiento chino bajo las nuevas condiciones mundiales. Analistas occidentales como Nouriel Roubini plantean que son altas las probabilidades de un 'aterrizaje forzoso' de la economía china el año próximo.

El crecimiento chino, que en los últimos años convirtió al país en el "taller del mundo", se basa en la canibalización de los sectores en los cuales la revolución china había expropiado al capital (empresas estatales, sistema bancario estatal) para impulsar una economía liderada por las exportaciones al mercado mundial y no por la demanda local ni por las ganancias en el mercado doméstico. Un fuerte desarrollo capitalista es impulsado sobre premisas no capitalistas (por ejemplo, los préstamos son otorgados por bancos estatales sin seguir criterios capitalistas) y, en última instancia, en la sobre-explotación de una fuerza de trabajo vasta y barata, disciplinada por un régimen stalinista, al servicio del capital mundial.

Las desigualdades sociales entre las zonas industriales costeras, abiertas al mercado mundial, y las zonas rurales del interior, alimentan oleadas imparables de migrantes internos hacia las ciudades, agitación rural y continuas rebeliones campesinas y huelgas obreras salvajes.

China necesita una tasa de crecimiento anual del 9 ó10% para absorber a las aproximadamente 24 millones de personas que se incorporan cada año a la fuerza de trabajo, y los 12/14 millones de campesinos pobres que migran al sector urbano industrial. Cualquier disminución de la tasa de crecimiento por debajo de esta marca crea millones de nuevos desempleados y más material explosivo para nuevas rebeliones. Un aterrizaje forzoso de la economía china, del 12% a un crítico 6% (muy posible en las actuales condiciones de crisis mundial), significa un golpe mortal para la legitimidad y la estabilidad del régimen burocrático restauracionista del PC chino.

La dirección del PCCh está dividida por un doble límite: o bien trata de mantener una alta tasa de crecimiento, concentrando sus esfuerzos en las zonas costeras y enfrentando las consecuencias externas, por la contracción norteamericana y del mercado mundial, e internas, por la desintegración del interior agrario; o bien trata de cortar los lazos que unen a China con el mercado mundial y construir hacia adentro un mercado interno (capitalista). Ambos procesos no pueden sino exacerbar las contradicciones hasta un punto explosivo.

La Rusia de Putin se ve severamente afectada por la profundización de la crisis mundial, la contracción del crédito y la caída de los precios del petróleo y otras materias primas. Rusia enfrenta su peor crisis desde el default de agosto de 1998.

Mientras que en agosto de 1998, durante la crisis internacional que siguió al crac asiático, el Estado ruso posterior al "robo del siglo" de la propiedad pública por parte de los oligarcas bajo Yeltsin, fue incapaz de enfrentar sus obligaciones y declaró el default. Ahora la situación es la opuesta: mientras que las reservas de capital del Estado son bastante fuertes –las terceras en el mundo (básicamente debido al aumento imparable de los precios del petróleo en los siete años previos a julio de 2008)– la contracción internacional del crédito le infligió golpes devastadores a los oligarcas y al sector privado, que se vieron súbitamente incapaces de afrontar los créditos obtenidos para proyectos ambiciosos, particularmente en energía y materias primas.

En septiembre/octubre de 2008, las dos bolsas rusas perdieron más del 75% de su capitalización desde su techo en mayo, y se han decretado repetidos feriados bursátiles por dos o tres días. La fuga de capitales extranjeros, que había comenzado antes de la guerra en Georgia, se ha acelerado desde entonces.

El Estado ha debido efectuar enormes inyecciones de liquidez (de la magnitud de los 90 mil millones de dólares) luego de los colapsos de las bolsas rusas del 16 de septiembre y el 6 de octubre, y en respuesta a los temores sobre la estabilidad de los bancos rusos.

El Kremlin se volvió, en primer término, sobre los oligarcas, para forzarlos a repatriar e inyectar entre el 10% y el 30% de su riqueza total en los mercados y en los bancos para reflotar el sistema financiero. El Estado consolidó todavía más su control sobre los activos de los oligarcas, pero esto no fue suficiente para detener la crisis. Los oligarcas, que aún son muy ricos en activos, son muy pobres en efectivo; algunos de los más poderosos, como Oleg Deripaska, el hombre más rico de Rusia, tuvo que liquidar parte de sus imperios para conservar liquidez.

La película de los 90 se vuelve a proyectar, pero en reversa: ahora es el Estado el que extiende y consolida su control sobre los oligarcas y sobre el sector privado, mientras una clase media creada en las últimas décadas, y absolutamente necesaria para la restauración del capitalismo, va rápidamente a la ruina.

Pero el hipertrofiado Estado construido bajo el bonapartismo de Putin encuentra sus bases materiales sacudidas. Luego de forzar a los oligarcas a pagar por la crisis, ahora debe meter mano en sus propios recursos, es decir, sus reservas, que ya han bajado de 600/650 mil millones de dólares en agosto a 515 mil millones el 17 de octubre de 2008. La fuga de capitales está en pleno desarrollo, a un ritmo de 12/16 mil millones de dólares por semana.

La deuda externa rusa total, en junio, ascendía a 527 mil millones de dólares, de los cuales 228 mil millones pertenecen a los bancos, privados o gubernamentales. Los bancos rusos dependen del acceso al capital extranjero para financiar todo, desde préstamos para autos hasta los gastos de las empresas de energía y minerales. Mientras el rublo se devalúa frente al dólar, las deudas externas en dólares comienzan a incrementar su valor. Desde septiembre, el valor del rublo ha caído en un cuarto, aumentando el costo del servicio de la deuda denominada en dólares en una proporción equivalente. Por esta razón el Kremlin debe intervenir rápidamente.

Pero la re-estabilización de la economía rusa bajo el régimen de Putin se sostiene, en su conjunto, sobre un solo pilar: la energía. Con la caída de los precios del petróleo y de las materias primas, ese pilar se está derrumbando. Con los precios del crudo en torno a 65 dólares por barril, el presupuesto ruso para 2009 apenas se sostiene. Y lo peor, con una depresión mundial, aún está por venir.

La inflación creciente alimenta el descontento de las masas. La popularidad del régimen establecido en los años 2000/2008 está cuestionada. Está sobre el tapete la cuestión de una movilización independiente de la clase obrera. Particularmente los sectores modernizados y abiertos al capital extranjero están fuertemente afecta-

dos; las huelgas, como las de Ford y otras fábricas en la zona de Leningrado, el año pasado, son sólo las precursoras de nuevos conflictos en el próximo periodo, que alcanzarán a sectores más amplios.

La cuestión clave es la independencia política y la dirección política del movimiento obrero. El stalinismo ha desacreditado al socialismo y llevó su construcción a un callejón sin salida y al colapso. Los trabajadores deben superar la atomización del pasado, incluido el período posterior a 1991, y construir nuevas organizaciones. La mayor parte de la izquierda actual, stalinista o no, se adapta al régimen de Putin/Medvedev y a su "patriotismo del Estado fuerte" o a los liberales. El liberalismo está en bancarrota desde los '90 y la actual crisis mundial destruirá incluso sus despojos. La misma crisis le da el beso de la muerte a la era de Putin. Un camino nuevo, independiente, hacia una salida socialista a la crisis, la expropiación de los oligarcas y sus protectores en el Kremlin, un programa nacional de medidas socialistas para el renacimiento de la URSS sobre nuevas bases, debe ser planteado por la vanguardia de los trabajadores, particularmente por una nueva generación de luchadores que sale al ruedo, aunque de manera reducida y dispersa, bajo la bandera de un comunismo antiburocrático e internacionalista.

Crisis y radicalización de masas

6. Los acontecimientos actuales han propinado un golpe ideológico devastador a todos los apologistas y escépticos, particularmente en la izquierda, que siempre han sobrevalorado la estabilidad del sistema y su capacidad para sobreponerse a las crisis. Ahora, como no pueden negar la realidad de la crisis mundial, rechazan sus implicancias revolucionarias.

La relación entre la crisis económica y la movilización revolucionaria de las masas, por supuesto, no es lineal sino dialéctica, a través de contradicciones. Sin embargo, Marx y el marxismo han demostrado cómo las contradicciones internas del capital estallan en crisis recurrentes y cada vez más catastróficas, creando las condiciones para su derrocamiento: "Estas contradicciones llevan a explosiones,

cataclismos, crisis en las cuales la momentánea suspensión del trabajo y la aniquilación de una gran porción de capital, éste se ve violentamente reducido, al punto que puede emplear todas sus fuerzas productivas sin cometer suicidio. Pero estas catástrofes regulares y recurrentes se repiten en una escala mayor, y finalmente llevan a su derrocamiento violento".[5]

La "aniquilación de una gran porción del capital" continúa, con una tremenda destrucción de montañas de deudas y bancarrotas de bancos, empresas y Estados; "la suspensión del trabajo" ya genera nuevas legiones de desocupados en la medida en que se desarrolla una violenta contracción de la economía mundial y, finalmente –pero en absoluto por último–, el fantasma de un "violento derrocamiento" del capitalismo está acechando todas las ciudadelas del capital. Ya fue mencionada la opinión del editorialista del *Financial Times*, de que entre las consecuencias políticas de la profundización de la recesión mundial, junto a la xenofobia y al nacionalismo, está la revolución. La xenofobia está presente hace décadas e, indudablemente, será aún más bárbara, particularmente en la Europa "poscolonial". El ascenso del nacionalismo económico exacerba todo tipo de odios raciales, étnicos y nacionales. Nadie puede subestimar el peligro del barbarismo derivado de una crisis sistémica de magnitudes históricas. Pero la perspectiva de la revolución social también ha regresado poderosamente.

El impacto de la crisis no es independiente del conjunto de la situación política, de los acontecimientos que la precedieron o la acompañan, y del real movimiento de masas con anterioridad y en el momento de la erupción de la crisis.

En las últimas décadas, hubo efectivamente un reflujo del movimiento obrero y de la conciencia de clase, un fortalecimiento de la dominación ideológica de la burguesía, especialmente después del colapso de la Unión Soviética. Pero no ha acontecido una derrota histórica de la magnitud de la ocurrida en los años '20 y '30, con el triunfo del fascismo en países imperialistas como Italia y Alemania. Por el contrario, lo que se manifiesta es la creciente incapacidad de

la clase dirigente para gobernar en medio de sus irresolubles contradicciones políticas y económicas, mientras que la capacidad de combate, el potencial revolucionario del proletariado, no han sido destruidos. Ya a partir de la segunda mitad de los '90, una nueva y creciente radicalización comenzó a manifestarse: desde las huelgas de masas en 1995 en Francia, hasta las revueltas antiglobalización que se extendieron de Seattle a Génova, la segunda Intifada palestina, el Argentinazo, las manifestaciones de masas contra la guerra imperialista en Irak en 2003, el fracaso de la imperialista "guerra contra el terrorismo" en Irak y Afganistán, la derrota de la invasión sionista a El Líbano en 2006.

Toda América Latina se encuentra en una situación prerrevolucionaria, marcada por una serie de rebeliones, desde el Caracazo de 1989 hasta el Argentinazo de 2001, las insurrecciones en Bolivia y Ecuador en 2000/2003, y la derrota del golpe de Estado motorizado por Estados Unidos y el lock out patronal en Venezuela, en 2002. La naciente revolución no se limita a las fronteras del continente sino que se convierte un factor histórico fundamental de la actual crisis mundial. Los procesos de autonomía nacional contra el imperialismo no tienen un protagonista destacado ni en la burguesía nacional ni en los estratos superiores –civiles o militares– de la pequeño burguesía; tampoco han encontrado una expresión política adecuada para el movimiento histórico que representan. América Latina se ha convertido en el escenario de una experiencia política, única en su historia, que combina gobiernos nacionalistas militares o indigenistas, como el de Venezuela con Hugo Chávez, el de Bolivia con Evo Morales y, hasta cierto punto, el de Ecuador con Correa, y, por el otro lado, gobiernos centroizquierdistas como el de Lula en Brasil y el del Frente Amplio en Uruguay. Mientras toda clase de oportunistas se han adaptado al actual régimen chavista e incluso a los gobiernos proimperialistas de centroizquierda, los sectarios se amontonaron para condenar abstractamente ambas categorías de gobiernos, aunque manteniendo una perspectiva nacionalista (por ejemplo, el PSTU morenista de Brasil). Nuestra orientación revolucionaria, por el contrario, es la lucha contra el imperialismo yanqui y por la unidad de América Latina sobre la base del socialismo re-

volucionario, contrapuesto a los planteos del nacionalismo burgués y pequeñoburgués.

En Europa, particularmente en Francia, la crisis social, la creciente deslegitimación del sistema parlamentario burgués y de la izquierda burocrática oficial asociada a los gobiernos de centroizquierda, y la radicalización de las masas, han puesto en el orden del día la fundación y construcción de un nuevo partido que combata al capitalismo. En Francia, el agotamiento de la experiencia de una serie de gobiernos social-liberales del Partido Socialista (PS) y de la "izquierda plural", la crisis del desacreditado e internamente fracturado PS, el virtual colapso del Partido Comunista, han planteado a los nuevos estratos radicalizados la cuestión y la necesidad del Partido para enfrentar los nuevos desafíos. Lutte Ouvrière (LO) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), las organizaciones históricas provenientes de la tradición trotskista, han llegado al punto de cerrar su círculo. La LCR abandonó sus referencias históricas al trotskismo y a la IV Internacional y lanzó una campaña por un Nuevo Partido Anticapitalista (NPA). Aunque existe una necesidad real y una demanda de un nuevo partido de combate por parte de los luchadores anticapitalistas que se vuelven hacia el NPA, el programa y las perspectivas planteadas no son una genuina alternativa revolucionaria sino un nuevo envoltorio de viejo contenido reformista, que ya ha fracasado.

La clase obrera, la juventud y todos los oprimidos en rebelión, en Francia y en todos lados, necesitan un partido de combate de nuevo tipo, capaz de abrir a las masas combativas el camino por una salida socialista a la crisis capitalista mundial.

La victoria no está predeterminada por la evolución automática de los acontecimientos; es una tarea estratégica, como Trotsky enfatizó acertadamente. La responsabilidad de la dirección revolucionaria en estas condiciones es inmensa.

La cuestión del programa de reivindicaciones transitorias, que movilice y una sistemáticamente a las masas en una lucha revoluciona-

ria por la toma del poder es hoy más crucial que nunca. Las reivindicaciones centrales que pueden articular internacionalmente las luchas son:

> Por la expropiación de los bancos sin indemnización y bajo control obrero.
>
> Prohibición de despidos y de destrucción de puestos de trabajo; ocupación de todos los lugares de trabajo que cierren; apertura de los libros bajo control obrero; por la expropiación de las grandes empresas sin indemnización y bajo control obrero.
>
> Por un inmediato aumento de salarios, por una escala móvil de salarios y horas de trabajo. ¡Menos trabajo, trabajo para todos! ¡Salario completo para los desocupados! ¡Absoluta igualdad para trabajadores inmigrantes y nativos!
>
> ¡Abajo los gobiernos capitalistas! No a la colaboración de clases ni a la participación en la gestión de la crisis con los representantes del capital. ¡Por el poder de los trabajadores -la dictadura del proletariado- y una salida socialista a la crisis!!
>
> ¡Abajo el imperialismo, sus guerras y ocupaciones! ¡Fuera las tropas imperialistas de Irak y Afganistán! ¡Desmantelamiento de la Otan y de todas las bases imperialistas! ¡Abajo la Unión Europea imperialista, por los Estados Unidos Socialistas de Europa! ¡Por la unidad socialista de América latina! ¡Por la República Socialista Mundial!

La IV Internacional, fundada en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, anticipó las líneas fundamentales de este programa, incorporando todas las experiencias históricas de la Revolución de Octu-

bre y posteriores. Es la indispensable mediación entre todas las experiencias de confrontación entre la revolución y la contrarrevolución en el siglo XX y la nueva etapa de alzamientos revolucionarios del siglo XXI. Su refundación y la construcción de partidos revolucionarios como sus secciones son la más urgente tarea que tenemos por delante.

Notas

1. *Financial Times,* 28/10/08

2. *www.rgemonitor.com* /25/10/08).

3. *Financial Times* (28/10/08)

4. *Stratfor,* (28/10/08)

5. Carlos Marx; *Grundrisse,* en Marx-Engels *Collected Works,* Progress-Moscow 1987, vol. 29 p. 134.

Resolución política de la Conferencia Latinoamericana de la CRCI

En Defensa del Marxismo N° 36
12 de abril de 2009

1. América Latina está inmersa en la crisis capitalista internacional, que mina en forma sustancial las bases económicas y sociales del conjunto de experiencias continentales, sean nacionalistas o centroizquierdistas, sean burguesas o pequeño burguesas, o de los pocos países que aún están al margen de ellas. De esta manera, confrontará con nuevos desafíos históricos a las masas que han protagonizado y aún protagonizan esas experiencias.

2. En el período 1999/2003, América Latina fue afectada por un ascenso revolucionario, que tuvo su centro en un conjunto de países – Bolivia, Ecuador, Venezuela, Argentina. Este ascenso también estuvo vinculado con la crisis del capital mundial, que se había manifestado con la devaluación venezolana, el 'tequila' del '94 y la recesión industrial de Argentina en 1995/96, y finalmente la crisis asiática y rusa (1997/8), que golpearon con fuerza a Brasil y a Argentina. La política de privatizaciones en masa provocó una serie de levantamientos populares, desde el Caracazo de 1989, el Santiagueñazo del '93, la serie de insurrecciones en Ecuador, a partir de 2000, las rebeliones en Bolivia contra la privatización del agua, y finalmente la insurrección de octubre de 2003, el levantamiento popular en la Argentina en 2001, el levantamiento en Venezuela contra el golpe militar –abril 2002 y contra el lock-out patronal posterior, 2002/2003. Se produce un viraje político de enorme amplitud, caracterizado por la descomposición de los partidos burgueses tradicionales, la emergencia de gobiernos de la pequeño burguesía nacionalista, indigenista o centroizquierdista. Tiene lugar un apresurado cambio de frente de la pequeña burguesía, precipitado por el avance explosivo de las contradicciones de los explotadores y sus gobiernos con las masas.

3. Las experiencias nacionalistas han vuelto a fracasar en la tentativa de estructurar un Estado nacional independiente e iniciar un proceso de industrialización capitalista autónomo. Las nacionalizaciones parciales no solamente no han creado, ni hubieran podido crear, una burguesía nacional, ni han logrado estructurar una etapa de transición bajo la forma de un capitalismo de Estado. En lugar de una burguesía nacional han creado la 'boliburguesía' o el 'capitalismo de amigos'. Las nacionalizaciones fueron compensadas a los capitalistas

extranjeros (incluso por encima del valor en Bolsa de sus capitales, en las vísperas de la bancarrota bursátil mundial), o sea que no apuntaron a concentrar un fondo de inversiones con fines industriales, ni tampoco revolucionaron la gestión económica, como hubiera sido el control o la gestión obrera colectivas de la propiedad nacionalizada. Esto habría implicado la estructuración política del proletariado y, por lo tanto, el gobierno de los trabajadores. Las nacionalizaciones han dejado al margen a los bancos, y por lo tanto un aspecto decisivo de la gestión del capital. Las nacionalizaciones asumen un carácter revolucionario cuando transfieren el capital acumulado por la oligarquía financiera a la nación y estructuran a los explotados como poder político. La utilización de los recursos fiscales para compensar a los capitales nacionalizados bloquea, en cambio, la posibilidad de un desarrollo independiente y obliga a la nación a mayores sacrificios; el capital extranjero que es forzado a salir de la esfera industrial, retorna bajo la forma de capital financiero, aplicando las indemnizaciones a la compra de deuda pública. El nacionalismo ha utilizado las nacionalizaciones para impedir la organización independiente del proletariado por medio de la tutela estatal. En Venezuela, el gobierno empeñó todas sus energías en estatizar al movimiento sindical. Asimismo, las nacionalizaciones parciales (en realidad pseudo-nacionalizaciones) han servido al Estado para cooptar a numerosos sectores sindicales y a la izquierda. En los países atrasados y sometidos, las medidas parciales de nacionalización pueden ser relativamente progresivas si el proletariado las aprovecha para acentuar su organización de clase y su independencia política. Es necesario hacer la crítica radical al fetiche de las nacionalizaciones burguesas, porque en la mayor parte de los casos sirven para reciclar al capital internacional de las ramas con tasas de beneficio declinantes hacia otras más rentables. En oposición a las nacionalizaciones burguesas parciales, reivindicamos la expropiación del capital por medio de la acción revolucionaria del proletariado. La crisis mundial ya está forzando a los gobiernos nacionalistas, por ejemplo al chavismo, a nuevos arreglos con el capital internacional en el área decisiva del petróleo, para atraer nuevos fondos y tecnología. Lo mismo ocurre con el gobierno del MAS boliviano. La crisis capitalista mundial, que sirvió como acicate para el surgimiento de movimientos y

gobiernos nacionalistas o de centroizquierda, es ahora el látigo que acelera su declinación y coloca a las masas ante la necesidad de dar un salto político cualitativo. La historia vuelve a colocar a América Latina ante el mismo desafío histórico que, hace cuarenta años, se saldó con una serie de derrotas. La crisis mundial en curso hace emerger de nuevo en la superficie la cuestión de la crisis de dirección de la clase obrera.

4. En el período 2003/2009, los gobiernos nacionalistas lograron contener el ascenso de masas y neutralizar las conspiraciones golpistas de la derecha. Una cosa y la otra se alimentaron recíprocamente. A partir de fines de 2002, el resurgimiento del comercio y la producción y una abultada caja fiscal, gracias al ciclo internacional favorable, sirvió a los gobiernos latinoamericanos para lubricar los antagonismos sociales. Esta contención condicionó el alcance de vastos movimientos de masas, como la movilización estudiantil de los 'pingüinos', la gran huelga de los subcontratados de Codelco en Chile, o la rebelión popular en Oaxaca y la lucha contra el fraude en las elecciones presidenciales en México.

La llamada estabilización de los procesos nacionalistas implicó el reflujo de los trabajadores y el reforzamiento de la regimentación estatal. Esto vale asimismo para Brasil y para Uruguay, donde las victorias electorales de la izquierda reforzaron un período de reflujo de los trabajadores, más allá de algunos atisbos de resistencia de una minoría de sindicatos. El ascenso al gobierno del nacionalismo y del frente popular (ambos configuran una colaboración de clases) no fueron el prólogo de una insurrección proletaria sino el instrumento para confundir y neutralizar, en especial, a la clase obrera. Para que ocurra lo contrario es necesario que exista antes una sólida independencia de clase y un partido fuertemente delimitado de la izquierda democratizante y de colaboración de clases. El nacionalismo que despotrica contra el FMI y el centroizquierdismo que lo complace, tienen sin embargo en común la función esencial del colaboracionismo clasista. La diferencia entre unos y otros es un reflejo de las distintas estructuras sociales de los países en los cuales actúan y de la posición particular de la pequeña burguesía intelectual en ellas. Unos y otros

recurren con fuerza a la asistencia social para apuntalar al Estado, no a la modificación radical de las condiciones de trabajo y de vida de las masas, y para ese fin asignan los recursos fiscales cuando son superavitarios. Las "misiones", en Venezuela, tienen la contraparte de las "bolsas familia" en Brasil. La pequeña burguesía ha suplantado el lugar de la clase obrera en la dirección de los explotados a través de un complejo mecanismo. En Brasil tomó el control del PT; en Bolivia, los productores cocaleros y las direcciones indigenistas se pusieron al frente del movimiento popular que históricamente había seguido a la clase obrera y a la COB. A pesar de su enorme debilidad social, la pequeña burguesía intelectual ha sabido explotar su posición de bisagra. El papel más extraordinario lo ha cumplido en Cuba, donde fue la protagonista de todos los movimientos revolucionarios de su historia; los sectores más combativos de la clase obrera cubana han estado alienados con la dirección de la pequeña burguesía en todo el último medio siglo.

5. Las pequeño burguesías gobernantes, sean nacionalistas o centroizquierdistas, no han operado en medio de un vacío internacional, sino que, por el contrario, en los momentos decisivos encontraron sustento y orientación en la diplomacia internacional, en especial de los países vecinos, con vasos comunicantes con el imperialismo. Bajo la batuta de Lula, Venezuela, Bolivia y hasta Ecuador evitaron el salto a la guerra civil y tejieron los compromisos de los nacionalistas con la derecha. Las cancillerías de los países imperialistas y latinoamericanas (Brasil, Argentina, Europa, Estados Unidos) actuaron de común acuerdo para que los nacionalistas y los indigenistas contuvieran los procesos populares. Quedó planteada, de hecho, una colaboración política, inestable y plagada de choques, entre el imperialismo y los gobiernos nacionalistas. El gobierno de Lula fue la pieza maestra de esta coexistencia, porque antes había probado su capacidad para neutralizar a la clase obrera industrial más importante del continente: la de su propio país.

6. Los elencos nacionalistas y, en general, de la pequeña burguesía, no se han destacado solamente en Bolivia y Venezuela; se han expresado en Nicaragua, Honduras, El Salvador y hasta México – donde no sola-

mente se produjo una escisión del PRI y el nacimiento del PRD (que integra el Foro de Sao Paulo), sino también el EZLN y el florecimiento de tendencias de izquierda en el PRD. El guerrillerismo centroamericano ha concluido gobernando con el gran capital; las FARC se encuentran en plena operación de respaldo a un frente entre el Polo Democrático y el Partido Liberal. El foquismo y el guerrillerismo a ultranza (o sea fuera de las condiciones concretas de la lucha de las masas y de la situación política) se ha reducido a una realidad espectral.

La masa campesina e indígena que hoy está en el centro del escenario político de Bolivia tiene un contenido social contradictorio: tendencias conservadoras e incluso históricamente reaccionarias en cuanto a su organización social y la defensa de la pequeña propiedad y, por otro lado, un fuerte impulso de lucha contra la gran propiedad agraria y los monopolios internacionales. Esta masa colocó su expectativa (ilusiones) en las posibilidades transformadoras de la Constituyente. La pequeña burguesía académica o urbana ha impuesto a la masa indígena el programa del llamado capitalismo andino, una variante degenerativa del aprismo, que postula el entrelazamiento de la pequeña comunidad agraria indígena con el capital internacional y el Estado (a diferencia de Marx o Mariátegui, que planteaban la transición de la comunidad a la cooperación socialista por medio de la revolución proletaria).

De este modo ha sido burlado el reclamo de la revolución agraria y la propiedad capitalista terrateniente ha recibido todas las garantías de subsistencia en el "nuevo" orden fijado por la Constitución pactada con la derecha (incluidos los terratenientes brasileños que 'colonizan' el oriente boliviano y el Matto Grosso paraguayo). La izquierda boliviana 'marxista' ha ignorado el ascenso del indigenismo. Mientras denuncia de palabra al gobierno de Evo, se emparenta ideológicamente con el indigenismo y le copia sus consignas.

7. La crisis mundial ya está golpeando con toda su fuerza al Brasil, donde los despidos se cuentan por centenares de miles y el desempleo bate récords históricos. Los superávits comerciales enormes pertenecen al pasado, y en los últimos meses el país ha registrado déficit

fiscales. Los subsidios del gobierno de Lula al gran capital, industrial y financiero, suman miles de millones de dólares de "renuncia fiscal" y están comiendo las reservas en divisas.

Eso plantea la perspectiva de una crisis financiera (cesación de pagos) y de una catástrofe social. Las centrales sindicales han sido incapaces del plantear una respuesta a la debacle capitalista o aún una movilización parcial en los sectores más afectados.

La CUT, completamente burocratizada e integrada al Estado, se transformó en los últimos años en gestora directa de la acumulación capitalista y de la explotación, a través de la dirección de los fondos de pensión (AFPs) y de los fondos estatales. Ha impuesto un brutal aumento de los impuestos compulsorios sobre los salarios, que engordan el bolsillo de la burocracia sindical. Este proceso de integración supera todos los precedentes registrados en Brasil y aún en América Latina. La caída de la Bolsa está quebrando a los fondos de pensión, y los despidos minan las bases económicas de la burocracia cutista, cuya crisis y división es manifiesta. En la Embraer (interior de San Pablo) se produjeron 4.200 despidos, luego vetados por la justicia ordinaria. La Conlutas no debería, bajo ningún concepto, aceptar la reducción salarial y de la jornada laboral para revertir los despidos. La ola de despidos debe ser enfrentada con la consigna del reparto de las horas de trabajo sin afectar el salario (escala móvil de horas de trabajo).

Está planteada la estructuración de un plan de lucha nacional contra los despidos, por el salario, y para "que la crisis la paguen los capitalistas" –y por una alternativa obrera y campesina independiente frente a la crisis.

La liquidación del PT –supuesto partido de gobierno– avanza a grandes pasos. Lula ha estructurado como base política y social de su gobierno a las ONGs y a los funcionarios encargados de gerenciar los "programas sociales" (en especial la Bolsa Familia), cuya extensión plantea ampliar, precisamente en el mismo momento en que la reducción de los ingresos fiscales mina sus bases.

Está planteada una monumental crisis política en la sucesión presidencial de 2010. Lula y su aparato (incluida su pre-candidata Dilma Roussef), la encaran planteando una coalición frentepopulista "sin orilla derecha", frente a las candidaturas burguesas. El PSOL, con su candidata Heloísa Helena, busca cerrar la crisis con un programa burgués (reducción de la tasa de interés y devaluación) y sacrificando todo vestigio de independencia de clase, en alianza abierta con partidos burgueses y clericales. Este aliancismo derechista es la natural consecuencia de un 'partido de tendencias' que repudia la organización revolucionaria de los trabajadores y la lucha por la conciencia socialista de la clase obrera para reemplazarla por los acuerdos de caciques. Para el PSTU se plantea la alternativa de defender la independencia clasista o sacrificarla en nombre del "frente de izquierda" encabezado por el PSOL –y dominado por la alianza con la sombra de la burguesía.

A partir del Estado, con la modificación de la legislación sindical y laboral, y la acción directa de burócratas y grupos represivos paraestatales, el gobierno del PT ha encabezado una ofensiva de destrucción del principal movimiento sindical independiente de América Latina. La crisis mundial y la creciente resistencia obrera han llevado esa ofensiva a una crisis, que se manifiesta cada vez más en los sindicatos y en los partidos de izquierda. La crisis brasileña abre la posibilidad de una vigorosa intervención revolucionaria, y posee una proyección continental y mundial inmediata.

8. La integración de América Latina a la economía mundial se reforzó muy fuertemente en los últimos cinco años, pero con características aún más unilaterales que en el pasado. En Brasil, el ingreso de capital financiero a la Bolsa impulsó la 'burbuja' de crédito más alta de la historia (su economía está entre las diez más apalancadas del mundo). La caída del comercio internacional y de los precios del mineral de hierro, de la soja, del gas, del petróleo, coloca a estos países al borde de la bancarrota. Las performances extraordinarias de Petrobras, en el campo de la exploración pre-sal, han quedado por ahora en la nada, porque el costo de extracción es incluso superior al actual precio internacional del barril de crudo.

9. La última década ha brindado otro testimonio de que la burguesía es incapaz de unificar América Latina. El Gasoducto del Sur, el Banco del Sur, el Mercosur, el Alba, no han sacado a América Latina de la órbita explotadora del capital financiero internacional, y hasta no llegaron a ver la luz. Brasil y México han tenido que apelar al socorro de la Reserva Federal para evitar su desintegración monetaria. En lugar del Alba, el gobierno de Cuba ha puesto sus expectativas en un deshielo comercial con Obama, el cual está siendo secundado en esta tarea por el capital y la diplomacia de Brasil. La bandera de la integración de América Latina funciona ahora como bisagra para llevar a las Farc a un compromiso con Uribe, en los términos estratégicos de éste; para el reintegro de Cuba al circuito del capitalismo; y para contener la fuerte crisis que despunta en Venezuela, Argentina y Bolivia.

La unidad de América Latina solamente será posible como consecuencia de la alianza obrero-campesina, con el método de la revolución permanente.

El fracaso del nacionalismo devuelve toda su actualidad a la reivindicación de la unidad socialista de América Latina, de una federación de Estados obreros del continente. Es necesario concretizar esta reivindicación en la agitación cotidiana. Por ejemplo, la defensa de la salida de Bolivia al mar o contra el saqueo de los recursos gasíferos o hidroeléctricos de Bolivia y Paraguay respectivamente por Brasil y Argentina.

10. La revolución cubana ha entrado en una nueva fase. Con Obama, el imperialismo quiere poner fin al último estribo de la 'guerra fría'. La crisis mundial refuerza la presión del capital para que se abra el mercado cubano, como plataforma de competencia en el mercado mundial. No por nada, la cabeza de la ofensiva para levantar el bloqueo es la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. La dirección del Estado cubano no oculta su simpatía por el "modelo chino", o sea un régimen capitalista transitorio bajo la batuta de la burocracia formada por el Estado anticapitalista. Una restauración del capitalismo en Cuba confrontaría una etapa internacional diferente a la que pre-

cedió la restauración capitalista en el Este, por un lado, por la crisis mundial; por el otro, por la revitalización de los movimientos de masas desde la insurrección boliviana de 2003.

11. La crisis latinoamericana se desarrolla en el cuadro más general de la crisis política del imperialismo norteamericano, que se expresó claramente en el derrumbe del gobierno de Bush y en el giro político operado por el imperialismo con el ascenso de Obama a la presidencia. La combinación de la crisis norteamericana y latinoamericana fue obligando a Bush, luego del fracaso del golpe contra Chávez en Venezuela y de la caída de Sánchez de Lozada en Bolivia, a operar en América Latina a través de la mediación de algunos gobiernos del continente, en particular del de Lula. Esto se expresó en el acuerdo establecido por Bush y Lula acerca de los biocombustibles, que es manifestación de un acuerdo político más general. Esta tendencia se fortalece con la asunción de Obama y el acentuado papel continental jugado por Brasil.

La Unasur, una vieja aspiración de la burguesía brasileña para promover en el continente a su industria armamentista y a sus contratistas, se está convirtiendo en un instrumento de esta diplomacia concertada. El acuerdo político entre Uribe, Chávez y Correa para la colaboración en el desmantelamiento de las Farc –establecido en la cumbre latinoamericana de Santo Domingo (con el respaldo de Lula, Kirchner y Bachelet)– cimentó el ingreso de Colombia a la Unasur. En este armado continental, el punto crítico es Chávez.

Como 'articulador' de este armado continental, Lula defiende los intereses de la burguesía brasileña y del capital invertido en Brasil. Esto lo ha llevado a chocar sucesivamente con los gobiernos de Bolivia, Ecuador y Paraguay. La estrategia de concertación que anima el imperialismo está constantemente socavada por las agudas crisis políticas en los distintos países del continente.

La 'cumbre de las Américas', a realizarse en los próximos días en Trinidad Tobago, dejará en claro el giro operado en la política norteamericana hacia América Latina. El tema central –el 'gran test', según

el gobierno brasileño– será el encaminamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. Brasil se presenta como la voz cantante del bloque latinoamericano que reclamará en la cumbre el cese del embargo. Para preparar esta reunión, Lula se reunió especialmente con el canciller cubano, que llegó a Brasil luego de reunirse en La Habana con un contingente de congresistas norteamericanos.

12. Los fondos del narcotráfico constituyen una de las mayores fuentes de financiamiento de la gran banca, más aún en un momento de desaparición del crédito por la crisis internacional. Sin el lavado de dinero por parte de los grandes bancos, el narcotráfico no podría operar. Esta actividad está bajo el control del capital financiero y el imperialismo. La DEA y otros organismos contribuyen al control político y represivo en América Latina por los centros de poder del capital financiero. El narcotráfico es un método de opresión política y desorganización social. A través de los aparatos de seguridad penetra en los barrios empobrecidos y se constituye en un factor de presión que empuja a los jóvenes a la descomposición. Es, por lo tanto, un elemento de desmoralización de la clase obrera; además, en países como México y Colombia, la penetración narcotraficante en el aparato estatal es un factor de las crisis políticas.

13. La huelga de Sidor, en Venezuela, en mayo de 2008, fue la mayor oportunidad que tuvo la clase obrera de Venezuela (y quizá de América Latina) para lanzar un sindicalismo independiente del Estado. La huelga destruyó los planes de estatización sindical del ex ministro Rivero y precipitó la nacionalización, como un recurso político para controlar al movimiento obrero. Propósitos similares tiene la creación de cooperativas o empresas de gestión social. El nacionalismo se sirve de las estatizaciones y las empresas sociales para enchalecar la lucha de clases.

Chávez se ha lanzado a un decidido ataque contra la oposición derechista. Por la vía de la acción administrativa o la judicial, busca arrebatar las posiciones que perdió en las pasadas elecciones regionales y acorralar a la oposición derechista. Estos golpes dejaron a la oposición sin política. Mientras pretende seguir en un régimen re-

presentativo formal, Chávez le niega a la oposición cualquier lugar en ese régimen.

Chávez intenta fortalecer su poder personal cuando arrecia la crisis económica. La caída de los precios del petróleo ha creado un agujero fiscal del orden del 25 por ciento. La caída del ingreso de dólares por las exportaciones petroleras y la fuga de divisas (unos 26.000 millones en 2008), promueven las presiones por la devaluación del bolívar. El gobierno pretende evitarla porque, con una inflación del 30 por ciento y muchos artículos de primera necesidad importados (dos tercios de los alimentos, por ejemplo), abriría el camino de la hiperinflación y a una crisis política de proporciones. La crisis presupuestaria pone en crisis las nacionalizaciones y a la propia PDVSA.

El gobierno adoptó un conjunto de medidas contra los trabajadores. Elevó el IVA, que es una confiscación de una parte del salario del trabajador (incluidos los que están en negro y hasta de las changas que puedan realizar los desocupados). Anunció un aumento del salario mínimo del 20 por ciento en dos cuotas (cuando la inflación oficial es del 30 por ciento y la de la canasta alimentaria es del 40 por ciento). También se autorizó al Estado a duplicar su endeudamiento interno, lo que constituye un gran negocio para la banca privada venezolana.

Ante los primeros coletazos de la crisis, el chavismo profundizó su política de regimentación y estatización del movimiento obrero y sindical. Congeló los convenios de cientos de miles de trabajadores (salud, docentes, empleados públicos). Chávez realizó una muy fuerte advertencia contra los obreros huelguistas y hasta amenazó con militarizar a los trabajadores de las empresas estatales que vayan a la huelga por el salario, contra los despidos o por cualquier otra reivindicación. Hasta anunció que ordenaría a los servicios de inteligencia espiar a los dirigentes y a las organizaciones sindicales.

La clase obrera de Venezuela necesita a sus organizaciones sindicales para defenderse frente a los ataques de los capitalistas y, también, de los ataques del propio gobierno. Frente a la regimentación y la esta-

tización de los sindicatos, reivindicamos la más plena independencia de las organizaciones obreras respecto del Estado y de los partidos patronales. Proponemos desarrollar una campaña por una UNT independiente, que podría tomar la forma de un Congreso de sindicatos, tendencias sindicales, delegados y activistas por la plena defensa de la vigencia de los convenios colectivos y la independencia política de los sindicatos.

El problema esencial en Venezuela es la estructuración política del proletariado en oposición al nacionalismo burgués. Planteamos a todas las tendencias de oposición políticas y sindicales que rechazan la regimentación de los sindicatos y plantean la defensa de la independencia política del proletariado a plantearnos la construcción de un partido obrero socialista revolucionario, con un programa de independencia de clase, de reivindicaciones anticapitalistas frente a la crisis (prohibición de despidos, estatización de las empresas que cierren o despidan, salario igual a la canasta familiar, derogación de los impuestos al consumo) y un planteo estratégico de oposición al nacionalismo burgués (control y gestión obrera colectiva de las empresas estatizadas; nacionalización de la banca; plan económico único debatido por los trabajadores y aplicado bajo su control; gobierno de los trabajadores; unidad socialista de América Latina).

14. La ilusión de que América Latina quedaría al margen de la actual bancarrota capitalista está definitivamente enterrada. Ya han comenzado en diferentes países las primeras manifestaciones de resistencia obrera y popular a la crisis capitalista, como las huelgas en Argentina, la huelga de los empleados públicos de Chile o las movilizaciones de los campesinos paraguayos por la tierra.

La consigna '¡Que la crisis la paguen los capitalistas!' se presenta como la reivindicación elemental en defensa de las condiciones de vida de los trabajadores y explotados: ni suspensiones ni despidos, que se repartan las horas de trabajo, que se expropie a los patrones que paralicen la producción y la actividad se mantenga bajo el control de los propios trabajadores, que cese el pago de la deudas usurarias del Estado con el gran capital y los subsidios al lucro patronal,

que se corte la fuga de capitales mediante la nacionalización del sistema financiero y del comercio exterior. En las condiciones del actual derrumbe '¡Que la crisis la paguen los capitalistas!' se comienza a plantear como consigna en las movilizaciones que emprenden los trabajadores latinoamericanos. Es la bandera de un frente de lucha que se planteará una y otra vez frente a la tentativa de descargar sobre nuestros trabajadores y nuestros pueblos la bárbara reestructuración de un capital en ruinas y un medio para impulsar el desarrollo de la organización independiente del movimiento obrero y los explotados, un frente anticapitalista: asambleas, encuentros, congresos de delegados y representantes de los explotados para luchar por la defensa imprescindible de nuestras vidas. Por una coalición obrera y campesina para enfrentar el derrumbe capitalista.

15. La delimitación del nacionalismo y del frente popular es la condición para construir partidos revolucionarios, y estos partidos son la condición para una lucha consecuente por la independencia del proletariado. La bancarrota mundial del capital y el estallido de las contradicciones del nacionalismo pone la lucha por la liberación nacional de América Latina, de nuevo, en el proletariado, y en la alianza de éste con los campesinos. Es necesario aprovechar el derrumbe del capital y la lucha de masas que habrá de suscitar, y el derrumbe del nacionalismo, para llamar a los obreros más avanzados y combativos a agruparse en torno a un nuevo eje histórico: el socialismo revolucionario y la construcción de partidos obreros revolucionarios. Estos partidos deben recoger la experiencia histórica en su programa, solamente así serán partidos de combate. El partido es el programa, no puede tener por base sólida la invocación a la lucha inmediata, que sólo provee resultados efímeros. La lucha por el poder es una actividad de preparación política sistemática.

16. El fracaso del nacionalismo y de la pequeña burguesía y la crisis mundial capitalista llevarán a miles de despidos y suspensiones, planes de austeridad, acuerdos con el FMI. Los Estados imperialistas no están en condiciones de propiciar golpes militares "restauradores", están forzados a operar por medio de sucursales centroizquierdistas desde el momento que son ellos mismos los que están enfrentando

procesos de crisis agudas y movilizaciones de masas. La política de compromisos del imperialismo apunta a trasladar la crisis capitalista a los trabajadores y los explotados.

La cuestión de fondo es afrontar la crisis de dirección. Es más necesario que nunca combinar la lucha a muerte contra el imperialismo con la independencia respecto de los movimientos nacionalistas y de la pequeña burguesía. La capacidad para ocupar la primera línea contra el imperialismo y para preparar en forma sistemática a la clase obrera para asumir la dirección de la movilización revolucionaria, mediante un trabajo paciente de delimitación política, respecto de la pequeña burguesía y el nacionalismo, es la clave de la victoria. La historia puede saltar etapas, pero la vanguardia revolucionaria no puede saltarse las etapas de la evolución de la conciencia de los trabajadores. Atravesamos el mismo problema político y metodológico que se le planteó a la vanguardia obrera en 1968/73: estructurar a la clase obrera y a las masas en forma independiente. Tenemos planteado el desafío de superar el nivel de conciencia política y actividad independiente alcanzado por la vanguardia obrera de aquel período (cordones industriales en Chile; huelga política de masas y coordinadoras fabriles en Argentina; huelga general contra dictadura en Uruguay; Asamblea Popular en Bolivia).

Es necesario desenvolver una tarea tenaz de propaganda, agitación, divulgación del programa revolucionario y organización.

Anexo a la resolución política de la Conferencia Latinoamericana de la CRCI

El propósito de este anexo es trazar una aproximación a las tareas que tenemos planteadas.

1. Uruguay: Cuando todavía faltan dos meses para las internas que definirán los candidatos presidenciales, ya se delinea una temprana polarización entre José Mujica (Frente Amplio) y Luis Alberto Lacalle (partido blanco).

En las internas del Frente Amplio, Mujica –respaldado por el MPP y el PC– enfrenta a Danilo Astori –respaldado por Tabaré Vázquez y la mayoría de su gabinete. Mujica se presenta como una versión uruguaya, tardía y devaluada, del chavismo; Astori se presenta como la continuidad del actual gobierno y como afín a Lula y Bachelet. La disputa abierta en la interna del FA es brutal; distintos funcionarios del gobierno anticiparon que no votarían por Mujica en la segunda vuelta y hasta que dudan de hacerlo en la primera. La violencia de este enfrentamiento y la incapacidad de Tabaré Vázquez para imponer su sucesor son la expresión de la enorme crisis política del Frente Amplio.

Otra manifestación de la crisis política del FA, esta vez por izquierda, es la emergencia de agrupamientos y personalidades salidos del Frente Amplio (o tributarios de éste) que, por primera vez, aparecen dispuestos a enfrentar al candidato frenteamplista en las elecciones. Por ejemplo, la "Asamblea Popular", (integrada por el 26 de Marzo y otros grupos que han salido del FA). El Partido de los Trabajadores, oposición socialista al Frente Amplio, ya presentó candidatos y lista propia en ocasión de las presidenciales que ganó el FA. Está planteada la necesidad de un frente electoral de la izquierda.

La conferencia electoral del PT, realizada en marzo, lanzó un llamamiento a discutir la presentación de una lista electoral común. La cuestión central es el programa. ¿Qué programa opondrá la izquierda frente a Mujica? ¿La versión 'izquierdizada' del nacionalismo

chavista que reivindica el 26 de Marzo y del cual el propio Mujica se presenta como representante o un programa anticapitalista? ¿Oponemos a Mujica su propio programa o un programa propio de los trabajadores? En el primer caso, la izquierda se presentaría como una versión 'radical' del FA; en el segundo, podría abrir el curso para un reagrupamiento obrero independiente. El programa es decisivo a la hora de caracterizar el frente que eventualmente se forme y la posibilidad de que los revolucionarios uruguayos participan en él.

Junto con una clara definición programática anticapitalista, el frente de izquierda debe asumir una clara posición de voto para la segunda vuelta de las presidenciales. "Asamblea Popular" esquivó toda definición al respecto, una clara indicación de que piensan votar a Mujica en el ballotage. Sin una indicación clara de que la izquierda no votará ningún candidato del los partidos patronales en la segunda vuelta, el frente de izquierda quedaría reducido a ser un lema (externo) o una colectora del Frente Amplio.

2. Chile: Como consecuencia de los golpes de la crisis mundial, el desempleo crece aceleradamente. El índice oficial, del 7 por ciento, no considera a los contratados, a los subocupados y a los agrícolas. En el último cuatrimestre de 2008, fueron despedidos más de 500.000 trabajadores. En Valparaíso, el gran puerto chileno, el desempleo llega al 14 por ciento (el doble del promedio nacional), anticipando el derrumbe de las exportaciones. En otras cinco ciudades, el desempleo supera el 10 por ciento. El precio del cobre –la columna vertebral de la economía– cayó más del 60 por ciento; se anticipan grandes despidos en esta industria, así como en la madera, otros de los rubros de exportación. En muchos casos, cuando se trata de trabajadores calificados, los despedidos son recontratados, con salarios sustancialmente inferiores. Los analistas anticipan que en diciembre, cuando se realicen las elecciones, la desocupación duplicará los números actuales. La crisis mundial ha liquidado el sistema previsional privado, esfumando los aportes de millones de trabajadores.

Frente a esta masacre social ni el PC, ni la CUT, bajo su orientación, plantean una sola consigna de acción. Han anudado un pacto con la

Concertación para establecer listas comunes en las elecciones parlamentarias de diciembre y comprometer su apoyo en una eventual segunda vuelta presidencial. El PC y la coalición Juntos Podemos desenvolvieron una política de freno a la movilización popular para obtener del gobierno una reforma electoral que le permitiera retornar al parlamento y apuntar la reconstrucción de una Unidad Popular con un ala del PS. En función de esta política aislaron los levantamientos estudiantiles y las huelgas mineras, procesos de lucha de una envergadura inédita en los últimos años. El pacto del PC con la Concertación es la manifestación de un proceso de conjunto, de crisis y agotamiento de la Concertación y del régimen político con el que han gobernado durante casi veinte años demócratas cristianos, socialistas y radicales, un proceso que va a agudizarse bajo los golpes de la crisis mundial.

El pacto apunta a preservar la "gobernabilidad" de la Concertación en la línea de la reconstrucción del frente popular. El PC busca resolver, mediante una mayor integración al Estado, su propia situación interna, que registra fuertes tendencias a la desintegración en el último período; al mismo tiempo, esta integración al Estado va implicar para el PC choques con su base popular.

La CRCI impulsa un proceso de fusión de las organizaciones chilenas presentes en esta Conferencia latinoamericana. Esto es, la apertura de un proceso de debate orientado hacia la organización de un congreso de fundación de un partido común. Con acuerdos estratégicos firmes, las disidencias no tienen por qué impedir el desarrollo de la organización partidaria en la cual los pensamientos divergentes no impiden en la acción común.

3. Bolivia: El CRCI ha producido una elaboración sistemática sobre este país, que se expresa, en forma concentrada, en las resoluciones que dieron base a esta Conferencia, lo que incluye el debate contra las (crónicas) posiciones abstencionistas en Bolivia. El indigenismo proyectó la Constituyente para darle forma jurídica a un Estado plurinacional compatible con el "capitalismo andino". Este es el contenido histórico de la Constituyente y su contenido de clase. La

oligarquía de la Media Luna –y hasta los pulpos petroleros–, tiene otro enfoque del Estado nacional: un "federalismo" de tinte secesionista. La crisis constitucional expresó esta contradicción, que solamente fue ignorada por la izquierda compuesta de sectas. La Asamblea tuvo que reunirse en un cuartel luego de sufrir una toma por asalto en Sucre; en respuesta, los campesinos asediaron a Santa Cruz de la Sierra. Al final se arribó a un compromiso que desconoció lo elaborado hasta ese momento por la Constituyente, estableciendo el respeto a la propiedad agraria y de los monopolios a cambio de un reconocimiento de la potestad, esencialmente fiscal, del gobierno nacional. Producido este compromiso, antes del referéndum, la oligarquía y la derecha se dedicaron a jugar sus roles respectivos de oficialismo y oposición. El núcleo de nuestro debate con las corrientes que llamaron a la abstención en el reciente referendo sobre la "nueva" Constitución es el siguiente: la abstención tiene un contenido político concreto, quien llama a la abstención deja de lado rechazar, a través del No, a una Constitución reaccionaria y al pacto del MAS con los "cívicos". No por casualidad, el POR, siguiendo una práctica de sesenta años, también llamó a la abstención. La posición tiene un hilo de continuidad con la enarbolada por las sectas frente a la Asamblea Constituyente, a la que llamaron a desconocer siendo que las expectativas por concretar sus reclamos de tierra y autonomía llevaron a las masas a movilizarse y provocaron una gigantesca crisis política que concluyó en un compromiso con la derecha. Los abstencionistas en Bolivia han batido todos los récords: abstencionistas en las elecciones presidenciales, en los referendos sobre la autonomía, en la Asamblea Constituyente. Así se dejaron pasar las etapas más importantes de la crisis. Dieron como prueba de la inutilidad de intervenir en la Constituyente, su completa inacción posterior, pero es una prueba contra ellos mismos, desde el momento que la AC no funcionó porque era una bomba de tiempo que concentraba las expectativas abiertas por una lucha de más de diez años del movimiento indígena y campesino por sus reclamos históricos. La AMR y la totalidad de la izquierda boliviana –incluidos el POR y el PTS– miraron esta crisis política desde afuera. Los abstencionistas esbozan ahora un frente único para las elecciones de diciembre. La Conferencia se pronuncia contra esta perspectiva que llama a un frente único de los

impotentes, una selección de los aliados en función de su capacidad para mantenerse ajenos a los acontecimientos y a las luchas. Se piensa en las elecciones en el molde vaciado por el MAS y la derecha, lo que no es otra cosa que recoger las migajas del 'sistema'. No se puede reclamar un frente circunscripto a los que renunciaron a intervenir durante todo el último período en lugar de disputarle al MAS la autoridad sobre las masas obreras, campesinas e indígenas. Llamamos desechar a los grupos abstencionistas y parasitarios, e ir hacia donde están las masas que siguen al MAS para orientarlas en la lucha por sus reivindicaciones, y en todo caso hacer acuerdos de independencia frente al gobierno y a su política, con sus corrientes más combativas, o sea las que traducen deformadamente el descontento de las masas. Llamamos a desechar el neutralismo político y a poner todos los esfuerzos en la construcción de un partido obrero socialista y revolucionario.

4. México: Esta Conferencia hace suyos los términos de la respuesta de la Comisión Internacional del PO al GAR de México. Caracteriza que el EZLN es una organización democratizante, no revolucionaria, limitada desde el origen por sus planteamientos, que excluyen la toma del poder. Sostiene que el indigenismo no es revolucionario como tal, pues expresa una defensa de relaciones precapitalistas y sólo puede jugar un papel revolucionario si es agente de la revolución agraria y aliado del proletariado. Un partido revolucionario es siempre socialista, o sea que critica el orden presente desde el punto de vista del socialismo internacional. Cuando se relaciona con masas precapitalistas, algo absolutamente imprescindible en nuestra América India, el partido se empeña en aliarlas al proletariado, no en cultivar sus prejuicios. Frente a la cuestión indígena levantamos la posición de la Revolución Permanente: liquidación del latifundio, dictadura del proletariado. El indigenismo es la base ideológica de movimientos pequeño burgueses declaradamente capitalistas, como los que encabezan Evo Morales y García Linera, su vicepresidente (un teórico de la autogestión indígena), y el ecuatoriano Correa, que es un indigenista clero-cristiano. Por otra parte, rechazamos el abstencionismo electoral invocando la debilidad de la democracia burguesa en México. No se trata de la participación electoral en función

de imposibles transformaciones sociales producidas desde el Estado. El problema es, siempre, la intervención política. Un partido que pretende influir a las masas no puede declinar actuar invocando la existencia de una democracia de bajo rango, en la que actúan las principales fuerzas políticas del país. Es lo que opinamos desde la teoría y por sobre todo desde la experiencia práctica. En cuanto a la construcción del partido, nos pronunciamos por un "partido para la lucha", a condición de que sea un partido basado en un programa socialista (dictadura del proletariado), porque de otro modo "la lucha" puede convocar a las fuerzas más heterogéneas política y socialmente. Para unir a los que luchan está el frente único, pero la función de una organización que se reclama trotskista es desenvolver el programa de la IV Internacional. Un agrupamiento de fuerzas para la lucha es muy progresivo a condición de que no sustituya al partido, porque en este caso la confusión política neutraliza su rol combativo.

La metástasis de la crisis capitalista mundial

Prensa Obrera N° 1106
29 de octubre de 2009

La prensa financiera viene anunciando desde hace un tiempo "el fin de la crisis". Las cifras que se anunciarán esta semana sobre el Producto Bruto de Estados Unidos deberán reconfortarla: un aumento de más del 3% en el trimestre de junio a septiembre. Mayor algarabía deberá producirle la noticia de que el alza viene acompañada de una disminución de los inventarios.

Este dato, que en principio es un síntoma de desconfianza en la sustentabilidad de la reactivación, significa que no fue necesario un aumento de la demanda de stocks. Sea como fuere, una golondrina no hace verano: una salida de la crisis requiere más de un trimestre de recuperación y un retorno a los niveles de actividad anteriores de la crisis. Para eso hay por delante un camino largo y por sobre todo incierto.

Todos los analistas coinciden en que el incremento de los últimos tres meses no es el resultado de un incremento de la demanda de consumo ni de inversión ("La medición núcleo –el gasto en bienes de capital no aplicados a la defensa ni a aviones– declinó entre julio y agosto, y está un 20% abajo respecto al año pasado")[1]. La 'recuperación' es el producto del aumento enorme de los gastos del Estado y de las exenciones impositivas otorgadas al consumo por un período limitado, o de las facilidades concedidas, igualmente circunscriptas en el tiempo, para refinanciar deudas hipotecarias. Cuando hace dos meses venció la facilidad para canjear autos usados por nuevos, las ventas de la industria automotriz cayeron en picada.

Lo mismo podría volver a ocurrir. La dependencia de los gastos del Estado le ha hecho decir a un analista que se trata de una recuperación "con muletas". Entre ellas, la más destacada es la tasa de interés: es de cero cuando se trata de adelantos a los bancos por parte de la Reserva Federal y del 2% en los préstamos a corto plazo. Para hablar de una salida efectiva de la recesión será necesario que la producción aumente en un mercado monetario y crediticio normalizado. Los gastos y subsidios del Estado han llevado el déficit fiscal norteamericano a cerca de dos billones de dólares y la deuda pública a catorce billones (equivalente al ciento por ciento del PBI). Por su lado, el ba-

lance de la Reserva Federal (emisión monetaria) subió de 0,3 billones a 2,1 billones desde el inicio de la bancarrota.

Un ciclo económico es un movimiento general que no se limita a los indicadores de la producción. Dos elementos fundamentales, el crédito y el empleo, continúan en amplia tendencia recesiva. A pesar de que la mayoría de los Estados ha incrementado sus balances monetarios, el crédito cae en todos ellos. Una analista norteamericana ha calculado esa caída en dos billones de dólares para Estados Unidos, en tanto que esa caída fue, en Gran Bretaña, muy superior aún en términos relativos... Gran Bretaña, precisamente, se apartó de la ‘recuperación’ que abarca a varios países, con una nueva caída del PBI; también en agosto se produjo una recaída en el volumen del comercio internacional. La mayor parte de la emisión monetaria está guardada en los bancos o ha sido desviada hacia la Bolsa, sea porque los bancos no quieren prestar o porque la industria no desea endeudarse. Como las reservas de los bancos son remuneradas por la Reserva Federal, la emisión les ofrece un beneficio directo y a la banca central una pérdida. En lugar de ‘recuperación’, algunos analistas se refieren, con mayor propiedad, a una “contención” del derrumbe. Después de todo, el otro dato fundamental, el empleo, sigue cayendo, mientras los desalojos de viviendas aumentan y la crisis hipotecaria se ha extendido a la propiedad comercial. En definitiva, la crisis capitalista se encuentra en pleno desarrollo. La recuperación de beneficios que ha anunciado un conjunto de corporaciones obedece fundamentalmente a una reducción de costos, especialmente laborales, de ningún modo a un incremento de ventas e ingresos. Esto significa también que se está produciendo una concentración de la producción. Aunque tanto el aumento de la tasa de ganancia como la concentración son premisas para una recuperación económica, por sí solas afectan todavía más negativamente al consumo y a la inversión.

Ninguna crisis capitalista puede desenvolverse en línea recta, pues es antes que nada un fenómeno regido por todas las contradicciones propias de la acumulación capitalista. Por eso, los datos del último trimestre no pueden ser considerados siquiera como un piso. De otro

lado, la crisis presente se caracteriza, por sobre todo, por una bancarrota financiera generalizada. Pues bien, los balances de los bancos siguen sin sanearse y, por sobre todo, el derrumbe en el valor de sus activos (inversiones financieras y préstamos) no ha sido realizado en el mercado; las pérdidas que se han reconocido se limitan a un asiento contable. Por eso se sigue hablando de un sistema financiero 'zombie' –que sigue en pie pero no funciona. Los activos desvalorizados siguen contabilizados a los precios de adquisición original, no a los del mercado. Sin embargo, los bancos siguen pagando dividendos con la plata que recogen del Estado.

Los planes para que el Estado comprara los llamados 'activos tóxicos' y les fijara un precio de mercado han fracasado sin atenuantes; los banqueros no han querido rematar sus tenencias.

Para remediar a esta situación, los Estados les han provisto fondos para aumentar sus capitales o garantías para que emitan nuevas acciones y deudas. Esta política supone que una 'recuperación' podría revalorizar las tenencias de los bancos y reanudar, en forma indolora, sin la quiebra de bancos grandes, el proceso financiero que condujo a la bancarrota (aunque ya han quebrado más cien bancos en Estados Unidos, además de Bear and Sterns y Lehman Brothers, más otro numeroso grupo de bancos europeos y en el sudeste de Asia). Pero esto ha producido un nuevo ciclo especulativo en medio de la bancarrota (por ejemplo en las Bolsas), con el Estado bancando la especulación con emisiones de dinero y endeudamiento público. Para morigerar este proceso inevitable se habla de introducir nuevas regulaciones, pero ha sido la industria la que más se ha opuesto a ellas. Una parte no menor, como Boeing o Caterpillar, ha advertido que mayores regulaciones a las operaciones financieras perjudicarían sus negocios, que necesitan protegerse de los vaivenes de largo plazo. Es que, en definitiva, la desregulación financiera no es, en sí misma, una causal de la crisis, sino un derivado de la quiebra de los patrones monetarios internacionales, con su secuela de devaluaciones de las monedas y volatilidad de las tasas de interés y de los precios. Si los Estados y sus bancos centrales le sacaran a los bancos la alfombra de sus pies, se desplomarían como el Perito Moreno en verano o como las torres

gemelas. Pero, precisamente, la crisis fiscal y su impacto sobre las divisas de los países más importantes deberán llevar a un desfallecimiento en la capacidad de salvataje del Estado y a la creación de una nueva crisis financiera en el marco de la bancarrota actual.

Como se puede apreciar, el desarrollo de la crisis y la intervención rescatista del Estado no es más que una metástasis progresiva que se desplaza por todo el cuerpo de la sociedad capitalista en la forma de una espiral, o sea desarrollando todas las contradicciones potenciales de la crisis.

China

Ya desde antes de la crisis asiática de 1997/98, China ha jugado un rol fundamental en la crisis capitalista. En realidad, históricamente hablando, la presente crisis está relacionada con el período abierto con la restauración capitalista en Rusia y en China. Las tendencias propias del capital financiero no se hubieran desarrollado como lo hicieron sin el reaseguro político de la ‘derrota del comunismo’ y sin la perspectiva económica de esos mercados gigantescos. Los que gastan sus pestañas escudriñando la evolución de la tasa de beneficio en Estados Unidos para descifrar la clave de esta crisis, debieran partir del mercado mundial y de las alteraciones históricas que ha sufrido. La restauración capitalista ha abierto perspectivas de explotación y ganancias en gran escala, mediante el remate generalizado de la propiedad estatal y la confiscación del patrimonio colectivo de obreros y campesinos. El propio Alan Greenspan explicó el boom de las Bolsas en la década 1987-97 por la disolución de la Unión Soviética.[2] Pero por la misma razón ha acentuado la lucha capitalista por la supremacía económica entre los monopolios capitalistas.

China ha enfrentado la crisis con un ‘plan estímulo’ gigantesco: 600 mil millones de dólares, una suma similar a la de Estados Unidos, pero que equivale a casi el 20% del PBI chino (un 4.5% del PBI norteamericano). Además ha abierto la canilla de la emisión y del crédito, que ha crecido un 30% anual. Como ocurre en Estados Unidos, la mayor parte del subsidio financiero ha ido a la especulación in-

mobiliaria y bursátil, y la destinada a la industria o a la infraestructura ha aumentado la sobrecapacidad de producción prevaleciente. China también enfrenta las peripecias de un estallido financiero, solamente atenuado por su peso relativo menor en la economía.

La cuestión central, sin embargo, es que esta política acentúa el desequilibrio que ha llevado a la presente crisis, pues pretende mantener la maquinaria exportadora a todo precio, con la contrapartida de una acumulación impresionante de reservas monetarias. Pero ahora Estados Unidos no puede absorber la exportación china ni garantizar la intangibilidad de las reservas. Por eso existe una presión mundial para que China reequilibre el negocio mediante la revalorización de su moneda y el aumento de las importaciones. China, en cambio, ha pegado su divisa al dólar. Pero tampoco tiene alternativa, porque una revalorización llevaría a la quiebra a los exportadores, que en su mayoría ensamblan material importado, y haría crecer la deuda interna medida en dólares, con la consiguiente posibilidad de una cadena de incumplimientos. A pesar de que Japón y China han firmado acuerdos de apoyo recíproco frente a la crisis, el comercio ha sido duramente golpeado como consecuencia de la devaluación de China y de la revalorización de la moneda japonesa. En una palabra, para reequilibrar a la economía mundial y ofrecer una salida a la crisis norteamericana, China debería abrir su mercado interno a la producción extranjera, y en primer lugar su sistema financiero. China intenta avanzar por este camino, en especial mediante la aceleración de los procedimientos capitalistas en el campo, donde se está creando un mercado de tierras. Pero por esta misma razón, China necesita contar con un activo desarrollo industrial que capture la fuerza de trabajo que libera el campo. En definitiva, la bancarrota mundial confronta a China con todas las contradicciones desatadas por la restauración capitalista. La metástasis de la crisis amenaza con llevar a la restauración china a una crisis revolucionaria (o contrarrevolucionaria).

Europa

La devaluación conjunta de Estados Unidos y de China deja como el pato de la boda a Europa y a Japón, cuyas maquinarias exporta-

doras empiezan a crujir como consecuencia de la revalorización del euro y del yen. Japón ya ha tenido su crisis política con el hundimiento del partido democrático liberal y un giro de orientación. En Europa, la cosa es más grave debido al desarrollo desigual de sus integrantes. Es así que el impacto de la crisis en España e Italia es enorme; la famosa solidez de los bancos españoles ha demostrado ser un mito fabricado por una campaña de información mentirosa. Su sistema bancario se encuentra descapitalizado y con un elevado padrón de incobrables. La situación en Europa oriental y el Báltico es mucho peor: Letonia, Rumania y Ucrania se encuentran al borde del abismo; los analistas más reputados insisten en que los planes del FMI en la región no resisten la crisis política y la desesperación popular que han creado, y que sería inminente la devaluación de diferentes monedas, con un fuerte impacto sobre el euro.

El país que se encuentra relativamente peor es, sin embargo, Gran Bretaña, y esto por una razón muy simple: su principal industria es la 'industria' financiera. Su economía se ha contraído por un sexto trimestre consecutivo. "No se puede subestimar la gravedad de la crisis en Gran Bretaña –escribe el principal analista del *Daily Telegraph*. Estamos peor que en 1992 ó 1931", con referencia a la fecha en que la economía británica tocó fondo en la Gran Depresión. "La caída de la libra puede desbocarse tan mal esta vez que acabe gatillando una corrida contra los títulos públicos. Pero hay riesgos hagamos lo que hagamos. Mi impresión –prosigue el columnista– es que el Banco de Inglaterra salvó al país de la depresión imprimiendo moneda sin medida e invitando a los mercados a vender la libra". Aconseja, dado el nivel alcanzado por el deterioro monetario, dejar caer la libra todo lo que sea necesario, porque una contención de la caída llevaría a una enorme depresión. Para un ex director de la supervisión financiera inglesa, "los próximos seis meses van a ser muy delicados para el Reino Unido. Es claro que algo dramático tiene que ocurrir para controlar el gasto: ¿pero es la economía lo suficientemente robusta para sobrevivir a un apriete fiscal?"

En el contexto de la economía mundial, la descalificación de la libra pone en apuros al dólar, de un lado, y al euro, del otro. Gran Bretaña

deberá decidir si se acopla a uno u otro, lo que pone fin a su soberanía monetaria, artificialmente mantenida por la especulación financiera internacional. Cualquiera sea el rumbo que adopte, llevará a la crisis mundial a una nueva etapa, sea dislocando a la Unión Europea, sea ayudando al hundimiento del dólar. La situación de Gran Bretaña es una descripción perfecta de la metástasis de la bancarrota capitalista.

"Quién ha visto un dólar"

En esta dialéctica de la crisis mundial, una recuperación norteamericana deberá operar como un factor de presión sobre Europa, Japón y, en especial, China. La devaluación del dólar es un arma del capital norteamericano para reafirmar su supremacía mundial haciendo uso de la crisis. Todas las maniobras o propuestas para desplazar la supremacía monetaria del dólar son funcionales a la política devaluatoria de Estados Unidos. Mediante la devaluación, Estados Unidos licua su deuda con el exterior. Al mismo tiempo, cuando sus acreedores insinúan un cambio en sus tenencias de reservas, le basta impulsar una suba de la tasa de interés para provocar un reflujo de capitales a su territorio y poner en jaque a las monedas rivales. La crisis mundial ha fortalecido la capacidad del capital norteamericano frente a sus rivales, aún más afectados por esta crisis y con menores recursos para hacerle frente.

En las últimas semanas, la reducida tasa de interés en Estados Unidos ha impulsado un repetido casino internacional, que consiste en sacar prestado en dólares para especular en países con rendimientos superiores. Es así que se ha producido una ola de revalorizaciones de las monedas de los países emergentes. Brasil, por ejemplo, ha recibido cinco veces más dinero en la Bolsa que en inversiones directas; en Argentina, la suba de la deuda pública ha sido escandalosa. Esto significa que estos países han quedado sometidos a los vaivenes del dólar, pues una revalorización de éste provocaría un retorno de capitales a Estados Unidos. La crisis mundial no ha atenuado las tendencias especulativas, como aseguran los partidarios de la intervención del Estado en los rescates, sino que la ha acentuado.

La cuestión fundamental de la crisis es, sin embargo, el destino de la restauración capitalista en China y Rusia (General Motors ya produce más autos en China que en Estados Unidos). La crisis presiona por el desmantelamiento de las estructuras estatales en estos países, para convertir a la restauración en curso en una colonización capitalista de escala superior. Japón y Europa van a recibir todos los golpes derivados de esta confrontación. El equilibrio interno de Estados Unidos solamente puede ser restablecido a costa de sus rivales y, en especial, de los nuevos mercados, gigantescos, abiertos por la restauración. En cualquier caso, Estados Unidos se convertirá con el tiempo en un centro de tormentas políticas: porque una cruzada de colonización de aquellos territorios irá acompañada por un reforzamiento del régimen de excepción y totalitarismo en Estado Unidos; y una crisis de esa cruzada deberá provocar la aparición de situaciones revolucionarias.

La comprensión de las leyes que sigue la bancarrota capitalista será una gran ayuda para la clase obrera, que ya se encuentra en lucha en diferentes países.

Notas

1. *Financial Times,* 25/10/2009

2. Bob Woodward; *Maestro: Greenspan's Fed and the American Boom.* New York, Simon and Schuster, 2000.

Una piñata que no es sólo griega

En Defensa del Marxismo N° 37
12 de febrero de 2010

Por fin, la prensa financiera internacional dejó de jugar con la rúbrica previsible de "la tragedia griega" y decidió llamar a las cosas por su nombre. La nueva etiqueta ("piñata griega") la estampó el individuo menos pensado, precisamente porque conoce mucho de arrebatos y rapiñas: fue director consejero del fondo especulativo Long Term Capital Management, cuyos manejos casi derribaron al sistema financiero norteamericano en 1998.[1] De manera similar, las finanzas griegas están siendo sometidas a un ataque especulativo furioso, que deberá desembocar en una cesación de pagos abierta o disimulada.

Es que lo fundamental de la crisis griega no consiste en sus déficits fiscales sino en la situación de bancarrota de sus acreedores –la banca internacional–, que afecta en especial a la de Alemania, Francia y la propia Grecia. Ocurre algo parecido al derrumbe de la banca norteamericana que se expuso a los créditos hipotecarios, sólo que ahora las hipotecas están formadas por las deudas públicas de los estados de la Unión Europea, que suman unos dos billones y medio de euros –o sea casi cuatro billones de dólares.

El desequilibrio de las cuentas griegas consiste, por sobre todo, en una creciente acumulación de facturas impagas a los proveedores y contratistas nacionales –algo que en Argentina es también un deporte nacional; el área afectada que los diarios señalan con mayor frecuencia es el de la salud, que depende fuerte de servicios privatizados y de los pulpos farmacéuticos. Pero ésta es un versión interesada, pues aún mayores son los gastos para represión y militares, toda vez que Grecia ha sido puesta al frente en la llamada "guerra global contra el terror" y es también una base de operaciones hacia el Medio Oriente. El déficit de 40 mil millones de dólares (un 13% del PBI) significa que esos gastos duplican los ingresos fiscales corrientes. Como se puede ver, no hay ninguna posibilidad de que Grecia salga del atolladero mediante un ajuste fiscal, pues su magnitud hundiría a Grecia en una recesión sin precedentes.

De cualquier modo, el déficit fiscal no es tampoco lo más grave, pues más abultadas aún son las llamadas "necesidades de financiamiento": unos 70 mil millones de dólares (20% del PBI) que corresponden a los

vencimientos de capital de la deuda pública, de 400 mil millones de dólares, que se concentran en 2010. La cuenta de intereses, de 5,5 mil millones de dólares, equivale al 15% de los ingresos del fisco. Antes de abril próximo Grecia deberá cancelar 25 mil millones de dólares en concepto de amortización del capital de la deuda. Esto quiere decir que el Estado griego se ha endeudado con la banca internacional a plazos muy cortos. Este es el núcleo duro de la crisis, que transforma a la crisis fiscal en una crisis bancaria internacional. La mayor parte de esta deuda se encuentra en poder de la banca de Francia y de Alemania, que además tiene fuerte participación e incluso el control de los principales bancos de Grecia. Así como la crisis de las hipotecas cruzó el Atlántico debido a la compra de bonos garantizados por esas hipotecas por parte de bancos europeos (Société Genéralé, Deutsche Bank, etc), ahora, dice *The Economist*, "los diez mayores bancos de Estados Unidos tienen una exposición total en deuda de Irlanda, Portugal, España y Grecia de 176.000 millones de dólares".[2] Más importante, incluso, como veremos enseguida, es que una porción significativa de ella se encuentra en el Tesoro del Banco Central Europeo, que tomó esa deuda como garantía de los préstamos que otorgó a la banca que opera en ese continente.

Crisis fiscal del Estado y la crisis bancaria

Cuando la prensa habla del "rescate de Grecia" está distorsionando los hechos, pues la quiebra griega apenas disimula la de sus bancos acreedores. Ocurre que estos bancos no reúnen las condiciones para reestructurar los plazos de la deuda griega y disipar la amenaza inmediata sobre el euro y la Unión Europea, debido a que han financiado a Grecia con su propio endeudamiento a corto plazo en los mercados internacionales (¡lo que quieren hacer precisamente los K con el canje y el Fondo del Bicentenario!) y fundamentalmente ante el Banco Central Europeo (BCE), convertido en una suerte de especulador de última instancia, a igual título que los restantes banco centrales. El BCE tenía abierta, hasta diciembre pasado, una ventanilla de créditos para los bancos, a cambio de bonos de los Estados (incluso de baja calificación crediticia), a una tasa de interés de ganga (alrededor del uno por ciento). En lugar de utilizar esta facilidad para reanudar el flujo del crédito a la producción, la banca internacional la utilizó para especular en las Bolsas, con la deuda pública

y con operaciones de corto plazo en los llamados mercados emergentes. De la ganga financiera se ha pasado a la crisis como consecuencia de la decisión del BCE de terminar con la subasta de créditos a los bancos y con el cese de la aceptación de títulos del Estado de baja calificación. Como ocurriera con el derrumbe financiero de 2007-2008, la crisis fue desencadenada por la tentativa de poner un control sobre la especulación financiera que había sido alentada por esos mismos bancos centrales. En resumen, la situación fiscal ha entrado en crisis como consecuencia de la continua crisis bancaria o financiera, y no al revés.
La caracterización de la crisis queda más clara cuando se observa que el sistema financiero (bancos, fondos, compañías de seguro) tiene un 'apalancamiento' (proporción entre capital y fondos propios, por un lado, respecto a inversiones y créditos, por el otro) de 1 a 30 y hasta 60. Esto significa que los bancos compraron bonos con un múltiplo enorme de dinero ajeno, o sea sin respaldo. Se repite aquí el mecanismo que detonó la bancarrota de hace un año con los créditos hipotecarios y obligaciones de corporaciones, pero en esta oportunidad con un papel sin precedentes del Estado. El Estado reemplaza ahora a los deudores hipotecarios y corporativos de hace un año, pero reemplaza también a los proveedores de fondos de los bancos, mediante la emisión monetaria de sus bancos centrales. Dos puntas tiene el camino y en ambas aparece el Estado para que los bancos ejerzan una función de mediación parasitaria. En síntesis, la deuda de países como Grecia, España, Portugal o Irlanda (¡pero especialmente de Estados Unidos, Alemania o Gran Bretaña!) se encuentra en poder de los bancos centrales de ese conjunto de estados: la Reserva Federal, el Banco Central Europeo y los bancos de Inglaterra, de Japón... ¡y de China! Este es el resultado que han obtenido los que cantan loas al remedio de la intervención estatal. Como quiera que ninguna de las deudas del pasado ha sido cancelada (hipotecarias, corporativas, créditos al consumo, etc.), el 'plus' de la deuda fiscal ha creado una situación financiera mundial varias veces más explosiva.

O sea que el nivel de 'apalancamiento' (¡desendeudamiento!) no cambió, a pesar de que ése era el objetivo declarado de los gobiernos para salir de la crisis. Pero si antes los bancos recaudaban fondos mediante la emisión secundaria y sucesiva de bonos, que se encontraban 'respaldados' por créditos originados en el comercio o la industria, ahora los fondos

fueron provistos por los subsidios fiscales y, principalmente, mediante la emisión de moneda y garantías de los bancos centrales.

¡Para 'apalancar' a la nueva especulación financiera, los mismos bancos centrales tuvieron que 'apalancarse' –o sea ¡crear moneda de la nada! La Reserva Federal creó de la nada un pasivo de 2 billones y medio de dólares, que prestó a los bancos. La situación es similar en casi todos los países de Europa, por eso es irrelevante que se pretenda ningunear la importancia de Grecia con el argumento de que representa solamente el 2,8% de la economía del euro. En todos los miembros de la eurozona y fuera de ella, el déficit fiscal ha crecido en forma exponencial, aún más que en Grecia, pues por ejemplo España entró a la crisis, en 2007, con un superávit del 3%, y cerró 2009 con un déficit del 9% del PBI; está previsto que su deuda pública arribe al 70% del PBI en 2010, o sea que se acercaría al billón de dólares. Pero tampoco aquí la cuestión fiscal es la crucial (ingresos versus gastos). En el caso de España, los incumplimientos en el cobro de la cartera de créditos inmobiliarios se han triplicado, por un monto equivalente al 9% del PBI, o sea que los bancos no están en condiciones de seguir refinanciando la deuda pública del reino de Juan Carlos, el cual también tiene vencimientos abultados a corto plazo. Los diletantes recuerdan que la vieja monarquía española cayó en 1931, luego de una elección municipal, pero el elemento decisivo fue el golpe mortal que le propinó la bancarrota del '30 a la dictadura de Primo de Rivera y Alfonso XIII. Una situación más grave aún atraviesa otro reino, el Unido de Gran Bretaña, cuyo déficit fiscal, del 15,1% del PBI, y sus necesidades de financiamiento, de cerca del 25% de ese mismo PBI, solamente parecen aliviadas por la circunstancia de que Inglaterra puede emitir libras y permitir, hasta cierto punto, su desvalorización. Pero lo que los ingleses no podrán lograr de ningún modo es compatibilizar la emisión de libras y la devaluación con la conservación de la relevancia financiera de la City de Londres, cuyas transacciones representan el 25% del total de su PBI.

Repitamos: la causa subyacente de la crisis no fue, en absoluto, la revelación de que las cuentas públicas griegas estaban dibujadas (contabilidad creativa) y que el déficit fiscal era mayor al anunciado. Los servicios de inteligencia de los Estados y de los bancos no pueden ser engañados

sobre este punto. Cuando una empresa semi-estatal de Dubai declaró, hace poco, el default parcial de su deuda, también soberana, había quedado en claro que la causa no era la falta de recursos públicos (Dubai es un emirato petrolero), sino una incapacidad de los bancos para reestructurarla. Lo caracterizamos como 'un síntoma, no un caso aislado'. Dejó al desnudo la prosecución y profundización de la crisis financiera que estalló en julio de 2007 con el colapso de Bear Sterns, y que explotó, en septiembre de 2008 con la quiebra de la banca de inversión Lehman Brothers y el rescate del pulpo de los seguros AIG.

Los bancos centrales inyectaron sumas varias veces billonarias (millones de millones), por diversas vías, para evitar la quiebra generalizada de los bancos. Con este rescate se pretendió también una nacionalización integral ('provisoria') del sistema financiero. Así se financió la absorción de Bear Stearns, Merril Lynch, Wachovia, etc., por otros bancos, y la sobrevivencia del Citi o de Goldman Sachs y Bank of America. Las principales medidas que se utilizaron fueron las compras de los activos devaluados e invendibles de los bancos a precios de libros o a un precio artificial basado en 'modelos matemáticos'; la compra masiva de títulos públicos y de hipotecas o de títulos garantizados por hipotecas de propiedades desvalorizadas; el otorgamiento de garantías a los bancos; la reducción a casi cero de las tasas de interés de los préstamos de los bancos centrales a los bancos privados –y hasta operaciones declaradamente fraudulentas como el resarcimiento integral de los créditos de los bancos como el Deutsche y Goldman Sachs afectados por la quiebra oficial de la aseguradora AIG.

La nacionalización frustrada y sus consecuencias

Esta emisión gigantesca de dinero dio lugar a un fenómeno conocido como *carry trade*, que tiene lugar cuando los bancos obtienen dinero a tasas bajas en determinada plazas financieras para prestar o invertir a tasas o rendimientos muy superiores en otras. El *carry trade* es siempre una operación de corto plazo, para prevenir cualquier reversión de la situación. Se estima que solamente el *carry trade* en circulación, originado en los dólares que la Reserva Federal prestó a tasa casi cero a los bancos de Wall Street y el originado en yenes japoneses a tasas similares es, ac-

tualmente, de cuatro billones de dólares. Si este dinero se retirara de, por ejemplo, Brasil, otros países de Latinoamérica, o del sudeste asiático o India, simplemente podría provocar un cataclismo. Esos países, por ironía, son reputados sólidos ¡precisamente por haber sido receptores de un dinero tan volátil!

Esta reversión ya está ocurriendo. Pero el *carry trade* no se limita a operaciones entre monedas diferentes: la financiación a tasa casi cero de los bancos europeos, por parte del BCE, para especular con deuda pública, es una manifestación de ese mismo proceso. O sea que las sumas involucradas en estos negocios especulativos, en medio de una formidable crisis industrial, son sencillamente enormes. Es claro ahora el desenlace que tuvo, a fines de 2008, el debate sobre la ‘nacionalización temporaria' de los bancos, como pregonaban algunos economistas en boga; la alternativa a esa nacionalización ha sido la financiación de un nuevo ciclo de especulación, dentro de la crisis, y la reanudación de las bancarrotas, pero ahora comprometiendo la solvencia de los Estados que deberían oficiar como rescatistas de última instancia del capitalismo. La nacionalización generalizada temporaria había sido presentada como un medio para recomponer el crédito, con métodos dirigistas, hacia inversiones promovidas por el propio Estado. Las nacionalizaciones, sin embargo, hubieran debido generalizarse entre los países para evitar un dislocamiento financiero internacional y para coordinar la reactivación. Lo que en abstracto hubiera sido una salida capitalista a la crisis, en concreto habría debido vencer la resistencia de los capitales individuales y de los intereses contrapuestos de los diferentes Estados imperialistas. El plan de rescate que salió en definitiva fue impuesto directamente por Wall Street para su propio salvataje contra las propuestas nacionalizadoras de los economistas académicos.

Los derivados financieros

La crisis europea, más que griega, también ha vuelto a poner en circulación un proceso que caracterizó al desenlace de la crisis a partir de septiembre de 2008. Nos referimos a una operación especulativa de grandes proporciones, que apuesta a la cesación de pagos de los países en crisis, en primer lugar la propia Grecia.

Han explotado los contratos de seguros contra un default (CDS en la jerga financiera). Ocurre que estos contratos no los compran, ni sólo ni principalmente, aquellos que quieren proteger sus inversiones colocadas en bonos o títulos de los países cuestionados, sino que lo hacen los especuladores en general para obtener un beneficio (cobrar el seguro) de la caída del Estado en cuestión. Fue lo que ocurrió con Lehman Brothers y AIG, y antes con otros bancos: una onda de capitalistas muy bien forrados que apuestan a la quiebra del capitalismo, para resarcirse ellos de la quiebra capitalista (a esto se refiere la 'piñata'). El encarecimiento de este seguro como consecuencia de la especulación tiene como resultado una caída del valor de la deuda pública que se asegura, y esta caída de la cotización de la deuda pública encarece su refinanciación y la imposibilita, y apresura su derrumbe. Los especuladores a la baja de la deuda descuentan que la incapacidad de los aseguradores para pagar los seguros será cubierta por el Estado, como ocurrió cuando quebró la norteamericana AIG. Pero son numerosos los casos en los que los especuladores solamente pudieron cobrar un 20% del seguro –¡y aun así ganaron plata! Es que los especuladores operan con dinero al margen– ponen un monto mínimo para adquirir los bonos contra default.

Los bancos que han vendido estos contratos de seguros de la deuda griega son fundamentalmente los bancos griegos, que sin embargo no tendrían ninguna posibilidad de pagar esos seguros en caso de default. Se trata obviamente de que apuestan en sentido inverso: de que el default no se produzca por la intervención de la Unión Europea, en cuyo caso esos bancos podrían quedarse con las jugosísimas primas que cobran por esos seguros. Pero en la medida en que el 'riesgo soberano' se expande a todos los países, también crece, por parte de los bancos, la demanda de seguros contra default y las primas que hay que pagar por ellos. "La demanda está sobrepasando la oferta", advierte el *Financial Times*, que también añade: "Un incremento en el costo del seguro de la deuda de Estados Unidos o el Reino Unido produciría sacudidas que obligarían a los bancos a poner coto a estas operaciones".[3] Pero, en este caso, se cerrarían los mercados financieros y la financiación de la deuda pública, y quedaría replanteado el tema de la nacionalización.

La especulación capitalista contra el capitalismo pone de manifiesto la tendencia fundamental de toda crisis capitalista a la imposibilidad de una salida sin una quiebra más o menos masiva de capitalistas, con la consiguiente destrucción de riqueza social y fuerzas productivas, y el aumento del desempleo y de la pauperización. La tendencia objetiva al derrumbe se manifiesta como una competencia entre capitales, y toma el vigor de una ley de hierro. Contra ella chocan los rescates estatales y el mito del poder curatorio del intervencionismo. El keynesianismo no tiene recetas para esta ocasión: solamente 'funciona' en fases expansivas, no en fases contractivas, ya que el capitalismo en descomposición no garantiza el pleno uso de recursos y el pleno empleo ni siquiera en la fase ascendente de los ciclos. Fue inútil frente a la crisis del '30, pero sirvió como un arma de contención del proletariado insurgente luego de la última guerra mundial.

A este nivel de la crisis resuena como un latigazo la advertencia de Lenin: las disputas capitalistas se resuelven por medio de la fuerza, no como creen algunos por el mecanismo del mercado –que no es otra cosa que la pantalla que oculta una lucha anárquica que se desarrolla a espaldas de los pizarrones electrónicos de los mercados de valores. Por primera vez, en este cuadro de ataque especulativo contra España, Grecia e incluso Gran Bretaña, han aparecido las operaciones que apuestan a la desvalorización del propio euro, con la expectativa de que las operaciones de rescate ni siquiera salgan de las carpetas. En esta timba financiera mundial se produce el sugestivo caso de que la prensa inglesa está apoyando el no pago de la deuda por parte de Islandia, que solamente puede interpretarse como una operación para desvalorizar la libra esterlina y beneficiar a los que han apostado en esa dirección con contratos de ventas futuras de libras.

En el desarrollo de la crisis griega ocurrió un incidente altamente ilustrativo del impasse general desatado por la crisis. El banco de inversión Goldman Sachs armó un paquete de compra de la deuda pública de Grecia por parte de China (que podía llegar a los 25 mil millones de dólares). Grecia fue presionada, sin embargo, a rechazar esta 'ayuda', porque China reclamaba, a cambio, la posibilidad de convertirse en accionista de referencia de un banco griego y de partes de la industria naviera. La burguesía

griega se inclinó a defender sus propios ‘intereses nacionales' aún a riesgo de provocar una hecatombe fiscal, financiera y social. El rechazo a la oferta de China se suma al antecedente no tan lejano de la prohibición para que China pudiera comprar una petrolera en Estados Unidos y otras inversiones de relevancia industrial en Estados Unidos; recientemente, España vetó la posibilidad de que un fondo soberano de China adquiriera YPF a Repsol. Se trata de manifestaciones altamente ilustrativas de las contradicciones internacionales y del impasse en que se encuentra la crisis mundial. En primer lugar, sirve para demostrar que no es suficiente tener reservas internacionales para tener capital, pues las primeras no pasan de un capital-dinero que se limita a cobrar intereses. China podrá tener dos billones y medio de reservas en divisas, pero no por ello tiene capital, pues para ello esas reservas deben ser capaces de apropiarse de fuerza de trabajo y crear plusvalía, no solamente cobrar un interés. En segundo lugar, queda claro que la capacidad cancelatoria de los dólares tiene límites severos; sirve para adquirir mercancías norteamericanas, o sea mercancías que compiten con las de China, pero no para adquirir capitales, o incluso realizar inversiones de capital, que tendrían que competir en el saturado mercado norteamericano. No ocurre lo mismo, en cambio, con los capitales occidentales en China, donde no cesan de ingresar a capitales chinos, adquirirlos o iniciar inversiones. Esta limitación al poder cancelatorio del dólar, cuando el mercado mundial se encuentra sobre saturado de reservas en dólares, equivale a una declaración de default parcial por parte de Estados Unidos, y pone de manifiesto la tendencia a la desvalorización del dólar. China solamente puede realizar inversiones industriales en naciones periféricas o como socio minoritario, sin poder de decisión; de nuevo, solamente como cobrador de intereses o de dividendos. En Estados Unidos, las inversiones chinas en sectores privados no pasarían de los nueve mil millones de dólares –siempre participaciones minoritarias de capital. La condición del dólar como supuesto dinero universal está cuestionada, toda vez que hay un veto total para la adquisición de capitales contra el país que tiene las mayores reservas en dólares del planeta.

Un episodio

En definitiva, a fuerza de rumiar en torno a la crisis europea, se corre el riesgo de perder la visión del cuadro en su conjunto. La prensa interna-

cional da la impresión de haber olvidado que la ronda actual de caída de las Bolsas y de las deudas públicas, que han puesto en crisis al euro y a la Unión Europea, comenzó el año pasado desde bastante lejos de Europa, cuando China puso límites al monto de créditos de su sistema bancario para frenar la especulación bursátil e inmobiliaria desatada por sus medidas de rescate financiero y fiscal. Hace 48 horas, el Banco Central de China reforzó estas medidas.

También en China las operaciones oficiales de rescate iniciaron una nueva onda especulativa, o sea que no resolvieron ninguna de las cuestiones estructurales de la crisis. Además de reiniciar una nueva onda fuerte de especulación en la Bolsa y en el mercado inmobiliario, el dinero del rescate fue destinado a acrecentar una capacidad productiva industrial que ya es excedente en el mercado mundial. El abaratamiento de la inversión por parte del dinero del Estado ha acentuado la tendencia a la sobreproducción, y a la caída de los precios y de la ganancia, y por consecuencia a la desvalorización de los capitales en cuestión. Como el Estado chino es un vendedor neto de suelo urbano (algo que no ocurre fuera de los países en restauración capitalista o en naciones atrasadas con elevada propiedad fiscal), la especulación inmobiliaria ha servido también para apresurar la concentración de la propiedad y la carestía urbana.

Esta ‘burbuja' financiera e industrial es la contrapartida de las enormes reservas en dólares que ha acumulado China. No solamente ingresa capital del exterior sino que China ha debido emitir una enorme deuda interna con los bancos para absorber el dinero local creado por la entrada de dólares. No hay evidencia más clara de atascamiento en la circulación del capital que la acumulación desorbitada de reservas extranjeras. China se encuentra más cerca del epicentro de la crisis actual que Grecia. No es casual que la tendencia a la baja en las Bolsas, en 2010, haya comenzado con el anuncio de las medidas de restricción del crédito por parte de China. Cuando se observa el desarrollo que ha tenido la crisis mundial a partir de los rescates implementados por los Estados capitalistas y, en especial, sus bancos centrales, resulta más claro que nunca que el Estado no reúne ni puede reunir las condiciones financieras para salvar al capitalismo, pues el capital es la base del Estado, no éste el fundamento del capital.

El Estado es el bastión del capital como órgano de dominación y represión. Con esta capacidad, no en virtud de una capacidad financiera, puede imponer a las clases explotadas todos los sacrificios necesarios para restablecer la acumulación capitalista y todos los reordenamientos sociales y políticos necesarios para ellos. El supuesto remedio representado por la llamada intervención del Estado es una fantasía de centroizquierdistas a la caza de recetas que preserven el capital. De la bancarrota actual no se puede salir con el aumento de la demanda agregada, pues ella entrañaría más gasto y déficit fiscales. De manera inversa, el corte a los gastos sociales y a los salarios acentuará la recesión y la crisis fiscal. Al final del camino el resultado es el mismo: el capital necesita destrucción de recursos y mayor vulnerabilidad de la fuerza de trabajo para salir de la crisis mediante una nueva concentración de capitales a nivel internacional.

Una palmada en la espalda

Lo que se acaba de decir se ve claramente en el manejo de la crisis de Grecia y de España por parte de la Unión Europea. A pesar de que están advertidos del incremento de la tendencia al default de ambos países y de los enormes vencimientos que tiene Grecia en abril próximo, los gobiernos de la UE han decidido limitarse a dar una declaración de respaldo. La razón es meridiana: antes de anunciar un rescate quieren que los gobiernos respectivos impongan los planes de ajustes a sus explotados, en particular el aumento de la edad de retiro y las privatizaciones (también están ejerciendo una presión para que Grecia, España y Portugal vendan sus reservas de oro). Estas exigencias tienen que ver con un planteo más general, que se manifiesta en la coincidencia que existe en las cúpulas de los Estados y en los capitalistas de que la quiebra de los sistemas de salud y de jubilación es sólo una cuestión de tiempo: ¡no tienen salida ni siquiera privatizándolos, pues la crisis financiera ha llevado a la quiebra, en primer lugar, a los fondos de jubilación privada! La pelea por la reforma de la salud en Estados Unidos demuestra que lo mismo vale para la protección sanitaria. La Unión Europea está tanteando la vía de la confrontación, con la expectativa de imponer sus planes contra las masas en los marcos democráticos. Fue lo que intentó el gobierno de De la Rúa a principios de 2001, bajo el ministerio de López Murphy. Es lo

que ha hecho la UE en los países bálticos, Ucrania y Hungría, donde ha impuesto planes draconianos – ¡la producción industrial de Letonia ha caído un 18% en el último trimestre! Si el ajuste no tiene la profundidad que le reclaman los estados capitalistas, Grecia irá a la cesación de pagos, para reestructurar su deuda en nuevas condiciones. Los gobiernos de Francia y Alemania no irán al rescate de Grecia sino de sus propios bancos, que cuentan con la garantía de sus respectivos bancos centrales. Lo cierto es que Grecia no puede evitar la cesación de pagos; la única duda es la forma que tendrá el default, por ejemplo si se hará dentro o fuera de los marcos de la Unión Europea. Alemania y Francia deben cuidar su corral, antes de pensar en socorros. Previmos al comienzo de la crisis, en julio de 2007, que su primera victima sería la UE. Añadamos simplemente que, dada la presencia de la banca griega en los Balcanes, los países de la ex Yugoslavia habrán de saborear primero el tornado de la crisis, si es que alguna vez verán los frutos de la integración.

Estados Unidos empantanado

Incuestionablemente, el corazón de la crisis continúa estando en los Estados Unidos, donde el crédito está parado, el valor de la propiedad inmobiliaria sigue cayendo y los desalojos aumentando. La mentada reactivación industrial se basa en una recomposición limitada de inventarios –no en un viraje de la inversión o el consumo. El *Wall Street Journal* habla incluso de una desarticulación de la cadena industrial como resultado de la desaparición de tercerizadas, subcontratistas o redes de ventas, que el columnista de *Clarín*, Jorge Castro, disimula con referencias a cambios en los patrones tecnológicos. La situación de las dos enormes agencias de crédito hipotecario (Fannie Mae y Freddie Mac) es de completa bancarrota: pérdidas de 200 mil millones de dólares y activos inflados por cuatro billones de dólares. De este modo, el presupuesto federal, con un déficit previsto de 1,8 billones de dólares, es lo más parecido a un dibujo, porque no incluye a estas agencias hipotecarias. A esto hay que sumar la bancarrota de ocho estados, incluida California, que la prensa internacional ha asimilado a los estados europeos que encabezan el ranking de la crisis. La desocupación oficial en las grandes ciudades de California es del 27% de la población activa. "Yes, we can". El viraje a la baja en la Bolsa de Nueva York, que comenzó con las res-

tricciones de crédito en China, se volvió a convulsionar con los avatares griegos, lo cual demuestra la correa de transmisión que liga al sistema bancario y las deudas públicas a través del financiamiento espurio de los bancos centrales.

El desarme de las operaciones de *carry trade,* con el consiguiente reflujo del dinero hacia el dólar y el yen, ha desatado una corriente de devaluaciones monetarias, en la que el euro ha sido especialmente afectado. Pero en la fila también se encuentra Brasil; una devaluación significativa del real brasileño obligaría a los K pedir el Fondo del Bicentenario al FMI. La devaluación del euro ya ha precipitado una corriente especulativa que apuesta a la baja; si esta tendencia se confirmara se asistiría a una revalorización del dólar y del yuan chino, que reforzaría las presiones a una guerra comercial, pero, por sobre todo, se vería una desvalorización de las carteras bancarias de Europa y la posibilidad de una huída del euro y de una crisis monetaria internacional – el punto más alto de cualquier crisis.

Muchos interpretan que la evolución negativa del euro y la irrelevancia internacional del yen como moneda de reserva demuestran la fuerza inquebrantable del dólar y de los Estados Unidos, refugio último del capital mundial. Se trata, sin embargo, de una interpretación simplista: lo último que necesita Estados Unidos es que la demanda mundial de dólares caiga, que retornen los dólares en circulación en el exterior y que este reflujo de capitales provoque una nueva onda especulativa interna. En realidad, un derrumbe de las monedas rivales del dólar sería una premisa para el derrumbe del dólar, afectado por la enorme emisión provocada por las operaciones de rescate. Esto es lo que explica la demanda de oro con fines de acumulación monetaria –incluso después de una venta de una porción de reservas de oro por parte del FMI.

Una parada intermedia, todavía

Como puede apreciarse, la bancarrota capitalista se encuentra en pleno desarrollo. Como corresponde a la naturaleza del capitalismo, su curva es zigzagueante y se entrelaza con crisis políticas y luchas sociales cada vez más agresivas. Todas las clases sociales sufrirán las consecuencias

de este desarrollo y se verán obligadas a adaptar sus conductas a las nuevas circunstancias. No es casual que en Italia haya numerosas ocupaciones de fábrica y que se produzcan grandes huelga generales, como ha ocurrido en Turquía y comienza a ocurrir en Grecia o que, en Estados Unidos, haya surgido "el partido del té", una 'reunión social' de tendencias fascistas, mientras las crisis políticas avanzan país por país.

El punto más importante es, sin embargo, la desintegración de su tendencia histórica de fondo, que es el desarrollo del capital ficticio. El capital ficticio no es el capital mismo sino su representación o forma derivada de él, bajo la forma de acciones, títulos de deuda pública y privada. En las últimas décadas, este desarrollo se completó con segundas y terceras formas de derivados, que permiten intercambiar entre sí todas las formas de ese capital ficticio. El capital ficticio permite que el capital se pueda transar con mayor facilidad, y que con ello aumente la rapidez de su circulación, que es uno de los factores fundamentales del aumento de sus beneficios. Obviamente, la forma desarrollada del capital ficticio es la forma última del capital, cuando éste ha perdido su forma concreta y su forma de propiedad individualizada, y cuando el capitalista se ha transformado en un parásito absoluto, que prospera por medio de la transacción de papeles. Este capital ficticio, sin embargo, creó la ilusión de que el capital se había despojado de todas las trabas para su desarrollo, pues podía recrearse a si mismo y crear los mercados para esa reproducción, incluso que se independizaba de la creación de plusvalía, única vía en el capitalismo de creación de valor. La manifestación más contradictoria de este capital ficticio fue el desarrollo del crédito hipotecario y al consumo para compensar la tendencia a la caída de los ingresos personales de los usuarios. La expresión más abstracta de este desarrollo es la circulación de un dinero que no tiene valor propio, y que da toda la impresión de que es una creación 'científica', o sea caprichosa, de las autoridades de los bancos centrales. El mercado de 'derivados', la burbuja financiera de las últimas dos décadas, ha sido la manifestación de la dominación del capital ficticio.

Para algunos, la crisis actual no marca el 'pinchazo' del capital ficticio y, por lo tanto, una depresión histórica de la reproducción capitalista, sino, al revés, la crisis despejará el terreno para una expansión mayor aún del

capital en su forma más abstracta. Si se considera el antecedente de la crisis del ’30, esta expectativa es ilusoria, pues el capital recuperó la tendencia a su forma más abstracta de constitución social solamente al cabo de 60 años, luego de una guerra mundial sin precedentes y revoluciones sociales colosales, y finalmente como consecuencia de una reversión extraordinaria de las conquistas sociales y estatales ganadas por la clase obrera mundial.

Ahora, como lo hace notar una columnista del *Financial Times,* ese mercado está totalmente paralizado: los bancos no consiguen dinero a cambio de la colocación de los títulos de deuda que tienen en su poder. Los bancos centrales están cumpliendo esta función, con las consecuencias descriptas en este artículo. Asimismo, el oro, relegado a la condición de otra materia prima industrial más, levanta cabeza, como unidad de medida y reserva de valor. Medido en onzas de oro, el valor del capital que se cotiza en las Bolsas es mucho menor de lo que parece en dólares. Los llamados activos tóxicos no encuentran valor de mercado, y el valor que se pretende atribuirles, según modelos matemáticos, no es aceptado por casi nadie. En una palabra, el capital creyó que había superado a la ley del valor y que la economía podía funcionar en base a precios sin relación con el tiempo de trabajo social necesario para la producción de las mercancías correspondientes y sin relación con la capacidad de consumo final de las personas, y que podía crear su propio dinero subjetivo sin necesidad de materializarlo, objetivamente, en un producto social particular.

La crisis consiste en el estallido de estas contradicciones. Como lo explicó Marx: "...el crédito acelera la violenta erupción de esta contradicción –la crisis– y por este medio los elementos de desintegración del viejo modo de producción. Las dos características inmanentes en el sistema de crédito son, por un lado desarrollar el incentivo de la producción capitalista, el enriquecimiento a través de la explotación del trabajo de otros, hacia la forma más pura y colosal de apuesta y estafa, y reducir cada vez más el número de los pocos que explotan la riqueza social; por el otro lado, constituir las formas de transición hacia un nuevo modo de producción".[4]

En este cuadro histórico concreto, las etapas decisivas de la crisis aun están por delante. De un lado, como lo demuestran las políticas que se

han impuesto o buscan imponerse en Grecia, España, Ucrania, Islandia, Irlanda, el Báltico y Portugal, el capital tendrá que enfrentar la resistencia de los trabajadores que habían asumido importantes conquistas sociales como derechos adquiridos. Se encuentra en desarrollo una colosal confrontación social. Pero más allá de este aspecto ineludible, el capital está forzado a buscar una salida en la colonización de los mercados que recientemente fueron recuperados para la circulación capitalista mundial. Hasta ahora, China y Rusia (pero especialmente China) fueron factores propulsores poderosos para el capital y la clave de la bóveda del gigantesco desarrollo de capital ficticio de las últimas décadas. Pero, al mismo tiempo, han intervenido como competidores en el mercado mundial y han acelerado la tendencia a la sobreproducción. De factores de reversión de la caída de la tasa de beneficio mundial, se han transformado en impulsores de una nueva curva descendente. La disputa entre Estados Unidos y China para que ésta abra más su mercado para los capitales internacionales y para que revalorice su moneda, el yuan, son el toque de clarín para proceder a una colonización integral, que ponga a disposición del capital los mil millones de trabajadores que aún se encuentran confinados en la pequeña producción agraria o en las empresas del Estado. Pero ni Rusia ni China son los estados previos a sus respectivas revoluciones. En el caso de China, por ejemplo, es la primera vez en quinientos años que enfrenta una crisis mundial con un estado unificado. El imperialismo no puede avanzar, como a principios del siglo pasado o en los años ’30, por medio de la creación de regiones libres; más aún, China podría integrar con Corea y Japón un área económica rival de los Estados Unidos. China es una sociedad capitalista sui géneris, en transición, es mucho más que simplista reducir su caracterización a una categoría ultra general. Un razonamiento diferente, pero metodológicamente similar, se puede aplicar a Rusia, que tiene una de las reservas tecnológicas más importantes. La dialéctica de la desintegración de la forma última del capital incluye una nueva confrontación política internacional, con claros alcances revolucionarios, pues pondrá a prueba si la restauración capitalista en los ex estados llamados socialistas ha sido una salida de largo plazo para el capital, o el punto de partida de nuevas revoluciones sociales. Asimismo, Estados Unidos entra a esta gran crisis mundial con un agotamiento de los recursos que acumuló en su más o menos pro-

longado período de primacía. La lucha de clases en los Estados Unidos será uno de los centros políticos relevantes, si no el mayor, en la presente crisis mundial.

Notas

1. *Financial Times,* 11/2/2010

2. *Idem.*

3. *Idem.*

4. Karl Marx; *Capital, Tomo III,* Progress, Moscú, 1977, pág. 441.

Cuando China salvó a Europa

La bancarrota capitalista cumple años

En Defensa del Marxismo N° 39
22 de julio de 2010

Nadie descorchó champagne para celebrar ni tampoco ofreció una corona de flores en señal de duelo, de tal manera que el tercer aniversario del comienzo del derrumbe económico mundial, a mediados de 2007, pasó sin la gratificación de un recuerdo. Los apologistas del capital han preferido el olvido para esquivar el desafío de explicar lo sucedido y el fracaso de los recursos, que habían pretendido infalibles, para conjurar la crisis o contenerla. Sin embargo, una crisis de conjunto, que atraviesa su tercer año sin el menor signo de reversión a la vista, tiene un alcance histórico. En especial, cuando ocurre después de haber proclamado una gran victoria: el desmantelamiento de los sistemas de protección social en la mayor parte del mundo, e impuesto nada menos que una extensión colosal del mercado mundial mediante la restauración capitalista en dos grandes bloques territoriales, como China y Rusia y su periferia. Ahora, los pronósticos más autorizados señalan una recaída de la producción industrial y nuevas quiebras de bancos. Los detonantes de lo que se ha dado en llamar la "doble zambullida" son las crisis fiscales de los Estados de la Unión Europea; la deuda federal, estadual y municipal de los Estados Unidos; el derrumbe del consumo como consecuencia de una desocupación mayor y la deuda creciente de Japón (200% del PBI), pero, por sobre todo, el persistente derrumbe del mercado hipotecario norteamericano. Este mercado es el principal mercado mundial de deuda, con obligaciones por 9 billones de dólares –el 65% del PBI de los Estados Unidos. Una columnista del *Financial Times* observa que "la capacidad de la construcción de viviendas para motorizar un crecimiento económico de Estados Unidos se ha disipado, al menos por el momento",[1] pero esto no tiene en cuenta la creciente desvalorización del stock de viviendas existentes, o sea el default de sus propietarios y la incapacidad para hacer frente a las cuotas de las hipotecas. "La industria de la construcción –prosigue la columnista citando al Barclay's Bank– descuenta una doble zambullida, o por lo menos una reducción significativa del crecimiento económico". El economista Nouriel Roubini,[2] luego de señalar que una caída industrial es inevitable después del cese de las medidas de estímulo, observa lo que nosotros mismos hemos señalado repetidamente: que "los excesos fundamentales que le metieron gas a la crisis no han sido encarados". Se refiere "al excesivo endeudamiento de

hogares, bancos y otras instituciones financieras, así como a la mayor parte del sector de corporaciones”. O sea que estaríamos en el punto de partida, aunque con el agravante de que, en el camino, los Estados y bancos centrales inyectaron billones de dólares en operaciones de rescate, que no fueron usados para reducir el excesivo endeudamiento sino para hacerlo mayor.

De infartos y colapsos

El manto de silencio que cubrió el aniversario sirvió para escamotear otro hecho más: el colapso de la zona euro en mayo, similar al que produjo la quiebra del banco de inversión Lehman Brothers y el default de la aseguradora AIG en septiembre/octubre de 2008. El infarto se manifestó en la paralización del funcionamiento del capitalismo e incluso del sistema político norteamericano: los bancos dejaron de prestarse entre ellos, las operaciones de rescate se dilataban por divergencias políticas. Ahora, el columnista Siaba Sarrate, en referencia a la crisis de Grecia y del euro de mayo pasado, dice (retrospectivamente, claro) que “la corrida sin contención pudo (sic) ser terminal” y que, además, “se alimentó más de la parálisis de las autoridades –y de su asombrosa impericia”.[3] O sea, un derrumbe político combinado con el económico. “Europa pasó de Dunkerque a Normandía”, rememora el columnista. En Dunkerque, en 1940, las tropas alemanas infligieron una dura derrota a las británicas, que tuvieron que retirarse de Europa, y abrieron el camino para la ocupación nazi de la Europa continental. En Normandía, en julio de 1944, se produjo la invasión aliada que inició la liberación de Francia. Se trata, por cierto, de una comparación muy fuerte. Pero, invasiones aparte, la crisis reciente en Europa puso de manifiesto, por segunda vez, que el derrumbe mundial no se compone solamente de recesiones, despidos y quiebras, sino también de colapsos cuando el mecanismo interior del sistema capitalista se paraliza, pero, en este caso, no a partir de un banco de inversión y una compañía de seguros sino de Estados y uniones políticas y monetarias estatales. No hay tampoco que asustarse, nos dice Siaba, porque el plan de salida de Europa funcionó muy rápido. Vano consuelo: de un colapso se sale rápido o no se sale. Más allá de esto, deja una secuela permanente.

Es lo que ocurrió con la quiebra de Lehman Brothers y el rescate de AIG: el rescate de la economía por parte de los Estados y los bancos centrales desató la fase siguiente de la crisis mundial, que incorpora crisis fiscales gigantescas y aún mayores crisis monetarias. Las deudas públicas principales superan el 100% del PBI; las emisiones de moneda, con respaldo en activos sin valor, han crecido en torno al 150%; la base monetaria en Estados Unidos subió de 1,3 billones de dólares a 3,5 billones entre abril de 2007 y marzo de 2010, en tanto el PBI caía en precios constantes. Ahora, los especuladores internacionales apuestan a un derrumbe del dólar.

Más que una gambeta

De todos modos, la afirmación de que el plan de rescate salvó el día en Europa es menos que media verdad. En un artículo anterior[4] se nos escapó un eslabón de ese rescate. Es cierto que al no ceder a las presiones para revaluar su moneda, el yuan, respecto del dólar, China protegió al euro de un derrumbe, ya que esa revaluación hubiera amplificado la devaluación que estaba sufriendo el euro. Pero ante el anuncio del plan de rescate, China hizo algo más: salió a comprar deuda de los bancos españoles y griegos, y a transformar una parte de su reserva de dólares en euros. Las autoridades chinas habían pregonado, precisamente, que tenían la intención de atar su moneda a una canasta de monedas –lo cual supone una diversificación de sus reservas. "El mercado europeo, le acaba de decir Wen Jiabao, primer ministro de China, a su homóloga de Alemania, Angela Merkel, de visita en China, es y será una de las principales plazas de inversión para las reservas chinas de divisas extranjeras". Este señalamiento llevó al corresponsal de *El País* en Pekín al siguiente comentario: "suficiente para que el euro superara la barrera de los 1,30 dólares por primera vez en dos meses".[5] Voilà. Europa solamente salió de terapia intensiva, por un lado por la gambeta china en relación con el dólar, que fue acompañada por una fuerte intervención de socorro de bancos europeos y del euro. Es cierto que al detener la devaluación del euro, China actuó en defensa de sus propios intereses comerciales, como es frenar el encarecimiento de sus exportaciones y el abaratamiento de las de la competencia. Pero el

problema comercial es de mediano y largo plazo, y está condicionado por diferentes variables, en tanto que el hundimiento del euro era un problema financiero inminente, pues hubiera podido acelerar las quiebras bancarias en Europa y provocar una cadena de devaluaciones de otras monedas.

La intervención de China en el rescate del euro la eleva a una posición de arbitraje en la crisis monetaria, que hasta ahora había estado reservada a Estados Unidos. Después del shock de 2008 y más tarde, cuando la crisis de Grecia sacudió a Europa, la Reserva Federal había realizado operaciones de canje del dólar con monedas locales (real, peso mexicano, euro) para cubrir las necesidades de dólares de los países que enfrentaban fugas de sus divisas. Ahora, ese rol fue pactado por la Unión Europea con China. Hay una lógica en esto, porque China tiene reservas superiores a los dos billones y medio de dólares. China se ve obligada a arbitrar para preservar el valor de estas reservas. En varias ocasiones, advirtió al gobierno de Obama contra la tentación de desvalorizar el dólar. Pero bien mirado, este arbitraje pone de manifiesto la dependencia monetaria de China. Después de todo, conservar un porcentaje desproporcionado de la riqueza creada y comercializada (sus gigantescas reservas son el 31% de las mundiales cuando su población es el 22% del total) constituye un despilfarro descomunal, pues la función del dinero, más allá de un nivel de atesoramiento y de reserva para transacciones, debe ser la inversión en nuevas capacidades productivas. Las reservas de China financian la emisión desmesurada de dólares sin respaldo (por eso el elogio de los Kirchner al monto alcanzado por las reservas de Argentina constituye un despropósito: son el vaciadero de basura de la Reserva Federal, su emisión de dólares, y tienen el único propósito de operar como garantía para un ulterior endeudamiento internacional). El salvataje del euro por parte de China es un nuevo estadio de la crisis monetaria internacional y una forma todavía 'pacífica' de dirimir los conflictos comerciales. La protección del valor de las reservas internacionales, por parte de los países con excedentes, y el privilegio emisor del dólar por parte de la Reserva Federal constituyen los 'casus belli' de la presente crisis mundial.

(Los países emergentes, se informa, han recibido capitales especulativos en el último año por el monto de 700 mil millones de dólares. Ante la incapacidad de esas economías para absorber esa suma sin provocar un colapso interno, sus bancos centrales compraron 600 mil millones de aquellos, con lo cual evitaron una revaluación de sus monedas. Para esterilizar las monedas locales con las que compraron esos dólares, han tenido que pagar tasas de interés muy superiores a las que cobran cuando invierten esas reservas, por ejemplo en bonos de la deuda pública norteamericana. Esta operación de desangre financiero de las economías emergentes es saludada, naturalmente, por los países centrales y, menos naturalmente, por los cipayos que gobiernan en estos países, que adoran la acumulación de reservas como un éxito nacional y popular).

La zona euro sigue en terapia

El rescate del euro 'a la china' forma parte de una disputa que supera el marco del comercio entre naciones. Después de todo, las medidas proteccionistas de Estados Unidos contra las exportaciones chinas apenas involucran al 3% del comercio bilateral. La pelea principal es por el acceso a los capitales internacionales que operan en China al mercado de compras estatales de China, cuyo presupuesto anual es de dos billones de dólares. Las restricciones al acceso de este mercado ya han desatado un enfrentamiento, en especial de capitales alemanes y norteamericanos, con el gobierno de Beijing, particularmente porque China pone la condición de que las empresas extranjeras se asocien a las chinas y le transfieran tecnología sensible. Se trata de una exigencia imposible de satisfacer, porque el diferencial tecnológico es la fibra decisiva de la competencia mundial, en especial cuando la crisis ha horadado el diferencial de financiamiento. En forma simultánea, sin embargo, existe una restricción generalizada a permitir inversiones chinas en los países centrales, o sea a transformar sus reservas en dinero en inversiones productivas. China ha logrado, a cambio de su socorro al euro, que se le permita comprar empresas en Grecia y en otros países de la periferia de Europa.

Sea como fuere, el salvataje por parte de China no ha resuelto la crisis del euro. Es cierto que obligó a desarmar posiciones a los fondos que habían especulado a la baja (recompraron euros) y que esto provocó un giro hacia arriba en su cotización. Pero en este viraje intervino también una depreciación del dólar, determinada por la evidencia de que Estados Unidos vuelve a la recesión y de que no tiene el mismo margen que en los años recientes para ejecutar rescates o estímulos económicos. La situación fiscal y bancaria de Europa es más grave que nunca. La zona euro tiene una deuda pública combinada de casi 8 billones de euros, que se eleva a 12 billones para toda la UE. Gran Bretaña acaba de confesar que su deuda pública fue dibujada por el gobierno precedente (¡ya es un deporte mundial!) y que es, en realidad, medio billón de dólares superior a la informada. En *Clarín* del domingo 18 de julio, Rodolfo Terragno adjudicó los males de Europa a la convertibilidad de las viejas monedas europeas con el marco alemán, que quedó fijada en el valor del euro. Pero olvida que la crisis europea envuelve en especial a la misma Alemania, cuyos bancos tienen activos incobrables por 300 mil millones de dólares. Una salida del euro y una devaluación sumiría a los países que lo hicieran en una crisis económica mucho peor que la actual. Grecia tiene una deuda pública tres veces mayor a la de Argentina en 2001 y los bancos españoles han contraído una deuda récord para ser rescatados por el Banco Central Europeo. Una parte de la banca griega ya ha sido calificada de zombi: es que cotiza sus activos incobrables, que carecen de valor, a la par y reemplazan esta falta de recursos con inyecciones del Banco Central Europeo (esto mismo ocurre con las Cajas españolas, los Landesbank germanos y los bancos locales o cooperativos de Italia). La semana que viene se conocerán los resultados de las pruebas de resistencia a situaciones de crisis a la que han sido sometidos los bancos europeos. Todo el mundo anticipa que las pruebas han sido fraguadas, e incluso que son de imposible verificación, como ya se demostró en Estados Unidos. Aun así le bajarán el pulgar a una decena de entidades de importancia relativa, que seguramente serán absorbidas por otras… con el apoyo de un financiamiento de la Comisión Europea y los diversos Estados. En definitiva, los analistas internacionales más destacados siguen pontificando sobre la necesidad de un default "ordenado" de Grecia y las probabilidades crecientes de una desintegración de la zona euro.

Estados Unidos, siempre

El torbellino de la crisis ha regresado, a partir de este desarrollo, a Estados Unidos; los pronósticos optimistas de la Reserva Federal, en febrero, se han tornado, agoreros. Se prevé recesión o menor cifra de crecimiento del PBI (1,5%), agravamiento de la crisis hipotecaria, cese de la reposición de inventarios. El quebradero de los quebraderos está representado por las agencias estatales hipotecarias Freddie Mac y Fannie Mae, cuyo valor de capital en Bolsa ha caído a casi cero (las sacaron de las pizarras), pero que solventa bonos garantizados por hipotecas en el orden de los 5 billones de dólares (la mitad del mercado hipotecario), que no puede pagar. De ese monto, la Reserva Federal se ha hecho cargo de 1,3 billones, o sea que la circulación del dólar no tiene respaldo. Una comisión investigadora ha determinado que el déficit fiscal ya tiene el carácter de "un cáncer", que hará metástasis fiscal en regla en unos pocos años. Asimismo, además de la posibilidad de default de numerosos estados de la Unión, los fondos de pensiones, que pagan jubilaciones predeterminadas, ya están más allá de la bancarrota: es que con la baja de las tasas de interés por las contribuciones que manejan necesitarían aumentar sus fondos de sustentabilidad en varias veces para poder pagar los retiros establecidos. Para resumir, la carga fiscal potencial del Estado norteamericano no tiene soporte. No porque el fondo de capital en los Estados Unidos para solventar la deuda del Estado no sea suficiente -por el contrario, la crisis ha creado una abundancia de capital en forma de liquidez-, sino porque ese capital no bancaría asumir el riesgo que conlleva la deuda pública. Hoy mismo, la deuda americana se solventa solamente en un 53% con capital interno –el 47% es exterior y saldría por la puerta de emergencia ante el primer síntoma de colapso. A esto se refieren los economistas cuando aseguran que cualquier despiste de ruta podría transformar a las nuevas manifestaciones de recesión en una depresión.

Los llamados países emergentes no pueden contrarrestar esta tendencia a partir solamente del comercio de materias primas que motoriza la demanda de China, porque esta misma demanda está siendo afectada por el nuevo retroceso de los países centrales. Otra

cosa sería si la demanda de China estuviera sustentada en un vigoroso desarrollo de su mercado interior, con independencia del capital internacional. Pero lo que ocurre es que el capital internacional quiere colocar su excedente de producción y de capitales en China. Sería una tercerización de su actividad en los países centrales, con la consecuencia de un violento crecimiento de la desocupación en ellos. Por otro lado, la demanda de China y del resto de los emergentes se encuentra en gran parte fogoneada por los capitales especulativos y la acumulación de reservas de moneda extranjera, que se extinguirían como consecuencia de otro derrumbe financiero en los países centrales. La salida a este derrumbe plantea una reorganización social en gran escala; entrañará un gigantesco retroceso social si se produce en los marcos capitalistas.

Notas

1. *Financial Times,* 12/7/2010

2. *Project Syndicate,* 16/7/2010

3. *Ambito,* 16/7/2010

4. Jorge Altamira; “Gambeta china”, *Prensa Obrera* Nº 1.134, 24/6/2010

5. *El País,* 17/7/2010

Bancarrotas fiscales, crisis políticas, rebeliones obreras

Resolución política del Secretariado Internacional de la CRCI

En Defensa del Marxismo N° 39
10 de julio de 2010

El fracaso de los rescates estatales

1. La bancarrota capitalista internacional ha ingresado, definitivamente, en una fase aún más explosiva que la de septiembre de 2008, cuando la quiebra de Lehman Brothers amenazó con producir un colapso del conjunto de la economía mundial. La gigantesca operación de rescate al sistema bancario que siguió a esa quiebra ha desembocado en una crisis fiscal sin precedentes y en una inminente situación de cesación de pagos de numerosos Estados.

Quedaron así al desnudo las limitaciones insalvables de la intervención estatal para rescatar a la economía mundial de la bancarrota capitalista y, concretamente, para recomponer las mismas bases que produjeron su estallido. La gigantesca emisión de moneda, por parte de los bancos centrales, para socorrer al sistema financiero, ha servido para 'apalancar' –o sea, para financiar un nuevo proceso especulativo. Con tasas de interés oficiales cercanas a cero, los fondos financieros se volcaron a las Bolsas, las materias primas y al mercado de títulos públicos para inflar sus balances deteriorados con ganancias especulativas. El sistema fiscal fue forzado a incurrir en un nuevo endeudamiento para absorber los fondos generados por los rescates. Los llamados 'estímulos' del Estado para neutralizar la recesión fueron financiados por medio de este mecanismo especulativo. La deuda pública de Estados Unidos, por ejemplo, pasó del 40 al 100% del PBI y en España, del 30 al 80%. En lugar de 'limpiar' de sus balances los 'activos tóxicos' (incobrables), en especial los créditos hipotecarios en un mercado que sigue cayendo, los bancos incorporaron nuevos activos de esas características –ahora los títulos públicos. La insolvencia fiscal es un producto de este financiamiento parasitario, y no al revés (o sea, que este financiamiento fuera una operación de rescate de Estados insolventes). Basta para demostrarlo la carga enorme de pérdidas que están provocando, en las regiones italianas y los estados norteamericanos o alemanes, los contratos de productos derivados que cargan en sus presupuestos.

La bancarrota fiscal se ha fusionado con una nueva crisis financiera: ha crecido el volumen de 'activos tóxicos' en poder de los bancos y

el financiamiento a mediano o largo plazo con deuda contraída a corto plazo (conocido como "descalce"). Los planteos de ajuste fiscal constituyen un reconocimiento de la bancarrota. Pero este ajuste fiscal, que apunta a liquidar derechos conquistados por los trabajadores, no se aplica a los gastos juzgados de 'interés nacional' como los militares, que han aumentado. Los bancos centrales han ingresado en una nueva ronda de emisión de moneda para rescatar otra vez a los bancos, ahora de la insolvencia fiscal. Es lo que ocurre con la compra de deuda pública en poder de los bancos por parte del Banco Central Europeo. Los países de la 'zona euro' y del FMI han comprometido 900 mil millones de euros para evitar el 'default'. De este modo, un conjunto de Estados en estado efectivo o potencial de 'default' pretende rescatar a otros que se encuentran en una situación más apremiante. La contradicción que encierra este operativo está demostrada en el hecho de que no se trata de un aporte efectivo a un fondo de rescate, sino de una declaración de garantía para el caso de que tenga efectivamente lugar una cesación de pagos. En resumen, todos los Estados se siguen endeudando a tasas de interés cada vez mayores, financiados por la emisión de dinero de los bancos centrales.

A la bancarrota bancaria se ha sumado la bancarrota fiscal. En lugar de eliminarla o reducirla, la 'pirámide' especulativa del endeudamiento de bancos y Estados ha crecido todavía más. La intervención estatal, en lugar de neutralizar o contrarrestar la bancarrota capitalista, le ha dado un nuevo impulso. Es esta intervención del Estado la que ha sido saludada por el izquierdismo burgués como una reacción al régimen 'neo-liberal' o como una negación estatal del mercado. El Estado, sin embargo, no ha intervenido contra el mercado sino en su socorro; no como un poder exterior al capital sino como otro engranaje de la acumulación capitalista. En lugar de forzar al capital a aceptar una 'quita' sobre sus activos valorizados en forma ficticia, aplica esa 'quita' a los explotados en un intento de rescatar el capital ficticiamente inflado por la especulación. En lugar de liquidar el capital excedente y reordenar las proporciones entre el capital acumulado, de un lado, y la capacidad adquisitiva del consumo, del otro, ha incrementado la desproporción entre uno y otro, mediante

el 'estímulo' a nuevos gastos de inversión. Ha autorizado que los bancos contabilicen sus activos incobrables a sus precios de adquisición, y no a los precios desvalorizados de mercado, para mantener una pléyade de 'bancos zombis', sostenidos por fondos públicos o emisión de moneda, y ha bloqueado el mecanismo capitalista de la quiebra y el 'default' y la 'quita' de los Estados. Se trata de un intento de socorro del sistema 'neoliberal', negando los principios básicos del capitalismo y del 'neoliberalismo. Pero al operar de esta manera, impide la recreación del crédito y una salida capitalista a la crisis. Al vetar el default estatal, ha creado 'Estados zombis', que deben ser tutelados como protectorados por otros Estados.

Al separar las esferas 'públicas y privadas', como si no fueran dos caras de la misma moneda, ocultando con ello los lazos indisolubles entre ellos en el engranaje de la acumulación capitalista, la izquierda que se reivindica marxista contrabandea un keynesianismo que ha sido completamente refutado en el desarrollo de la propia crisis. El keynesianismo, sin embargo, no pretende prevenir la bancarrota financiera, u ofrecer una salida 'no ortodoxa' a esa crisis, sino que es un planteo para la superación de la depresión económica creada por esa bancarrota, o sea –cuando la bancarrota ya ha sido consumada. La bancarrota capitalista, sin embargo, no puede ser superada, dentro del marco capitalista, sin una depuración del capital sobrante en todas las esferas. El Estado capitalista tiene la posibilidad de proceder a esta depuración mediante nacionalizaciones que impongan una 'quita' al capital excedente y permitan proceder a una reestructuración parcial del capital, apelando al recurso de una planificación igualmente parcial. Pero esta alternativa, que supone que el Estado se coloca en forma excepcional por encima de las clases, lleva la crisis capitalista al plano político: por un lado, porque convierte a la competencia entre capitalistas en una lucha entre Estados rivales y, por otro lado, porque supone una movilización parcial de las masas y una agudización de la lucha de clases (la hija del fascistoide Le Pen acaba de proponer una alianza de Francia, Alemania y Rusia contra Estados Unidos). Por una vía u otra, la crisis capitalista, en especial cuando tiene un alcance mundial, plantea la creación de situaciones revolucionarias. La caracterización del derrumbe capita-

lista mundial se ha convertido, por su carácter estratégico, en la delimitación política fundamental en el campo de la clase obrera y de la izquierda.

La crisis bancaria se profundiza

2. La crisis bancaria ha generado una crisis fiscal, y no al revés. La crisis fiscal ha acentuado la crisis bancaria y reabierto la crisis monetaria. A pesar de la gigantesca inyección de fondos públicos, la oferta monetaria global –el crédito– ha disminuido. En los últimos meses, los bancos han vuelto a dejar de prestarse entre sí –como ocurriera en septiembre de 2008. Estamos ante el principio clásico de la deflación en un marco, sin embargo, de devaluación de las monedas (como lo prueba la cotización del oro), o sea de inflación. Las dos décadas de crisis de Japón ya han demostrado que la emisión monetaria (la deuda pública de Japón es del 250% de su PBI) no contrarresta la deflación. La deflación agrava la crisis porque revaloriza las deudas y los créditos, o sea que aumenta la insolvencia, es decir que desarrolla nuevos factores de impasse.

La declaración de cese de pagos de la deuda pública de Grecia se da por descontada; lo mismo vale para España y Portugal –aunque aquí la prioridad la tienen las quiebras bancarias. Pero la zona euro recibiría un golpe decisivo si se concretaran estos ‘defaults’. La crisis fiscal se ha extendido, dentro de las naciones, hacia los Estados locales o regionales –catorce estados en Estados Unidos (en primer lugar California), las entidades autónomas en España, los entes locales en Italia, e incluso algunos estados en Alemania–; existe la posibilidad de la cesación de pagos fiscal, al interior de los Estados nacionales. Los Estados en situación de ‘default’ evitan usar el paquete de garantías de la zona euro para no delatar esta condición, y para evitar que sus bancos acreedores se vean obligados a dar por perdidos sus créditos y tengan que ir a la quiebra. El paquete, concebido para rescatar los títulos públicos en manos de los bancos, acentúa, sin embargo, potencialmente la quiebra bancaria. Nada muestra esto mejor que la decisión de la Comisión europea de someter a un centenar de bancos a una ‘prueba de resistencia’ en es-

cenarios de crisis -cuyos resultados, naturalmente, serán falsificados. La utilización del paquete de la Comisión Europea y el FMI por parte de un Estado que caiga en 'default' desplaza los derechos de cobro de los bancos en beneficio de los Estados que han suscripto ese paquete. Además, las deudas entre Estados deben ser pagadas en forma integral, no admiten quitas. Esta prioridad para los Estados prestamistas desvaloriza de inmediato las tenencias en poder de los bancos. El rescate de un Estado que declare la cesación de pagos se convierte en un nuevo episodio de la insolvencia de los bancos. Ese rescate público europeo no es, entonces, tal. En Europa, los bancos con mayor proporción de créditos incobrables son los alemanes, franceses y españoles (los 'activos tóxicos' de los bancos alemanes alcanzan a casi 300 mil millones de euros). O sea que la crisis no está concentrada en la 'periferia' sino en el 'centro'. No sorprende que se encuentre cuestionada la sobrevivencia del euro y de la Unión Europea. Para enfrentar esta posibilidad, la Comisión europea ha lanzado un plan de liquidación de bancos menores o públicos para ser acaparados por los grandes bancos con financiamiento de los bancos centrales. Es lo que ya ocurre con las Cajas, en España, cuya mayor parte será absorbida y transformada en bancos; con los Landesbank en Alemania e incluso con bancos semi-privados en Francia. Cada país debe someterse a una directiva supra-nacional –como lo reiteran cotidianamente el español Zapatero y la CiU, el partido de la gran burguesía de Cataluña, cuyos votos permitieron la aprobación del 'ajuste' en ese país. La Unión Europea va tomando, en forma más definida, el carácter de un protectorado bajo la batuta del capital alemán. Pero esta perspectiva entra en contradicción con la tendencia al 'default' de varios países y la posibilidad de su salida 'transitoria' de la zona euro, y con las crisis políticas que se extienden por las naciones europeas (Francia, Grecia, España, Italia, Alemania) y las luchas crecientes de los trabajadores. La combinación de ambos factores plantea la perspectiva de una disolución de la zona euro y de la Unión Europea. Esta tendencia disolvente se manifiesta ya en los choques al interior de numerosos Estados, entre los gobiernos locales y el nacional –como ocurre con el nonato 'federalismo' de Berlusconi-Bossi; con los Länder, en Alemania, y con la autonomía de Cataluña.

El reciente derrumbe del euro, en abril-mayo, ya es considerado el segundo episodio del tipo de Lehman Brothers, el cual, en septiembre de 2008, estuvo a punto de provocar la dislocación del sistema bancario. La repetición de un momento disolvente en el desarrollo de la presente crisis atestigua su carácter sistémico y catastrófico. La remontada posterior del euro y el aparente congelamiento del default de las naciones europeas afectadas han sido el resultado de una intervención pactada de China, que ha salido al socorro de varios bancos españoles (compra de bonos) y de una transferencia, por parte de ella, de activos en dólares a euros (acompañado por la flotación del yuan). China se ha convertido en árbitro de la desvalorización del dólar y el euro, y por eso exige el derecho a comprar empresas industriales. Bien mirado, sin embargo, China, con el rescate del euro, se ha convertido en un rehén de las desvalorizaciones de monedas en las que tiene invertidos más de dos billones de dólares. China ha sido arrastrada aún más a la crisis mundial. Entramos en un estado superior de la crisis: una crisis monetaria generalizada. La superación histórica del impasse de la Europa capitalista es la destrucción de la Unión Europea, que se convierte de cada vez más en un régimen de protectorado, y su reemplazo por los Estados Unidos Socialistas de Europa -desde el Atlántico a Rusia.

Estados Unidos, siempre en el centro de la tormenta

3. Aunque la crisis de las deudas soberanas han convertido a Europa en el centro aparente de la crisis mundial, ese centro sigue localizado en Estados Unidos. Su endeudamiento, nacional e internacional, público y privado, no solamente es creciente: es insuperable. En los meses recientes quedó expuesto el fracaso de su programa de ‘estímulos’ y subsidios bancarios, ahora hay pronósticos del ingreso a una “doble recesión”, luego de la primera, de finales de 2007 a mediados de 2009. La tasa oficial de desocupación, 9,5%, está groseramente subestimada, pues no tiene en cuenta a las personas que han dejado de buscar trabajo, como a aquellas que están forzadas a trabajar tiempo parcial. El dato más contundente del impasse de Estados Unidos frente a la crisis es el continuo derrumbe del mercado hipotecario, lo que desencadenó la crisis, y que fue el objeto de las

mayores operaciones de rescate. Las agencias hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac, con alrededor de cinco billones de dólares en garantías hipotecarias, fueron primero nacionalizadas y, recientemente, retiradas de la Bolsa, cuando sus acciones cayeron por debajo del dólar. O sea que estas agencias se encuentran en bancarrota por sumas que superan a la deuda del conjunto de los Estados de la Unión Europea. Pero en ellas están invertidas la mayor parte de las reservas de los países acreedores de Estados Unidos. Una bancarrota formal de F & F llevaría la deuda pública norteamericana a un 140% del PBI; lo mismo ocurre con los sistemas de pensión estatal, que se encuentran completamente desfinanciados. La propuesta del Partido Republicano -privatizar F & F y liquidar los sistemas estatales de pensiones y de salud- no solamente sería un golpe descomunal contra las masas, sino que también obligaría al Estado a hacerse cargo de sus deudas. Informes recientes dan cuenta de que dos grandes bancos, Wells Fargo y Wachovia, absorbidos luego por otros bancos, han estado lavando dinero de los cárteles de México por alrededor de 500 mil millones de dólares –o sea que ni el dinero criminal los ha salvado de la bancarrota.

El financiamiento de la deuda pública de Estados Unidos (el mayor del mundo) por parte de capitales internos y externos se torna a cada momento más difícil. Observadores e historiadores vaticinan el default de su deuda –bajo la forma de una devaluación del dólar, o sea del 70% de las reservas internacionales. El derrame descomunal de petróleo provocado por British Petroleum en el Golfo de México (la prueba del saqueo ecológico por parte del capital, forzado a reducir costos para contrarrestar la caída de su tasa de beneficio) va camino a convertirse en un gran disparador de una nueva etapa de la bancarrota financiera –por un lado, por los efectos que acarreará su quiebra, como los golpes que el derrame ha asestado al conjunto de la industria petrolera mundial. La tendencia que opera a favor del derrumbe del dólar neutraliza la desvalorización de las divisas rivales y puede provocar devaluaciones en cascada y el aumento cualitativo de la guerra comercial. En Estados Unidos, más que en ningún otro lado, el Estado se enfrenta al imperativo de proceder a una quita del capital existente, sea por la vía caótica de la inflación o por un rees-

calonamiento de la deuda pública –es decir una suerte de 'default'. El período de vencimiento promedio de la deuda pública norteamericana se ha reducido a los seis meses.

La crisis mundial, una transición histórica

4. Las contradicciones al interior de Europa no se desglosan de la crisis mundial. La devaluación del euro en el curso de 2010 ha inaugurado una nueva fase de una guerra monetaria que viene desde el derrumbe del dólar en la década de los 70 y el colapso del acuerdo de Breton Woods de 1945.

En el centro de la crisis monetaria se encuentra el dólar, debido a las descomunales necesidades de financiamiento fiscal de Estados Unidos. El dólar ha sido respaldado hasta ahora por una continua acumulación de reservas por parte del resto de las naciones. Como se ve, esta acumulación (de la que se jactan los Lula, Kirchner o Correa) no es una señal de solvencia, sino la contrapartida de un derrumbe potencial del dólar. La demanda de dólares que sostiene esta situación es otra forma de subvención estatal al capital atrapado por la crisis. La acumulación artificial de reservas ha convertido a los países que las poseen en rehenes de la política monetaria de Estados Unidos: una devaluación del dólar significaría una descomunal pérdida de valor de las reservas, que suman entre seis y ocho billones de dólares, principalmente en manos de China, Japón y Alemania. La disputa por el destino de estas reservas está asociada a una lucha por un nuevo reparto de mercados. En tanto China quiere convertir sus reservas en activos de capital en el resto del mundo, y en especial Estados Unidos, estos pelean por un acceso en mayor escala en el mercado de China. China, como todos los países con reservas internacionales elevadas, exporta capital en la forma de dinero e importa capital en forma productiva. Las enormes reservas de dólares en China constituyen una garantía oficial de China para esas inversiones extranjeras. O sea que las tenencias financieras en dólares, por parte de China, financian las inversiones norteamericanas en este país. Se trata, en principio, de una relación de dependencia, que la bancarrota capitalista (guerra monetaria por una revaluación de la

moneda de China) solamente ha puesto en evidencia. La lucha por la reestructuración del mercado mundial es un aspecto decisivo de la presente crisis mundial. Esta confrontación es una semilla de nuevas guerras.

Estas tendencias disolventes hacen añicos las pretensiones de "coordinación internacional" de los Estados capitalistas, que arranca de la propia incapacidad del capital y de sus Estados para 'coordinar' sus contradicciones. Se estima que la sobrecapacidad de producción, en el conjunto de la economía mundial, es de cerca de 200 (índice 100), o sea el doble, mientras la capacidad de consumo ha caído, en el curso de la crisis, a alrededor de 70 –es decir que el potencial destructivo de la crisis no tiene paralelo en la historia. Por medio del desarrollo del crédito y, en definitiva, del capital ficticio (que se autonomiza del capital productivo sobre el cual se basa), el capital ha procurado superar sus propios límites para estrellarse, como en el pasado, ante un muro infranqueable de mayor porte económico y de mayor alcance histórico. Ha procurado valorizarse por encima del trabajo socialmente necesario para ello, o sea ficticiamente. La crisis es la manifestación de la vigencia de la ley del valor, que preside todo el desarrollo capitalista. La devaluación del conjunto de los capitales mundiales frente al oro, en el orden del 85% (un proceso que se encuentra en pleno desarrollo), mide el nivel de 'ficticiación' del capital que precedió a la presente crisis. En este sentido, la bancarrota capitalista mundial representa el desenvolvimiento de una transición histórica al socialismo o a la barbarie. Cuando los teóricos del reformismo y del centrismo concluyen que después de la presente crisis "el capitalismo ya no será como era", no sólo baten todos los registros conocidos de frases vacías y exponen su hostilidad al socialismo, sino que además, evitan decir que ese capitalismo ignoto será más bárbaro. Pretenden que podría retornar el capitalismo que siguió a la segunda guerra mundial, es decir una repetición de la historia. Pero el capitalismo de posguerra fue condicionado por la victoria de revoluciones enormes –y, además, duró muy poco, no 'treinta años gloriosos', como dicen sus apologistas, sino apenas doce, desde 1956, cuando se recuperó el nivel de preguerra, hasta 1968, cuando fue declarada la inconvertibilidad de facto del dólar al

oro. En el medio, entró en decadencia el imperialismo inglés ya que sus ex colonias enfrentaron crisis revolucionarias y Francia atravesó diferentes crisis de alcance histórico, desde el golpe bonapartista de 1962 hasta el levantamiento de Mayo del '68. La bancarrota capitalista actual es solamente el episodio gigantesco de una crisis mundial que atraviesa el medio siglo.

La restauración capitalista y la crisis mundial

5. ¿Puede China (y el resto de los llamados Bric –Brasil, Rusia e India) "salvar al mundo"? Es confundir el número de habitantes de un país con las condiciones de un marco social definido. Si China pudiera abrir un período de realizaciones sociales progresivas del capitalismo, ya los habrían conseguido la India e Indonesia. Lo mismo vale para su capacidad para limitar o atenuar las crisis mundiales; en realidad ha acentuado esta incapacidad. La restauración del capitalismo en China supone, en principio, la apertura de una enorme posibilidad al capital mundial; sin embargo, hasta ahora ha acentuado las tendencias a la crisis, al acrecentar mucho más la capacidad de producción que el desarrollo del mercado para absorberla. La restauración capitalista ha eliminado las posibilidades de una transición económica al capitalismo basada en una clase media agraria (el campo es el mayor mercado potencial de China) -como, salvadas las distancias, ocurrió en Estados Unidos en el siglo XIX. En la transición norteamericana se produjo un reparto de tierras fiscales gratuito; en China hay un proceso de confiscación de tierras inmensamente carísimo para la masa rural que se encuentra en posesión de ellas. El proceso económico de China es confiscatorio de las masas rurales por parte del capital internacional y por parte de la burocracia que transita hacia la condición de clase capitalista intermediaria del capital extranjero. Ha desarrollado prematuramente las características parasitarias propias del capital ficticio (el 60% del crédito está concentrado en la especulación inmobiliaria de lujo); gran parte del capital controlado por el Estado es insolvente. La restauración capitalista enfrenta un mercado mundial en retracción, con relación a la capacidad productiva acumulada. Las fuerzas endógenas, agrarias, son históricamente más

débiles, respecto de los protagonistas de procesos similares hace siglo y medio atrás, que las fuerzas externas actuales corporizadas en el capital mundial y que las fuerzas del proletariado (el de mayor concentración del planeta). En definitiva, la transición de China de un Estado transitorio no capitalista hacia una restauración completa del capital tiene lugar en un período de decadencia del capitalismo, no de ascenso. La restauración capitalista se ha de caracterizar, cada vez más, por crisis políticas, luchas de masas agrarias y proletarias, y revoluciones.

La crisis mundial se ha desarrollado, desde los años '70, de una manera desigual, y esto ocurre ahora también cuando la crisis tiene un carácter generalizado. Los 'estímulos' fiscales y la inyección de dinero de rescate para los bancos han provocado una reactivación temporal de la economía, que se ha manifestado en forma más acentuada en la mayoría de los 'países emergentes'. Luego de una fuerte recesión en 2008, han logrado recuperar sus niveles económicos a partir de 2009. Esto ha llevado a los 'analistas' a pronosticar que los 'emergentes' traccionarían al conjunto de la economía mundial. Se trata de un despropósito. Esto no ocurrió ni siquiera en la "gran recesión" de 1873-90, cuando comenzó una ola de inversiones de Europa a la periferia y el reparto del mundo entre las principales potencias. La perspectiva es más bien la contraria: que las metrópolis arrastren a los 'emergentes' a una nueva recesión de mayor alcance que la anterior. Es que la 'bonanza' reciente reposa en los mismos factores especulativos que han entrado en crisis en las naciones desarrolladas. Los precios de las materias primas han comenzado a retroceder, en muchos casos. De otro lado, la reactivación de los 'emergentes' ha sido incentivada por el ingreso de capitales especulativos espoleados por la emisión monetaria en los países centrales. Varias de estas naciones han comenzado a instaurar un control al ingreso de capitales. Estos países están importando la política monetaria de Estados Unidos y Europa. Son objeto de un 'carry trade', que toma prestado a tasas de interés irrisorias para invertir en operaciones que pagan tasas muy superiores. En esta fase ulterior de la crisis mundial, los llamados 'emergentes' están creando la 'burbuja' financiera que hizo estallar la crisis en las metrópolis en junio de 2007. La situación de los 'emergentes' está muy bien

definida por el hecho de que la mayor parte de ellos sufre una salida de capitales igual o superior al que ingresa. La especulación inmobiliaria en China o la del crédito al consumo en Brasil, por ejemplo, plantean un episodio bancario en gran escala o la entrada en una nueva recesión. El desarrollo de la crisis mundial ha acentuado la dependencia de los llamados 'emergentes' respecto a los centros del capitalismo mundial. La acumulación de reservas, por parte de los 'países emergentes', no constituye una formación de capital capaz de generar la correspondiente tasa de beneficio, sino un adelanto de riqueza que financia el rescate del capital mundial.

Crisis políticas generalizadas

6. Esta nueva etapa de la bancarrota capitalista se caracteriza también, junto al estallido de la crisis fiscal, por una secuencia de crisis políticas en las naciones centrales, que van desde Japón a Estados Unidos, con centro en la Unión Europea. Estas crisis están acompañadas con movilizaciones populares crecientes. En Italia, España y Grecia se discute el adelantamiento de las elecciones parlamentarias. El eje de estas crisis es la implementación del 'ajuste' fiscal en detrimento de los gastos y derechos sociales, y de los rescates bancarios, toda vez que Alemania impulsa la liquidación de la mediana banca europea en beneficio de la banca alemana y sus asociados. Con independencia del carácter por el momento más o menos limitado de estas crisis políticas, sirven para demostrar que la bancarrota capitalista no se limita a un fenómeno económico, incluida la crisis fiscal. Esa bancarrota mina las bases financieras del Estado, se convierte en una crisis de dominación política y altera la orientación prevaleciente de cada una de las clases sociales. Lo subjetivo emana de lo objetivo; la conciencia social se modifica con las alteraciones que sufre la existencia social; el encadenamiento de los seres humanos a sus propias condiciones entra en crisis con la crisis de estas condiciones. Estamos ante otro gran punto de delimitación en la izquierda, para la cual la crisis mundial es inocua para el proceso político, al cual entiende como un enfrentamiento (abstracto) entre posiciones alternativas abstractas, que son ajenas al carácter histórico (transicional) de la crisis capitalista.

En Francia y en Italia están en proceso de desintegración dos alternativas que emergieron para modificar el régimen político vigente e instaurar formas de dominación bonapartista, o sea antiparlamentarias. La izquierda centrista y reformista, en Italia y Francia, había caracterizado las victorias de Berlusconi y de Sarkozy, respectivamente, como un retroceso histórico de la clase obrera y una derechización de las masas que abría el camino a un bonapartismo estructural, ignorando en esta caracterización a las distintas manifestaciones de rebeldía popular. Resulta obvio que habían excluido, en esa caracterización, la labor disolvente de la crisis mundial. Ahora, sus propios partidos se encuentran divididos, en especial en Italia, mientras pululan en ellos las conspiraciones por su derrocamiento (Fini, Villepin). Sarkozy y Berlusconi son acosados por sus propias burguesías, con la imputación de incapacidad para hacer el 'ajuste' fiscal (incluido el remate de las propiedades culturales y la privatización) y atacar a fondo las condiciones laborales. La posibilidad de un adelantamiento electoral en Grecia responde a la intención oficial, luego de llegar al gobierno con un programa de progreso social, de obtener un nuevo mandato de las urnas, ahora de apoyo al programa de la Unión Europea, para oponerlo a la resistencia de los trabajadores al ignominioso 'ajuste' de los gastos sociales. En España, Zapatero ha prolongado por un tiempo su agónico gobierno gracias al apoyo provisorio de la gran burguesía de Cataluña a su plan de 'ajustes' y, en lo fundamental, al esfuerzo político de la burocracia de los sindicatos por controlar una rebelión popular. En los años '30, la crisis mundial derribó en España no solamente al gobierno sino a la propia monarquía. El destino de los Papandreu, Zapatero, Berlusconi y Sarkozy depende de la crisis mundial. Al margen de estas crisis evidentes, se procesó otra más explosiva -la del gobierno de Merkel, en Alemania, que ha quedado en minoría en el Senado al perder las elecciones recientes en el Estado de Renania del norte. En la casi totalidad de los países europeos, la crisis política de los gobiernos enfrenta una crisis política mayor de las oposiciones de turno. Esto caracteriza a una crisis de régimen. Basta señalar que el opositor mejor cotizado de Sarkozy, en Francia es el director general del FMI o, en Italia, el presidente de la Cámara berlusconiana. Hace pocas horas, la mayor manifestación independista en la historia de Cataluña expulsó de la

cabecera a los representantes socialistas y nacionalistas, o sea a todos los representantes de esa nación. Este hecho, lejos de representar una ausencia de alternativas, plantea la necesidad y ofrece la posibilidad de una alternativa obrera y socialista. Las vísperas de una crisis revolucionaria se caracterizan siempre por el extremo inmovilismo del régimen de turno.

Asistimos a una crisis política del conjunto de la Unión Europea, como lo testimonió la dilación para intervenir en la crisis griega, lo que llevó a una duplicación del paquete de rescate a Grecia y al establecimiento de otro paquete para toda la zona euro. El acuerdo para ese rescate fue impuesto por la intervención de Obama, cuya prioridad en ese momento era evitar la caída de Zapatero. Se volvió a manifestar, en el curso de la crisis, la dependencia de la Unión Europea con Estados Unidos. La crisis política y los planes de austeridad ponen de manifiesto la actualidad de la reivindicación planteada por la CRCI en su congreso de fundación: "Abajo los gobiernos del capital, por un gobierno de trabajadores para los Estados de Europa".

La clase obrera levanta la cabeza

7. La novedad más importante de esta nueva etapa de la crisis mundial son, sin lugar a dudar, las movilizaciones generalizadas de trabajadores en Europa y, por sobre todo, las huelgas en las grandes fábricas del sur de China. Los paros generales de 24 horas resueltos por las burocracias sindicales han sido impuestos por la presión de la crisis y el descontento general de la población. Se trata de un método que no puede llevar a la victoria. Los seis paros generales en Grecia no han torcido el brazo al gobierno `socialista´ de Papandreu; y lo mismo vale para las movilizaciones cada vez más numerosas en Francia. La burocracia de los sindicatos procura, por esta vía, encauzar la rebeldía popular y preservar a los gobiernos de turno. Ni siquiera plantea el retiro sin condiciones de los planes de austeridad, sino su negociación, como si esto no fuera otra cosa que una capitulación disfrazada. Precisamente en Italia, las tres centrales derechistas aceptaron (e incluso promovieron) el plan de flexibilidad de Marchione-Fiat en la planta de Pomigliano, con el pretexto de que sería

la vía para recuperar puestos de trabajo. La victoria del plebiscito convocado con este fin por la patronal demostró el terreno ganado por la burguesía.

A pesar de la enorme presión ejercida por el conjunto de las fuerzas políticas de la burguesía y por las centrales obreras burocráticas, casi el 40% de los trabajadores de la Fiat de Pomigliano han tenido el coraje, sin embargo, de responder con un "No" al acuerdo. Esto es más significativo incluso en la medida en que la propia central de "izquierda", la CGIL (que había criticado el acuerdo), llamó abiertamente a votar por el Sí en el referéndum. En este punto se contrapuso a su "sindicato de rama", la Fiom, que rechazó el acuerdo y apareció como la verdadera triunfadora política de la confrontación con la patronal. La satisfacción de la clase obrera por el resultado, tan grande como inesperado, del "No" se reflejó en la amplia y combativa participación del proletariado de las fábricas, en primer lugar las metalmecánicas, en las movilizaciones asociadas a la huelga general convocada por la CGIL contra la política del gobierno, apenas tres días después de la realización del referéndum. Pero, a pesar del rechazo a las propuestas de la Fiat y el enfrentamiento con la dirección de la CGIL (implícita en Pomigliano y explicita en el reciente congreso de la confederación), ni siquiera la dirección de la Fiom ha sido capaz de ofrecer una dirección y una perspectiva a la combatividad obrera. Para la patronal de Italia, el acuerdo flexibilizador es la única vía para generalizar el plan Marchione al conjunto de la clase obrera. La necesidad que tiene la burguesía de contar con el concurso de la burocracia sindical, es una manifestación indirecta de la resistencia de los trabajadores. Los sindicatos europeos han llamado a una jornada de protesta para una fecha tan lejana como el 29 de septiembre. En este marco, la huelga indefinida del metro de Madrid, votada en asamblea general apenas conocida la rebaja de sueldos decidida por las autoridades, ha puesto de relieve el factor de fondo de todas las movilizaciones obreras, a saber: el desencadenamiento de la fuerza elemental del proletariado, la única que puede barrer, tanto a los planes de austeridad como a la burocracia de los sindicatos. Los planes encuadrados de la burocracia sindical son desafiados por la acción directa de las masas. El giro que se ha producido en la resistencia popular en Europa queda en evidencia cuando se la compara con las mo-

vilizaciones de los Fórums Sociales contra la globalización, que en ningún momento lograron involucrar a la clase obrera como tal.

Contrariamente, con la generalización de las luchas obreras, el movimiento antiglobalizador ha desaparecido como factor político. Su principal reclamo, una tasa impositiva al movimiento financiero, ha sido tomado ahora por una fracción de éste para establecer un fondo de rescate para los bancos que quiebran. Los partidos y representaciones de los Fórums Sociales se han desintegrado en el curso de la crisis y la mayor parte de ellos se han pasado al campo del capital y de sus gobiernos. El desarrollo de la crisis y de la lucha de clases ha dejado al desnudo los límites insalvables de los movimientos pequeño-burgueses que reivindican el anticapitalismo sobre la base de las relaciones sociales capitalistas.

El desencadenamiento de la fuerza elemental del proletariado tuvo su manifestación contundente en las recientes huelgas en China y en otras naciones de Asia. No sorprende, porque se trata de un proletariado joven, de reciente emigración rural, que no ha pasado por una secuela histórica de derrotas ni por la domesticación de la burocracia de los sindicatos. Cuenta, sin embargo, con una tradición histórica revolucionaria relativamente reciente, y viene de las filas de insurrecciones rurales contra las expropiaciones de la burocracia estatal. Emerge en una sociedad convulsionada por la restauración del capitalismo y en un período de transición entre diversas formas de explotación social. Esas huelgas han producido enseguida comités de fábrica, en el marco de una dictadura que castiga en forma severa cualquier manifestación independiente. El reclamo del establecimiento de convenciones colectivas de trabajo y sindicatos independientes del Estado es incompatible con el régimen político vigente, y su desarrollo implicaría un principio de doble poder. En las filas de los huelguistas ya han aparecido todos los matices de la oposición típicamente obrera: desde el planteo socialdemócrata de un régimen laboral en el marco de un régimen político que inserte en su seno formas semi-representativas de gobierno (una tendencia que se emparenta con la oposición dentro del Partido Comunista, que reclama una acentuación de los límites a la restauración capitalista, con el ale-

gato de que llevaría a un retorno del status semicolonial de China), hasta una oposición obrera francamente revolucionaria. La dialéctica entre Rusia y América, que permitió a los socialistas del siglo XIX pronosticar la inminencia de una revolución en Rusia, se reproduce ahora con China (pero esta vez para sustentar una perspectiva revolucionaria también en América, tanto por su simbiosis económica con China como por los desafíos revolucionarios en su patio trasero).

La transición a la barbarie

8. La bancarrota capitalista no solamente es la expresión más aguda de un largo período de crisis capitalista; también irrumpe en una sociedad inmersa en guerras y rebeliones populares, en catástrofes y barbaries. La bancarrota internacional potencia la descomposición del capitalismo que la precede. Representa una carga adicional para las masas y para los propios Estados. La finalización de la 'guerra fría' no ha resultado en una pacificación internacional, sino en el incremento potencial de las guerras imperialistas contra las naciones más débiles. Este solo hecho refuta la pretensión de que la disolución de la URSS y la restauración capitalista en los países de economía estatizada representen un paso progresivo en el desarrollo social. Desde la guerra contra la ex Yugoslavia, las guerras se han ido desencadenado de unas a otras y ahora amenazan con un holocausto contra Irán y la limpieza étnica final contra la nación palestina. Mientras somete a los pueblos a horrores infinitos, el capitalismo mundial va cavando más hondo su propia tumba. El imperialismo no cuenta con la fortaleza histórica y el aval social para desatar una tercera guerra mundial. Antes deberá someter a las masas con el método de la fascistización. La posibilidad de ganar estas guerras en forma aséptica, con economía de recursos materiales y humanos, apelando a la guerra aérea y a la conscripción militar voluntaria ha fracasado. La Otan se encuentra empantanada en todos los terrenos en que se ha desplegado: la ex Yugoslavia, Irak, Afganistán y la ex Asia soviética. Es claro, en esta disposición de fuerzas, que el objetivo estratégico es la colonización del ex espacio soviético y de China, para lo cual cuenta con la complicidad parcial de las burocracias restauracionistas. Pero la palabra de orden del imperialismo ante este impasse es: "surge" (incremento militar). La crisis de la empresa bélica del impe-

rialismo norteamericano ya ha sumido al gobierno de Obama en una crisis insuperable; y lo mismo ocurre con los gobiernos 'aliados', que se ven obligados a retirar tropas tanto por la crisis económica como por la resistencia popular, en especial en Europa. La CRCI plantea convertir a todas estas guerras en una tumba del imperialismo para acelerar, de este modo, el proceso de la revolución social. Urge impulsar movilizaciones por el retiro militar incondicional del imperialismo de todos los países, y apoyar a las fuerzas nacionales que lo combaten al mediante la movilización y la lucha armada de las masas. En estas condiciones, repite su crítica al terrorismo político, que de un modo general tiene un carácter sectario y golpea sobre todo a las masas populares.

La izquierda en el laberinto de la bancarrota

9. La bancarrota capitalista ha dejado expuesta la bancarrota de la izquierda democratizante en todo el mundo. Luego de transitar por los gobiernos de Prodi-Bertinotti y de Lula, el llamado "Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional" acaba de votar favorablemente, junto al Bloque de Izquierda de Portugal (integrado, además, por reformistas y maoístas), la contribución de este país al fondo de rescate y el plan de austeridad de la Comisión europea para Grecia. El pretexto ofrecido para esta traición política es que el 'default' de Grecia sería un mal mayor que la austeridad impuesta contra los trabajadores. Del rechazo a la caracterización catastrofista de la bancarrota capitalista (creación de situaciones revolucionarias), la izquierda democratizante se ha pasado a la adaptación al capitalismo en crisis y al apoyo al sistema de protectorados dentro de la Unión Europea, con la diáfana intención de impedir el desarrollo de esas situaciones revolucionarias.

La posición del Bloque de Izquierda de Portugal pone en evidencia que la crítica democratizante al catastrofismo se apoya en la confianza de que las instituciones capitalistas tienen la capacidad para neutralizar la crisis mundial y que los rescates bancarios e industriales, y los planes de ajuste, son la manifestación de esa capacidad. Instalada en las instituciones del Estado, o procurando desarrollarse bajo su sombra, la izquierda democratizante tiene horror al catastro-

fismo y espanto por una crisis de poder; el temor a una situación revolucionaria la atrae como un imán hacia el campo del capital. Otra manifestación de esta adaptación al capital es el rechazo, en Grecia y en toda Europa, a la reivindicación del no pago de la deuda externa. La izquierda democratizante de Grecia, que también reclama para sí el mote de ‘anticapitalista’, ha lanzado una iniciativa, por intermedio de los así llamados “Economistas y Académicos de Izquierda” -compuesta principalmente por una frágil coalición de miembros de una fracción del NAR (Nueva Corriente de Izquierda, escisión del PC), algunos miembros de Antarsya (un “frente amplio anticapitalista” formado por el NAR con otros centristas y la sección del Synapsismos/Syriza, que es un frente de antiguos miembros del PC, de eurocomunistas, maoistas y centristas)- que reclama al gobierno de Papandreu la declaración de una moratoria de la deuda griega, su renegociación parcial o total y el retiro de la zona euro, pero no de la Unión Europea. Reivindica explícitamente la ‘solución Kirchner’ para la crisis griega. Propicia, de este modo, una salida negociada con el imperialismo, no la ruptura con el capital financiero internacional (una posición similar ha adoptado el PC griego, con el argumento de que es necesario que primero haya un gobierno obrero y popular en Grecia para encarar la salida adecuada a la deuda externa). La moratoria ya ha provocado una escisión en los Economistas de Izquierda de Grecia, cuya mayoría adhiere a Siryza, aunque también cuenta con adherentes de la izquierda del partido del Gobierno. La declaración de moratoria y la negociación con la banca opera como máscara de una devaluación monetaria y un retorno a la vieja moneda, la dracma. Se trata de una de las salidas que proponen los voceros del imperialismo (como el actual asesor de Obama y ex asesor de Reagan, Martín Feldstein), con el añadido de establecer un sistema de dos monedas –el euro, para pagar la deuda externa, y la dracma, para los salarios y las transacciones corrientes.

Mientras los democratizantes de Portugal justifican su apoyo al ajuste griego en la necesidad de evitar la catástrofe de la devaluación, sus colegas de Grecia promueven esa devaluación sin importar la catástrofe que representaría para las masas griegas -a igual título de lo que representó para el pueblo de Argentina a principios de 2002. Desde las pro-

pias filas democratizantes, François Chesnais (uno de los voceros teóricos de esta izquierda) acaba de denunciar lo que llama la "timidez" de la izquierda europea frente a la deuda externa, aunque admitiendo haberla promovido hasta el momento. No se trata, como es obvio, de una "timidez", sino del lineamiento de una capitulación política ante el imperialismo. La "timidez" está en la crítica, toda vez que no plantea, conjuntamente, la nacionalización sin pago de los bancos, ni tampoco deriva el carácter revolucionario del planteo del no pago de la deuda. Mientras tanto, el paquete de salvataje para Grecia está permitiendo, como ocurrió en Argentina, que los bancos se deshagan de la deuda externa para inmunizarse de un default inevitable. El "no pago" es rechazado por la izquierda democratizante, cuando podría servir como reivindicación para unir a las masas de Europa contra los bancos y el capital financiero en una movilización política supra-nacional. La misma postura ha adoptado el grupo Lutte Ovrière, cuyos editoriales periodísticos se empeñan en reclamar que el pago de la deuda corra por cuenta de las ganancias de los capitalistas ("s'en prendre aux profits"). Se trata, al fin y al cabo, de una salida impositiva (gravar las ganancias) del tipo de la reclamada por el movimiento antiglobalizador con respecto a los movimientos financieros. Estamos en presencia de un caso vergonzoso de respeto por las deudas contraídas por gobiernos 'democráticos' y votadas en sus parlamentos. Se trata, también, de un ejercicio de culto y respeto reverencial ante las clases medias propietarias o semi-propietarias, con dinero en los bancos, como si ellas no se encontraran al borde de la confiscación por parte del capital financiero por medio de la corriente fuga de capitales, el default y finalmente la devaluación. A pesar de esto, la izquierda democratizante comparte la visión ilusoria de la pequeña burguesía de que la protección de sus ahorros pasa por la protección del capital financiero. Conectado con el tratamiento que da a la deuda externa, la izquierda democratizante no plantea la ruptura política con la Unión Europea (y de la Unión Europea) para poder construir una unión política de otro contenido social, los Estados Unidos Socialistas de Europa (gobierno de trabajadores), incluida la Federación Rusa.

Dentro de este marco de capitulación ante la salida capitalista a la crisis mundial, se encuadra el retroceso político del neonato Nuevo Partido

Anticapitalista de Francia, que enfrenta fuertes tendencias a la disolución. La manzana de la discordia la constituye la fuerte presión interna para formar un frente democratizante con el Partido Comunista y el Partido de Izquierda, que derivará inevitablemente en un acuerdo con el Partido Socialista francés –una agencia de la gran burguesía gala. Esta orientación frentista democratizante pone de relieve que la estrategia del NPA no está determinada por la crisis mundial y la tendencia a la rebelión de los trabajadores, sino por la aspiración a obtener una presencia parlamentaria en los comicios de 2012 que, según las encuestas, ganaría un frente de los verdes y los socialistas. Pero como los apetitos son mayores que las bancas en disputa, el NPA enfrenta un camino duro para satisfacer los suyos. A la luz de todo esto, es claro que la disolución de la Liga Comunista Revolucionaria para parir el NPA no le ha abierto ningún camino promisorio a la 'vieja guardia' de aquella, que por eso mismo se encuentra dividida por primera vez.

Un caso especial en la izquierda democrática europea podría estar representado por el partido Die Linke, pero no porque tenga una política independiente del imperialismo, puesto que integra gobiernos burgueses en varios Estados. La peculiaridad de los Linke es que han abierto una expectativa de cambio en una parte de la clase obrera e incluso de la burocracia sindical descontenta con el SPD (Partido Socialista) y la mayoría del aparato sindical. Se encuentra posicionada como una estación de paso del descontento de las masas. Bajo este tipo de presiones, un partido como Die Linke podría radicalizarse y desarrollar en su interior tendencias revolucionarias. Esta posibilidad pone a la orden del día el reclamo de que Die Linke rompa por completo con los gobiernos burgueses regionales, se movilice por el retiro de todos los planes de austeridad y reivindique un gobierno de trabajadores.

La Cuarta Internacional

10. El agotamiento de las tentativas de desarrollo de la izquierda, por medio de la adaptación a lo que ha caracterizado como nuevas circunstancias históricas incompatibles con el 'paradigma bolchevique de la Revolución de Octubre', es completo. Para que ese 'paradigma'

(que nunca fue un dogma sino un método) hubiera podido ser superado, habría sido necesario que el capitalismo dejara de ser una organización social históricamente determinada, contradictoria, inmune a la tendencia a la bancarrota y a la catástrofe social. León Trotsky, en 1936, en lo más duro del terror staliniano, fundamentó "la vigencia de la Revolución de Octubre... en la crisis mundial del capitalismo". Esa vigencia plantea también el 'paradigma' del Partido Bolchevique, o sea una Internacional proletaria fundada en un programa de reivindicaciones transitorias. Varias corrientes trotskistas han caído en el ridículo de impulsar una Quinta Internacional promovida por el chavismo –o sea, por el jefe de las fuerzas armadas de Venezuela, cuyos aliados son Kirchner, Lula, Mugabe y Amadihneijad, el verdugo teocrático del pueblo iraní y de su naciones oprimidas, como el pueblo kurdo. En oposición a todas estas adaptaciones, la CRCI ha pronosticado en forma sistemática la tendencia a la bancarrota capitalista, señala que ella conduce a la creación de situaciones revolucionarias y ha desarrollado una propaganda en esa dirección. Desde su fundación, la CRCI ha dejado en claro que la reconstrucción de la IV Internacional sobre la base de la proclamación de una fracción que la reivindica es inviable; que ella requiere un trabajo preparatorio y un reagrupamiento de fuerzas que reivindique su programa histórico y su función revolucionaria. A la luz de la crisis mundial, y de las movilizaciones generalizadas e incluso las rebeliones de los trabajadores, la CRCI llama a volcarse de lleno a desarrollar estas movilizaciones y rebeliones; a combatir a la burocracia sindical y a sus partidos y, por sobre todo, a reclutar a la vanguardia obrera de estas luchas. La caracterización de la crisis mundial capitalista y las tareas que se desprenden de ella son el eje de delimitación política en la izquierda y el trotskismo. Sin otras condiciones que esta base teórica y la correspondiente acción práctica, reiteramos nuestro planteo de refundar la Cuarta Internacional, cuya misión histórica no ha sido todavía cumplida. El método para esta construcción es el centralismo democrático. El terreno histórico de la revolución socialista mundial ha ganado una amplitud sin paralelo.

Apéndice

El alcance de la actual crisis mundial

En Defensa del Marxismo N° 23
Marzo de 1999

Luego de finalizada la reunión de fines de mayo del '98 de las organizaciones partidarias de la refundación inmediata de la IVª Internacional, los representantes de la Oposición Trotskista Internacional (ITO) presentaron una declaración que pretende establecer una serie de 'reservas' al documento aprobado por unanimidad en esa reunión[1]. Aclaremos que la corriente representada por los autores de la crítica se denomina Oposición, debido a que en su origen constituyó una tendencia de ese carácter dentro del Secretariado Unificado, en el cual aún sigue actuando la mayoría de los grupos que la integran.

La objeción principal que plantean los delegados de la ITO se refiere al "ritmo de desarrollo de la crisis (mundial)" que estaría establecido en el documento. En el aspecto económico, se estaría exagerando "la importancia de los mercados de valores y de la especulación financiera, en relación con la economía real de producción y distribución". Ya en el terreno político, la exageración tendría que ver con "el desarrollo político de las masas y la perspectiva de confrontaciones revolucionarias". Los compañeros resumen su crítica declarando su "desacuerdo con el ritmo del desarrollo de la revolución mundial, particularmente en los países avanzados". Advierten que la "simplificación excesiva" y los "análisis impresionistas" concluyen llevando "a la confusión, al fracaso, a la desmoralización y a las desviaciones políticas". Lo cual no es poco, por cierto.

El ritmo es lo de menos

El planteo de la ITO contiene varios errores, el principal de los cuales es suponer que su divergencia con el documento aprobado en la reunión, tendría que ver con el problema del 'ritmo' de la crisis mundial. Ocurre que las organizaciones que se agrupan detrás de la consigna de la refundación inmediata de la Cuarta no constituyen un partido mundial o internacional –lo que tratan de hacer es precisamente refundarlo. En estas condiciones, la cuestión de los 'ritmos' del desarrollo político se encuentra fuera de su campo de análisis, no es su objetivo, ya que el ritmo importa cuando tiene que ver con la intervención concreta en la lucha política, incluso a veces en forma extraordinaria. El ritmo del desenvolvimiento de una crisis política

tiene que ver, más que con los factores históricos o estratégicos, con los tácticos, los subjetivos o los coyunturales.

La tesis fundamental que hemos venido desarrollando las organizaciones "refundacionistas" no tiene nada que ver con los ‘ritmos’ sino con la situación histórica a partir del derrumbe de la URSS y del proceso de restauración capitalista en los ex estados obreros degenerados. Nuestra tesis es que ese derrumbe no podía servir ni ha servido a la mayor estabilización del capitalismo mundial, porque antes, o sea para lograr este objetivo, debe llevar a una completa catástrofe a la economía estatizada y abrir de este modo un período de crisis mundial todavía más intenso que el que le precedió; de mayor número de estallidos revolucionario y de confrontaciones internacionales más numerosas y agresivas, principalmente militares. En estas condiciones, la época histórica abierta por la revolución de Octubre, lejos de haber caducado, como lo sostienen los ex stalinistas y el Secretariado Unificado (XIV congreso), ha entrado en un período de agudeza excepcional, lo que significa que pone al día el programa histórico del marxismo (dictadura del proletariado) y la necesidad de refundar la IV Internacional de un modo inmediato. El planteo "refundacionista" se deriva así, de un modo directo, de las modificaciones extraordinarias que se han operado efectivamente en la situación mundial, algo que sus adversarios ignoran olímpicamente y que los lleva a seguir rumiando sobre la reconstrucción de la IVº y a rendirle un tributo ritual, mientras prosiguen con la mediocre tarea de ajustar cuentas con todos y cada uno de los grupos trotskistas y no trotskistas que pueblan el universo o, simétricamente, tejer y destejer combinaciones organizativas sin principios. Los términos del debate con los compañeros de la ITO confirman, en cambio, que la agenda de cuestiones que se deriva del planteo de refundar la IV es la única que permite proceder a una delimitación política concreta.

El proceso corriente de liquidación completa y final de la propiedad estatizada y de la economía planificada en los ex estados obreros degenerados, así como la involución de la conciencia política de las masas de esos países con relación a su tradición revolucionaria; este proceso demuestra el acierto de Trotsky cuando planteó, en La Re-

volución Traicionada, que la descomposición del capitalismo mundial era uno de los tres factores principales, junto a aquellos otros dos que han desaparecido, que señalaban la vigencia histórica de la Revolución de Octubre. La delimitación política que emerge de esto no podría ser más rotunda: la vigencia de Octubre y, por lo tanto de la actualidad de la revolución proletaria, por un lado; el entierro del bolchevismo y la consecuente adaptación al capitalismo democratizante, del otro. Dentro de la ITO, digamos al pasar, se ignora esta delimitación de principios entre nosotros y el Secretariado Unificado.

Incidentalmente, la declaración de los representantes de la ITO presenta de un modo diferente el lugar que ocupa el derrumbe de la URSS en las modificaciones catastróficas que se han producido en la situación mundial en su conjunto. Dice, por ejemplo, que "la caída de la Unión Soviética... ha removido un elemento de estabilidad de la situación precedente: la burocracia stalinista contrarrevolucionaria". En primer lugar, importa señalar la falta de sentido de este planteo , ya que ningún 'elemento de estabilidad' es removido por la historia hasta que no ha agotado sus recursos, posibilidades o circunstancias y no se ha convertido en un elemento de 'inestabilidad'. Lo que acabó convirtiendo a la burocracia contrarrevolucionaria en un factor de inestabilidad fue, precisamente, la profundización extraordinaria de la crisis mundial y los alzamientos de masas cada vez más frecuentes en los ex estados burocráticos. El desplazamiento del régimen burocrático por parte del imperialismo y no por parte de las masas le permitió a la burguesía mundial (y a la propia burocracia) aplazar a corto plazo el estallido de las nuevas situaciones revolucionarias que hubieran sido provocadas por la continuación de la dominación agotada de esa burocracia. Pero como la burocracia no es en definitiva más que un agente del imperialismo en los estados obreros, el agotamiento de sus posibilidades de supervivencia no era sino la expresión superficial del agotamiento del propio imperialismo mundial y puso al desnudo la envergadura extraordinaria que había alcanzado la crisis mundial tomada en su conjunto. La afirmación que hace el texto de la ITO de que el desplazamiento del régimen burocrático tiene por sí solo un carácter progresivo es de un inconfundible signo democratizante (lo que explica por qué fue tan

usada por Mandel y el morenismo), porque separa artificiosamente la ‘remoción’ de la burocracia stalinista de la instauración de un remedo seudoparlamentario que protege la restauración capitalista y los propios intereses sociales de la capa superior de la burocracia. La aceptación por parte de la vanguardia de los trabajadores de que el paso de un régimen burocrático en crisis a un régimen seudodemocratizante sería positivo, haciendo abstracción de las condiciones históricas y sociales de uno y otro, constituiría un retroceso de su conciencia de clase y no removería sino que reforzaría los obstáculos que bloquean el camino de la revolución.

A ritmo de samba

Lamentablemente para los compañeros que firman la declaración, la crisis mundial tomó un ritmo más violento precisamente desde que ellos dejaron establecidas sus reservas acerca de los ritmos de esa crisis, a fines de mayo pasado.

Habían pasado poco más de sesenta días cuando se produjo el espectacular derrumbe ruso, lo que desató un período de recesión en numerosos países que habían sido menos afectados por la crisis asiática, en especial en Europa del Este y en América del Sur. La misma crisis rusa provocó, por primera vez desde 1987, la posibilidad de una bancarrota de los más grandes bancos del mundo, afectados por la quiebra del fondo especulativo Long Term Management Capital, comprometido negativamente por contratos derivativos de casi un billón y medio de dólares (un trillón y medio, en inglés). Los precios de las materias primas se despeñaron, lo cual contribuyó, por primera vez en la Posguerra, a que el comercio mundial descendiera el 2% en términos de valor en 1998. Más de la mitad de las naciones se encuentra en recesión. Primero en agosto, como consecuencia de la crisis rusa; luego en octubre, a raíz de la quiebra de LTMC; más tarde en diciembre y finalmente en enero, la crisis mundial ha comenzado recién a manifestarse a pleno en Brasil, de cuyo mercado dependen ingentes capitales norteamericanos. La devaluación del real se produjo a pesar de un paquete "preventivo" del FMI, de 41 mil millones de dólares. Mientras que la crisis rusa puso en riesgo

de desvalorización y falencia a capitales prestados y a contratos de seguros o derivativos del orden de los 300.000 millones de dólares, la crisis brasileña amenaza valores de más de un billón y medio de dólares si se considera solamente al Mercosur. No obstante esta hecatombe, la preocupación de los círculos capitalistas pasa por otro lado: la perspectiva de un derrumbe chino a corto plazo y la crisis de las finanzas públicas y el riesgo de hiperinflación en Japón, que está pasando por una depresión económica más importante, en términos de duración, que la de los años '30. De vía de salida para la sobreproducción mundial de capitales, las ex naciones soviéticas y China se han convertido parcialmente en su cementerio; en lugar de funcionar como atenuantes de la crisis capitalista, mediante la absorción de mercancías y capitales, como ocurrió luego de la caída de las Bolsas en octubre de 1987, la están potenciando. No hay que dejar de lado otros datos igualmente significativos, como el fracaso económico de la mayor parte de las fusiones de monopolios (destacado recientemente por The Economist), si se tiene en cuenta que la centralización de capitales es uno de los principales recursos del capitalismo para contrarrestar la tendencia a la crisis. Para cerrar el inventario, añadamos que los últimos informes económicos han reducido al 1,5% la tasa probable de crecimiento de la Unión Europea para 1999, con el consiguiente incremento de la elevadísima tasa de desocupación, en cuanto se anuncia directamente una recesión para Gran Bretaña.

Desafortunadamente para los redactores de la declaración, el 'ritmo' de la crisis económica mundial se ha acentuado superlativamente desde el preciso momento en que ellos denunciaban la 'exageración' del documento aprobado en la última reunión. Se podría afirmar incluso que ese 'ritmo' ya ha afectado a la mayor parte de los registros musicales nacionales y a sus principales elaboraciones etílicas (sasha, vodka, tequila, caipirinha, pisco y vino). Los compañeros de la ITO dicen en su declaración, sin embargo, que habría que esperar "dos o tres años" para que "las respectivas posiciones se(an) testeadas por los acontecimientos", pero ése es justamente el tiempo que ha transcurrido desde que tuviera lugar nuestra primera reunión y nuestras primeras discusiones en 1996. Es hora de que, sin menoscabo de la

necesidad de someter las posiciones a la prueba de futuros acontecimientos, se elaboren posiciones concretas que tengan en cuenta los acontecimientos pasados.

Con la economía ‘real’ se come

La declaración de la ITO le reprocha al documento internacional lo que ya es también un ‘clásico’ en el debate económico oficial: exagerar la especulación financiera en relación con la "economía real"; la primera, según la ITO, sufre una crisis tras otra y quizás hasta su ritmo puede que sea frenético, pero no ocurre lo mismo con la producción. Se plantea, entonces, una dicotomía entre lo ‘real’ y lo ‘financiero’, que es el mismo punto de partida de todos los planteamientos vulgares referidos a la crisis económica mundial y que reina sobremanera en los círculos del centroizquierda y de todos los matices, incluido al trotskismo (SU). Es así que atribuyéndole todos los ‘males’ a la así llamada ‘economía financiera’, aparecen los partidarios del impuesto Tobin para gravar los capitales de corto plazo (*Le Monde Diplomatique*, SU); los defensores de la baja de los intereses (Sachs, Cavallo, Jospin, Bensaid); e incluso los que abogan por convertir al FMI en un banco central mundial con la función especial de supervisar y regular las operaciones financieras en todo el globo (¡Soros!).

Hay que reconocerles a los compañeros de la ITO, de todos modos, su originalidad. Es que mientras todo el arco centroizquierdista que va desde la socialdemocracia al Secretariado Unificado, atribuye a la exuberancia de la especulación ‘financiera’ las desgracias de la ‘economía real’, para la ITO ocurriría lo contrario —la ‘economía real’ se expande y la crisis se circunscribe a la ‘economía virtual’—. Según la ITO, se exagera la crisis porque se toma como referencia a los mercados de valores o Bolsas y se ignora la continua expansión de la producción. Mientras que el centroizquierda describe una crisis productiva que tiene su raíz en el ‘exuberancia’ de la ‘especulación’, la ITO dice que prevalece la expansión productiva aunque la ‘especulación’ se encuentre en crisis. Si las autoridades financieras internacionales aceptaran el diagnóstico o caracterización de la ITO,

saldrían a socorrer al capital especulativo, como lo ha hecho reiteradamente la Reserva Federal, para evitar que su derrumbe se 'traspase' a la 'producción'. Los centroizquierdistas afirman, al revés, junto con el 'especulador' George Soros, que la 'producción' sólo podría recuperarse si se ataca el 'desmadre especulativo'. Pero a pesar de su apariencia de ubicarse en antípodas, una respecto a la otra, las dos posiciones tienen una coincidencia básica de caracterización, o sea, que la crisis actual sería de des-proporcionalidad entre las 'finanzas' y la 'producción'. Y aunque sólo el centroizquierda saca la conclusión práctica de que la crisis podría corregirse con una intervención estatal y con remedios keynesianos, la declaración de la ITO tambien dice lo suyo, porque si "En los próximos dos o tres años la economía capitalista podrá o no colapsar...", la posibilidad de que no colapse dependería de que la 'producción' siga su camino sin que la afecte la crisis de los mercados de valores, o que esta última sea disipada o reabsorbida sin afectar a la 'economía real'. Se trata en definitiva de restablecer el equilibrio y la proporcionalidad.

Toda crisis capitalista fundamental significa, sin embargo, que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes, ha llegado a un punto de explosión. La caracterización que gira en torno a la dicotomía entre la 'producción' y la 'especulación', la ignora olímpicamente y se pierde en su laberinto. El desarrollo del llamado sector financiero obedece a la necesidad del capitalismo de superar su contradicción de base que se reproduce incesantemente. Se opone al capital productivo como un hermano siamés a otro. El desarrollo del sistema de crédito y de los bancos; las sociedades por acciones y los mercados de valores; el desdoblamiento del capital en productivo y financiero; la centralización de los capitales y el sistema de la deuda pública; la aparición del capital ficticio; todo esto obedece a la necesidad del capital en su conjunto de superar los límites que se oponen a su reproducción indefinida: esos límites son, de un lado, el consumo personal relativamente limitado de las masas frente a una capacidad productiva creciente; del otro lado, la estrechez que representa la producción para el beneficio privado frente a la revolución constante de la técnica y los procedimientos de producción (tendencia al descenso de la tasa

de ganancia y a la extinción de la ley del valor). En síntesís, "el límite del capital es el capital mismo".

El desarrollo financiero facilita el pasaje del capital de una rama de producción sobreexpandida o no rentable a otra en desarrollo o que ofrece mayores beneficios; moviliza con mayor rapidez esos capitales; ayuda a superar dentro de sus propios límites (conciliar) la contradicción entre la creación y la destrucción de capitales (absorciones); extiende los límites del consumo más allá de los salarios que paga a la población trabajadora; desenvuelve una acumulación de capital propia (ficticia) que actúa como un crédito sui géneris tanto para la producción como para el consumo. Este desarrollo (parasitario porque no crea valor) actúa como factor contrarrestante de la crisis capitalista hasta que se transforma en el principal factor de su estallido. Esto ocurre cuando la sobreacumulación de capital que no asume una forma productiva directa, y que se ha sobreacumulado para contarrestar los límites impuestos por la sobreacumulación de capital productivo, alcanza proporciones incompatibles con la plusvalía total que este último puede arrancar a la fuerza de trabajo. Se percibe entonces que el capital financiero, en sus diversas formas, se ha transformado en una gigantesca hipoteca que traba más allá de toda posibilidad la reproducción del capital en general. Su derrumbe constituye, por eso mismo, la etapa final de una crisis que ha tenido ya un largo proceso de incubamiento, así como la condición destructiva para iniciar una nueva etapa. Esto es lo que ha ocurrido en el curso de toda la presente crisis. Alegar que una crisis no es tal porque es financiera y no ‘real’, es un auténtico contrasentido, porque ambas se condicionan y limitan mutuamente en el proceso único de la acumulación del capital "en general". El ejemplo que da la ITO del derrumbe bursátil del ‘87, que "afectó pobremente a la producción", demuestra lo contrario: primero, porque la producción sólo se recuperó tres años después, recién a partir de 1991, y porque ello obedeció, no a la vigencia de la dicotomía entre lo ‘real’ y lo ‘virtual’, sino a la intervención de poderosos factores extraeconómicos y por supuesto ‘extrabursátiles’, como lo fueron la caída de la URSS, la anexión alemana y la extraordinaria apertura del mercado chino después de la masacre de Tiananmen. Pero la omisión más descomunal que

hacen los compañeros de la ITO es que la crisis bursátil mundial de 1987 provocó el hundimiento sin fondo de la segunda mayor bolsa del mundo, de la segunda mayor economía del mundo y de la segunda mayor potencia mundial. Olvidan nada menos que la debacle japonesa es un elemento estratégico del proceso de derrumbe general actual; es evidente que no han entendido en absoluto la crisis bursátil del 87. La crisis de los '80 y el derrumbe del '87 tuvieron su culminación en un gigantesco terremoto político, que a su turno ha abierto una nueva etapa de crisis y terremotos. La perspectiva de esta etapa no es que el sistema capitalista pueda "colapsar o no colapsar" (si es que se puede hablar en estos términos), sino la forma que tomará ese 'colapso' (revolucionaria o contrarrevolucionaria, con guerras internacionales o con revoluciones en los países más importantes, incluso con unas llevando a las otras, etc.).

La gran hipertrofia financiera de los últimos años ha permitido acentuar enormemente la confiscación relativa de las clases medias, a través de los fondos de inversión y en especial de la privatización de las jubilaciones. Los ingresos que percibe la clase media han sido transformados por estos medios en capital en términos muy baratos, lo cual aumenta la tasa de beneficio del nuevo capital que se pone en movimiento y contrarresta la tendencia declinante de la tasa de ganancia que obtenía el capital ya existente. En Estados Unidos se ha logrado el récord de afectar a un 36% de las familias en el negocio financiero, lo que significa que se agota el pozo de recursos adicionales al que el capital norteamericano podría recurrir en el caso de un derrumbe. Una caída bursátil de gran alcance llevaría a la quiebra a la clase media, la que por otro lado se ha endeudado para su consumo más allá incluso de las rentas que percibe por sus colocaciones financieras, y destruiría por completo lo que todavía se llama 'seguridad social'. Esto significa que las posibilidades histórico-económicas del capital norteamericano frente a una crisis son infinitamente menores que en los años '30, y lo mismo ocurre con las llamadas recetas keynesianas.

El auge de la Bolsa financió una gran parte del crecimiento del PBI norteamericano, que tanto subrayan los compañeros de la ITO, por-

que permitió una expansión sin precedentes del crédito al consumo, sobre la base de la garantía que le ofrecían las inversiones del consumidor en la Bolsa (llamado "efecto riqueza"). Es decir que la ‘inversión’ bursátil de la clase media se encuentra totalmente hipotecada a favor de los bancos, con el agravante de que un derrumbe bursátil seguramente desvalorizará esa garantía colocada en títulos públicos y acciones, pero no hará bajar un dólar las deudas contraídas por los consumidores. Es así que el conjunto de la economía norteamericana depende hoy de la marcha de la Bolsa y la marcha de ésta depende de la hegemonía económica y política del capital norteamericano en el plano mundial. Así como no existe una dicotomía infranqueable entre la economía ‘real’ y la ‘virtual’, tampoco la hay entre la acumulación del capital y la lucha de clases internacional, es decir entre la economía y la política.

El alegato de la declaración de los compañeros de la ITO, de que "por ahora las economías de los países desarrollados continúan expandiéndose", se da de bruces con la afirmación previa que ellos mismos hacen de "que el capitalismo mundial ha estado en crisis desde los inicios de los años ’70 y que los capitalistas no tienen soluciones para la crisis". ¿En qué estamos, entonces, en crisis o en expansión? Pero ningún índice de producción industrial puede suplantar a las condiciones históricas en que se desenvuelve la acumulación del capital. La producción debe ser analizada a la luz del proceso de la acumulación capitalista, de ningún modo al revés; los ‘datos’ no pueden suplantar al análisis, tienen que ser explicados a la luz de éste. En realidad, la economía de los países desarrollados crece en el último cuarto de siglo, medida tanto en valores reales como ficticios (las armas que se destruyen en una guerra; las operaciones de limpieza de un derrame de petróleo, incluido el petróleo derramado; los gastos que corresponden a un déficit fiscal, etc., se computan como valor agregado en el sistema de contabilidad nacional) a una tasa del 2% anual, no solamente bien por debajo de la mitad de los 20 primeros años de la última posguerra sino fundamentalmente bien por debajo del potencial productivo existente. La ‘economía real’, como se puede ver, no tiene nada de qué ‘jactarse’. La financiera, en cambio, sí ha tenido una expansión descomunal, como lo demuestran las cotiza-

ciones estratosféricas que han alcanzado las principales bolsas; el colosal incremento de la deuda pública; el surgimiento de los fondos de inversiones, especialmente los de pensiones; el mercado de créditos derivativos, cuyos contratos se estiman mundialmente en más de 40 billones de dólares (40 trillones en inglés).

El desarrollo creciente de la contradicción entre la acumulación más rápida del capital financiero respecto del productivo; entre éste y la tasa menor de producción corriente; entre ésta y el menor consumo de las masas; entre la progresión geométrica de la renta financiera y el rezagado beneficio productivo; entre todo esto y la rentabilidad capitalista en su conjunto (no solamente la rentabilidad media sino también la de los monopolios); la agudización cada vez más intensa del conjunto de estas contradicciones; esto es lo que caracteriza a la crisis actual y a la etapa histórica de la descomposición capitalista.

¿De dónde saca la ITO, entonces, que a la producción le 'va bien' y a las finanzas 'mal', y de que 'exageramos' la crisis mundial porque tomaríamos unilateralmente las performances de las Bolsas? Una descripción más adecuada de la crisis económica mundial tomaría en cuenta, no la 'dicotomía' entre el mundo 'virtual' de las finanzas y el 'real' de la producción sino el hecho más prosaico de la desigualdad con que la crisis, sea bursátil o industrial, se manifiesta en los diferentes países, o sea tanto en las Bolsas como en los índices de producción, y el encadenamiento que produce su desarrollo entre todas las economías nacionales.

¿Qué podría significar, por otra parte, 'bien' o 'mal'? Una Bolsa que ha sufrido una caída enorme no quiere decir que esté mal si la caída sirvió para eliminar del mercado a las empresas o capitales menos rentables o impulsar la centralización de éstos, porque ello significaría que existe la posibilidad de un nuevo período de expansión. Lo mismo vale para el caso contrario, que es el de Wall Street en la actualidad, cuyos valores están superinflados a la espera de un derrumbe anunciado. Como el proceso económico no es una estadística sino que traduce en forma fetichizada un proceso social, se puede entender que Wall Street haya subido gracias al agravamiento de la

crisis mundial y no porque esta crisis no exista o se haya atenuado; la Bolsa de Nueva York canaliza por ahora los capitales que huyen de los restantes mercados y de ningún modo está reflejando una tendencia creciente de beneficios de los capitales que cotizan en su recinto. Pero es precisamente debido a esto último que el derrumbe norteamericano es completamente inevitable; sólo están en duda el momento exacto, su alcance y su impacto. Es probable que el derrumbe no lo produzca un factor ‘endógeno’ sino ‘exógeno’, como una devaluación del yen o, lo que parecería contradictorio con esto último, una devaluación del dólar, en especial frente al euro, como resultado del espectacular déficit comercial norteamericano (300.000 millones de dólares) y la creciente tensión en el comercio internacional. La economía mundial se encuentra desde hace tiempo en una situación de devaluaciones competitivas de las monedas, o sea ante un fuerte tendencia devaluacionista de los capitales.

Cuesta admitir que la ITO mencione la ‘expansión’ económica de los países avanzados (el segundo más importante, Japón, está en ruinas), ignorando la extraordinaria tasa de desocupación en Europa y la caída en el nivel de vida de las grandes masas norteamericanas; ignora de este modo uno de los datos de la crisis que más influyen sobre la política mundial y en especial sobre la política obrera. La tendencia a una pauperización absoluta de las masas, que era desconocida desde la crisis de los años ‘30 y la guerra, es una manifestación más que fundamental de las dificultades extraordinarias que sufre el proceso de reproducción del capitalismo y constituye para la actual generación de las masas una experiencia concreta sobre el destino histórico del capitalismo. Los capitalistas se han visto obligados a reconocer la realidad de la crisis en el plano ‘microeconómico’ al establecer en sus cálculos empresarios un nuevo break even point, o sea el punto de producción y de precios compatible con el beneficio esperado, sobre la base de una utilización del 60% de la capacidad productiva instalada, lo que automáticamente significa una reducción de salarios y una acentuación de la ‘flexibilidad laboral’.

Agreguemos que la destrucción masiva de industrias que ha acompañado a la restauración capitalista en la ex URSS, en la

mayor parte de Europa del Este y ahora en China, no es sino una manifestación brutal de la enormidad del excedente de capital acumulado con relación a sus posibilidades de beneficios y de realización; la centralización 'pacífica' de capitales que tiene lugar en el mercado mundial asume características violentas y despóticas cuando se opera en los territorios de los ex estados obreros. Es que no estamos aquí ante la confiscación de un capitalista por otro en el marco de las relaciones de mercado y de la ley del valor sino de la confiscación de la propiedad confiscada por la revolución a los capitalistas en el marco de lo que fue una economía planificada. La mecánica de la crisis actual pone al desnudo el carácter social antagónico del régimen de los ex estados obreros y el régimen capitalista mundial. El saqueo que produce la restauración capitalista asume entonces la forma de una confrontación histórica y muestra la extensión y la profundidad de la crisis mundial.

"La política es economía concentrada"

En la misma vena de querer poner un poco de sensatez a nuestras desmesuras, los compañeros que firman la declaración de "reservas" caracterizan que el documento aprobado "generaliza mucho acerca del desarrollo político de las masas y exagera sobre la perspectiva de confrontaciones revolucionarias". ¿De nuevo el 'ritmo'?

Pero en este punto como en el anterior, por la misma cuestión de método ya apuntada, la cuestión del 'ritmo' está fuera de lugar. Somos nosotros, por otra parte, los únicos que estamos llamando y que nos estamos movilizando por la recreación inmediata de un partido obrero internacional, o sea por la refundación inmediata de la IVª Internacional. ¿En qué sentido podríamos estar 'exagerando' este u otro desarrollo de las masas, si somos los únicos que estamos apuntando en la vía de la refundación de la IVª, o sea en la vía que destaca los límites de cualquier "desarrollo político de las masas" que no sea introducido desde afuera de las relaciones económicas inmediatas de los obreros con sus capitalistas y transformado de inconsciente en consciente, por parte de un partido mundial?

Aunque esto puede exceder los marcos de la presente polémica, se tiene la impresión de que los compañeros no han entendido realmente el planteo refundacionista; que caracterizan a nuestros esfuerzos como conciliábulos que tienen por objeto medir con termómetro el ritmo de los acontecimientos, con una tendencia irrefrenable, claro, de nuestra parte, a la ‘exageración’; y de que no ven que nuestro propósito es establecer (degager, derivare, to set out) una perspectiva y un programa para construir un partido revolucionario mundial que intervenga como el factor decisivo de la victoria final. Si esto es así, ¿no se invierte el acta de acusación? ¿No será, entonces, que son los compañeros de la ITO los que están obsesionados con los famosos ‘ritmos’ y que esperan poder llegar a un cálculo de ellos sin margen de error para poder anunciar ‘urbi et orbi’ la inminencia exacta de la emancipación universal? ¿A cuento de qué si no este afán, esta vez sí exagerado, con relación a este asunto de los ‘ritmos’?

Es indudable, sin embargo, que la crisis ‘asiática’ provocó el derrumbe de la dictadura de Suharto y un debut de revolución en Indonesia; es también un hecho que la crisis euro-oriental (las "pirámides financieras") fue la causa de la revolución albanesa que aún tiene fragmentado al estado restauracionista; es también verdad que la crisis económica ha acentuado por decenas de miles las huelgas obreras y los levantamientos campesinos en China; es igualmente cierto que el llamado ‘efecto samba’ provocó la ocupación de fábricas automotrices en Brasil, cortes de ruta y el recule transitorio de las patronales imperialistas en el mantenimiento de los despidos masivos que ya habían puesto en práctica; tampoco se puede objetar que, en la Argentina, desde el comienzo de la declinación del ‘plan Cavallo’, se han producido el Santiagueñazo, el Cutralcazo y el Jujeñazo, que el gobierno menemista y el peronismo están fuertemente divididos y que hay una constante aunque irregular radicalización política; ¿quién puede negar la descomunal huelga minera en Rumania, que fue desatada en respuesta a los acuerdos con el FMI? Los propios compañeros de la ITO destacan la importancia del movimiento de masas en Francia, desde 1995; no se puede tampoco arrinconar en el silencio al extraordinario desarrollo del movimiento guerrillero colombiano, muy cerca de Estados Unidos, por un lado, y de Cuba, por

otro, y cuyo progreso ha ido paralelo a la crisis económica; en Rusia se han producido, luego de la crisis de agosto, renacionalizaciones forzadas de empresas por parte de los trabajadores; incluso en los Estados Unidos el reflujo sindical es una cosa del pasado, como lo demuestran las huelgas de la UPS, General Motors, la defensa de los despedidos en Caterpillar, la andanada de huelgas de pilotos de aviación. Los 'expertos' adjudican este renacer sindical al bajo desempleo norteamericano, pero lo que motoriza a los trabajadores es la caída de los salarios, la descomunal flexibilidad laboral, la precariedad de los empleos, en suma, el ataque al que se ven obligados a recurrir los capitalistas para superar la crisis económica. Existe, i-rre-fu-ta-ble-men-te, una inversión de tendencia de las luchas populares internacionales con relación a la década de 1985-94.

Hemos sido nosotros, como lo admite expresamente el texto de la ITO, los que hemos dicho que el imperialismo pretende enfrentar este "desarrollo político de las masas", no con métodos de dictadura o guerra civil sino democráticos. Lamentablemente los compañeros de la ITO no saludan esta posición 'ponderada' (sage, wise, savia) de nuestra parte. Este acierto de pronóstico tiene que ver con la valoración que damos al hecho de que no hay partidos revolucionarios que polaricen la lucha de clases; a que el imperialismo no ha perdido la confianza en los métodos que le permitieron contener y derrotar a las revoluciones políticas en el Este antes del '90 (especialmente en Polonia, Alemania y Rumania) y en Centroamérica, e iniciar un proceso contrarevolucionario; a que la propia crisis económica mundial aún no ha disuelto las relaciones de comercio desarrolladas desde la posguerra.

Por eso, mientras que toda la prensa centroizquierdista del trotskismo europeo calificó como peligros inminentes a Le Pen, a los neonazis alemanes, a Berlusconi y a Bossi; la prensa del Partido Obrero destacó reiteradamente que la extrema derecha no era por ahora la alternativa de la burguesía europea y que los centroizquierdistas del trotskismo se prestaban a la misma operación que habían ejecutado los stalinistas en el '30, aunque con menos justificación: o sea, a encubrir su apoyo a las alternativas centroizquierdistas que sí estaban

de nuevo en el firmamento de la burguesía europea. Inclusive allí donde el imperialismo actúa con métodos de guerra civil, como los bombardeos frecuentes a Irak, la intervención militar en la ex Yugoslavia, la sistemática agresión contra el pueblo palestino o la intervención en Colombia, levanta como alternativa la variante democratizante, no la fascista. Es por eso que nuestros partidos deben intervenir e intervienen en los procesos democráticos y parlamentarios, no los pueden ignorar en función de una suerte de revolución inminente, porque tienen el deber de trabajar para que las masas superen estos obstáculos democráticos para desarrollar su conciencia y su organización de clase.

Con lo que entramos en el tema de los gobiernos de frente popular. ¿Qué dicen los compañeros de la ITO? Que "Los Prodi, Blair y, en cierta medida aún, el gobierno de Jospin han sido elegidos por los grandes capitalistas para implementar su política neo-liberal, no para descabezar levantamientos revolucionarios". Nos preguntamos si los compañeros de la ITO no han sospechado siquiera que se trata de una posición un poco vulgar.

Debiera ser claro para cualquiera que Prodi (ahora D’Alema), Jospin, incluso Blair, y más recientemente Schroeder, se han diferenciado de la llamada política neo-liberal, y no sólo de palabra sino también en los hechos. Claro que la palabreja neo-liberal es lo bastante difusa como para que puedan entrar toda suerte de gatos en la misma bolsa. Pero, de conjunto, los gobiernos centroizquierdistas de colaboración de clases acceden al gobierno cuando, desde círculos capitalistas cada vez más amplios, se reclama ‘reglamentación’ de los movimientos de capitales para salvaguardarlos de sí mismos; medidas públicas frente a la desocupación; bandas cambiarias organizadas entre las principales monedas; establecimiento de bancos regionales para contrapesar al FMI. Y estos reclamos no solamente tienen que ver con la crisis en su faceta económica, sino más especialmente con su faceta ‘social’, o sea con la tendencia de las masas a responder de nuevo con luchas, ya sean los obreros como los estudiantes. Aunque los movimientos de mayor escala han sido las movilizaciones de los mineros del Ruhr, a principios de 1997 (que, digamos de paso, crearon

una fugaz situación de doble poder en la ciudad de Bonn), y las huelgas de trabajadores estatales, camioneros y choferes de colectivo en Francia en repetidas oportunidades; también han habido movimientos conjuntos a la escala de Europa y, en el caso de Bélgica, una gigantesca movilización de masas, que aún continúa organizada, contra la corrupción y la pedofilia oficiales (en este país, algunas direcciones sindicales de fábrica están propagandeando la necesidad de lanzar un partido de trabajadores en abierto choque con el PS y las direcciones oficiales de los sindicatos).

Si para determinar (o caracterizar) es necesario negar, para determinar el carácter de los gobiernos centroizquierdistas hay que establecer que es lo que niegan. La ITO asegura que no niegan nada, que son la continuación (repetición) de los neo-liberales. ¿Pero para qué entonces cambiarlos? Para retomar un tema anterior, es el momento de decir que los gobiernos neo-liberales o conservadores fueron removidos porque se habían constituido en un elemento de inestabilidad de la situación política; el Financial Times pedía a gritos que se le pusiera fin al gobierno de Major. Los gobiernos centroizquierdistas están, por lo tanto, literalmente obligados a intentar modificar las condiciones y la política que transformó a sus predecesores de factores de estabilidad en factores de perturbación, so pena de acabar de la misma manera, pero con el agravante de haber agotado las soluciones 'moderadas'. Lo que convirtió a los gobiernos conservadores en factores de 'desorden' fue el agotamiento de su política neo-liberal, la profundización de la crisis mundial y su incapacidad para contener a las masas que reaccionaban a la crisis. La realidad de fondo que provocó el derrumbe conservador se manifiesta mejor que nada en la incapacidad de sus partidos para recuperarse ahora que están en la oposición.

"Los Prodi, Blair...(no) han sido elegidos para descabezar levantamientos revolucionarios"; no son, por tanto, 'verdaderos' frentes populares. Es una diferencia de matiz, sí, pero en ella está en juego nada menos que la 'cabeza' de las masas levantadas; son un cáncer benigno; no son "un recurso último del imperialismo". ¿Pero acaso León Blum, Largo Caballero, Salvador Allende, fueron elegidos para

"descabezar levantamientos"? De eso se encargaron Franco, Pinochet y Petain-Hitler. De ninguna manera; en forma similar a D’Alema, Jospin, etc., fueron ‘elegidos’ para contener los levantamientos populares, o sea, no para masacrar a la revolución sino para prevenirla o desviarla. Esto vale incluso para el gobierno Ebert-Noske de 1919-21, que asesinó a Rosa Luxemburgo y a Liebknecht y que volvió a enfrentar una tentativa revolucionaria en 1923. La masacre de los trabajadores viene después de que los gobiernos de frente popular han tenido su oportunidad de intentar contener la revolución: si han logrado prevenirla, esa masacre puede ocurrir cuando el reflujo y la desmoralización subsiguientes le permiten a la reacción levantar cabeza de nuevo y ahora con mayor ferocidad; si la prevención ha fracasado, mediante la sustitución del frente popular por el fascismo. Es cierto que una situación revolucionaria también puede disiparse ‘pacíficamente’, sin llegar a interrumpir decisivamente el régimen parlamentario, pero con ello se ‘disipa’ también el frente popular y las riendas del gobierno vuelven gradualmente a los representantes directos y ‘normales’ de la burguesía. Igualar a los gobiernos de frente popular con los que descabezan levantamientos revolucionarios (se supone que de masas) es regresar a la especie stalinista del social-fascismo.

La llegada generalizada de gobiernos centroizquierdistas en Europa, en varios países de Asia y eventualmente en América Latina (Frente Amplio de Uruguay, Frente Brasil con el PT, la evolución que podrían tener en esa dirección el gobierno de Chávez o los eventuales de De la Rúa o Duhalde), lo que es diferente de experiencias aisladas u ocasionales, es la expresión de que la burguesía mundial ha comprendido que no tiene otro recurso para contener el agravamiento de la lucha de clases y la transformación de ésta en revolucionaria o prerevolucionaria sin el concurso de los partidos obreros reformistas y de origen stalinista. En el importantísimo estado de Rio Grande do Sul, Brasil, hay ahora un gobierno de frente popular con la participación muy amplia del Secretariado Unificado, que incluso tiene la dirección de un importante instituto militar. El gobierno gaúcho está jugando un papel de primer orden en tratar de desarmar la crisis que se ha creado entre el gobierno federal de Cardoso y varios gobiernos

estaduales, los que en algunos casos han llegado a dejar de pagar la deuda externa de sus estados. En el momento en que Brasil se desplaza hacia el centro de la crisis mundial; en que como consecuencia de ello todo el andamiaje del Estado está amenazado de derrumbe; cuando los obreros son obligados a ocupar fábricas y a cortar 'autoestradas', el gobierno Dutra-Brizola-SU está llamando a defender la estabilidad federativa del país, o sea el sometimiento de los estados al gobierno central y al FMI. Esta es la función 'clásica' del frente popular, con la yapa adicional de que esta vez cuenta con la colaboración del 'trotskismo'.

Las limitaciones descomunales del texto de la ITO para caracterizar el fenómeno generalizado de los gobiernos de colaboración de clases o frente-populistas de Europa obedece a la falta de unidad de método de su análisis. En esto consiste el impresionismo, no en exagerar en más o en menos, porque esto es inevitable y sólo puede ser corregido por la acción. Importa todavía más este defecto cuando el conjunto del trotskismo europeo, es decir salvo mínimas excepciones, se ha convertido en ladero de los gobiernos de centroizquierda, a los que se niega a caracterizar precisamente de frente populistas, contrarrevolucionarios, antiobreros y representantes de sus burguesías imperialistas. Al trotskismo europeo, que siempre es una copia desteñida y atrasada de los planteos del SU en general y de la LCR de Francia en particular, la gran experiencia rusa no le ha servido para nada y es por eso que aplica una versión claramente desmejorada de la política de presión sobre el gobierno kerenskiano que Lenin combatió en las Tesis de Abril. En la reciente unión electoral de LO y la LCR no hay una palabra de caracterización del gobierno Jospin; su programa es un recetario poco pretensioso de medidas 'anti-neo-liberales'.

Los compañeros objetan que hablemos de una "latinoamericanización de Europa", cuando lo único que puede reprocharse a esta afirmación es que no agregue "y de Estados Unidos". ¿O los suburbios de las grandes ciudades de Europa y los barrios dentro de las grandes ciudades norteamericanas, no se convierten cada vez más en enormes 'villas miserias'? Los diarios informan con mayor frecuencia

de los levantamientos que se producen en las ciudades periféricas en Francia; del estado de guerra civil latente con los negros en Estados Unidos ("tolerancia cero") y la confrontación permanente con la inmigración latinoamericana, a la que se le ha quitado el derecho a la seguridad social y hasta la posibilidad de estudiar los primeros grados en su idioma. El cine europeo y norteamericano recoge cada vez más este tema; el inusitado retorno del nazismo alemán a la literatura histórica, al cine y hasta a los tribunales es un reflejo inconsciente del acecho de la barbarie.

No es el ritmo, no; definitivamente

El núcleo de las ideas de los compañeros, ese que explica el conjunto de sus posiciones y que deja al desnudo su completa falta de método; ese núcleo se encuentra en el anteúltimo párrafo de su texto. "El tiempo dirá", dice, "si estamos acertados o equivocados en nuestras afirmaciones sobre la situación mundial. En los próximos dos o tres años la economía capitalista podrá o no colapsar, y confrontaciones revolucionarias tendrán lugar o no en Europa occidental y otros países imperialistas. Las respectivas posiciones serán testeadas por los acontecimientos".

Para limpiar previamente el terreno de lo que realmente importa, digamos que no compartimos, en principio, las teorías sobre la posibilidad de un colapso del capitalismo, porque así como es manifiesta la primacía de sus tendencias a la disolución social (tendencia a la sobreproducción, a la extinción de la ley del valor, al descenso de la tasa histórica de beneficio, a la pauperización absoluta de las masas –cuando de sustento de la clase capitalista pasan a ser sus mantenidas–, en definitiva, a la destrucción de fuerzas productivas), en ausencia de una revolución proletaria triunfante, volverían a ganar primacía las tendencias que la crisis desplaza y oculta, a saber, a la reconstitución de un sistema de explotación, de un mercado y en definitiva de un modo capitalista de producción. De lo que se trata entonces no es de pronosticar si el capitalismo va o no a colapsar sino de las alternativas contradictorias que plantea esta tendencia, en última instancia irreprimible, al mal llamado ‘colapso’. Para que exista

alguna esperanza de que en diciembre del 2002 podamos sacarnos las dudas de si ese colapso puede producirse o no, es necesario que la tendencia hacia el colapso exista con bastante antelación. Entonces, una de dos: o la posibilidad del 'colapso' existe para el 2002 como una tendencia de la realidad actual, en cuyo caso lo que importa es discutir las alternativas que plantea esa tendencia al 'colapso' y qué política debemos darnos para incidir revolucionariamente en el desenlace; o esa tendencia no existe como tal en la actualidad y el colapso del capitalismo tiene las mismas posibilidades que la de ganar la lotería, es decir, aleatorias.

Pero el desafío que plantean los compañeros es, precisamente, que la posibilidad de un 'colapso' en el 2002 es remota o está completamente fuera de lugar, pero esto significa entonces que no existe tampoco como tendencia en la actualidad. Las contradicciones del capitalismo, si es que existen y se puede hablar de ellas, ni siquiera habrían comenzado a madurar, no digamos ya a desbordar sus posibilidades de conciliarse y a explotar; toda la divergencia sobre los 'ritmos' ha sido un puro distraccionismo. No es la rapidez de la marcha de la revolución lo que está puesto en cuestión sino, antes que todo esto, la existencia misma de una tendencia relevante a la revolución, su posibilidad como una de las alternativas de la situación histórica presente; la posibilidad de una acción política en esa dirección, o sea, de una acción política revolucionaria. Para el texto que criticamos no estaría todavía presente una tendencia relevante a la disolución del capital, a la crisis del Estado, al estallido de las relaciones internacionales y, por lo tanto, a la revolución.

El planteo de los compañeros revela una inconsistencia de método, es decir su impresionismo, cuando escamotea otra posibilidad histórica: la de una revolución que se produzca antes del tan mentado 'colapso'. Es que si el ser humano es una animal con capacidad de conciencia, tiene la posibilidad de anticiparse a una catástrofe haciendo la revolución, pero, insistimos, para ello tiene que estar presente ya como una tendencia poderosa. El factor decisivo no es entonces la posibilidad del 'colapso' en términos mecánicos sino la capacidad del proletariado de asimilar el proceso objetivo de la crisis

y transformarlo en un programa y en una acción que acelere el final del capitalismo. En esto consiste, en la actualidad, la conciencia de clase del proletariado.

La orfandad metodológica es sustituida, por los compañeros, por el prejuicio; esto es normal, porque la falta de ciencia es siempre ocupada por la superstición. Recuerden, nos advierten los compañeros, lo que ocurrió con las ensoñaciones catastrofistas de Pablo, Healy, Lambert y Moreno. Pero entre la fatalidad anti-revolucionaria y la imaginación catastrofista quizás sea preferible esta última, porque deja abierta una posibilidad de corrección a través de la experiencia que da la lucha; la primera es una condena a la pasividad y al estancamiento intelectual.

El error de Pablo no fue ni siquiera exagerar la posibilidad de una tercera guerra mundial, una opinión que compartía la mayoría inmensa de los miembros de la IV sino deducir de ello que la burocracia de Stalin se transformaría en revolucionaria y que no pactaría una coexistencia estratégica con el imperialismo. Pablo no sucumbió a las presiones catastrofistas de la crisis sino a las presiones contrarrevolucionarias de la burocracia, algo que luego lo llevó a colaborar con Belgrado y Argel. Pero después de todo, el error que los compañeros le atribuyen a Pablo es inferior al que cometió Marx cuando aseguró, en 1848, que era inminente una revolución proletaria en Alemania. El revolucionario tiene una tendencia a sobreexcitarse; el que no lo es no sale nunca del letargo. La guerra de Corea, las amenazas de bombardeo atómico a China, incluso la crisis de los misiles en Cuba, demostraron el grano de verdad que había en el error de Pablo. El problema es que la previsión de Pablo ya había quedado desactualizada antes de que la formulara, cuando la guerra de Corea, precisamente, había dejado en claro, tanto a la burocracia como al imperialismo, que no les quedaba otra alternativa que la "guerra fría".

De Lambert se puede decir algo parecido: la inminencia de la revolución que él pronosticaba había quedado atrás, con la derrota del Mayo Francés y de la Primavera de Praga, que casualmente fue incapaz de prever, porque sostenía que el mundo vivía en las vísperas

del fascismo desde el ascenso golpista al poder de De Gaulle en 1958/60. Para peor, creyó que la revolución era inminente en Francia, como una consecuencia, decía, de la contradicción que él estimaba, contra toda razón, insuperable, entre un gobierno de frente popular y las instituciones de la V República gaullista; ahora cena con los funcionarios del régimen de la cohabitación entre el centroizquierda y la derecha. Creía que la V República se caería más o menos sola y que ello daría paso a la revolución proletaria –del mismo modo que Lora creía que una insurrección popular en general llevaría a la dictadura del proletariado si él estaba físicamente presente, o que Moreno, que sostenía en 1956/60 que la consigna del retorno de Perón conducía a la insurrección y ésta a la revolución proletaria.

Pero en el planteo de Lambert había un grado de visión, como lo demostraron las revoluciones polacas del '70, del '76 y del '80, las victorias vietnamitas y su consecuencia sobre la estabilidad política norteamericana, y la revolución portuguesa del '74. En cuanto a Moreno, no tenemos atenuantes y no porque hayamos sido vecinos del mismo barrio sino porque sostuvo la impostura de que podía existir una situación revolucionaria mundial única en todos los países, y esto cuando, avanzada la década del '80, la clase obrera de los principales países se encontraba en reflujo. Pero más equivocados que los "análisis impresionistas" de Pablo, Lambert y Moreno, fueron los macaneos sesudos, académicos y por supuesto moderados de Mandel, que aseguró que Gorbachov reformaría al régimen soviético y que lo democratizaría defendiendo la propiedad estatal. O que defendió, hasta las últimas piedras de su muro, la existencia separada de Alemania oriental, es decir, de la burocracia del sector oriental, oponiéndose a la consigna de la unidad socialista de Alemania y, más adelante, a la exigencia de una Asamblea constituyente contra el 'anchluss' germano-occidental. Moreno, Healy y Lambert decían que había que ir a la clase obrera, aunque llegado el caso capitulaban ante los milicos de la dictadura, los jeques árabes o los funcionarios socialistas o gaullistas; los intelectuales del SU cultivan el medio académico y sucumben a las modas políticas del Quartier Latin. Es decir que son un caso sin remedio.

Las alternativas de la situación actual

Una vez clarificado de que no se trata de esperar pasivamente el ‘colapso’ ni de perder tampoco la esperanza de que pueda producirse, de lo que se trata es de ver cuáles son las alternativas de la crisis actual y adónde nos llevan.

La crisis actual está provocando un proceso de desvalorización de capitales y de mercancías, que plantea la posibilidad de una depresión económica internacional. Son pocos los que disienten con que en tal caso habría una dislocación del comercio internacional y una serie muy fuerte de crisis y de polarización políticas. Se plantearía una variante de lo ocurrido en los años treinta. Sería entonces el ‘colapso’ que nuestros compañeros de la ITO aseguran que de ningún modo podría producirse, al menos antes del 2002. La llamada "globalización" fue precisamente una tentativa de contrarrestar por mucho tiempo la tendencia a la desvalorización de capitales, para lo cual fue lanzada una intensa campaña de apertura de los mercados mediante las privatizaciones y el derribamiento del proteccionismo de los países llamados emergentes. Pero la pieza central de esta política era la penetración en gran escala en China y la ex URSS. La perspectiva de alcanzar estos objetivos alimentó la valorización accionaria de los capitales, en especial en Nueva York. Para quienes sostienen que el capitalismo tiene una salida, es necesario refrescarles que la ‘globalización’ ha sido precisamente un intento de salida; que, ‘salidas’ mediante, la crisis mundial no ha ido progresando en forma lineal sino a saltos, es decir, doblegando las distintas tentativas del capitalismo para superarla y abrir un período de sostenida expansión del capital. La debacle rusa y la crisis generalizada que empieza a tomar cuenta de China han hecho fracasar esta perspectiva. Pero hay algo más: después de la crisis asiática se acentuó a extremos agudos la deflación japonesa (la Bolsa de Tokyo pasó de 39.000 puntos en 1989 a 12.500 puntos el año pasado, es decir que se desvalorizó un 60%, equivalente a tres billones de dólares), y lo que es más importante, se le plantea a la burguesía japonesa una perspectiva de depresión y una descomunal pérdida de posiciones en el mercado mundial. Es decir que la "globalización", como salida, benefició enor-

memente a determinados sectores del imperialismo mundial y perjudicó a otros –también enormemente. Es esto lo que explica que el imperialismo norteamericano siga siendo hoy partidario de la "globalización"; que la burguesía europea reclame la administración concertada de los tipos de cambio; y que los capitalistas japoneses quieran un mercado regional protegido en Asia.

La nueva fase de la crisis encuentra al capital mundial comenzándose a dividir en términos estratégicos. Si en esta nueva situación la lucha interimperialista se acentuara, por ejemplo con choques comerciales, devaluaciones masivas o crisis políticas internacionales, es seguro que la crisis actual se transformará directamente en una depresión que se asemejaría al 'colapso' que tendría in mente la ITO cuando se refiere a éste. Con seguridad asistiríamos a un derrumbe de la Bolsa de Nueva York y a una gran recesión norteamericana.

Desde la crisis asiática, sin embargo, está en curso una nueva variante de salida, que consiste esencialmente en el acaparamiento del capital de la región y de importantes pulpos japoneses, por parte de los monopolios norteamericanos. La penetración norteamericana en ramas reservadas hasta ahora a los pulpos locales no tiene comparación con nada de lo que ocurrió en las dos décadas previas. Todas las críticas de moda que se hacen al FMI apuntan precisamente a sus exigencias de que la economía debe 'reestructurarse', es decir cambiar de manos y de nacionalidad; de que debe haber 'transparencia' –un sucedáneo para reclamar procesos sumarios de quiebra; y mantener naturalmente elevadas tasas de interés para que ningún grupo local pueda ser rescatado mediante subsidios financieros. Las recetas del FMI agravaron la crisis asiática precisamente porque tenían esa finalidad, o sea eliminar el capital sobrante del mercado y retomar la acumulación capitalista bajo la dirección del capital financiero norteamericano. La enseñanza que surge de esto es imperdible: fue la salida y no la falta de salida lo que ha arrinconado a una amplia franja del capital mundial a una situación sin salida, es decir a la quiebra. Es que toda salida capitalista significa antes que nada una salida contradictoria, explotadora y confiscatoria. Mientras que para los revolucionarios toda salida representa una contradicción y la con-

tradicción es la salida, para el conformista salida y contradicción son mutuamente excluyentes. Las salidas capitalistas no eliminan la tendencia a la revolución social y la posibilidad de su realización; sólo alteran los términos en que ambas son planteadas.

Una salida de la crisis asiática en beneficio del capital norteamericano reforzaría las posibilidades de éste para volver a encarar con mayor fuerza la colonización de China y de la ex URSS. Los procesos de confiscación económica y política en estos gigantescos países se reforzarían en forma brutal y, paralelamente con ello, la dislocación económica, la crisis política, las huelgas y los levantamientos; pero, además, se rompería decisivamente el equilibrio de fuerzas entre las distintas burguesías imperialistas, lo que replantearía la posibilidad de una guerra mundial. La vigencia de la posibilidad del reforzamiento de la posición internacional del imperialismo yanqui es lo que mantiene a flote a Wall Street, justificando políticamente su infladísima valuación, y lo que explica en gran parte la tendencia de una parte de los monopolios europeos a preferir la alianza con el capital norteamericano en detrimento de sus socios de la Comunidad. Pero esta reafirmación de la posición mundial del imperialismo tendería a minar la cohesión de la flamante Unión Europea y a dejar a la deriva la posibilidad de la integración de los países del este. Actuando como dirección de una salida de conjunto para el capitalismo, la política del capital norteamericano plantea una dislocación aún más intensa de la economía y la política mundiales.

Pero la salida norteamericana tiene que enfrentar los obstáculos del propio capitalismo norteamericano. Si la hegemonía de éste fuera tan sólida como se la pinta, no hubiera sido necesario que recurriera al hiperatrofiamiento financiero para esquivar la crisis. No son Asia, Japón o América Latina, y mucho menos Rusia o China, los que concentran la sobreacumulación de capital y mercancías. Son los Estados Unidos el centro de la crisis mundial; la zona crítica se encuentra en su propio patio. Es extraordinariamente difícil que las salidas que está buscando imponer el imperialismo norteamericano en detrimento de sus rivales internacionales, tengan el alcance suficiente para contrarrestar sus tendencias de crisis interna. Esto explica la

exasperación, que nadie logra entender, que han alcanzado sus enfrentamientos políticos. La gran burguesía yanqui tiene un precario control del Congreso, donde dominan las tendencias aislacionistas y proteccionistas, a la espera de poder imponer su agenda.

Las alternativas que hemos examinado conducen, con variantes, a una misma conclusión de conjunto: crecientes crisis económicas y políticas; conflictos internacionales; agravamiento de la situación de las masas y de las naciones más débiles; agudización de la lucha de clases; achicamiento del margen de acción de las direcciones fundamentalistas o nacionalistas en las naciones atrasadas; crisis sin precedentes en las organizaciones obreras tradicionales que se aferran con desesperación a un status quo perimido.

La táctica de los revolucionarios deberá llevar en consideración las diferentes alternativas de la evolución de la crisis, pero siempre en el marco metodógico de conjunto de que se trata de la mayor crisis mundial de un capitalismo agonizante, preñado de alternativas revolucionarias. Esto es lo nuevo de la actual situación histórica. Por eso es el punto de partida para plantear a la vanguardia obrera de todos los países la refundación inmediata de la IVª Internacional, cuyo objetivo estratégico ha sido el de llevar a la victoria a la revolución proletaria mundial, es decir efectivizar la revolución permanente. Este es el marco en que se debe producir la delimitación de posiciones políticas entre los revolucionarios. Una delimitación en estas condiciones será el fundamento más firme para alumbrar y hacer crecer y madurar una organización revolucionaria internacional común en los plazos y tiempos que reclama el momento histórico.

Notas

1. Ver *En Defensa del Marxismo*, Nº 21, agosto/octubre de 1998.

Las ‘tesis’ del Comité Internacional

Por Jorge Altamira y Julio N. Magri
Internacionalismo N° 3
Agosto de 1981

A fines de diciembre pasado se realizó la Conferencia del Comité Paritario, donde éste decidió constituirse en la "Cuarta' Internacional-Comité Internacional". La Conferencia aprobó unas "Tesis para la reorganización (reconstrucción) de la Cuarta Internacional", varias resoluciones políticas y los estatutos, y también eligió una dirección internacional.

Sobre esta base, quedaron oficialmente disueltas las tres corrientes que componían el CP: el Corci, la TLT y la FB.[1] También se resolvió que, en cada país, las organizaciones pertenecientes a las tres corrientes debían unirse para conformar una única organización.

En la Conferencia sólo se debatieron y votaron aquellos puntos en que previamente las tres corrientes se habían puesto de acuerdo, lo que explica que todo se hubiese aprobado por "unanimidad". Si este procedimiento es un repudio a lo más elemental del centralismo democrático, lo que raya con el cinismo es que el Comité Internacional sostenga que su formación se debió "precisamente para romper con todos los procedimientos, 'caucus' (referencia al Congreso del Secretariado Unificado -SU- donde los delegados de las tendencias mayoritarias no tenían libertad de voto y estaban subordinados a los acuerdos alcanzados por sus direcciones en los bastidores) y demás, mediante los cuales el revisionismo y sus aliados optan por la utilización de medidas administrativas.[2] Pues exactamente esto fue esta conferencia "abierta" del Comité Paritario.

Este funcionamiento 'por acuerdos' sigue rigiendo en la nueva organización internacional. La dirección internacional fue elegida sobre una base tripartita y, de acuerdo con los estatutos, las resoluciones que ésta adopte deben ser aprobadas por los 3/4 de los votos (lo que significa el acuerdo obligado de las tres corrientes o, dicho de otra manera, que cada fracción tiene derecho a veto).

Aunque sus protagonistas sostienen que se ha dado un paso hacia el centralismo democrático, los estatutos aprobados son lo opuesto, es decir, de un riguroso federalismo burocrático. La dirección sigue actuando 'por acuerdos' de tendencias y no existe un control indepen-

diente de ella, ya que es la dirección la que elige la "comisión de control"; no existe el derecho de tendencia y/o de fracción y, mientras ningún punto de los estatutos regla las divergencias entre las secciones y la dirección, sí se establece que ésta puede excluir a aquéllas según su propio arbitrio.

La Conferencia se autoproclamó "Conferencia Mundial Abierta" de todas las fuerzas que se reclaman del trotskismo. Con esto, el CP simuló cumplido el objetivo que, según sus protagonistas, motivó su creación; esto es, abrir una discusión organizada entre todas las corrientes y organizaciones que se reclaman del trotskismo, con la finalidad de reconstruir la lV Internacional.

En verdad, la Conferencia ni siquiera reunió a las organizaciones del ex Comité Paritario, pues previamente fueron expulsadas tres organizaciones de América Central (OST de Costa Rica, OSI de El Salvador, OSR de Panamá), que constituían lo más importante de una de las fracciones –la TLT. La razón de esta expulsión es que sostuvieron, entre otros planteamientos, que el CP debía convocar una real conferencia abierta, organizar una discusión amplia y democrática, y no desnaturalizada con una reunión cerrada del CP, como lo impusieron el Corci y la FB.

Se llegó al extremo de calificar la Conferencia de "Abierta" por el hecho de que estaba presente un observador del SU; se llegó a afirmar que "por primera vez en 30 años", "desde la explosión de la lV Internacional en 1951-53, nunca fue posible reunir todas las corrientes que se reclaman del trotskismo en una misma sala".[3] En varias ocasiones, la 'conferencia' se despeñó por la pendiente de la demagogia barata, como en este caso. La impostura diplomática suplanta la caracterización política. Esto no impidió al observador del SU tratarlos casi como una banda de delincuentes políticos.

La cháchara alrededor del SU se debe, en realidad, a que el Comité Paritario, y ahora el Comité Internacional, se han constituido con el propósito de llegar a una unidad sin principios con el SU. "El Comité Internacional está dispuesto, en todo momento, a emprender con el

SU las modalidades de preparación en común de un congreso mundial con vistas a la reunificación de la lV Internacional para su reconstrucción".[4]

El Comité Internacional, como se ve, se ha constituido con una metodología contraria a la del bolchevismo, y con una finalidad liquidacionista, pues procurar un acuerdo sin principios con el SU significa destruir el objetivo de reconstruir la Cuarta Internacional, tarea que exige, prioritariamente, una profunda clarificación política.

El Comité Internacional está constituido, en lo básico, por dos organizaciones (la OCI, de Francia, y el PST, de Argentina) cuyo rasgo común fue el haberse ubicado, en las dos últimas décadas, en polos políticos formalmente opuestos: el sectario, el primero; el oportunista, el segundo. Para la OCI, por ejemplo, los movimientos nacionales de contenido burgués que se desarrollan en los países atrasados forman un único bloque reaccionario con el imperialismo opresor. Para el PST, por el contrario, los partidos "democratizantes" de la gran burguesía de esos países, que tienden a actuar en concierto con el imperialismo (UDP boliviana, Robelo y Chamorro en Nicaragua, radicalismo y peronismo en Argenntina) tienen un carácter progresivo, por lo que deben ser apoyados. Otro ejemplo es la caracterización que desenvolvió cada uno sobre la etapa abierta con la reconstrucción económica de Europa, en el plano mundial; para la OCI se trataba de un período cuyo rasgo dominante era la destrucción absoluta de las fuerzas productivas, la imposibilidad de intentos democráticos formales por parte de la burguesía, sea la imperialista o la semicolonial, y la definición de todas las clases fuera del proletariado como integrantes de una "masa reaccionaria"; para el PST, asistíamos al período de mayor progreso histórico de la humanidad, de gran perspectiva para los procesos democratizantes y de inmensas posibilidades para transformar a las direcciones pequeño burguesas en la dirección de la revolución socialista.

Esta reseña prueba hasta qué punto esta unificación sin delimitación política previa es una maniobra puramente burocrática; más que eso, una aberración. Lo que dominó las consideraciones del PST y de la

OCI fue el hecho de que ninguno de los dos pudo obtener del SU el objetivo de aparato que era –para la OCI– absorber (unificación mediante) a la sección francesa del SU, y –para el PST– su control indisputado sobre las secciones latinoamericanas del SU. Así como la paz entre ciertos países se basa en que no tienen fronteras comunes, la asociación entre el PST y la OCI se debe a que, en sus países, no tienen organizaciones rivales (incidentalmente, esto se comprueba en las enormes dificultades que han tenido para unificar a sus secciones en Perú, Brasil y España).

Como es de imaginar, una unificación aberrante no puede dejar de reflejarse en las 'tesis' que adornan esa unificación. El texto está presidido por dos preocupaciones: a) amalgamar las posiciones de los dos grupos -lo que resulta en una yuxtaposición escandalosamente contradictoria-; b) hacerle la guerra al SU mediante una diferenciación y acusaciones indiscriminadas, que concluyen dejando al SU con una calidad teórica superior. El resultado de esto es un texto literariamente insoportable y, lo que es por supuesto más importante, ferozmente revisionista de las posiciones trotskistas. Lo que prueba que el oportunismo y el sectarismo son polos opuestos sólo superficialmente, y que en la realidad se engendran mutuamente, porque la línea que los preside es la preservación y el exitismo organizativo y no la inserción profunda en la lucha de clases de las masas explotadas.

En síntesis, estas 'tesis' constituyen un documento teóricamente inservible pero políticamente valioso, porque permite ver a qué extremos de descomposición política conduce la ausencia de los principios revolucionarios y su sustitución por la maniobra organizativa.

Una 'actualización' del Programa de Transición

Los autores de las 'tesis' son unos esmerados defensores de la 'actualidad' y de la vigencia del Programa de Transición. Lamentablemente, no encontraron mejor camino para demostrar esta devoción que enmendándole la plana a los planteos fundamentales del programa,

El planteamiento estratégico del documento parte de afirmar que el Programa de Transición no acertó en prever el "más espectacular de los problemas" de la posguerra, a saber que, como norma general y exclusiva, "las direcciones pequeño burguesas, burocráticas y contrarrevolucionarias" se han visto obligadas a romper con la burguesía, expropiarla y tomar el poder. "Dicho de otro modo: en esta posguerra, la variante que Trotsky definió como 'altamente improbable' fue la única que se produjo".[5] Para las Tesis, "esto (la ruptura con la burguesía) se convirtió en el hecho dominante en el curso y después de la Segunda Guerra Mundial...".[6]

El cierto que, en la posguerra, ninguna organización de la Cuarta Internacional tomó el poder. Pero no es a esto a lo que se refieren las 'tesis'. Lo que éstas sostienen es que, en las condiciones revolucionarias excepcionales de las que habla el Programa de Transición, la norma (y no la excepción resultante de una combinación de factores históricos) de conducta de los partidos pequeño burgueses o pertenecientes a los aparatos stalinistas y reformistas, en la posguerra, fue romper con la burguesía y proceder a su expropiación. Si esto es cierto, estamos en presencia de dos novedades: 1) los partidos trotskistas no tienen viabilidad; 2) reformistas y stalinistas no están en el campo del orden burgués, sino en el de la revolución proletaria, con sus propios métodos.

Pero es evidente que constituye una deformación histórica afirmar que el "hecho dominante" de las últimas cuatro décadas fue la ruptura del stalinismo, la socialdemocracia, etc., con la burguesía. En verdad, esas direcciones hicieron lo imposible por salvar al sistema imperialista antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Este es el real rasgo central de la posguerra. El stalinismo no sólo ahogó las revoluciones europeas en la década del '30 (Alemania, Francia, España), preparando la carnicería imperialista de la Segunda Guerra y poniendo en peligro al Estado obrero soviético sino que durante la guerra y en la posguerra, ahogó las revoluciones en las metrópolis imperialistas (Francia, Italia, Grecia, etc.). Junto a las direcciones nacionalistas, pusieron un freno a las revoluciones en las colonias y semicolonias. Fue lo que aconteció en Egipto, Argelia, An-

gola, Bolivia, Indonesia y en innumerables países. En condiciones de una colosal presión revolucionaria, de dislocación del sistema capitalista mundial y de la dominación imperialista, estas direcciones jugaron todo su papel contrarrevolucionario.

Forma parte del carácter aberrante de estas tesis el hecho de yuxtaponer, al planteo fundamental de que la variante "única" fue la revolución proletaria ejecutada por contrarrevolucionarios, la repetida afirmación, en otros lugares del texto, de que el stalinismo salvó al capitalismo mundial en la crisis revolucionaria de 1943/48. Cómo se reconcilia esto en la mente de los autores es un problema de ellos. Pero en las tesis esta conciliación se opera de una manera simple: allí donde la conclusión es que la línea general del desarrollo político es la ruptura de los partidos contrarrevolucionarios con la burguesía, la caracterización del papel de conjunto de los aparatos mundiales contrarrevolucionarios no es mencionada; allí donde lo que se pretende es explicar la reconstrucción y el 'boom' económico de la posguerra, lo que se omite es el papel jugado por las grandes revoluciones del período. Esta incoherencia metodológica tiene su explicación: las conclusiones están preestablecidas, con independencia de un análisis de conjunto. Esto explica el contrasentido de las conclusiones: que los partidos que se apoyan en las masas insurrectas serían contrarrevolucionarios y que las traiciones de la burocracia, y no el temor a la revolución, serían la causa del progreso económico y de las concesiones económicas a las masas en la posguerra. El resultado de este embrollo son unas tesis perfectamente revisionistas, fundadas en consideraciones aisladas.

Bien. No es, pues, extraño que las 'tesis' del CI señalen que la perspectiva es que este tipo de direcciones dirijan los próximos procesos revolucionarios. Lo que esas direcciones no podrían hacer es implantar "la dictadura revolucionaria del proletariado", esto porque estarían condenadas a implantar Estados obreros burocráticos. De este galimatías se desprende que la necesidad de partidos revolucionarios se plantea para la etapa de la revolución política, esto como norma general. En la lucha contra el capitalismo sólo podemos jugar como fuerza supletoria, ya que las masas van hacia las organizaciones tradicionales

que construyen Estados burocratizados. Se pretende demostrar la vigencia de la Cuarta, pero se concluye demostrando su carácter prematuro. Se pretende hacer un aporte, pero se llega a la misma conclusión de Michel Pablo: hay, primero, un gran período de Estados burocráticos y el papel de los trotskistas no es dirigir sino impulsar.

Ahora bien, los acontecimientos de la posguerra demostraron que la existencia del partido revolucionario es necesaria para el derrocamiento de la burguesía. En primer lugar, porque debido a la inexistencia de partidos y una Internacional revolucionarios, el capitalismo pudo sobrevivir a las condiciones revolucionarias creadas desde la Segunda Guerra Mundial. Ocultar esto, o sea la traición de stalinistas, socialdemócratas y nacionalistas durante los últimos cuarenta años, es ocultar la esencia de los problemas políticos del proletariado en la lucha contra el capitalismo, es decir, la crisis de dirección del proletariado. Al plantear que el proletariado necesita del partido revolucionario sólo para tomar el poder en los Estados burocráticos, el CI abandona la caracterización de las direcciones stalinistas y socialdemócratas como contrarrevolucionaria pues, cualesquiera sean sus políticas reaccionarias presentes, deberán oscilar hacia la ruptura con el capital ante situaciones excepcionalmente revolucionarias.

Pero en segundo lugar (y sobre esto nos extenderemos más adelante), la necesidad de partidos revolucionarios fue demostrada por las propias revoluciones victoriosas, como la cubana y la china, pues, en ambos casos, sus direcciones se enfrentaron o se apartaron de las orientaciones de los aparatos contrarrevolucionarios. Para llevar a la victoria a la revolución cubana, el movimiento castrista tuvo que romper, en momentos decisivos, con los planteos del PC cubano (y sobrepasar su propio programa). Lo mismo ocurrió con la dirección maoísta, que se apoyó en las masas insurrectas contra el gobierno nacionalista, en lugar de pactar con éste contra aquéllas (como había planteado Stalin). La aproximación empírica exitosa de estas direcciones a la revolución es la más contundente prueba de la necesidad de la construcción de partidos revolucionarios (no empíricos) conscientes, es decir, basados en el programa de la IV Internacional, para luchar victoriosamente contra el capitalismo.

En un reciente artículo de crítica al CP, Ernest Mandel –dirigente del SU- sostiene que la llamada variante improbable del Programa de Transición sólo es posible en los países atrasados donde la burguesía es débil, donde se encuentra en un estado de descomposición social avanzado, y donde el proletariado es minoritario y poco concentrado. Esto, según Mandel, explicaría la victoria de las revoluciones yugoslava, china, cubana y vietnamita, con direcciones de origen stalinista o pequeñoburgués, pero que no podría repetirse en los países imperialistas o en los países semicoloniales con una burguesía y un proletariado fuertemente estructurados.[7]

Mandel transforma a la variante histórica "altamente improbable" de Trotsky, en una variante altamente probable para los "países débiles" y en una imposible para los "fuertes". En el primer caso, Mandel coincide con el CI y abre con ello ilimitadas esperanzas no sólo en el nacionalismo pequeño burgués sino también en el stalinismo de los "países débiles". La variante "altamente improbable" deja de ser una mera posibilidad que recubre a las más diversas naciones y se transforma en un número ilimitado de variantes específicas casi seguras. Pero es justamente en los "países débiles" donde la historia de la posguerra ha confirmado con mayor frecuencia que el nacionalismo de contenido burgués y el stalinismo son incapaces de llevar la revolución a su completa victoria (¡Bolivia! ¡Argelia! ¡Irán! ¡Zimbabwe! ¡Egipto! ¡Guatemala!). Más todavía, no existe ningún caso de una dirección pequeño burguesa o stalinista que haya derrocado a la burguesía como una reacción circunstancial ante presiones poderosas, pero con el objetivo de mantenerse en el terreno de la propiedad privada, que es el tipo de variante excepcional que examina el Programa de Transición –y en la que se tiene en cuenta la propuesta de Lenin a los mencheviques de que tomen el poder, en 1917, así como la posibilidad de gobierno obrero que se dio en Alemania en 1920– entre las dos fracciones socialdemócratas, el PC y la Central Obrera. Lo que ha ocurrido en China y Cuba, por ejemplo, no fue una ruptura circunstancial de sus direcciones con la estrategia y el programa del stalinismo, en el primer caso, y con la pequeño burguesía como clase, en el segundo, pues se empeñaron en un curso de revolución permanente en el plano nacional y, hasta cierto punto, en el internacio-

nal. Esta evolución supera por completo el problema que le puede plantear a la pequeño burguesía la debilidad de la clase de los explotadores nativos, y que puede resultar en una serie más o menos extendida de nacionalizaciones, en la amplitud de la reforma agraria, o en la participación obrera en la gestión estatal. La expropiación del capital apoyándose en las masas insurrectas es otra cosa, pues toca a la realización de un aspecto fundamental del programa bolchevique-trotskista y plantea, de un modo abierto, los problemas de la superación de la crisis de dirección del proletariado. La acusación fundamental que dirigimos, en este terreno, contra los revisionistas de la dirección de la Cuarta, desde 1948, es haber capitulado vergonzosamente ante el nacionalismo burgués, mediante la política del "apoyo crítico", y el haberse adaptado ante el maoísmo y el castrismo, renunciando a la lucha por el programa de la Cuarta que se planteaba en esas revoluciones, justificando todas las inconsecuencias de esas direcciones, incluidos los compromisos de carácter contrarrevolucionario con la burocracia del Kremlin. La Cuarta Internacional debe defender resueltamente a los gobiernos obrero-campesinos estructurados a partir de la ruptura de los partidos tradicionales con la burguesía, frente a la agresión local o imperialista. Pero no puede identificarse o apoyarlos políticamente sin comprometer las perspectivas de la Cuarta y de la revolución en el país y mundial. Un viraje empírico de partidos de origen extraño al proletariado revolucionario consciente es enormemente progresivo, pero se trata sólo de un viraje, no de la asimilación consciente de la estrategia de la revolución permanente, y este hecho elemental es un factor que compromete el porvenir de la revolución.

La afirmación de Mandel de que en los países "fuertes" debe excluirse por completo la posibilidad de gobiernos de partidos stalinistas o reformistas circunstancialmente independientes de la burguesía, no se funda en ningún argumento serio. Esta posibilidad no depende de la estructura social del país sino de factores políticos específicos. La variante que contempla el Programa de Transición ya había sido señalada en el 3° Congreso de la Tercera Internacional, y estaba precisamente referida a Europa. Mandel tira por la borda la caracterización de los partidos tradicionales

como obrero-burgueses u obrero-contrarrevolucionarios, es decir, partidos que por su programa y dirección son enemigos de la revolución, pero que deben esforzarse por mantenerse en el terreno de las luchas prácticas de la clase obrera. Si se reconoce esta contradicción se deduce la posibilidad, "altamente improbable", de que se vean forzados a tomar el poder en condiciones de ascenso revolucionario de masas. Esta eventualidad no disminuye sino que refuerza la necesidad de partidos trotskistas, para que tal hecho se convierta en un breve episodio en el camino hacia la dictadura del proletariado. Detrás del "revolucionarismo" de Mandel con relación a los partidos tradicionales de los países "fuertes", se esconde el abandono de la política de trabajar entre las masas obreras que siguen mayoritariamente a esos partidos, lo que el SU sustituyó por la formación de "nuevas vanguardias" con la ultraizquierda – dentro de las cuales los trotskistas no debíamos hacer cuestión de nuestra "etiqueta" (como llamó al programa y banderas de la Cuarta Internacional.

Por una vía extremadamente tortuosa, las tesis del Comité Internacional entroncan con las viejas posiciones de la corriente morenista. Donde ahora se dice que la línea general del desarrollo político conduce a revoluciones dirigidas por partidos contrarrevolucionarios que ponen en pie Estados burocráticos, tiempo atrás se decía: "Cualquier país, cualquier clase brutalmente explotada puede, por el programa y el método de la revolución permanente, plantearse la acumulación primitiva socialista y adquirir el desarrollo económico, cultural y técnico moderno".[8] Como corolario se agregaba que "... así como hemos descubierto que no solamente la clase obrera puede acaudillar la revolución proletaria, lo mismo podemos decir de los movimientos políticos: no sólo los obreros pueden organizar y dirigir las primeras etapas revolucionarias, pueden hacerlo los movimientos y organizaciones democráticas o agrarias".[9] La problemática es la misma: la línea general es que la revolución socialista es tarea de otras clases y partidos, lo único que está cambiado es el énfasis moral, ya que anteriormente se hacía la apología y seguidismo de esos sectores a los cuales hoy se les pone el sambenito de "contrarrevolucionarios".

Las 'tesis' sostienen claramente que no es necesario el partido revolucionario en la lucha contra la burguesía; "el ascenso revolucionario es tan grande que la burguesía puede ser expropiada sin partido revolucionario"[10] (¿y qué es esto sino puro posadismo?). Las condiciones de tipo especial señaladas por el Programa de Transición se convierten aquí en norma internacional ("el ascenso revolucionario"). Pero si esas direcciones pueden llegar a expropiar a la burguesía mundial, ¿en qué se apoyarán sus burócratas una vez que haya sido eliminada la presión imperialista? Por esta vía, vamos al Estado revolucionario pleno. En el casi millón de espacios de las 'tesis' se dedica, con todo, un renglón a decir que el Cl no cree que los contrarrevolucionarios expropien a toda la burguesía mundial. ¿Pero qué mejor que esta salvedad para demostrar que a eso conduce todo el planteamiento del CI?

Repetimos que, con estas posiciones, el CI retoma enteramente las tesis fundamentales del pablismo. El llamado pablismo, corriente que conquistó la dirección de la Cuarta Internacional a fines de la década del '40 y que sigue hoy a la cabeza del SU, fue el primero en sostener que la expropiación del capitalismo en Europa del Este y la revolución yugoslava planteaban una nueva línea de desarrollo de la revolución mundial. El stalinismo se habría transformado; a pesar suyo, en un factor revolucionario –esa sería su tendencia– porque se orientaba a la formación de Estados Obreros. Entre el capitalismo y el socialismo, se abría un período histórico caracterizado por la fuerza revolucionaria el stalinismo; que daría lugar, sin embargo, dado su carácter burocrático, a Estados obreros deformados. El rol de los trotskistas quedaba así relegado a la etapa posderrocamiento del capitalismo para implementar o convertir los Estados obreros deformados en revolucionarios.

Exactamente es lo que afirma ahora el Comité Internacional, al sostener que los partidos revolucionarios trotskistas están reservados para la lucha por la "dictadura revolucionaria del proletariado" y que las tareas del derrocamiento del capitalismo serían cumplidas por el stalinismo, la socialdemocracia y el nacionalismo.

Las revoluciones fabricadas por el stalinismo y el imperialismo

Si la norma no fue la ruptura de las direcciones llamadas tradicionales con la burguesía, lo que sí es redondamente cierto es que, en Cuba, Yugoslavia, China y Vietnam, direcciones de origen pequeño burgués o stalinista acaudillaron gigantescas revoluciones que expropiaron al capital.

Para las 'tesis', en estos casos no estamos en presencia de revoluciones si no de lo contrario, de un arreglo contrarrevolucionario del stalinismo con el imperialismo: "El imperialismo se impuso, con la ayuda del stalinismo, re-estabilizar el funcionamiento de la economía capitalista en los países imperialistas. El stalinismo se concentró sobre los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial, allí donde la crisis era más aguda; allí donde la actividad revolucionaria de las masas era mayor, en los países limítrofes del Este y en China, para frenar o aplastar la movilización independiente y revolucionaria de las masas... Así, a escala mundial, la expropiación del capitalismo en los países del Este de Europa, China y Yugoslavia, Corea y Vietnam del Norte aparece como el resultado de una combinación inesperada en el marco de la crisis más importante del sistema imperialista mundial, de una concesión forzada del imperialismo a la burocracia contrarrevolucionaria stalinista para poder restablecer el capitalismo en Japón y en Europa Occidental, con la ayuda de esa misma burocracia... ".[11] En síntesis, la revolución china no aplastó al imperialismo sino a las masas y su victoria ayudó a restablecer el capitalismo en Japón. Si se aplica el mismo método a Cuba, se concluye que fortaleció al imperialismo norteamericano. (Los autores de las 'tesis' parecen creer que decir un disparate es hacer gala de dialéctica... salvo que se refieran a la dialéctica del disparate). Las 'tesis' olvidan que, si es cierto que la burocracia del Kremlin intentó frenar esas revoluciones, fracasó – por eso el triunfo de la revolución china fue una derrota política para Moscú. Para el CI, hay que concluir, la derrota del imperialismo yanqui en Vietnam fue una concesión forzada de Washington a Moscú.

Aquí tenemos otra característica común al pablismo, quien había reemplazado la categoría de la lucha de clases mundial por la del enfrentamiento entre los campos imperialista y 'socialista'. Era esta última la contradicción decisiva –la lucha de las masas sólo servía como punto adicional de apoyo para la burocracia de Moscú. Todo el esfuerzo de Moscú y Washington por salvar a Chiang, en China, y a Thieu, en Vietnam, es pasado por alto. La burocracia rusa arranca, con la 'ayuda' de las masas, una 'concesión forzada' al imperialismo yanqui.

Según la interpretación que las 'tesis' hacen de la posguerra, la burocracia de la Unión Soviética intercambió China, digamos, por Italia y también por Francia, o quizás por Japón (¿y a Cuba se la apropió a cambio de qué?). Aquí tenemos lo que se podría llamar la concepción 'manijera' de la historia, donde las revoluciones se intercambian como figuritas. No, la burocracia rusa estuvo contra la revolución china como contra la italiana y la francesa, y la desigualdad de los resultados se debió, entre otros factores, a que la implantación de los agentes del Kremlin en el partido chino no tenía, ni de lejos, la envergadura que la existente a la cabeza del PCI o del PCF.

Las 'tesis' se pierden en delirantes razonamientos y concluyen minimizando el papel del stalinismo en Europa. ¿Qué es eso de que el stalinismo se "concentró" sobre China ("eslabón débil") y no en Italia? Es exactamente al revés, fue en Italia que logró hacer abortar la revolución y no en China. El Plan Marshall, eje de la reconstrucción económica de Europa, no fue una respuesta a la traición burocrática sino, precisamente, el temor a la revolución proletaria en el Viejo Continente (1948). En tanto que un ataque indirecto a los Estados Obreros, llevó a la burocracia a ejecutar la expropiación del capital en los países ocupados militarmente. El Cl planea en las nubes, escribe 'tesis', pero no se digna a echarle siquiera una ojeadita a la realidad.

Uno de los ejes centrales de nuestra polémica de años contra la OCI francesa fue señalar que no se sabían ubicar en el ABC de la lucha de clases, esto es, "distinguir la revolución de la contrarrevolución".[12]

En esto caen las 'tesis' del CI, que ubica a los grandes triunfos revolucionarios como inmensas tragedias del proletariado mundial.

Deliberadamente, las 'tesis' equiparan la expropiación del capitalismo en los países de Europa Oriental, que fue ejecutada mediante una virtual anexión militar de esos países por la burocracia del Kremlin, con la de China, Yugoslavia, Cuba y Vietnam, que fueron el resultado de una victoria revolucionaria. En el primer caso, se trató de una acción defensiva de la burocracia rusa frente al imperialismo, llevada adelante con métodos burocrático-militares, es decir violando simultáneamente los derechos políticos de las masas y la autodeterminación de las naciones ocupadas. Fue una medida revolucionaria con métodos contrarrevolucionarios. A escala mundial, europea y de los propios países ocupados, la política del Kremlin fue de desmoralización política de la clase obrera. Luego del "golpe" de 1948 en Checoslovaquia, por ejemplo, el partido comunista italiano sufrió el mayor retroceso electoral desde 1946.

Las victorias de las revoluciones china, cubana o vietnamita, por el contrario, fueron un factor de impulso de la lucha de clases mundial. La expropiación del capital se realizó por la presión imparable de las masas.

Es cierto que existen rasgos comunes entre China, por ejemplo, y Europa Oriental. Tampoco en este último caso la burocracia rusa se planteó, originalmente, la expropiación del capital, a la cual fue llevada por toda la crisis revolucionaria heredada de la debacle de los regímenes hitleristas. De otro lado, las medidas de expropiación del capital en China, fueron efectuadas cuando el nuevo Estado ya había conseguido un cierto grado de centralización burocrática y militar. Por lo demás, esto mismo ya había ocurrido en Rusia en 1918, pues las primeras expropiaciones se dieron por parte de un Estado con un relativo grado de deformaciones burocráticas. En un sentido extremadamente general, las revoluciones rusa y china, así como la anexión militar-burocrática de Georgia por el ejército rojo de los bolcheviques y la ocupación de Europa Oriental por el stalinismo, tienen el rasgo común de extender el área geográfica de la revolución mundial. Pero la analogía cesa aquí, pues la lucha revolucionaria se

distingue de la acción burocrático-militar, en el hecho de que transforma la conciencia revolucionaria del proletariado mundial, que es el único factor histórico que puede acabar con la explotación capitalista y con la explotación del hombre por el hombre.

Treinta años después de la revolución china, los autores de las 'tesis' no han comprendido que la Cuarta Internacional se construirá junto a las masas revolucionarias, a partir de la experiencia de éstas, mostrando en la práctica la validez del programa trotskista, y no condenando en bloque la insurrección de millones de seres humanos, para preservar su propia verdad sectaria y su propia personalidad de grupejo mesiánico. Una de las mayores contradicciones de la crisis mundial posterior a la Segunda Guerra es que, salvo dos o tres excepciones, los únicos que se reclaman del gran programa de la Cuarta son un conjunto de grupejos sin principios ni destino.

Revoluciones proletarias que son burguesas y viceversa

Todos los sectarios que han sido paridos en las filas de la Cuarta Internacional desde la muerte de Trotsky, han buscado justificar la necesidad del partido bolchevique-trotskista, no como el resultado de las propias tendencias del proletariado, de su vanguardia y de la lucha moderna de clases en su conjunto, sino por consideraciones subjetivas y especulaciones metafísicas. Esto es la consecuencia aberrante del hecho de que, durante más de un cuarto de siglo, las organizaciones que se reclaman del trotskismo no hayan "hecho la revolución" en ningún lado y de que tampoco hayan logrado insertarse en el seno del proletariado de ningún país.

El Comité Internacional no se hace al respecto ningún problema. A la pregunta de por qué la notable falta de éxito del trotskismo, el CI responde: no hay en todo esto ninguna anormalidad, contradicción o irregularidad; todavía no se produjo en el mundo la revolución que nos toque dirigir; con posterioridad a 1917 sólo hubieron revoluciones de 'febrero' y, como se sabe, los bolcheviques dirigen sólo revoluciones de 'octubre'. ¡El que dude de la capacidad de los 'trotskistas'

comete un enorme error semántico! No hay problema, no ha contradicción, porque ni el uno, ni el otro, existen. En lugar de la resolución práctica de los conflictos terrenales de la revolución, el CI nos propone una nueva interpretación de los hechos. Ahora bien, ¿qué es la revolución de Febrero?

Según los autores de las Tesis, "Febrero es una revolución obrera que enfrenta a los explotadores imperialistas, burgueses y terratenientes ligados a la burguesía. Desmantela (sic) el aparato de Estado burgués sin todavía destruirlo (sic) o reemplazarlo... la diferencia entre Febrero y Octubre reside en el factor subjetivo. En resumen, la revolución de Febrero es inconscientemente socialista, mientras que la de octubre lo es conscientemente".[13]

La burrada que está dicha aquí sirve para medir el intelecto de sus autores. La diferencia entre Febrero y Octubre no es subjetiva sino objetiva; Febrero dio lugar a un régimen burgués operando en condiciones de doble poder, Octubre dio lugar a un régimen proletario. Entre uno y otro hay una diferencia de régimen político y no una diferencia de política o de gobierno dentro del mismo régimen. ¡La revolución subjetiva que se opera en el proletariado entre Febrero y Octubre no quiere decir que estos dos acontecimientos históricos se diferencien subjetivamente! Por otro lado, si Febrero se caracteriza -según ellos mismos- por no destruir el Estado burgués, ¡cómo pueden caracterizar de Febrero a las revoluciones cubana, china, vietnamita, yugoslava, que sí lo destruyeron!

La característica de Febrero es que, a pesar de los métodos de movilización proletarios (surgimiento de los soviets), "ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y organización".[14] El rasgo principal de Octubre, en cambio, es que el proletariado desaloja del poder a la burguesía.

Lenin es claro al respecto: "En el país está madurando claramente una nueva revolución –dice en septiembre de 1917–, una revolución de otras clases (en comparación con las que realizaron la revolución contra el zarismo). Entonces fue una revolución del proletariado, el

campesinado y la burguesía, aliada al capital financiero anglofrancés, contra el zarismo. "Ahora está madurando una revolución del proletariado y de la mayoría del campesinado -exactamente de los campesinos pobres- contra la burguesía, contra su aliado (el capital financiero anglo-francés) y contra su máquina gubernamental, encabezada por el bonapartista Kerenski".[15] La revolución de Febrero es una revolución burguesa, la de Octubre es proletaria.

La razón de esta peculiar combinación de clases en la revolución de febrero se debió a que si bien el proletariado estaba profundamente interesado en la liquidación del zarismo, no sólo lo mismo ocurría con la pequeño burguesía agraria sino que la propia burguesía necesitaba desembarazarse de la autocracia. Trotsky señaló que Febrero fue una revolución burguesa que, por haberse producido históricamente tarde y por sus contradicciones (sobre todo, la dualidad de poderes), debía dar paso ya sea a la revolución proletaria o a la consolidación contrarrevolucionaria de la burguesía (*Lecciones de Octubre*). La revolución de Febrero es, por lo tanto, a la vez, la introducción a la revolución de Octubre y su negación.

La idea de que el Febrero ruso fue una revolución proletaria contra todas las demás clases, y en especial contra la burguesía, es un puro invento del CI. Si la burguesía y pequeño burguesía se hubiesen alineado con la contrarrevolución en febrero, el proletariado nunca le hubiera podido ceder el poder.

Las 'tesis' sostienen que "todas las revoluciones actuales son socialistas por el enemigo que enfrentan: la burguesía y su aparato de Estado...".[16]

Con esto asimilan las revoluciones en los países imperialistas a las de los coloniales. De un plumazo, las tesis de la revolución permanente se esfuman. Ni qué hablar de la relación entre la lucha contra el imperialismo y la revolución proletaria.

El punto de partida del movimiento revolucionario en los países atrasados no es el choque con la burguesía nativa sino la lucha contra el

imperialismo y la reacción nativa. La revolución no debuta como un movimiento puro del proletariado contra la burguesía: fracciones de la burguesía coquetean con la revolución y buscan llevar la revolución a sus fines. Fue lo que Lenin y Trotsky señalaron respecto del Febrero ruso, fue lo que aconteció en enero de 1959 en Cuba; ahora en Nicaragua. La incapacidad de la burguesía o pequeño burguesía obliga al proletariado a ponerse a la cabeza de la revolución y transformarla en socialista. En esto consiste la permanencia de la revolución: se transforma de democrática en socialista o, dicho de otro modo, los objetivos de la democracia plantean la revolución proletaria. El carácter socialista de la revolución se distingue por la clase social, el proletariado, capaz de realizar los fines democráticos de la revolución combinándolos con los socialistas.

Las 'tesis' dicen que, "retornando a Hegel y a Marx", las revoluciones de Febrero son socialistas "en sí", mientras que la de Octubre de 1917 "lo es para sí".[17]

Las revoluciones socialistas "en sí" no existen. Como clase "en sí" el proletariado no se representa a sí mismo sino que se hace representar por otra clase, efectiva o potencialmente hostil. Pero la revolución socialista significa que el proletariado asume el destino histórico en sus manos. En Febrero, el proletariado ruso se sometió a otras clases y por eso no hubo allí ninguna clase de revolución socialista, ni en sí, ni para sí, ni consciente, ni inconsciente.

Las 'tesis' afirman que revoluciones como las de Febrero son una antesala a las de Octubre. Falso. Pueden ser también la antesala de la contrarrevolución.

El Febrero alemán (noviembre de 1918) no introdujo a Octubre sino a la contrarrevolución democrática, primero (invierno de 1919), y a la fascista, después (invierno de 1933). (Idem, en Bolivia, cuyo Febrero se produjo en marzo de 1952).

La diferencia fundamental entre el Febrero ruso y las revoluciones china y cubana es que el primero dio lugar a un régimen burgués,

las otras dos a Estados obreros. La analogía de Cuba y China es con el Octubre Ruso, no con el Febrero. Si en China y Cuba triunfó una revolución de Febrero, entonces sus regímenes políticos son burgueses.

Si se examina la revolución cubana se puede ver que ésta tuvo también su Febrero y su Octubre. En enero de 1959, un gobierno de coalición con la burguesía cubana se hace cargo del poder. En octubre la coalición se destruye. El gobierno revolucionario que emerge de esta situación es independiente de la burguesía y está apoyado en las masas armadas. Si el Octubre cubano no requirió, como en Rusia, una segunda revolución, ello se debió a que la lucha política en el seno de la dirección pequeño burguesa revolucionaria se resolvió en favor del ala dispuesta a llevar hasta el final la ruptura con la burguesía. Esta posibilidad de que la segunda revolución fuese pacífica fue prevista por Lenin, quien en agosto-setiembre de 1917 exhortó a los mencheviques a romper con la burguesía y tomar el poder.

Las 'tesis' afirman que la revolución nicaragüense "abrió objetivamente posibilidades de una nueva Cuba en Centroamérica".[18]

Ahora bien. Si la revolución nicaragüense fue, según el CI, una revolución de “Febrero”, "inconscientemente socialista", y lo mismo fue la revolución cubana, lo que nos están diciendo aquí es la burrada de que una revolución de "Febrero" podría transformarse en una... revolución de "Febrero". Nicaragua puede evolucionar, sí, hacia una nueva Cuba, o sea transformarse en Octubre por medio de la ruptura con la coalición burguesa y la expropiación del capital.

El CI comete el fantástico error de afirmar que el rasgo esencial de la revolución proletaria es la existencia de soviets. Trotsky ya había denunciado este "fetichismo" en relación con la revolución alemana (1923), donde los soviets estaban ausentes y la clase obrera se organizaba en comités de fábrica. En Bolivia (1952) el doble poder obrero estaba representado por los sindicatos y las milicias. El desarrollo de los soviets es un indicador del desarrollo alcan-

zado por la revolución proletaria en un país respecto del de otro. Pero lo que define el carácter de la revolución es el régimen que engendra. El Estado obrero de Lenin y Trotsky no dejó de serIo cuando los soviets dejaron de desarrollarse, se paralizaron, y el poder político quedó en manos del aparato del PC, con el auxilio del ejército rojo.

La victoria de la revolución en China, Cuba, Vietnam consistió precisamente en que no concluyeron en sus Febreros; de haber sido así hoy estaríamos hablando, no de la revolución china sino de la contrarrevolución china.

Para las 'tesis', revoluciones como la china y la cubana... ¡"son abortos"! Tienen "algunas características del ser que no nació, como la expropiación de la burguesía...",[19] ¡esto es extraordinario! ¡Algunos rasgos, la destrucción del capital! Los personajes que engendraron el aborto -de estas 'tesis'- parecen no saber que entre un ser humano y un aborto la diferencia está en que uno vive y el otro no. ¡Y las revoluciones china y cubana viven!

Las revoluciones dirigidas por... contrarrevolucionarios

"La acusación capital que la Cuarta" Internacional lanza contra las organizaciones tradicionales del proletariado es que no quieren separarse del semi-cadáver político de la burguesía", señala el Programa de Transición.[20]

Si ésta es la acusación capital del trotskismo, cómo caracterizar a las direcciones que han roto con la burguesía, tomaron el poder y, más aún, consumaron la expropiación del capital.

Para la secta bautizada Comité Internacional nada cambia: si no rompen con la burguesía son contrarrevolucionarios; si expropian a la burguesía también. Existirían, de esta manera, dos clases de stalinismo, un stalinismo que se esfuerza por mantener el orden existente a nivel mundial y en cada país, y otro que destruye este orden existente, por lo menos en su propio cuadro nacional.

Aquí se cometen errores de diversos órdenes, que la propia dirección actual de la OCI ya había refutado en el pasado (ver los trabajos de Pierre Broué sobre la revolución cultural china).

Primero. El stalinismo es un accidente histórico único, que consiste en esto: el sometimiento del aparato de la Tercera Internacional y de cada uno de los partidos comunistas a los intereses propios, de casta, nacionalistas, de la burocracia rusa. Desde el momento en que algún partido comunista deja de someterse a esos intereses, y contra ellos dirige la revolución en un determinado país, aunque no haya roto formalmente con el Kremlin, deja de ser un partido stalinista en el sentido estricto del término. Sea que se encuentre obligado a defender su propia revolución contra el imperialismo, independientemente de los intereses de la burocracia rusa; sea que se logre constituir en burocracia nacional con intereses propios; tales partidos comunistas dejan de tener la característica básica de los partidos comunistas, a saber, su sometimiento incondicional a la burocracia rusa. La aparición de un fenómeno de este tipo plantea, formalmente, el comienzo de la disgregación del aparato stalinista internacional.

Segundo. La burocratización de un nuevo Estado obrero no significa que se stalinice, porque carece de aquella característica fundamental del stalinismo, que es el sometimiento de todo un sector del proletariado mundial, aquel identificado con la Revolución de Octubre de 1917, a la casta social usurpadora rusa. Una política de coexistencia pacífica de esta nueva burocracia estaría mutilada desde el comienzo, ya que carecería de instrumentos' en cada país, y en especial en los países desarrollados, para imponer una política de conciliación de clases.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués en el poder puede ir muy lejos en sus acuerdos con la burocracia rusa, pero esto no significa identidad de intereses sino compromisos temporales - más o menos prolongados. De lo contrario habría que considerar que la burocracia rusa no es una casta chauvinista sino "internacionalista".

Como se puede apreciar, las consecuencias de una correcta caracterización son muy amplias para la política mundial. En la superficie, la victoria de una revolución dirigida por un partido de origen stalinista puede prestigiar al aparato stalinista internacional. Pero, en la medida que es un factor de destrucción de la coexistencia pactada por el Kremlin y el imperialismo, y en la medida que refuerza el espíritu revolucionario de las masas, incluso de las que siguen a los stalinistas, se coloca en la línea del hundimiento del aparato contrarrevolucionario a las órdenes de Moscú.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués que toma el poder y expropia a la burguesía no es un partido proletario revolucionario, aunque haya actuado revolucionariamente. Por su programa y tradición, continúa poniendo una muralla entre la revolución en un país y la revolución mundial; por su burocratismo, tiende a bloquear la gestión obrera y el gobierno obrero por la centralización burocrático-militar. Lo que resulta de aquí es un partido centrista de origen stalinista que oscila entre las presiones de la revolución, de un lado, y del imperialismo y el Kremlin, del otro. Que concluya con compromisos más o menos estables con éstos, o con uno de los dos, dependerá de la evolución de la lucha de clases en el plano nacional y mundial.

El Cl cree, suponemos, que está defendiendo la "ortodoxia" trotskista al meter en la misma bolsa a los PC verdugos de la revolución en sus países (Italia, Francia, etc.) y a aquellos que la llevaron a la victoria. La etiqueta de stalinistas seguirá en pie. Pero lo que hacen, en realidad, es sostener que un partido fiel a la estrategia stalinista puede llevar a la victoria de la revolución. Y esto es una concesión histórica a los enemigos del proletariado mundial y una completa revisión del programa trotskista.

Un partido de origen stalinista o pequeño burgués que se pone a la cabeza de las masas insurrectas tampoco podría ser caracterizado de contrarrevolucionario "nacional". En eso podrá transformarse en el futuro, si el reflujo de las masas en el país y el aislamiento de la revolución se mantienen por tiempo prolongado. Calificar de contra-

rrevolucionaria a una corriente que rompe con el imperialismo y, empíricamente, con la estrategia del stalinismo, y que se apoya en las masas revolucionadas, es quitarle a las palabras todo sentido.

El CI quiere conservar la vigencia del trotskismo y de la Cuarta, no recurriendo a las lecciones de la historia, que demuestran que la victoria de la revolución sólo es posible rompiendo con la burguesía y la conciliación de clase (y que esta victoria es tanto más amplia y segura si el partido que la dirige ha elaborado conscientemente este programa y esta estrategia) sino negando esas lecciones, y macaneando sobre la experiencia revolucionaria de millones de hombres. ¿Qué se puede construir sobre estas bases? La tarea de la Cuarta Internacional no es defender el programa como el evangelio, sino como una vía segura hacia las grandes masas, el proletariado en primer lugar. Que el evangelismo engendra, muchas veces, o encubre la corrupción y el oportunismo está probado por toda la historia de la Iglesia, así como por la del PST o de la OCI.

En un esfuerzo supremo de 'generalización', el CI afirma que "todas las direcciones burocráticas o pequeño burguesas, izquierdistas; nacionalistas, socialdemócratas y stalinistas, sirven históricamente -de manera directa o indirecta- a la contrarrevolución imperialista". "Las direcciones pequeño burguesas, incluso las stalinistas, son irrecuperables para la revolución".[21]

Castro, expropiando a la burguesía; Perón, organizando las triple A; Noske, ahogando en sangre la revolución alemana; Mao y Chiang Kai-shek; el FSLN… serían todos agencias de la contrarrevolución. Esta locura no es nueva. Por ejemplo, la OCI francesa compartió en la década del '60 un Comité Internacional con Healy, para quien Fidel Castro era un Chiang Kai Shek; Moreno, entonces metido en el peronismo, caracterizó a la revolución cubana como otra 'Libertadora' (golpe contrarrevolucionario de 1955 contra Perón), y a Castro como otro Aramburu.
De todo esto se desprende que, para el CI, la única clase revolucionaria es el proletariado y, el único partido revolucionario aquel que se reivindique como trotskista. Lamentablemente para el CI, esto no es así. El proletariado es la única clase consecuentemente revolucionaria,

o revolucionaria hasta el fin. El partido bolchevique-trotskista debe ser la expresión consciente y dirigente de este proletariado. Pero la pequeño burguesía también puede ser revolucionaria cuando se levanta contra la opresión nacional y se apoya en los desposeídos del campo. No es consecuentemente revolucionaria o hasta el fin; es democrática nacionalista revolucionaria. De los distintos movimientos propios de la pequeño burguesía, incluido el fascismo, se destaca también el jacobino o revolucionario. Lenin decía en el 2° Congreso de la Tercera Internacional que "nosotros, como comunistas, sólo debemos apoyar y sólo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios... " Y se cuidó de insistir en lo siguiente:

"No se puede pues limitarse a reconocer o a proclamar el acercamiento de los trabajadores de todos los países. Es necesario además perseguir la realización de la unión más estrecha de todos los movimientos emancipadores nacionales y coloniales con la Rusia de los Soviets, dándole a esta unión formas correspondientes al grado de evolución del movimiento proletario entre el proletariado de cada país, o del movimiento emancipador democrático-burgués entre los obreros y los campesinos de los países atrasados o de las nacionalidades oprimidas".[22]

Esto es el ABC. Pero ¿podemos pedirle al CI que distinga los colores del arco iris cuando ni logra hacerlo con el blanco y el negro, con la revolución y la contrarrevolución?

El "26 de Julio" de Castro y Guevara fue un típico movimiento revolucionario de emancipación nacional. Contrarrevolucionario era Batista. Moreno, en su momento, apoyó a este último, pues decía que era antiyanqui debido a que, supuestamente, había pedido un mayor precio por el azúcar que vendía en Estados Unidos. Luego apoyó lo peor del castrismo, el foquismo y los brazos armados de la Olas (estos últimos, según nuestro 'ortodoxo', superaban la necesidad de construir partidos obreros revolucionarios). La OCI no sólo apoyó, en Argelia, a la fracción nacionalista que capituló ante De Gaulle, sino que excluyó del partido a los dirigentes que se opusieron a ello.

De todo esto, las 'tesis', ni sombra de autocrítica. En lugar de estudiar de su propia experiencia, el Cl pretende enseñar lo que no ha digerido ni asimilado.

Para el CI, "el carácter obrero de estos Estados (China, Cuba, etc.) debe ser puesto enteramente en la cuenta de la actividad revolucionaria de las masas... "[23] o, que surgieron debido "al colosal ascenso de la posguerra en los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial" (ídem). Detrás de esta tautología se esconde un formidable 'blanqueo' del stalinismo mundial. Si todo se explica por el "colosal ascenso" en "los eslabones más débiles", se infiere que en los principales países europeos las revoluciones no triunfaron, no por el rol traidor de la socialdemocracia y el stalinismo, sino porque el ascenso no fue lo suficientemente 'colosal' o por la insuficiencia de la movilización de las masas. El ascenso de las masas no habría sido lo suficientemente fuerte en estos países como para llevar a las direcciones tradicionales a romper, como 'habría' acontecido en los eslabones débiles. La responsabilidad del stalinismo queda salvada. No fue en el ascenso pasado (débil), lo será en el futuro (más fuerte).

¿Qué es esto sino la dialéctica del sectarismo y la capitulación, engendrándose el uno al otro?

El CI defiende la teoría de la "masa reaccionaria única"

Todas estas posiciones se emparentan con las de Lasalle, quien consideraba a todas las clases –frente al proletariado– como "una masa reaccionaria". Para el CI todas las direcciones pequeño burguesas, centristas, burocráticas, nacionalistas, son agencias del imperialismo. También "la burguesía nacional, en los países semicoloniales, sigue siendo fundamentalmente un agente del imperialismo en las fronteras nacionales, aun cuando en un momento dado pueda tener fricciones profundas...".[24] Las 'tesis', además, ponen al foquismo y a la guerra de guerrillas en un mismo saco y dicen que "tanto las direcciones guerrilleristas oportunistas como la pretendida 'vanguardia' guerrillera que lucha contra ella son contrarrevolucionarias, inde-

pendientemente de las intenciones de los que la componen"[25] (esto después de decir la insensatez de que la movilización guerrillera es una "guerra civil proletaria" a pesar de su naturaleza agraria).

Marx criticó a Lasalle por poner un signo igual entre la burguesía liberal y la nobleza, incluso considerando los profundos lazos que entonces unían a la última con la primera. A Marx no se le escapaba que ese signo igual equivalía a una neutralidad ante la nobleza, en los casos de choques entre ésta y la burguesía. Dice Marx: "la burguesía es aquí (en el *Manifiesto Comunista*) considerada como una clase revolucionaria -en tanto es el agente de la gran industria- frente a los feudales y las clases medias resueltas a mantener todas las posiciones que son el producto de modos de producción perimidos. Feudales y clases medias no forman entonces con la burguesía una misma masa reaccionaria. De otro lado, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía..." (y) el Manifiesto agrega que "las clases medias... son revolucionarias... en consideración a su pasaje inminente al proletariado". Desde este punto de vista, es aún más absurdo hacer de las clases medias, junto con la burguesía, y, para colmo con los feudales. "una misma masa reaccionaria frente a la clase obrera".[26]

Criticando la misma concepción lasalleana, señala Engels: "En efecto, al contrario, la revolución comienza por esto, que la gran mayoría de la nación e incluso los partidos oficiales se unen contra el gobierno que permanece así aislado y lo derrumban, y es solamente así que se hace posible fortalecer nuestro poder. Si quisiéramos comenzar la revolución por el fin, esto no nos traerá suerte".[27] Poner a la burguesía y a la pequeño burguesía en el campo de la reacción imperialista, es hacer el juego de ésta.

No es cierto que la burguesía nacional de los países atrasados sea una agencia del imperialismo; esto es válido para una fracción de aquélla, que oficia de agencia directa.

"La llamada burguesía 'nacional' tolera todo tipo de degradación nacional -dice Trotsky- mientras pueda mantener su existencia privilegiada. Pero cuando el capital foráneo se propone asumir la plena

dominación de toda la riqueza del país, la burguesía colonial se ve obligada a recordar sus obligaciones 'nacionales'".[28] Precisamente por la presión y dominio imperialistas, la burguesía nacional "no alcanza más que parcialmente el nivel de clase dominante", para concluir que "la burguesía de los países coloniales y semicoloniales representa una clase semi-dirigente, semi-oprimida".[29]

(Digamos de paso que las 'tesis', en otro lugar, y pretendiendo parafrasear a Trotsky, dicen que la burguesía nacional es "semi-explotadora".[30] Falso; la burguesía nacional es enteramente explotadora del proletariado y las masas de sus países; otra cosa es que su dominio sobre el Estado, la economía, está bajo la dependencia del imperialismo mundial, y esté, en parte, oprimida por éste).

Las 'tesis' del Cl niegan la lucha de clases entre la burguesía nacional y el imperialismo, entre la pequeña burguesía y la burguesía, entre una nación oprimida y una nación opresora, entre los campesinos y los terratenientes, etc., y la enorme importancia que tiene para el proletariado ocupar el lugar justo y tener una táctica justa en estos enfrentamientos.

Si todas las clases, menos el proletariado, fuesen reaccionarias y formasen un sólido bloque con el imperialismo, la revolución en los países atrasados sería imposible. Otra cosa es señalar que sólo el proletariado puede llevar la revolución hasta el fin, que para esto debe organizarse en forma independiente, que debe disputarle a la burguesía la dirección de las masas de la nación oprimida, pero para esto hay que separarse de las tesis del Cl que aíslan al proletariado y lo colocan en una posición reaccionaria, de oposición a las reivindicaciones y al movimiento práctico de las otras clases oprimidas (campesinado, pequeño burguesía), y de las naciones oprimidas.

Estados burocráticos: ¿una ley general de transición del capitalismo al socialismo?

Las 'tesis' plantean lo que consideran la ley fundamental de toda revolución: "la revolución en su primera etapa ve a las masas, a la vez,

emprender una lucha de clases que plantea directamente los problemas políticos a nivel del Estado, y al mismo tiempo, víctima de sus ilusiones, dejar sus aspiraciones en manos de las direcciones tradicionales traidoras".[31] Elaboran así la teoría de los Estados burocráticos "desde su nacimiento".[32]

Además de no saber distinguir la revolución de la contrarrevolución, identifican la revolución con otra de sus negaciones, la burocratización.

Lo que caracteriza a toda revolución es que las masas toman en sus manos el destino de la sociedad y la transforman revolucionariamente. Para esta gigantesca tarea, subvierten las instituciones políticas existentes, incluso las propias, crean nuevas organizaciones (los soviets, las milicias armadas, los ejércitos revolucionarios) aptas para emprender el derrocamiento de la burguesía. Si algo quiere decir que "las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos"[33] es esto.

De acuerdo con lo que sostiene el CI, la burocracia no es un accidente histórico, el resultado de una combinación especial de circunstancias (aislamiento de la revolución, atraso del país, derrotas del proletariado mundial) sino la forma histórica de la transición del capitalismo al socialismo, determinada por el carácter de las direcciones (aparatos) que dirigen la revolución.

La burocratización de los Estados Obreros es un paso en la negación de la revolución, y no su resultado auténtico. Trotsky señaló que "en la degeneración burocrática del Estado soviético no son las leyes generales de la sociedad contemporánea, del capitalismo al socialismo, que encuentran su expresión sino una ruptura particular, excepcional y temporaria de esaS leyes en las condiciones definidas por el atraso de un país revolucionario y por el cerco capitalista".[34] Un Estado burocrático desde el inicio sólo puede entenderse como consecuencia, no de una revolución, sino de la anexión político-militar de ese estado por otro ya burocratizado.

Fue el revisionismo (Pablo) el primero que lanzó esta teoría de los Estados burocráticos desde el inicio, previendo siglos de sucesivos Estados burocráticos. Es obvio que una revolución químicamente pura no hubo ni habrá, y es también evidente que la revolución no es un acto sino un proceso ascendente de sucesivas negaciones sociales, culturales, políticas, humanas, nacionales e internacionales. El elemento burocrático va adherido al revolucionario basta su completa extirpación en un proceso permanente. Pero la burocratización del Estado, es decir, la reversión de la revolución por el elemento burocrático, no puede establecerse con la victoria de la revolución sino que será el resultado de la combinación de factores adversos circunstancial es, y es esto lo que también ocurrió en China, Cuba o Yugoslavia, al no producirse la revolución en los países avanzados, ni extenderse decisivamente en las principales naciones geográficamente contiguas.

En las revoluciones victoriosas de la segunda posguerra un rasgo fundamental fue la excepcional participación de las masas campesinas y la enorme importancia que jugó la cuestión nacional. Por razones diversas, el proletariado, como fuerza social, jugó un papel relativamente opaco. Si estas características se mantienen por un tiempo prolongado, es claro que la elevación de una casta burocrática a una posición dominante es inevitable. Las revoluciones puramente campesinas (revueltas) concluyeron, siempre, en el pasado, con la suplantación de una dinastía por otra, es decir, sólo alteraron el origen de la casta dominante. Una revolución protagonizada, fundamentalmente, por las masas agrarias se va a reflejar en intentos por bloquear la hegemonía del proletariado, y esto tanto más cuanto que a su cabeza se encuentre un partido de origen pequeño burgués o stalinista de base campesina. Pero si esa revolución arriba a efectuar una real revolución social en el campo y lucha por la conquista del poder estatal, iniciará un proceso de revolución permanente y deberá movilizar al proletariado. Esto plantea la posibilidad de que el proletariado asuma como clase, directamente, la dirección de la revolución. Un Estado obrero surgido en estas condiciones sólo puede degenerarse burocráticamente en condiciones de aislamiento de la revolución social. En procesos revolucionarios de estas características, el partido trotskista debe apoyarse en las tendencias de la revo-

lución a transformarse en permanente para conquistar la dirección para el proletariado revolucionario.

Al considerar la burocratización de las revoluciones de posguerra, el Cl cae en el más burdo "socialismo en un solo país" y en la exageración de las peculiaridades nacionales. En ningún momento aplica el gran análisis de Trotsky, que vio en la derrota de la revolución en el exterior el factor más importante en la degeneración del Estado soviético. La regla de oro del método marxista es considerar cada fenómeno, no aisladamente sino de conjunto, no fijo sino en movimiento. La regla de oro del método marxista es considerar que las perspectivas del proletariado y de la revolución proletaria en un país dependen de las tendencias del proletariado mundial. Las 'tesis' se convierten en un monumento de estrechez nacionalista.

El imperialismo logró contener la revolución en Asia, en América Latina y, fundamentalmente, en Europa occidental. La realización plena del programa comunista quedó, entonces, bloqueada en los países donde la revolución fue triunfante. El atraso de estos países agravó las tendencias hacia la diferenciación social. La presión del imperialismo y el stalinismo provocaron la tendencia hacia la centralización burocrática del Estado, en países en que el escaso desenvolvimiento de las fuerzas productivas bloqueaba una centralización democrática. El origen stalinista y pequeño burgués de sus direcciones acentuó esta tendencia, ya que las tradiciones y los métodos burocráticos salieron más fácilmente a la superficie en cuanto que las condiciones eran hostiles. En estos países se ha cristalizado una burocracia con intereses nacionales propios. Pero aun así, ni China, ni Cuba, por ejemplo, se asimilan a la degeneración del Estado ruso. La burocracia rusa es la cristalización de un período entero de derrotas fundamentales del proletariado mundial; la burocracia en Cuba y China ha debido coexistir con un período de derrotas tácticas de la clase obrera internacional, dentro de un período cuya línea general ha sido ascendente. Las relaciones entre las masas y los partidos en el poder no son las mismas dentro de estos países; no sólo de Cuba y China respecto de la Unión Soviética sino tampoco entre los dos primeros. En el artículo de Broué, antes citado, se ponía entre paréntesis la in-

evitabilidad de la revolución política en China. Mientras que las reivindicaciones del Programa de Transición son enteramente válidas para todos los Estados burocráticos, la capacidad de las burocracias de los países como Cuba y China para enfrentar la presión de un movimiento independiente de masas, no se equipara a la de la Unión Soviética y sus satélites.

La burocracia: ¿una clase?
La Unión Soviética: ¿un Estado capitalista?

Diversos antecedentes probaban que las convicciones del CI, respecto de que la Unión Soviética fuera un Estado obrero, estaban flaqueando. La OCI demoró veinte años para reconocer, y a regañadientes, que Cuba era un Estado obrero, y con razones que, bien comprendidas, no conducían a esa conclusión. En 1980, el Comité Paritario, antecesor del CI, tomó partido contra la defensa incondicional de la Unión Soviética, en la guerra entre ésta y las guerrillas feudales en Afganistán. Las 'tesis' siguen reconociendo a la Unión Soviética como Estado obrero, pero sus planteamientos demuestran que están al borde de cambiar de camiseta.

La primera revisión de las tesis es afirmar que "la economía mundial, en su totalidad, continúa bajo el dominio imperialista y, en consecuencia, también lo está la de los estados obreros burocráticos".[35]

La cita demuestra que el CI logró evolucionar del pensamiento confuso de los salvajes al razonamiento lógico de las primeras civilizaciones. Con el tiempo, quizás, alcancen el estado dialéctico.

La economía mundial está bajo dominio imperialista. La Unión Soviética está dentro de la economía mundial. Ergo: la Unión Soviética está bajo el dominio del imperialismo. Esto significa que ya no es un Estado obrero. Pero, claro, la Unión Soviética no está bajo el dominio del imperialismo.

Que la economía mundial está bajo el dominio del imperialismo es una tautología, pues bajo el socialismo no habrá economía mundial.

Que la Unión Soviética está dentro de la economía mundial es incompleto pues se estructuró en oposición a ella. Lo que hay que decir es que seguimos en la época de la economía mundial capitalista. Que la Unión Soviética es el resultado de una revolución victoriosa contra el capitalismo. Corolario: la Unión Soviética está, a la vez, en contradicción con la economía mundial capitalista y bajo la presión de ésta.

La Unión Soviética quedaría bajo el dominio del imperialismo si es derribado el monopolio del comercio exterior. Las embestidas contra este son cada vez mayores y las grietas se están haciendo ver. Pero todavía hay mucha lucha por delante. La lucha del proletariado polaco es, precisamente, una reacción, entre otras cosas, a las tendencias de la burocracia a capitular ante la presión de los acreedores internacionales.

La dominación imperialista de los Estados obreros quiere decir que éstos han dejado de ser tales, y que está planteada una revisión de la caracterización trotskista de ellos.

El Cl no se queda solamente en esto, sin embargo.

Según las 'tesis' es revisionismo puro sostener que la burocracia de los Estados obreros "sería socialmente parte constituyente de la clase obrera y sólo políticamente podría caracterizarse como burguesa".[36] Reafirmando esto, dicen que, a diferencia de la aristocracia obrera, "ninguna burocracia, por naturaleza, es parte estructural de la clase obrera".[37]

(Preguntamos a Monsieur Just, ¿no era que la burocracia de los sindicatos europeos era obrera, cualitativamente distinta de los sindicatos dirigidos por burócratas nacionalistas, que serían burgueses?) (ver polémica OCl - PO, 1978/79).

La burocracia, entonces, no sería socialmente parte constituyente de la clase obrera sino de la burguesía. Más: "no hay que confundir la naturaleza social burguesa de la burocracia con su localización en el seno de las instituciones obreras".[38] Aquí habría que añadir que lo

mismo valdría para las burocracias de los Estados burocráticos desde el inicio. Ergo, la revolución en estos países fue dirigida por la burguesía. Pero ésta (sabemos por otro lado) es agente del imperialismo. Resultado: la revolución china, por ejemplo, sería una victoria de una fracción yanqui contra la otra. Y la mejor prueba de esto sería que el actual gobierno chino está aliado a Reagan. ¡Qué completo que es un 'pensamiento' sectario!

Ahora bien, es un hecho que la burocracia rusa se formó como resultado de una diferenciación del proletariado soviético, de los activistas del partido bolchevique, y no por la recuperación del poder por los funcionarios del zar.

De dónde ha sacado el CI que la burocracia, por naturaleza, no puede ser obrera, sólo dios lo sabe. En ninguna sociedad la burocracia es una clase; no ocupa un lugar en la producción social, sino que se caracteriza por su función de intermediaria en la distribución de la riqueza social y de reguladora de la producción social. Carente de propiedad, considera al Estado como su propiedad privada y busca explotarlo consecuentemente. Pero, en la sociedad capitalista, esta burocracia debe servir a la burguesía, la que, a su vez, tiene los medios para imponerle el cumplimiento de esta obligación. En el Estado obrero burocratizado, la burocracia debe defender, frente al capital, las conquistas sociales del proletariado, la base de sus privilegios. Si lo que define a la burocracia es su función de intermediaria (y reguladora) y no su lugar en la producción, lo que importa, desde un punto de vista de clase, es saber Al servicio de qué régimen está actuando. La "localización" no es una cuestión espacial abstracta.

En La Revolución Traicionada, Trotsky destaca el parecido de la burocracia rusa con las burocracias de los Estados burgueses, y en especial con la fascista, pero explica: "la burocracia soviética ha expropiado políticamente al proletariado para defender, con sus propios métodos, las conquistas sociales del proletariado. Pero el hecho de que se haya apropiado del poder en un país donde los medios de producción más importantes pertenecen al Estado, crea, entre ella y las riquezas de la nación, relaciones enteramente nuevas. Si estas re-

laciones, aún totalmente recientes, se estabilizaran, se legalizaran, se transformaran en normales sin resistencia o contra la resistencia de los trabajadores, ellas concluirían en la liquidación completa de las conquistas de la revolución proletaria. Pero esta hipótesis es todavía prematura. La burocracia no ha creado una base social propia correspondiente a su dominación. Está obligada a defender la propiedad del Estado, fuente de su poder y de sus ingresos. Por este aspecto de su actividad, ella continúa siendo el instrumento de la dictadura del proletariado".[39] Si, para el Cl, la burocracia rusa es "parte estructural" de la burguesía, lo que para Trotsky (y todavía hoy) era una hipótesis prematura, sería un hecho consumado: la burocracia rusa habría creado la base social propia de su dominación, por lo tanto, es una clase explotadora y la Unión Soviética ha dejado de ser un Estado obrero.

Aquí, como en los otros casos, el Cl no puede aceptar un planteamiento dialéctico. Para el Cl una de dos: o la burocracia es burguesa o no es burocracia. Afirmar que una burocracia de origen obrero, que se ha elevado por encima de esta clase, que se apoya en las conquistas de una revolución proletaria para nutrirse parasitariamente, al mismo tiempo que es una correa de transmisión de las presiones del imperialismo mundial; decir esto, es, para el Cl, sostener que la burocracia se podría reformar haciendo valer su lado obrero (bueno) contra su lado burgués (malo). Pero este peligro sólo le puede ocurrir al Cl, para quien la dialéctica vendría a ser el contraste entre el lado bueno y el malo de las categorías históricas, para superarse por medio del triunfo del lado bueno.

(¿No decía Moreno, precisamente, que el peronismo tenía de bueno el haber unido a la clase obrera y de malo el haberlo sometido a una dirección burguesa, y por eso defendía a Perón como “prenda de unidad”?).

La burocracia de estos Estados obreros tiene un carácter social contradictorio, que es el reflejo y el resultado del carácter contradictorio de las sociedades en las que el capitalismo ha sido expropiado. Estos no son ni capitalistas ni socialistas. La burguesía fue expropiada, pero las tendencias a la acumulación primitiva del capital siguen presen-

tes en todos los poros de la sociedad. La economía está estatizada, pero el reparto de la riqueza creada acentúa la desigualdad social. La burocracia se alimenta de estas tendencias antisocialistas, pero en el cuadro de la estatización. El desarrollo de la desigualdad social y de los privilegios de la burocracia debe llevar, a término, al capitalismo; la burocracia para defender estos privilegios frente a los intentos de restauración capitalista del imperialismo, debe defender las conquistas sociales de la revolución. El proletariado sólo puede asegurar el tránsito al socialismo derrocando a la burocracia.

También los partidos comunistas tienen un carácter contradictorio, de orden diferente al de la burocracia stalinista. Estos están sometidos a la burocracia, pero integrados en la política burguesa de sus países. "Tampoco usted puede concebir a la Comintern –la Tercera Internacional- como un mero instrumento de la política exterior de Stalin... El Partido Comunista Francés no es sólo una agencia de Moscú sino que constituye una organización nacional con miembros en el Parlamento, etc.".[40]

El carácter contradictorio de las sociedades intermediarias entre el capitalismo y el socialismo es el producto especial del desenlace provisional de la lucha de clases, a nivel mundial, entre el imperialismo y el proletariado hasta el presente. Es esta situación lo que reflejan, como categorías históricas específicas, los Estados obreros intermediarios y la burocracia que resulta de ellos. Su superación no se va a dar por la pugna entre sus lados contradictorios, lo que podría resultar en el absurdo de una burocracia revolucionaria o de un Estado burocrático igualitario, sino por la victoria del proletariado mundial contra el imperialismo (y del proletariado de los Estados obreros contra la burocracia, como un componente de aquel).

"La función de Stalin, como la de Green (burócrata sindical yanqui) -dice Trotsky- tiene un carácter doble. Stalin sirve a la burocracia y por ella a la burguesía mundial, pero no puede servir a la burocracia sin preservar el fundamento social que la burocracia explota en sus propios intereses. En esta medida, Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra el imperialismo y contra las capas demasiado im-

pacientes y demasiado ávidas de la burocracia. Realiza, sin embargo, esta defensa por métodos que preparan el derrumbe general de la sociedad soviética. Es por esto que hay que derribar a la claque stalinista... ".[41]

Está claro que si la burocracia hubiera resuelto su carácter social contradictorio, por sus propios métodos, se habría transformado en una clase social, es decir, habría logrado crear las bases sociales propias de su dominación. Esta es la única conclusión de las 'tesis' del CI, de que la burocracia tiene una naturaleza no contradictoria y burguesa. '

El carácter socialmente contradictorio de la burocracia no quiere decir que sus aspiraciones y fines sean contradictorios. Esta casta social no es un agregado de contradicciones, pues éstas se presentan en una síntesis concreta. "En tanto que fuerza política consciente, la burocracia ha traicionado la revolución".[42] La política de esta burocracia, en su conjunto, por encima de los vaivenes, es antisocialista y reaccionaria. Es, por esto, un agente político de la burguesía mundial en el seno de las organizaciones obreras. Es una fuerza de colaboración de clases a nivel mundial. Y, al igual que la aristocracia obrera, procura transformar en un régimen permanente la coexistencia entre el orden capitalista mundial y sus propios privilegios.

Ya en oportunidad del apoyo del ex Comité Paritario a las guerrillas contrarrevolucionarias afganas contra la Unión Soviética, señalamos que se trataba de una posición imperialista, contraria a la defensa de la Unión Soviética, y por esto constituía "un principio de revisión del carácter social de la URSS".[43] No tardaron cinco meses, para deslizarse más a fondo en el "antidefensismo" y en el cuestionamiento del carácter obrero de los Estados donde el capital fue expropiado.

Qué es el bolchevismo o cómo reconstruiremos la Cuarta Internacional

La historiografía stalinista ha presentado al bolchevismo a su imagen y semejanza: como un caso único, infalible, cuya clave se encontraría

en sus métodos de organización. La fidelidad al aparato, el monolitismo, el ahogo de las divergencias, el centralismo, serían los rasgos que caracterizaron al bolchevismo y lo tornaron invencible.

Las 'tesis' del CI reproducen al pie de la letra esta versión stalinista. "El Partido Bolchevique es un caso único en la Segunda Internacional... cuyas características eran únicas: altamente centralizado, con revolucionarios profesionales controlados por el partido... ". Esta falsificación grotesca es una parte esencial de las 'tesis' y es toda una llave para comprender la crisis de la Cuarta Internacional.

El CI elimina de un plumazo las características decisivas del bolchevismo: elaboración del programa revolucionario, sobre la base del estudio del propio país y de la experiencia del movimiento obrero revolucionario nacional e internacional; penetración en las masas, sobre la base del programa y de la experiencia de éstas; combinación del centralismo con la más rica democracia; subordinación de los métodos parlamentarios a la estrategia de la revolución proletaria.

Lenin escribió un texto fundamental para decir lo que es el bolchevismo. Se lee en éste: "la primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se comprueba? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer lugar con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones, es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos gro-

tescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario".[45]

Lo que diferenció al Partido Bolchevique de los partidos de la Segunda Internacional no fueron los métodos de organización tomados en abstracto. La socialdemocracia alemana era más centralizada, más profesional y mejor organizada que el bolchevismo ruso. Hasta 1914, el Partido Socialista alemán era el modelo organizativo de partido obrero que el bolchevismo ruso quería construir. Recién en abril de 1917, Lenin propuso abandonar el nombre de partido socialdemócrata por el de partido comunista. Lo que escisionará al bolchevismo del resto de la socialdemocracia europea no es un particular método de organización –en esto los bolcheviques seguían a la socialdemocracia alemana– sino el alineamiento de ésta con su burguesía en la Primera Guerra Mundial.

Lo que diferencia al bolchevismo de los partidos de la Segunda Internacional no es el centralismo sino que el bolchevismo entiende al partido revolucionario como un partido de combate, mientras que el reformismo sometía todas las formas de lucha política, y en especial aquellas que tenían su eje en la acción directa de las masas, a la primacía de la acción parlamentaria.

Es falso que el bolchevismo hubiera sido un puro resultado objetivo de la “situación” imperante en Rusia, que el CI caracteriza como "que no daba margen para una política reformista". ¡El Partido bolchevique se habría educado y formado sin una lucha teórica y práctica a fondo contra el reformismo!

¿Qué dice Lenin?: "El bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida basede la teoría del marxismo... el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de 15 años (1903-

1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Pues ningún país, en el transcurso de estos quince años, conoció ni siquiera aproximadamente una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada, en tan breve período, semejante variedad de formas, de matices, de métodos de lucha de todas las clases de la sociedad contemporánea; lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia la 'última palabra' de la experiencia política americana y europea".[46]

Los países en donde "el reformismo no tiene margen" constituyen las 4/5 partes de la humanidad, y no por ello fueron la cuna del bolchevismo. Lo que la situación rusa tuvo de peculiar fue concentrar, en un tiempo relativamente breve, las principales experiencias de la lucha de clases moderna, haciendo posible una asimilación política y teórica profunda a la vanguardia revolucionaria.

La incapacidad del CI para aprehender lo que es el bolchevismo revela mucho sobre lo que es realmente ese CI. Suplantar la rica asimilación política que da lugar al bolchevismo, por la noción del centralismo, es propio de la mentalidad de aparato. Exaltar a los profesionales es de un fetichismo fantástico, como si los profesionales sin sólida formación teórica, sin la asimilación profunda de la experiencia política, sin capacidad de sacrificio y heroísmo para ligarse a las masas en cualesquiera circunstancias, no fueran otra cosa que simples burócratas.

Por eso, las 'tesis' son de una alabanza constante a la "disciplina rígida", a las "instancias jerarquizadas" y cuando mencionan (al pasar) la democracia, lo hacen como un suplemento apenas del centralismo. Centralismo y democracia son contradictorios, por eso es necesario subrayar que el partido se organiza sobre la base de esos dos principios unificados, en la acción, a través de la fidelidad al programa y a la revolución.

El bolchevismo no se estructuró en el centralismo sino en el centralismo democrático que es la fusión en la lucha del partido revolucionario. "La centralización democrática en la organización del Partido Comunista debe ser una verdadera síntesis, una fusión de la centralización y la democracia proletarias. Esta fusión sólo puede obtenerse por una actividad común permanente, por una lucha igualmente común y permanente del conjunto del Partido".[46]

Las 'tesis' escamotean esto para justificar su propio burocratismo, que se expresa, entre otros, en sus propios estatutos, como vimos anteriormente. "Una centralización formal o mecánica no sería más que la centralización del 'poder' entre las manos de una burocracia empeñada en dominar a los otros miembros del Partido o a las masas del proletariado revolucionario; la lucha por la dominación o un antagonismo de autoridades es incompatible con los principios adoptados por la Internacional Comunista, relativos al centralismo democrático".[47] La democracia exige: elección de todas las instancias del partido, revocabilidad y salida permanente del boletín interno para todos los militantes y derecho de expresión de la minoría.

Del fetiche del centralismo digamos sólo dos cosas. El centralismo del partido bolchevique desapareció virtualmente en 1917/18 cuando el partido quedó totalmente confundido con los soviets.[48] Se reconstituyó por la conciencia política, históricamente probada, de su vanguardia, y por su profunda compenetración con la revolución. Más tarde, el centralismo, vaciado de esa conciencia y de esa compenetración, fue el instrumento de la burocracia thermidoriana.

Sobre los "profesionales", basta releer el Stalin de Trotsky, donde éste demuestra el papel de freno que jugaron en la proletarización del partido (1905/7). En 1917, toda una parte de ellos apoyó al gobierno burgués, contra las tendencias profundas de la base obrera del partido.[49] Los cuadros profesionales del bolchevismo fueron siempre los primeros en refractar las presiones políticas adversas, que eran superadas por la intervención de conjunto del partido, im-

pulsada por Lenin. La disciplina férrea no se conquistó con la receta de un método de organización sino por un programa sometido a la experiencia y a la fusión con las masas en lucha, en todas las fases de ésta, para elevarlas a los objetivos revolucionarios.

Adulterando al bolchevismo, los pichones de burócratas del CI quieren embellecer su propia estampa antibolchevique.

Pero el problema de qué es el bolchevismo trasciende la polémica con estas barrabasadas.

¿Por qué ni la Cuarta" Internacional, ni ninguna de sus secciones, reunió las condiciones necesarias para dirigir la lucha del proletariado al poder?

Mejor todavía: ¿Por qué ni la Cuarta Internacional, ni ninguna de sus secciones, logró pasar del estado de secta, ni logró construir una organización que sea realmente un partido proletario?

Una excepción es el Partido Obrero Revolucionario (POR) boliviano, cuya preocupación y actividad estuvieron centradas en penetrar en las masas y elevarlas al programa revolucionario. De este esfuerzo salieron las Tesis de Pulacayo (1946), el programa de la Central Obrera Boliviana (1970), la Asamblea Popular (1971).[50]

La Cuarta Internacional se fundó, en 1938, con una experiencia internacional que no tuvo ninguna de las Internacionales precedentes. El programa de la Cuarta es la riquísima asimilación de las más grandes victorias y de las más grandes derrotas del proletariado internacional. Pronostica con acierto milimétrico la inminencia de la guerra mundial y la inevitable eclosión de una situación revolucionaria como consecuencia de ella.

En lo sustancial, la segunda posguerra tuvo las mismas características de la primera; más, en el curso de la Segunda Guerra se obtiene una victoria histórica, como el aplastamiento del fascismo, que le da un lugar especial en relación con la primera posguerra.

Que la burocracia stalinista saliera con un prestigio mayor de la Segunda Guerra que la socialdemocracia de la primera, es una diferencia importante, pero para nada decisiva. Así como el stalinismo logró frenar la revolución en los países avanzados, el mismo 'éxito' tuvo la socialdemocracia en la Primera Guerra. En ésta se produjo la Revolución de Octubre, pero en el curso de la posguerra fue aislada y, como resultado, se degeneró el Estado salido de ella. La segunda posguerra vio la victoria de la revolución china y la expropiación del capital en varios países. El capitalismo logró, igualmente, aislarlos.

En síntesis, no es en las condiciones históricas de la segunda posguerra, en sus 'insuficiencias', donde está la explicación de la no implantación de la Cuarta en el seno de las masas de algún país, en ese momento, o en los treinta años posteriores.

Analizando retrospectivamente, la principal diferencia, en lo que hace al desarrollo revolucionario, entre la primera y segunda guerras y posguerras, es que en la primera hubo un partido realmente ligado a las masas revolucionarias de su país con anterioridad. Luego de la muerte de Trotsky, la Cuarta no tenía elementos que representaran la tradición revolucionaria en ningún país. La posibilidad de una revolución dirigida por los trotskistas era, por lo tanto, remota en relación con 1917.

El "Estado Mayor" de la revolución mundial no contaba con la más modesta brigada en ningún país. La tarea planteada era construir esos partidos nacionales, y no pretender colarse en la revolución mundial saltando esta tarea. ¿Cuál fue el trabajo de Trotsky desde 1930 sino dedicar su esfuerzo principal a construir en España y, desde 1934, en Francia, organizaciones revolucionarias ligadas a las masas, capaces de intervenir en todos los virajes de la revolución en sus países? ¿Cuál es si no el gran significado del "viraje francés", entrar a los PS para construir fracciones y partidos bolcheviques de masas? ¿Qué fue el pablismo y todos sus sucesores sino intento de saltar esta etapa: construir partidos en cada país?

Es aquí donde el debate de qué es el bolchevismo cobra su trascendencia. El Cl propone partidos "centralizados" y "profesionales" que actúen como agentes teleguiados de París.

Las 'tesis' arman toda una discusión para llegar a la conclusión de que no hay razón para que una Internacional deba construirse necesariamente en un momento de ascenso, que fue lo que ocurrió con la Cuarta fundada en pleno período de derrotas.

Pero lo que estas 'tesis' escamotean es que ninguna Internacional puede justificarse o subsistir si no es una expresión del movimiento obrero revolucionario real. Trotsky consideraba que lo era, a pesar del reflujo, y por eso fundó la Cuarta. Dijo que había surgido de las más grandes derrotas, que lucha y vive. El problema hoy es reconstruir la Cuarta como expresión del movimiento obrero revolucionario real, y no como un reagrupamiento oportunista o sectario que cacarea sobre la vigencia del programa. Esta es la diferencia de perspectivas entre el CI y la Tendencia Cuartainternacionalista de la que formamos parte.

Lo que está planteado es pues: 1) elaborar el programa de la revolución en cada país; "todas las cuestiones teóricas esenciales de la revolución" (Lenin, Infantilismo); 2) ligarse a las masas interviniendo en sus organizaciones (cualesquiera sea la naturaleza de las direcciones de éstas); principalmente el proletariado; 3) ponerse a la vanguardia de la lucha de todas las clases, no sólo el proletariado, que entran en choque con el régimen político imperante; 4) elaborar una táctica política acertada, basada en el programa y en el análisis concreto de las situaciones concretas, y ayudar a las masas a que se convenzan por experiencia propia de la justeza de esa orientación política.

Esto es, aproximadamente, el bolchevismo. Una tradición de formación de partidos de combate y no de sectas de aventureros.

Socialdemocracia: un ausente que se siente

Resulta particularmente significativo que los autores de las 'tesis' no hayan dedicado siquiera un capítulo al análisis y caracterización de

la socialdemocracia. Salvo dos o tres párrafos perdidos, la socialdemocracia ni siquiera es mencionada. Después de leer las 'tesis' pareciera que la socialdemocracia es una cosa del pasado.

Es significativo esto porque tanto el Corci como la FB están metidos hasta el cuello en la estrategia de desarrollar "partidos socialistas" y lo plantean sin ninguna delimitación de la Segunda Internacional. Así tenemos que para Polonia plantean reconstruir el viejo partido socialista ligado a la Ira Internacional; en Bolivia estuvieron dentro del PS de Quiroga Santa Cruz; en Brasil, buscaron formar un partido de "convergencia socialista" hasta que la emergencia del PT hundió el 'gran' pronóstico; en Argentina se declaran rabiosamente parte de la "familia socialista"; en Francia, la OCI borró toda diferenciación de Mitterrand, al punto que declaran que el carácter de clase del gobierno mitterrandista está por verse; en Portugal, estuvieron a la rastra del Partido Socialista, y así podríamos seguir enumerando.

De todo esto, en las 'tesis' no hay ni una palabra, lo que demuestra que son inservibles para guiar la acción revolucionaria. Se trata, además, de una prueba de oportunismo político, porque el propósito de esta omisión es quedar con las manos libres para todo tipo de maniobras políticas.

En una de las raras menciones a la socialdemocracia, las 'tesis' señalan que ésta jugó un papel contrarrevo1ucionario en la primera posguerra y en la Segunda Guerra Mundial. "Pero enseguida el stalinismo ocupa su lugar de principal agente contrarrevolucionario en las filas obreras, y a él se deben las derrotas ulteriores".[51] Inclusive plantean la teoría de que "su utilidad para esta misma burguesía ante un ascenso revolucionario es mucho menos importante que la del stalinismo a escala mundial".[52]

Recordemos que, en otro capítulo, se negaba que la burocracia pudiera ser "estructuralmente obrera", para reconocerse, sí, ese carácter a las "aristocracias obreras", que tradicionalmente fueron la base de los PS.

Se trata, evidentemente, de un embellecimiento de la socialdemocracia. ¿Así que en los últimos años la socialdemocracia no jugó un papel central en la reconstrucción del Estado burgués en Portugal, después de la revolución de 1974, Y no es hoy un pilar central en el sostenimiento de la monarquía española? ¿A<;í que el rol de la socialdemocracia fue secundario en Inglaterra? ¿Así que la socialdemocracia está dispensada de responsabilidad en la reconstrucción capitalista europea de posguerra?

Las 'tesis' pretenden minimizar el papel contrarrevolucionario de la socialdemocracia, cuando ésta, no digamos en los últimos 40 años sino en nuestros días, capturó el ascenso obrero europeo (España, Portugal, Francia), constituye un factor de primer orden en la contención de la revolución nicaragüense y se plantea como alternativa 'institucionalizadora' frente a los regímenes dictatoriales de América Latina.

Este embellecimiento de la socialdemocracia es toda una teoría para el CI, pues las 'tesis' señalan que "los aparatos socialdemócratas son dependientes de la democracia burguesa o de lo que quede de ella" y que ésa sería una diferencia con el stalinismo, para quien "la forma del régimen político burgués es relativamente indiferente".[53] Para ejemplificar esto, las Tesis señalan el apoyo de los PC a la monarquía española, al gobierno de Videla, a Vasco-Gon9alvez en Portugal.

Las anteojeras de los autores de las Tesis, no podrían ser mayores. ¿Y el PSOE no apoya a la monarquía española, tanto o más que el PC? ¿Y la socialdemocracia portuguesa no sostuvo el ascenso del general Eanes, haciendo del parlamento una fantochada del bonapartismo militar? ¿Y los "grupos socialistas", en la medida de sus escasas fuerzas, no apoyaron el golpe militar de Videla? Todo lo cual demuestra que es falso que la socialdemocracia sea incompatible con las formas bonapartistas o con las dictaduras militares, lo que le confería alguna progresividad, como pretende el CI.

En nuestra polémica en relación con los sindicatos (1978), ya le señalamos a la OCI que era absolutamente falsa la idea de que la so-

cialdemocracia tendría una especie de vínculo uterino que la liga a la "democracia burguesa". Mostramos que el modelo de la socialdemocracia, el PS alemán, no se desarrolló en un régimen parlamentarista, que los principales líderes socialistas españoles formaron parte de la dictadura de Primo de Rivera, etc.[54] Trotsky desarrolló la idea de la incompatibilidad absoluta entre la socialdemocracia y el fascismo, pero nunca dijo que aquélla habría de luchar, necesariamente, contra él. Todo lo contrario.[55]

Trotsky, polemizando con los stalinistas, demostró que era falso que la socialdemocracia y el fascismo fuesen "hermanos siameses", y señaló que la capitulación de la primera frente al segundo entrañaría la autodestrucción de la socialdemocracia. De ahí el total realismo de una política de frente único del PC y el PS contra el hitlerismo. Pero lo que no dijo nunca, como lo sostienen las 'tesis', fue que para el PC fuese indiferente la victoria del nazismo. Lógico, esta victoria significa la liquidación de toda organización obrera, y alcanza, del mismo modo, al PC y al PS. El error del CI es que reduce a los PC al stalinismo moscovita, sin comprender su naturaleza contradictoria de partido obrero-burgués. Pero ni el propio Stalin 'buscó' la victoria de Hitler, lo que conduciría a la guerra contra la Unión Soviética, sino que llevó al PC alemán a la capitulación ante él, a partir de la estrechez chauvinista y el burocratismo desenfrenado de la casta social dirigente en la Unión Soviética.

Trotsky jamás pensó, o podía pensar, que el PC alemán y la Unión Soviética degenerada sí fueran compatibles con el fascismo. "Stalin –señaló Trotsky– esperaba que el Partido Comunista Alemán lograra una victoria y es absurdo pensar que disponía de un 'plan' para permitir al fascismo llegar al poder. Es una divinización de Stalin".[56]

Todo esto indica que no existe una única vía de integración (la democrática) de la socialdemocracia al Estado burgués, sino que esa integración adopta diversos regímenes y que, inclusive, puede colaborar con el ascenso del fascismo, aunque esto implique su autodestrucción.

En su ceguera por embellecer a la socialdemocracia, las 'tesis' afirman que "la burocracia socialdemócrata se encuentra colocada en las grandes organizaciones obreras, en cada estado nacional, pero no ha conseguido dirigir ningún estado obrero. Cuando ella ha gobernado ha sido en el marco del estado burgués. Por el contrario, la burocracia stalinista se caracteriza por ser parásita de los estados obreros, es decir de una institución infinitamente más poderosa que la más poderosa de las organizaciones socialdemócratas".[57] ¡Y los socialdemócratas son parásitos de las organizaciones obreras que existen bajo el capitalismo, más el agregado de la corruptela a que la somete el Estado burgués!

Que la socialdemocracia dirija estados capitalistas le conferiría –según el CI– un carácter más benigno que el stalinismo, porque éste dirige sólo Estados Obreros. Así, se presenta como menos pernicioso para el proletariado el entrelazamiento directo con el imperialismo mundial en cada país.

Por la unidad socialista de Alemania

Las 'tesis' consideran que Alemania es el centro (nosotros agregamos, estratégico) de la revolución europea. Pero no plantean la "'unidad socialista de Alemania".

En el siglo XIX, la realización de la unidad alemana era la condición de la revolución social. Hoy, partida en dos por el acuerdo contrarrevolucionario entre el imperialismo y el Kremlin, la revolución social realizará la reunificación nacional, como un momento de la unificación socialista de toda Europa.

La OCl se ha negado siempre a plantear la unidad socialista, porque sería condicionar la 'unidad'. Pero este condicionamiento lo establece la realidad; sólo el proletariado en el poder (expulsión de la burocracia en el Este y de la burguesía en el Oeste) realizará la unidad de la nación y del proletariado alemán. La burguesía mantendrá la división o la resolverá mediante una guerra mundial contra los Estados obreros (esto demuestra que la consigna de 'unidad' puede llegar a llenarse de un contenido contrarrevolucionario).

La unión del proletariado alemán para la revolución social exige un sistema de reivindicaciones transitorias que forjen la lucha en común. El CI, que tiene su base en Europa, no aporta nada de eso en las 'tesis'. Para desenmascarar la maniobra de la socialdemocracia alemana, que propugna el desenvolvimiento de relaciones intraestatales, como sustituto de la unidad revolucionaria del proletariado, y la del stalinismo, que plantea un acuerdo especial entre Estados soberanos, debe decirse claramente que hay que luchar por la unidad socialista del país.

El comienzo de la lucha del proletariado del lado oriental por sindicatos independientes, por las libertades de palabra y de organización, contra la desigualdad creciente, y la de la clase obrera del lado oeste contra la desocupación, por la apertura de los libros, por el control obrero, por la nacionalización de la gran industria, pondrán sobre el tapete el combate común, lo que, al plantear la cuestión de la unidad, brindará los medios para realizarla.

Frente antiimperialista, no. Frente democrático, sí

Las 'tesis' se pronuncian, inequívocamente, contra la táctica del Frente Único Antiimperialista. Lo hacen en nombre de un montón de consideraciones aisladas y fuera de lugar, cuando lo que tenían planteado era sacar las conclusiones de la experiencia latinoamericana de la última década, así como del papel que jugaron las organizaciones, que hoy se nuclean en el Cl. Nos referimos al Comando Político y a la Asamblea Popular, en Bolivia, a la nefasta política del PST y el POMR respecto del ARI, en Perú, en 1980, y el frente democrático suscripto por el PST en defensa del gobierno de Perón, en 1974.

Según las Tesis, el revisionismo se caracterizó por poner un signo igual entre el frente obrero y el frente antiimperialista, cuando en realidad el "Frente Obrero" estaría en una escala jerárquica superior. Respecto del Frente Obrero -dicen- "hacemos gala de patriotismo clasista"; en el frente no obrero "nuestro objetivo es que la clase rompa". El Frente Único Obrero tiene "un carácter permanente"; el antiimperialista es apenas una "unidad de acción limitada".[58]

Quien pone un signo, no igual sino equivalente, entre el Frente Único Obrero y el Frente Antiimperialista no es el revisionismo sino las Tesis sobre Oriente del 4º Congreso de la Tercera Internacional. La analogía se refiere a que, bien que las naciones donde se aplican ambos frentes son diferentes (opresoras y oprimidas) y bien que la composición social de ambos es distinta (el Frente Antiimperialista agrupa a una masa mayoritariamente no obrera), ambas tácticas corresponden a un período de acumulación de fuerzas y deben ayudar a la penetración del Partido Revolucionario en las masas y a conquistar a la mayoría de ellas para la revolución proletaria.

El Frente Obrero parte del hecho de que la mayoría de las masas, en los países imperialistas, sigue a los partidos contrarrevolucionarios. El Frente Antiimperialista, de que la mayoría de las masas no obreras, e incluso obreras, sigue a partidos nacionalistas burgueses o pequeño burgueses. Postular, en este mismo caso, el Frente Obrero, es decir, con partidos minoritarios, es condenarse al aislamiento y a la inacción. Postular el "patriotismo" en el Frente Obrero, allí donde esta táctica sí tiene vigencia, es firmar un cheque en blanco a los partidos obreros contrarrevolucionarios. Esta concepción se acomoda muy bien a la total ausencia de diferenciación política de la OCI respecto de Mitterrand.

La distinción entre frentes circunstanciales y permanentes es todavía más nefasta. Lo único permanente en la vida y en la política es lo transitorio; no se trata, entonces, de esta tautología sino de los fines y métodos de la táctica frentista. Pero como el Cl eleva al Frente Obrero a la categoría de "permanente" y dice que en el Frente Antiimperista hay que plantearse por finalidad la escisión, mientras que en el Frente Obrero no, se concluye que detrás del "Frente Obrero" se está proponiendo disolverse en los partidos tradicionales.

¿Cuán "circunstancial" es un acuerdo del PST con la UCR argentina en defensa de la 'institucionalización'? Según nuestros cálculos, diez años y aún no estaría agotado. Comienza en 1971 con el planteo de Lanusse de ir a elecciones, sigue con la llamada defensa del gobierno peronista contra la "derecha" (1973/75), sigue, por supuesto, bajo la

actual dictadura y continuará hasta la victoria de la revolución proletaria, esto porque las instituciones democráticas argentinas; si se restablecen, seguirán amenazadas de por vida. El “acuerdo circunstancial” se revela como toda una alternativa de poder.

Quedan justificados, con la etiqueta de “circunstancial”, "los acuerdos tácticos con sectores pequeño burgueses y aún con sectores burgueses y sus partidos ... " "de unidad de acción democrática",[59] que pueden durar decenas de años y que no salen del democratismo formal, es decir, del Estado burgués. Pero mientras pueda existir una oposición formal común, tanto de los obreros como de los burgueses, contra una dictadura, por la recuperación de las garantías constitucionales, se desarrolla también una lucha de clases entre los oprimidos del país contra el imperialismo y la burguesía nativa. De lo que se trata es de agrupar a estas masas en lucha para armar un Frente revolucionario común.

Un frente político por la democracia formal que da la espalda a las huelgas, manifestaciones, etc., es un frente reaccionario, que procura encerrar al movimiento de las masas en el campo del orden burgués e imperialista.

De aquí se desprende que con los partidos de la burguesía que no se encuentran sometidos a la presión de las masas en lucha no corresponde armar un frente político común sino sólo acuerdos prácticos (manifestaciones, piquetes, organización de paros, etc.). Al plantear, en contra del Frente Antiimperialista, de un lado el Frente Obrero, del otro lado el Frente democrático, las 'tesis' se deslizan al Frente sindical y al Frente Popular. Esto fue el Bloque de los 8, con el PST, en Argentina, y la propuesta de un frente a todos los partidos bolivianos con el objetivo de un gobierno de la UDP (en agosto de 1980). Cuando esa propuesta de frente democrático se extiende a los gobiernos proimperialistas (¡incluido Videla!) y al imperialismo para que bloqueen a una dictadura, como la de García Meza, estamos en presencia de un frente democrático imperialista. (Pero las 'tesis' no descienden a analizar su propia política). Así como el frente circunstancial puede terminar durando varias décadas, el Frente Antiimpe-

rialista puede no pasar de acuerdos muy breves. Este es un hecho que depende de la lucha y de la situación política. Pero lo que no es puramente ocasional es la táctica del Frente Único Antiimperialista, dirigido a todas las organizaciones que se encuentran bajo la presión de las masas, con vistas a una lucha revolucionaria común.

El comando político de la COB (octubre 1970) duró tres meses, y el POR planteó que, vista la radicalización de las masas, estaba agotado, que debía lanzarse la consigna soviética de la Asamblea Popular.

La oportunidad de la táctica del FUA está relacionada con una situación en que el inmovilismo de las masas ya ha sido sacudido, y por ello, se ha abierto la perspectiva, con alzas y retrocesos, de una prolongada lucha antiimperialista.

En el Frente Antiimperialista, el partido obrero debe mantener por entero su independencia política. No puede hacer ninguna concesión que comprometa la lucha revolucionaria de las masas, sólo por mantener a los aliados en el frente común. El partido revolucionario no entra al Frente en calidad de secta sino de partido, por eso no tiene por finalidad la escisión, ni se empeña tampoco en una campaña para que las masas rompan con las fuerzas frentistas aliadas (como propugnan las tesis para escamotear su frentepopulismo). La vigencia de una forma determinada del Frente Antiimperialista (por ejemplo bloque de partidos dirigiendo una lucha de masas o una campaña electoral) y su pasaje a otras (soviets de obreros, campesinos, soldados y nacionalidades oprimidas) incluidas las escisiones, dependen de la experiencia de las masas mismas y de los cambios de conjunto en la situación política.

La mayor parte del tiempo, los partidos burgueses o pequeño burgueses de las masas explotadas se afanan por llegar a compromisos con el imperialismo y a bloquear toda evolución independiente del movimiento obrero. La consigna del Frente Antiimperialista sólo puede tener, aquí, un carácter de propaganda, para mejor denunciar los compromisos con la reacción foránea, para pronosticar su inuti-

lidad como vía para superar el atraso del país y la miseria de las masas y para mejor acercarnos a las masas proletarias para luchar por su independencia sindical y política.

Dimos los ejemplos de capitulación abierta ante los frentes burgueses derechistas como los de "los 8" con Balbín o con la UDP de Siles Zuazo. Pero una experiencia igualmente nefasta fue la que el Comité Paritario en su conjunto desarrolló en Perú, contra la Alianza Revolucionaria de Izquierda, que había evolucionado, del antitrotskismo y de la revolución por etapas, al planteamiento del gobierno obrero y campesino y la aceptación de la candidatura de Hugo Blanco. Lograron la proeza de provocar el derrumbe electoral de éste y permitir el copamiento con fuerza del ARI por parte del partido stalinista, del velazquista y de los maoístas de derecha.

Otro ejemplo de cómo entiende el CI la "acción antiimperialista" fue el llamado del PST argentino a apoyar un "apagón de vidrieras" en algunas ciudades, por parte de un sector de las entidades empresarias (la Conae), que exigía lo siguiente: devaluación monetaria, absorción de los pasivos patronales por el Estado, inflación galopante y oposición a los aumentos de salarios -el programa que hoy aplica Viola.

El frente antiimperialista puede asumir formas diversas, que corresponden a la evolución de las masas y a la vigencia de nuevos métodos de lucha y organización. El frente antiimperialista revolucionario puede y debe, en las circunstancias propicias, convertirse en gobierno revolucionario. Si sigue la línea maestra de la táctica del FUA, un gobierno de éste será un gobierno depurado de sus elementos burgueses conciliadores, con peso decisivo de los partidos más avanzados y, en primer lugar, del proletario, basado en las masas armadas, y en la destrucción de las instituciones estatales burguesas semicoloniales. Esto no es otra cosa que el gobierno obrero y campesino, gobierno independiente de la burguesía. Pero las 'tesis', que ni remotamente han comprendido que la táctica revolucionaria debe actualizarse permanentemente,

según la propia experiencia de las masas y la situación política de conjunto, desde el punto de vista de la correlación de fuerzas en presencia, los métodos de lucha y la organización de las masas. Pontifican: compromisos gubernamentales, no. Mientras tanto, luchemos por el retorno de la UDP, en Bolivia, y del frente burgués en Argentina.

El frente antiimperialista deberá estructurarse en la claridad política y no en la confusión. Sin comprometer para nada la independencia de propaganda y de acción del partido revolucionario. Deberá abrir el camino hacia las masas y organizar la lucha de las clases oprimidas. No deberá reducir las grandes reivindicaciones de la democracia: independencia nacional, revolución agraria, soberanía popular basada en el desarme del gendarme opresor y en el armamento del pueblo, a las reivindicaciones de la democracia formal.

Las 'tesis' rechazan todo "frente estable con la burguesía", pero propugnan el entrismo en las organizaciones nacionalistas "aunque manteniendo la prensa trotskista independiente".[60]

En el anteproyecto se daba como un ejemplo de esto lo que hicieron "los trotskistas argentinos" con "un entrismo indirecto en la organización sindical del peronismo, las 62 Organizaciones".[61] Este párrafo fue eliminado; pero eliminar no significa superar porque el CI no ha hecho la crítica a la nefasta trayectoria de la corriente morenista. De ahí que la concepción morenista está plenamente vigente en las tesis.

Moreno realizó durante diez años un entrismo, no indirecto sino bien directo, en el peronismo. La supuesta prensa independiente (porque la sacaba él) era Palabra Obrera que, textualmente, estaba "bajo la disciplina del General Perón y del Comando Superior Peronista". Ernesto González –dirigente del PST y del CI– en un folleto escrito en 1971, dice que se proclamaron "parte del movimiento nacionalista burgués...".[62] Palabra Obrera publicó y vendió cuatro capítulos del libro Los Vendepatrias de Perón, donde éste hace profesión de fe anticomunista.

Tan evidente fue el sometimiento al peronismo, que Ernesto González reconoce que el entrismo "nos llevó a minimizar las vacilaciones y capitulaciones de su dirección burguesa".[63] En 1958, llamaron a "acatar la orden" y votar a Frondizi "para no romper la unidad de la clase obrera", o sea la subordinación obrera a la burguesía. Reconoce también que" Palabra Obrera; apoyó críticamente al ala dura..." de las 62 Organizaciones.[64] y que cayeron en el “error” de considerar a Fidel Castro como un Aramburu ya confundir la revolución cubana con la Libertadora (golpe contrarrevolucionario de 1955).[65] Lo que no dice González es que actuaron así por la obsesión de mantener una fisonomía peronista inobjetable en momentos en que la dirección peronista era pro-Batista.

El entrismo concluyó en un fracaso. Esto es lo que el balance debería decir; lo contrario de las 'tesis' que resolvieron el problema con un "pacto de caballeros", eliminando la referencia al entrismo de Palabra Obrera pero manteniendo la concepción entrista de ésta.

Las tesis plantean también la necesidad de formar "frentes o partidos comunes" con las tendencias centristas salidas de los partidos tradicionales y "saber arrastrarlas... hacia un partido revolucionario común". Para esto, señalan, se debe partir de "algunos puntos fundamentales de nuestro programa revolucionario, los que corresponden al trabajo común y tienden hacia una organización común".[66] Se confía la conquista de los centristas, no en la imposición de las líneas maestras del programa, sino en la infiltración, en el copamiento y, por qué no, en la corrupción económica.

La reivindicación de la Asamblea Constituyente

El CI se refiere a esta consigna de un modo superficial en su 'tesis' XXI[67], lo que, sin embargo, alcanza y sobra para poner de relieve que no han entendido la función política de la consigna. Debemos decir, nuevamente, que este superficialismo no es casual: es el resultado de negarse a someter a examen los errores que han cometido en el pasado reciente, a estudiar la rica experiencia de los últimos años y a reexaminar las polémicas habidas en el pasado (en especial, con PO).

Para las 'tesis', la consigna de la Asamblea Constituyente es una "concentración" de todas las reivindicaciones agrarias, nacionales y democráticas, lo que en cualquier idioma del mundo quiere decir que es la forma política de la resolución de esas tareas. Esto no le impide decir que lo que la Asamblea Constituyente 'concentra', "la revolución proletaria (lo) debe resolver". El único sentido de esto es que la Asamblea Constituyente aparece como la forma política de la revolución proletaria, es decir, como sinónimo de la dictadura del proletariado.

Las 'tesis' no hacen más que decir, alambicadamente, lo que Lambert señaló oportunamente con toda claridad: "... el contenido de la constituyente soberana no es la constitución de la nación burguesa y sí la constitución de la nación liberada por el proletariado".[68]

Es sobre la base de esta concepción que se presentó en Perú una "moción roja" que reclamaba a la Asamblea Constituyente dominada por 'la burguesía, que asumiera el poder ejecutivo para resolver "las contradicciones fundamentales del pueblo oprimido". Sobre esta base, se le prometía, incluso, el apoyo político al que sería el nuevo gobierno burgués. En un texto que enviamos al POMR defendimos el reclamo de que la Constituyente asumiera el ejecutivo (defensa de la soberanía popular contra el gobierno militar, desenmascaramiento de los partidos burgueses mayoritarios), pero denunciamos la orientación de considerar a la Constituyente la vía de paso al socialismo.

Es falso que la reivindicación de la Constituyente ocupe el primer lugar ("la expresión más elevada", dicen las 'tesis') en el orden de jerarquía de las reivindicaciones nacional-democráticas. "La tarea central –dice el Programa de Transición– ... es la revolución agraria... y la independencia nacional... La consigna de Asamblea Constituyente... debe ligarse indisolublemente con el problema de la liberación nacional y el de la reforma agraria... en determinada etapa de la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deben surgir los soviets... Sólo ellos pueden llevar a su consumación la revolución democrática y abrir la era de la revolución socialista".[69]

La 'jerarquía' establecida en las 'tesis' no existe. Una guerra nacional liberadora puede hundir el régimen despótico y poner a la orden del día la Asamblea Constituyente. Esa guerra puede engendrar, o viceversa, la revolución agraria. Finalmente, la imposición de la reivindicación de la Constituyente va concitando el interés de las masas, que la burguesía se encarga de frustrar; esto provoca un alzamiento agrario o nacional. Estas combinaciones no se pueden prever, lo que importa es que pongan en marcha la revolución social y el armamento de las masas. Para las 'tesis', la Constituyente debería "votar el armamento del proletariado".[70] Está claro que la consideran un sinónimo de dictadura proletaria.

El valor de la reivindicación de la Asamblea Constituyente es que plantea la vigencia de la soberanía popular contra los gobiernos autoritarios en los países en que la democracia burguesa clásica no llegó a prosperar. Para la burguesía, el interés de esta consigna es ampliar las bases de su dominación, o darse medios más firmes para resistir una presión dislocadora del imperialismo. Por eso le interesa que la Asamblea Constituyente 'concentre' los problemas del país, es decir, los ahogue; que el problema político de la democracia se desvincule de la revolución social. Para los revolucionarios, el interés es el inverso: estimular la acción de las masas, sobrepasar, en la experiencia concreta, el estadio de la democracia formal. La conquista, por medio del voto, de la tierra para los campesinos, del armamento, de la escala móvil, de la expropiación de los monopolios[71] es una ilusión del Cl. Si ésta existe en las masas, la lucha por la Constituyente y en la Constituyente debe servir para superada. Las 'tesis' la comparten.

Frente a este peligro de las ilusiones constitucionales y democráticas, Trotsky señaló:

"1) El Partido debe recordar que, en relación con su principal objetivo, la conquista del poder con las armas en la mano, las consignas democráticas no tienen más que un carácter secundario, provisional, pasajero y episódico…

“2) El Partido debe, en la lucha por las consignas de la democracia arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas, de la pequeña burguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder en el Estado no se obtiene mediante formas democráticas de voto sino mediante la propiedad y el monopolio de la enseñanza y del armamento... ".[72]

El pasaje del CI al democratismo se ve en otros dos aspectos.

Primero. El texto se plantea la relación que debe haber entre la consigna de "abajo la dictadura" y la de Asamblea Constituyente, y la resuelve así: antes de la apertura de una situación revolucionaria, hay que plantear "abajo la dictadura". Luego que la dictadura cayó, Asamblea Constituyente. De aquí se deduce una conclusión ridícula: no plantear "abajo la dictadura" cuando ésta ya no existe.

Los errores se acompañan aquí con una insoportable pedantería; todo está clasificado.

Está fuera de duda que la consigna de "fuera la dictadura" tiene un gran valor como denuncia de la arbitrariedad imperante; pero en una situación contrarrevolucionaria sólo puede tener un valor agitativo, si es que no se la distorsiona hacia el putchismo. Pero no puede tener un valor de orientación para los trabajadores en condiciones de las masas en reflujo.

Sí lo puede tener la Asamblea Constituyente. A pesar del reflujo, la crisis política no cesa. La lucha interburguesa prosigue. La camarilla gobernante busca alguna legitimación constitucional. Unos y otros buscan atraer a ciertos estratos de la pequeño burguesía a su lado. La cuestión constitucional se plantea o se discute. El reclamo de Asamblea Constituyente basada en el sufragio universal y la libertad de organización y prensa, puede convertirse en un punto de agrupamiento de masas. Bajo la cobertura constitucional, se pueden organizar centros legales. Las masas franquean un paso que las llevará a luchar por acabar con la dictadura. La consigna, como tal, es incompatible con un régimen autocrático.

Pero afirmar que, cuando la dictadura cae, la Asamblea Constituyente "cobra su plena virtud" es una pedante anticipación de los hechos. En Alemania, en 1918, fue el instrumento. para acabar 'democráticamente' con la revolución proletaria. En Cuba y China (1949), ni se planteó. Que la consigna sirva para desenmascarar al gobierno no proletario que pueda surgir en una revolución depende de muchos factores, por ejemplo hasta qué punto la contrarrevolución no puede agrupar a una parte ponderable de las masas tras esa consigna, en otras circunstanciales fue lo que ocurrió con la contrarrevolución popular en Bolivia, en 1946, y en Argentina, en 1944-45.

Darle "plena dimensión" a la consigna "después"; vuelve a mostrar que consideran a la Asamblea Constituyente la forma política acabada de la revolución.

Segundo. Nos hemos enterado de que el CI está en contra del planteo de "gobierno de Solidaridad" en Polonia, y que le contrapone la Asamblea Constituyente. No sabemos si esta consigna es apropiada: en Política Obrera hemos planteado la libertad para formar partidos, aunque esté prohibido por la constitución.

Pero éste no es el asunto. El asunto es que, aquí, el CI plantea la Constituyente antes, y no después de la caída de la dictadura burocrática. Más, opone frontalmente la Asamblea Constituyente al gobierno de Solidaridad. ¿Qué tenemos que concluir? ¡Qué Kania va a convocar a la Constituyente!
El planteamiento de una oposición irreductible entre la Asamblea Constituyente y el gobierno de Solidaridad conduce, no a plantear la revolución política (proletaria) sino al restablecimiento de la democracia burguesa, es decir, un paso hacia la restauración política del Estado burgués. Y esto es tanto más nefasto en un país donde el peso de la Iglesia domina a una parte del proletariado y a la mayoría de los campesinos. Apoyamos todos los planteos de libertad política contra la burocracia dominante, pero explicando: a) que sólo Solidaridad los hará realidad; b) que consideramos al gobierno de Solidaridad la forma más alta de democracia.

El CI se ha 'arrugado' todo. Las masas, no sólo en Polonia, tienen profundas ilusiones democráticas, por eso les repugna que se instaure un gobierno que represente a una parte del país, los obreros, incluso siendo ellos los obreros. Por eso, los soviets, Solidaridad o quien sea, tiene la obligación de reclamar la vigencia de la libertad política. Sólo cuando se comprueba que sólo será impuesta por los soviets o Solidaridad, es que la consigna penetra en toda su dimensión. Por eso la consigna de Asamblea Constituyente no es incompatible con los soviets; se articula con éstos. En la práctica, se niega que haya en Polonia un doble poder.

Las 'tesis' sostienen que las consignas de la democracia tienen cada vez mayor vigencia en los países imperialistas (73).

Es evidente que no encontraremos ningún país que tenga un desarrollo burgués democrático completo. Pero, en los países imperialistas, la democracia política tomada en su conjunto tiene un carácter reaccionario porque se trata de naciones burguesas consolidadas en la opresión sobre el conjunto del planeta. En los países coloniales y semicoloniales, en cambio, las reivindicaciones de la democracia política tienen un carácter progresivo porque chocan con el dominio del imperialismo. Las 'tesis' no hacen la distinción elemental entre países burgueses opresores y oprimidos.

El CI se ha pasado al democratismo liberal más rampante.

Sindicatos y burocracia sindical

Durante años, la OCI francesa sostuvo la tesis de que los sindicatos de masas conducidos por direcciones nacionalistas habrían dejado de ser organizaciones obreras. En cambio, los sindicatos dirigidos por stalinistas o socialdemócratas eran organizaciones independientes del proletariado. En el primer caso, se debía luchar por destruir esas organizaciones burguesas; en el segundo, se debía "recuperarlas".

Política Obrera mostró que los sindicatos de masas bajo el liderazgo nacionalista, stalinista o socialdemócrata reflejaban distintos grados

de integración al Estado y a la política burguesas, y que constituía, por lo tanto, en embellecimiento de las direcciones stalinistas y socialdemócratas caracterizar a los sindicatos bajo estas direcciones como independientes.

La OCI se declaró neutral ante la intervención militar de la CGT argentina puesto que se trataría de una lucha interburguesa, un gobierno burgués que interviene una institución burguesa. La misma posición asumió cuando la dictadura brasileña intervino el sindicato metalúrgico dirigido por Lula, en 1979. La lógica de la posición de la OCI la conducía a coincidir con las dictaduras más reaccionarias del planeta.

Ahora bien, la historia del morenismo (a partir de 1954, porque antes tenía la posición lambertista) es la opuesta, porque sostenía que la burocracia sindical peronista representaba una alternativa independiente frente a la burguesía y al propio Perón. De ahí que su estrategia de construcción del partido se basaba en que la burocracia sindical peronista construiría un partido obrero. Ya fuera del peronismo, a partir de 1964, siguió sosteniendo esa estrategia, apoyando a cuanto burócrata sindical peronista levantara una vía de integración con las dictaduras militares independiente de Perón.

La misma concepción sostuvo el PST después del golpe militar de 1976. Como la dictadura militar desmantelaba conquistas sindicales históricas de la clase obrera, el PST sostuvo que la burocracia sindical estaba obligada a resistir a la dictadura y, por lo tanto, la conducta de los revolucionarios era estimular esa resistencia. De esta forma, en los años de mayor colaboración y pasividad de la burocracia (formaron comisiones asesoras de los interventores militares y sabotearon todo intento de lucha del proletariado), el PST 'descubrió' una progresividad en la burocracia y, con esa concepción, llamó al activismo al "frente único con la burocracia", lo que entregó a ese activismo a la delación y al despido.

Ahora el ex Corci suscribe –en las 'tesis'– que "para la Argentina, el combate por la independencia de los sindicatos pasa hoy por la re-

conquista obrera de la CGT".[74] Años y años polemizando con nosotros, recurriendo a toda clase de faccionalismo, para sostener ahora, sin ninguna explicación ni autocrítica, esta consigna.

Y con qué argumento plantean la consigna: con el de que el aparato burocrático sindical argentino no es una agencia del Estado. ¡Claro que lo es, e incluso de la dictadura!

Así, las 'tesis' del CI, en referencia con los sindicatos, concluyen de la peor manera: unen al embellecimiento de las burocracias stalinistas y socialdemócratas propias del Corci, el embellecimiento de las direcciones nacionalistas, en especial del peronismo, característica de la corriente morenista.

Los revolucionarios deben militar allí donde están las masas, no importa quién controla sus organizaciones, para emancipar al proletariado de la tutela de la burguesía y cualesquiera sean sus agentes. Hay que recuperar la CGT argentina porque se trata de la organización sindical de masas de los obreros, expulsando a la intervención militar y derrotando a la burocracia.

Tampoco bajo el gobierno peronista, la burocracia de la CGT y de los sindicatos era independiente o semiindependiente, pero la lucha por la recuperación de aquéllos era válida porque constituían la organización de masas del proletariado argentino.

Treinta años después: la OCI (CI) abandona las posiciones del PCI francés contra el pablismo

Las 'tesis' afirman, como norma del desarrollo político revolucionario, la toma del poder por partidos stalinistas o pequeño burgueses y la formación de Estados burocráticos desde el inicio (revoluciones de 'Febrero'). También dicen que los partidos del tipo mencionado continúan siendo contrarrevolucionarios, aún cuando dirijan una revolución victoriosa. El establecimiento de Estados obreros dominados por una burocracia parasitaria no lo presentan como el resultado de condiciones específicas sino como la consecuencia inevitable del

tipo de direcciones que encabezaron la lucha que desembocó en la destrucción del Estado burgués.

Pues bien, todo esto es exactamente el núcleo teórico del pablismo, expuesto en 1951, y combatido, exclusivamente, por el Partido Comunista Internacionalista de Francia –organización de la que desciende la actual OCI. Esto implica que la OCI, y con ella el CI, se ha autodesheredado de su único, pero valioso, elemento de tradición revolucionaria de lucha contra la liquidación de la Cuarta" Internacional. Este completo giro en las posiciones históricas de la OCI debe ser meditado cuidadosamente; de un lado, porque significa un cambio radical en la posición de esta organización en la lucha por las posiciones revolucionarias; en segundo lugar, p(lrque es muy instructivo, ya que muestra con extraordinaria claridad cómo se metamorfosean los principios políticos cuando, en lugar de servir como base granítica para construir un partido revolucionario, sólo se usan en la componenda y en la maniobra.

La variante "única" planteada por el CI, Pablo la formuló de la siguiente manera: el pasaje del capitalismo al socialismo "va a tomar probablemente un período entero de varios siglos y va a ser llenado, entretanto, con formas y regímenes transicionales entre el capitalismo y el socialismo y necesariamente desviándose de las formas y las normas puras".[75] Es decir, en el lenguaje del CI, tendremos como norma, “Febreros” y Estados burocráticos desde el inicio. ¿Qué decía el PCI al respecto?

En un documento –de junio de 1951– que fue avalado por la mayoría antipablista del partido[76] se dice: "Lo que vemos es que la casta burocrática, que consideramos ser el producto específico de veinticinco años de degeneración del primer Estado obrero, se supone que es la prefiguración de la 'casta' llamada a dirigir el mundo por dos o tres siglos. Así la noción de casta ha sido archivada, y lo que está realmente envuelto aquí es una clase que no fue prevista por Marx, Engels, Lenin o Trotsky".

Respecto del asunto más particular de la burocratización de China desde el inicio (Pablo había planteado esto un año y medio después

de la victoria de la revolución china), Bleibtreu-Favre, planteaba, en nombre del PCI lo siguiente:

"Si alguien pudiera explicamos en qué coyuntura, en qué siglo, y sobre qué planeta la evolución de China pudiera probarse comparable a la de la burocracia soviética nos gustaría oírlo.

"La noción es sólo admisible si aceptamos de antemano las tesis de Burnham sobre la rápida formación (cuando no la preexistencia) de una burocracia de tipo soviético dentro del mismo curso de una revolución.

"En este caso, esta burocracia no sólo tendría una idea logia de valor internacional sino que tendríamos que acordarle un rol *históricamente progresivo*. Al contrario, sin embargo, todo nos lleva a creer que el resultado de una revolución incluso una que está aislada- va a probar ser diferente y distinta del de la Unión Soviética, incluso si esta revolución tuviera que degenerar debido a su aislamiento y debilidad. Trotsky demostró, claramente, en oposición a los revisionistas, que la degeneración de la Unión Soviética tiene un carácter histórico específico" (itálicas del autor).

Lo que está claro aquí es que para el PCI no había Estados burocráticos desde el inicio y que consideraba inadmisible la formación de una burocracia en el curso de una revolución. Pero hay que entender que la posición contraria era la esencia del pablismo, que así lograba justificar su caracterización de que la situación mundial consistía, en esencia, en la oposición entre el imperialismo y lo que llamaba el "campo stalinista".

Uno de los factores que llevaron a los planteamientos pablistas fue la conducta de los trotskistas chinos que fueron huyendo de las zonas conquistadas por la revolución hasta terminar, lógicamente, en Hong-Kong. Para Pablo, esto se debía a que no comprendían la naturaleza dual de la política stalinista, y lo usó como elemento para liquidar las posiciones de la Cuarta en relación con el stalinismo -suplantando la caracterización de socialmente dual o contradictorio,

por políticamente dual. El texto del PCI se ve obligado, entonces, a analizar en extensión el problema de la revolución china, la naturaleza de la burocracia y de los PC. Vamos a citarlo entero, y su simple lectura va a mostrar el abismo que existe entre las posiciones revolucionarias del PCI y las del CL. Nuestra posición se entronca en la tradición de la lucha política del PCI.

"¿Cuál fue el error en China?"

"De acuerdo con el camarada Pablo, este error comenzó 'a continuación de la victoria de Mao Tse-tung'. En nuestra opinión, es un poco anterior.

"Una revolución estuvo desarrollándose en China desde 1946, una revolución en la que los trotskistas debían haber sido parte integral. Abandonados por Stalin, cuyo consejo apuntando a la formación de un gobierno de frente nacional con Chiang Kai-shek ellos habían rechazado, y cercados en virtud de que el ejército rojo (soviético) había entregado Manchuria a Chiang, los líderes chinos tuvieron que confrontarse con la más poderosa ofensiva que las tropas blancas hayan jamás lanzado contra el séptimo ejército. La única posibilidad que les quedaba abierta (al igual que la situación que tuvieron que confrontar los líderes del partido comunista de Yugoslavia en 1942/43) fue la movilización revolucionaria de las masas. Rechazando su línea stalinista de los años previos, adoptaron un programa limitado de reforma agraria, que las masas saludaron con gran entusiasmo. Por todos lados surgieron comités campesinos y grupos de resistencia que se organizaron para defender y extender la reforma agraria y para aplastar a Chiang, el representante de los terratenientes. El avance del ejército de Mao fue, por sobre todo, el producto del masivo reclutamiento del campesinado revolucionario, y del paralelo colapso del ejército campesino de Chiang, que fue contaminado por la revolución y por el hambre de tierras. El propio Partido Comunista chino sufrió un cambio en su composición social, los hijos educados de los campesinos acomodados que constituían la espina dorsal de sus cuadros hasta ese momento (y algunos de ellos tendieron a oponerse a la explosión

de violencia elemental desatada por el giro efectuado por su partido), fueron sumergidos por el influjo de nuevos militantes endurecidos en la forja de la revolución misma.

"Así:

"1) El nacimiento de la revolución china fue el comienzo del fin del 'stalinismo' del PC chino.

"2) El PC chino dejó de subordinarse a las directivas del Kremlin y quedó bajo la dependencia de las masas y de sus acciones.

"3) Su composición social fue realmente modificada.

"4) El PC chino dejó de ser un partido stalinista y se transformó en un partido centrista que avanzaba paralelamente con la revolución. Esto no significa que el PC chino se transformó en un partido revolucionario ipso {acto. Conservó de su pasado una serie de conceptos incorrectos y burocráticos, que vinieron a reflejarse en sus acciones:

• En el tímido carácter de su reforma agraria

• En limitarse al norte de China

• Y en el esfuerzo consciente del PC chino para mantener aislado de la revolución al proletariado urbano.

"La dialéctica de la realidad social ha levantado ya ciertas barreras y hay razones para esperar que este curso continuará.

"En todo caso, es absurdo hablar de un partido stalinista en China, y más absurdo todavía alimentar la creencia en siquiera el parecido de 'una victoria del stalinismo en China'...

"El error de los dos grupos chinos es, precisamente, haber fracasado en comprender la realidad social. Identificaron la revolución con el stalinismo, lo que significa identificar al stalinismo con su negación.

"Los camaradas chinos le dieron la espalda al movimiento revolucionario de las masas, retrocedieron cuando fueron confrontados con el avance de aquéllas, y finalmente acabaron en Hong Kong.

"Su mayor error no fue su fracaso para comprender al stalinismo; fue una más seria y diferente falta de comprensión.

"No reconocieron el verdadero rostro de la revolución. Vieron el avance de los ejércitos revolucionarios de Mao como un paso adelante del stalinismo. Fracasaron en entender que lo fundamental es la acción de las clases, que son las clases y no los aparatos las que hacen la historia, y que una vez puesta en marcha la acción de las masas es más poderosa que el más fuerte de los aparatos.

"En varios aspectos, el camarada Pablo revive los errores analíticos de los camaradas chinos, aun si sus conclusiones son las contrarias, aunque igualmente desastrosas.

"Comete el mismo error sobre la naturaleza de la revolución china, a laque considera como una victoria –no una 'pura y simple victoria', pero, con todo, una victoria– del stalinismo ...

"Comparte el mismo criterio errado en lo que respecta a la naturaleza 'stalinista' de un partido comunista. La naturaleza stalinista de un PC está constituida por su dependencia total y directa de los intereses y de la política del Kremlin. La negativa de parte del PC chino a aceptar la existencia legal de la tendencia trotskista –sea fuera o dentro de sus filas– e incluso la represión contra esta tendencia de ninguna manera puede constituir un criterio que 'demostraría su carácter stalinista y burocrático' (Pablo), pero solamente su falta de comprensión de la revolución permanente, una falta de comprensión que no es específicamente stalinista.

"Comparte la misma falta de comprensión de las relaciones entre las masas, el PC y la burocracia del Kremlin: Pablo pone un signo igual entre la naturaleza dual de los PCs y la naturaleza dual de la burocracia soviética ...

"La naturaleza dual de la burocracia soviética es el reflejo y el producto de contradicciones en la sociedad soviética. Se expresa en el bonapartismo del stalinismo cuando es confrontado con fuerzas sociales dentro de la Unión Soviética y a escala mundial. La política de la burocracia no es dual sino más bien forma un conjunto integral a través de todas sus variaciones; es una política de mantener el equilibrio entre las clases básicas.

"La naturaleza dual del partido comunista significa una cosa un poco diferente y expresa una contradicción diferente, por el hecho de que una, burocracia parasitaria de tipo soviético no existe internacionalmente. La dualidad, la contradicción de un PC, viene del hecho de que es un partido obrero en virtud de su base social (una base necesaria para la acción de equilibrio del Kremlin) y un partido stalinista en virtud de su política y de su dirección (una dirección elegida desde arriba sobre la base de su total sometimiento a las órdenes del Kremlin).

"Cuando por una razón u otra esta subordinación deja de existir, el partido deja de ser stalinista y expresa intereses diferentes de los de la casta burocrática en la Unión Soviética. Esto es lo que ocurrió (debido a la acción revolucionaria de parte de las masas) en Yugoslavia bien antes de la ruptura de relaciones; la ruptura sólo la hizo oficial. Esto es lo que ya ha ocurrido en China, y se reflejará inevitablemente en una ruptura de relaciones cualquiera sea el curso que tome la revolución china".[77]

En un documento de los trotskistas franceses, de octubre de 1953, que hace el balance de "las sucesivas etapas del revisionismo pablista", ratifica todas estas posiciones, y allí donde las 'tesis' del CI afirman que "el revisionismo tiende a destruir la Cuarta Internacional" (¡tiende!) y proponen discutir una "modalidad" de unificación con el SU, el documento de balance de Octubre de 1953, decía:

"La salvación de la W Internacional exige imperativamente la inmediata expulsión de la dirección liquidacionista. Una discusión democrática deberá, en este sentido, ser abierta dentro del movimiento

trotskista a escala mundial sobre todos los problemas en suspenso, enmarañados o falsificados por la dirección pablista en tres años. Dentro de este cuadro, será indispensable para la salud de la Internacional, que la mayor autocrítica sea emprendida sobre todas las fases y causas del desarrollo de la gangrena pablista".

Adónde va el CI

El Comité Internacional es el fruto de dos 'pecados': de la ruptura sin principios del PST con el SU y de la escisión sin principios del Corci por parte de la OCI, esto de un lado; y del otro, del acuerdo maniobrero y sin principios del PST con la OCI. Este proceso y estos métodos explican la degeneración política que testimonian las 'tesis'. La maniobra suplanta a la discusión; el agregado indiscriminado de las posiciones de uno y otro reemplaza la claridad; el disciplinamiento prematuro de las diferencias prevalece sobre la necesidad del amplio balance político, capaz de permitir un nuevo impulso teórico y de organización.

Pero aún en engendras antinaturales como el CI, la lucha de clases ejerce su presión implacable. Esto plantea dos alternativas. La primera es que el CI se aferre a salvar a todo precio su unidad burocrática. En este caso, tendrá que encubrir los desastres y el mayor apartamiento de la vía revolucionaria de sus tendencias y/o secciones. El resultado de esto será el entrar en un proceso de mayor degeneración política.

La segunda es que la confrontación con la lucha de clases haga entrar en saludable crisis los planteamientos del Cl. Esto quiere decir que la discusión se abra paso. En este caso, el CI entrará en estado de asamblea o disolución. Una última posibilidad sería que asuman lúcidamente la necesidad de abrir una honesta delimitación y clarificación de posiciones. Los indicios, sin embargo, apuntan hacia la primera alternativa.

Notas

1. Corci (Comité de Organización por la Reconstrucción de la Cuarta" Internacional): tendencia internacional de la OCI (Organización Comunista Internacionalista) francesa (lambertismo). TLT (Tendencia Lenin-Trotsky): tendencia internacional organizada en torno a los trotskistas de Costa Rica. FB (Fracción Bolchevique): tendencia internacional organizada en torno al PST argentino (morenismo).

2. Prefacio a las 'tesis' del CI, pág. 5.

3. *Informations Ouvrieres,* Nº 981, 3/1/81.

4. *Idem.*

5. *Tesis I,* pág. 7, Ed. Colombiana, en castellano.

6. *Tesis XII,* pág 25.

7. Ernest Mandel, *Quatrième Internationale* N° 2, octubre/diciembre 1980.

8. Nahuel Moreno, *La Revolución Latinoamericana,* pág. 76.

9. *Idem,* pág. 77.

10. *Tesis XII,* pág. 26.

11. *Tesis IX,* pág. 18.

12. Ver *Destrocemos la provocación de Just y Lambert,* Ed. PO, febrero de 1979, por Rafael Santos.

13. *Tesis XII,* pág. 25.

14. Lenin, *Tesis de Abril.*

15. Lenin, *Diario de un publicista,* 22/9/1917.

16. *Tesis XII,* pág. 26.

17. *Idem,* pág. 25.

18. *Idem,* pág. 21.

19. *Idem,* págs. 47-48.

20. Ver capítulo "El gobierno obrero y campesino".

21. *Tesis II,* págs. 8 y 9.

22. Internacional Comunista; Tesis y adiciones sobre la cuestión nacional y colonial; *Tesis VI;* Segundo Congreso (1920).

23. *Tesis IX,* pág. 18.

24. *Tesis XVI,* pág. 33.

25. *Idem,* pág. 38.

26. Karl Marx; *Crítica al Programa de Gotha.*

27. Friedrich Engels; *Carta a Bebel,* 28 de octubre de 1882.

28. León Trotsky; *Sobre China. Revolución y Guerra en China,* enero 1938, Pathfinder Press, pág. 584.

29. León Trotsky, en "¿Un Estado no obrero y no burgués?", *En Defensa del Marxismo,* EDI, pág. 99.

30. *Tesis XXIII,* pág. 45.

31. *Tesis XI,* pág. 24.

32. Prefacio, pág. 5.

33. León Trotsky; *Programa de Transición.*

34. León Trotsky; "La URSS en la guerra'", *En Defensa del Marxismo,* pág. 108, EDI.

35. *Tesis I,* pág. 8.

36. *Tesis XVI,* pág. 32.

37. *Idem,* pág. 33.

38. *Idem,* pág. 33.

39. León Trotsky; *La revolución traicionada;* Editions Minuit, pág. 166.

40. León Trotsky; *Escritos,* Tomo X, volumen 2, 1938-39, Ed. Pluma, pág. 386.

41. León Trotsky; *En Defensa del Marxismo,* "¿Un Estado no obrero y no burgués?", pág. 93, EDL

42. León Trotsky; *La Revolución Traicionada.*

43. "El Comité Paritario con el imperialismo", *Política Obrera* N° 307, 1/4/80.

44. Vladimir Lenin; *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo.*

45. *Idem.*

46. I° Congreso de la Internacional Comunista.

47. *Idem.*

48. Pierre Broué; *Le parti bolchevique.* Minuit.

49. León Trotsky; *Historia de la Revolución Rusa.*

50. En relación con Bolivia, las 'tesis' rayan en el delirio y la desvergüenza. Sostienen que en 1952 se produjo "una de las revoluciones más perfectas", que fracasó porque el trotskismo no tomó el poder que estaba a su alcance, y dicen, que esa traición "es tanto o más grande" que la capitulación del stalinismo ante el hitlerismo o la socialdemocracia ante la burguesía durante y después de la Primera Guerra Mundial. Van más lejos aún y llegan a afirmar que todos los males de la llamada Cuarta Internacional y la fuerza del nacionalismo en Latinoamérica se explicarían por esa traición del trotskismo boliviano.

Para justificar su propia miseria política se la endilgan al POR boliviano, quien habría tenido la llave maestra de la Cuarta Internacional.

La revolución boliviana de 1952 colocó al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en el poder en virtud de las profundas ilusiones de las masas en el movimiento nacionalista. El POR boliviano, si bien había logrado una posición importante en el proletariado a mediados de la década del '40 (Tesis de Pulacayo), estaba prácticamente diezmado por la represión de los años precedentes a la revolución, lo que determinó que en 1952 tuviera una gran debilidad organizativa. Tampoco era sólida la formación de sus cuadros, especialmente los sindicales.

La llegada al poder del nacionalismo determinó una crisis en el POR porque militantes pequeño burgueses y algunos de sus cuadros sindicales consideraron que había que entrar o disolverse en el MNR. Esta gente nada tenía que ver con la desviación pablista del mismo tipo, que se produciría en 1954. Es una falsedad total que en 1952, como afirman las 'tesis', el POR "era poderoso" y "había participado como codirección en la insurrección... " (pág. 64). Como Partido, el POR no llegó a estar presente en la insurrección de abril de 1952. En ningún momento se presentó la oportunidad para que los trotskistas bolivianos tomaran el poder. Todo esto está ampliamente analizado en La Revolución Boliviana de Guillermo Lora (año 1964).

La OCI francesa reiteradamente ha denunciado al POR boliviano como una organización nacional-trotskista mutilada, porque ésta sostiene que la revolución boliviana sería un gran factor de impulso para reconstruir la Cuarta Internacional. ¡Y ahora esta gente hace al POR el chivo emisario de la no transformación de la Cuarta Internacional en partido de masas en la posguerra y responsable de la subsistencia del stalinismo y la socialdemocracia en la mayor parte del mundo!

51. *Tesis III,* pág. 12.

52. *Idem.*

53. *Tesis XVI,* pág. 34.

54. Aníbal Romero; *Respuesta a Just,* por. Edic. PO, 1978.

55.León Trotsky; *Et maintenant,* enero 1932.

56. León Trotsky; *Escritos,* Tomo X, volumen 2, 1938-39, Ed. Pluma, pág. 384.

57. *Tesis XVI,* pág. 33,

58. *Idem,* pág. 45.

59. *Idem.*

60. *Tesis XXIII,* pág. 46.

61. *Tesis XXX,* pág. 42.

62. Ernesto González; "¿Qué es y qué fue el peronismo?", *Revista de América,* N° 5, Mayo/ Junio 1971.

63. *Tesis XXX,* pág. 46.

64. *Idem,* pág. 43.

65. *Idem,* pág. 49.

66. *Tesis XXXII,* pág. 57.

67. *Tesis XXI,* pág. 41.

68. Informe de convocatoria al 23° Congreso de la OCI, Julio 1978.

69. León Trotsky; *El Programa de Transición.* Ed. Fontamara.

70. *Tesis XXI,* pág. 42.

71.Idem.

72. León Trotsky, *El gran organizador de derrotas,* pág. 303, Ed. El Yunque.

73. *Tesis XXI,* pág. 41.

74. *Tesis XXXI,* pág. 56.

75. Michel Pablo; *¿Hacia dónde vamos?*

76. Bleibtreu-Fabre; *¿Hacia dónde va Pablo?*

77. Extraído de *Trotskyism versus revisionism –A documentary history, volume 1,* ed. por Cliff Slaughter, New Park Publ., págs. 52-79.

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2010
en Top Label SRL, Almirante Francisco Seguí 2454
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

No fue un martes negro más

Las perspectivas socialistas de la bancarrota capitalista

Jorge Altamira

“Desde hace varios años hemos caracterizado la crisis capitalista mundial en diversas publicaciones partidarias y otras nacionales e internacionales. La hemos abordado en distintos foros y conferencias, en todos los casos con bastante anterioridad al estallido de la bancarrota que acaba de ingresar en su cuarto año. La elaboración de este tema ha sido una línea distintiva de nuestra corriente política

Esta atraviesa el derrumbe sin precedentes de Wall Street, en 1987, las recesiones posteriores, la crisis asiática de 1997-99 y las de Rusia y Brasil, la cuasi quiebra bancaria de Estados Unidos, en 1998 (bancarrota del fondo LTCM) y, naturalmente, el colapso de Argentina de 2001-2002.

Son varios los aspectos que diferencian nuestra caracterización de lo que llamamos la bancarrota capitalista. Analizamos el recorrido de la crisis como etapas de una tendencia al colapso de las relaciones sociales capitalistas. Este punto es la esencia inextricable del marxismo.

El lector tiene hoy en las manos una parte ínfima de ese largo trabajo. La urgencia por publicarlo obedece a la necesidad de someterlo a la discusión de una conferencia cuartainternacionalista que tendrá lugar a mediados de noviembre de 2010 en Buenos Aires. Es decir, está vinculado a una actividad militante.

Como militantes exponemos nuestros análisis y pronósticos a la verificación de los hechos, algo que no podría hacer quien contempla la historia desde afuera Esto es lo que, por otra parte, debe entenderse por programa: una praxis, una unidad de teoría y acción. Pero la praxis no puede ser individual, sólo puede emerger como tal si es socializada.

La elaboración contenida en este libro no es, naturalmente, neutral. Convoca a construir partidos revolucionarios internacionalistas y a refundar la Cuarta Internacional, para convertir a la bancarrota capitalista en terreno fértil de la revolución socialista mundial.”

